AVENTURAS DE PIPO Y PIPA

Volumen 2
(1930-1932)

Salvador Bartolozzi

Edición:

Julio Tamayo

cinelacion@yahoo.es

ÍNDICE

QUINTA PARTE

01- El brujo Camuñas……..……...…….....7
02- La bruja Mediodiente..……...……..……9
03- El brujo criminal……..……..…….11
04- La casa maldita…….……...……..…….13
05- El naufragio……..……..…….15
06- Difícil situación……..……..……..17
07- El hada Renacuaja……...……..…….19
08- El terrible dragón……...…..…...21
09- En la tripa del dragón……...…..23
10- El dragón enfermo……..……...25
11- Sombras en la noche……..…….27
12- La casita encantada……..……...29
13- El rajá de Filikaya……..……...…..31
14- El falso Alí…….…….....33
15- “Torraos” y “Refulgentes”……...…...…….35
16- El primer cañonazo…….37
17- Una batalla… de pega……...…….39
18- El triunfo de Pipo……..….41

SEXTA PARTE

01- A Nueva York……...…...…….43
02- El león de las praderas…….…...….45
03- La sombra misteriosa……...…...….47
04- El campamento de los indios Comanches…….…….49
05- La captura del “Jaguar Verde”……..…..….51
06- Las volteretas de Pipa……...…..53
07- Sombras en la noche…….....…….55
08- El caballo de dos cabezas……...57
09- La carta robada…….……..……....59
10- El botones negro……..…...61
11- La ingratitud de May…….…….63

12- La casita trágica……..…..65
13- Entre llamas……...……67
14- El pasadizo……..……...69
15- ¡Pobres ricos!…..……..……71
16- Visita de cumplido……..73
17- Un chocolate con picatostes…….……..75
18- El pez Bernabé…….…….……77
19- En el aire……..……...79
20- En busca del tesoro…….……...81
21- Los anzuelos salvadores…….83
22- En poder de los piratas……...85
23- La borrachera de los piratas……..…..…….87
24- El tesoro recuperado……...…….…...89
25- Los piratas burlados……...…….91
26- A casita…….……..93

SÉPTIMA PARTE

01- El país de los Fenómenos……..…..……...97
02- Miss Fenómeno…….…99
03- En el bosque……...…..101
04- Cogidos…….....103
05- Los remordimientos de Pipa…….105
06- La jota fatal…….…….……107
07- En Juguetópolis……...…….109
08- Ojo por ojo y narices por narices……...……...111
09- Pelotina está triste……113
10- Alto el fuego……..……..….115
11- El doctor Pipo……..….117
12- El coco, mamá……...……...119
13- En la Ciudad de la Maravilla……..…..121
14- Los ilustres huéspedes……...……..….123
15- El ejército del mal…….……....125
16- El triunfo de los malos……..…...….127
17- La bruja Malaentraña……...……...…..129
18- Va a empezar la función……...…….....131
19- A obscuras…….……..……..133
20- Los cabezudos…….....….135
21- Gigantes y cabezudos……...…….137
22- La reconciliación……...……...139

23- La posada del misterio……..……..….141
24- La manaza que aprieta…….…….143
25- Convertidos en estatuas…….…...145
26- El botones del mago……..……...147
27- El castigo del mago…….…..…..149
28- El globo cautivo……..…..151
29- El globo en las estrellas……..……..153
30- Los gomosos…….……...….157
31- Al rey Gomoso le duelen las muelas……..……..159
32- Salida de la estrella……..……..…...161
33- La buena ropa……...163
34- La jirafa Gertrudis……....165
35- La bella Tanguito…….….167
36- El hombre más rico de su pueblo…….……169
37- ¡Pobre familia Patiditero!……...……..171
38- El mago Garbancete…….173
39- Los guardabosques del diablo……..……175
40- El diablo Perico……..…..177
41- El “infiernillo” del diablo Perico……..179
42- En las calderas……..181
43- ¿Un pacto con el diablo Perico?……..…….183
44- La cola de Trompetilla……..185
45- Las narices de Pipa……...187
46- Consecuencias de una nevada……..189
47- Los ositos juegan al balón……...….191
48- La cueva del Leopardo Pardo, llamado Leonardo……..…..193
49- El libro de brujerías……..…195
50- El susto de Leopardo Pardo, llamado Leonardo……..……197
51- El brujo Floringuindingui…….……...….199
52- Don Perfecto compone el talismán……..….201
53- El señor Policleto, trapero de río……..203
54- A la caza del talismán……..….205
55- La chaqueta fantástica…….….207
56- El buque pirata……..209
57- Los del “Terror del Manzanares”……..……211
58- El cofre del tesoro…….213
59- El chasco de los piratas……..…..215
60- Pipa, enjaulada……...…..217
61- El rey Babucho…….……219
62- Babuchita está de mal humor……...……221
63- Los cocodrilos del rey Babucho…..…….….223
64- ¡Pobre Pipo!…….….225
65- Lo que vale desteñirse a tiempo…….……..227
66- Los negros blancos……...229
67- Adiós, señores salvajes…….……231

QUINTA PARTE

PRIMER EPISODIO

EL BRUJO CAMUÑAS

Aquella noche Pipo tuvo una horrible pesadilla: soñó que todos los dragones, las brujas y los ogros de los cuentos se habían diseminado por el mundo y cometían impunemente espantosas fechorías. Y mientras Pipo veía cómo los ogros devoraban a los niños, y los dragones arrasaban ciudades, y las brujas convertían a las princesas en animales extravagantes, una voz severa le decía: "Tú tienes la culpa de todo; los malos campan por sus respetos porque tú, que eres el único héroe bueno que queda, te dedicas a la holgazanería." "¡Eso no puede ser!", exclamó Pipo con tal energía, que se despertó. Se levantó de un salto y se fue en busca de Pipa. Pipa estaba, ¿cómo no?, en el comedor.

Y estaba muy ocupada, ¿cómo no?, en saborear su desayuno de arroz con leche. "¡Deja ese arroz y ven! —le gritó Pipo—. Reanudamos ahora mismo nuestras aventuras." Pipa tenía la boca llena de granos, y al oír estas palabras se le atravesaron unos cuantos en la garganta. Pero no tenía más remedio que obedecer. Y ya tenemos a Pipo y Pipa en marcha.

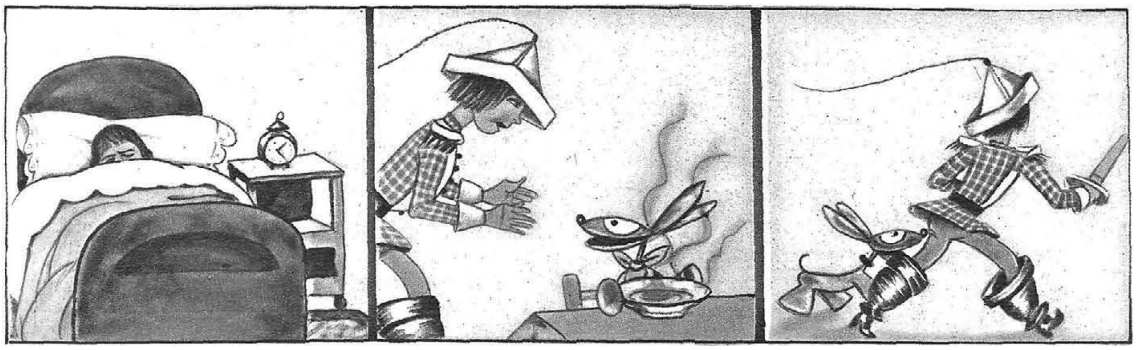
¡Y qué marcha! Devoran kilómetros y kilómetros, y apenas se detienen de tarde en tarde para devorar algo más alimenticio que los kilómetros. La pobre Pipa va refunfuñando: "Ya podía darle a mi amo la manía por otra cosa; por ejemplo, por coleccionar *capicúas.* Pero no. Le da por las aventuras, y quien se fastidia es una, quien se queda sin arroz con leche es una, quien se mete en berenjenales extravagantes es una y quien se expone a dejar el pellejo de una, es una." "Sí, una... una gruñona insoportable", exclama Pipo, y le da a su compañera un tironcito de orejas cariñoso. A los tres días de marcha, llegan a un valle rodeado de montañas.

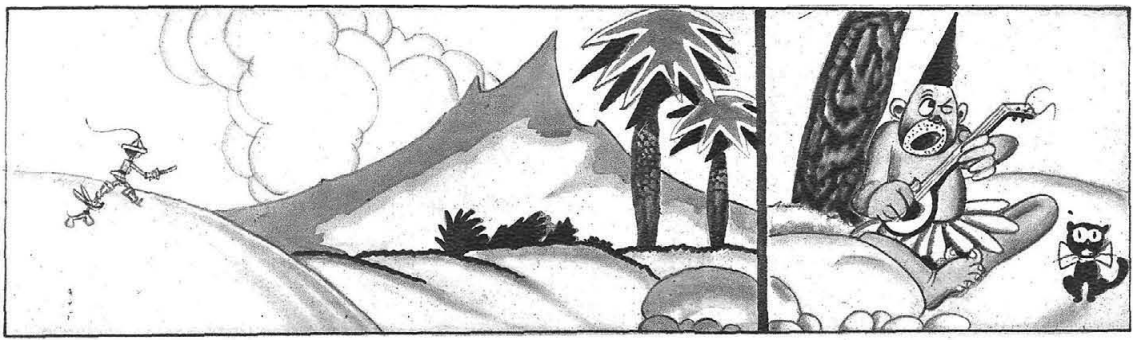
Al pie de un árbol está sentado un señor bastante feo, que toca una mandolina y tiene junto a él un gato negro con un lazo verde al cuello. "¿Quién sois?", pregunta Pipo al señor de la mandolina. "Yo soy Don Tirabeque y éste es el gato Pipitaña", contesta el señor de la mandolina. Y añade: "Y los dos somos siervos del brujo Camuñas."

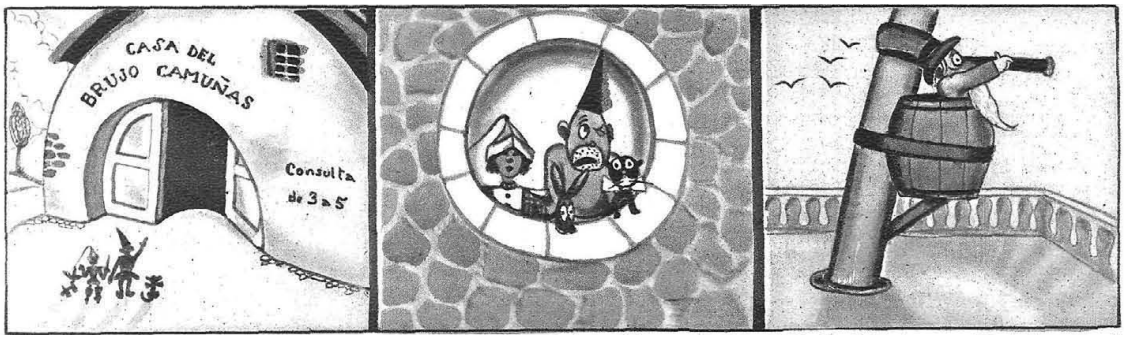
Al oír estas palabras. Pipo y Pipa se estremecen: el primero, de alegría, y la segunda, de miedo. Y es que el primero ha olfateado nuevas aventuras y la segunda nuevos peligros. Y Pipo exclama: "Señor Tirabeque, quiero conocer al brujo Camuñas; condúzcame hasta su casa." Guiados por Tirabeque y Pipitaña, Pipo y Pipa llegan al palacio del brujo Camuñas.

"Mi amo —dice Tirabeque— debe estar viendo las estrellas." "¿Es que le duelen las muelas?", pregunta Pipa. "No —explica Tirabeque—; quiero decir que debe estar en su observatorio, mirando a los astros." "Pues vamos allá", exclama Pipo. Y los cuatro suben por una larga escalera de caracol y llegan a un extraño desván. En la pared hay una claraboya.

Por la claraboya ven al brujo (y nosotros le vemos también sin necesidad de claraboya alguna), que está, en efecto, en su observatorio mirando al horizonte con un telescopio, mientras pronuncia palabras raras: "¡Ya viene!... ¡Ya se acerca!... ¡Poco falta!" El brujo Camuñas está tan absorto diciendo estas cosas, que no oye acercarse a sus visitantes.






CASA DEL
BRUJO CAMUÑAS
Consulta
de 3 a 5

EPISODIO II

LA BRUJA MEDIODIENTE

"¡Ya viene, ya llega, ya está aquí!" Y, repitiendo estas palabras, el brujo Camuñas baja de su observatorio. Pipo está intrigado. "¿Quién llegará aquí por los aires? —se pregunta—. Sin duda, algún aviador famoso." E interroga al brujo: "¿A quien está usted esperando, señor Camuñas?" "A mi esposa, la bruja Mediodiente" —contesta el brujo con gran alegría.

En seguida se da cuenta de que debe sorprenderse de la aparición de aquellos dos desconocidos. "Y vosotros ¿quiénes sois, si puede saberse?" —pregunta a su vez. "Ahora se lo diré a usted, señor Camuñas" —dice Pipo. El brujo los conduce a través de un largo pasillo hasta esta habitación que aquí veis, y que es el salón de gala de su palacio. Se instalan, y Pipo empieza a hablar:

"Somos —dice— Pipo y Pipa; seguramente usted conocerá nuestros nombres y habrá leído nuestras aventuras." "No" —dice Camuñas. "¿Cómo es eso?" —exclama Pipo, estupefacto, pues, hasta ahora, no ha encontrado a nadie que no le conozca. "Porque no sé leer" —explica el brujo. "¡Ah, bueno! Pues nosotros somos héroes, y venimos en busca de una nueva aventura..."

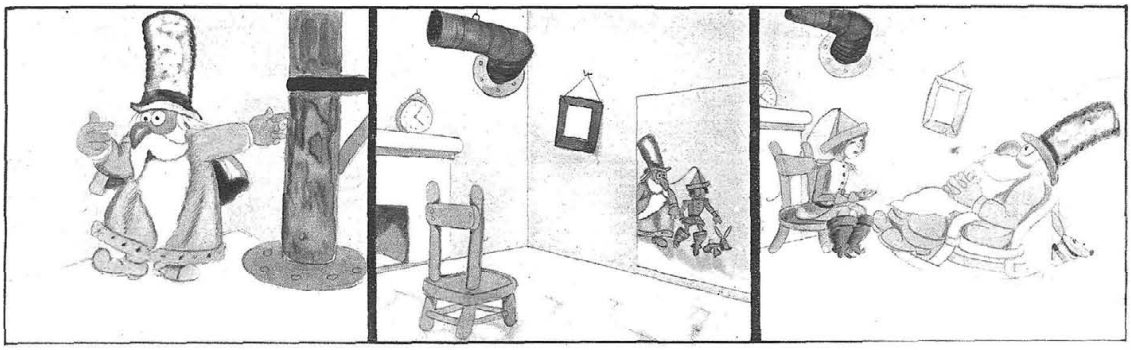
En este instante se oye un ruido infernal y, en una nube de polvo, llega la bruja Mediodiente. Viene de un humor infernal; ha estado en el Polo Norte estableciendo un puesto de horchata y el negocio no ha dado resultado. Su tierno esposo se precipita hacia ella. (Como es una fiera la tiene mucho miedo.) En seguida la dice: "Mi celestial Mediodiente, ¿sabes que tenemos en casa un héroe que nos puede ser muy útil? Se llama Pipo, y parece ser que es un valiente..." "'Valiente idiota estás hecho tú! —exclama doña Mediodiente—. Sabrás que Pipo es uno de esos odiosos héroes buenos que son enemigos implacables de los brujos malos, como nosotros."

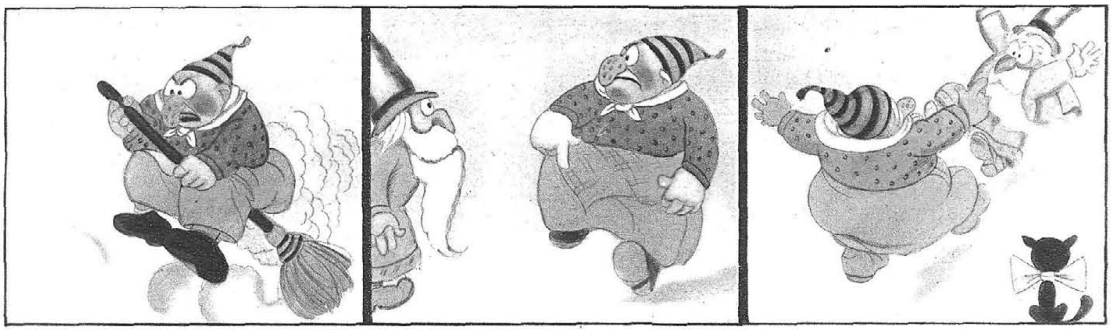
"¡Qué me dices! —exclama Camuñas aterrado—. Y yo que esperaba que nos ayudaría a robar los tesoros de la reina Rigoberta. ¡Para un héroe que le cae a uno, tiene que ser bueno! ¡Qué mala suerte!" "Al contrario —protesta Mediodiente—. Alegrémonos de tenerlo en nuestro poder. Libre, nos podía estropear nuestro proyecto. Así, lo matamos y en paz."

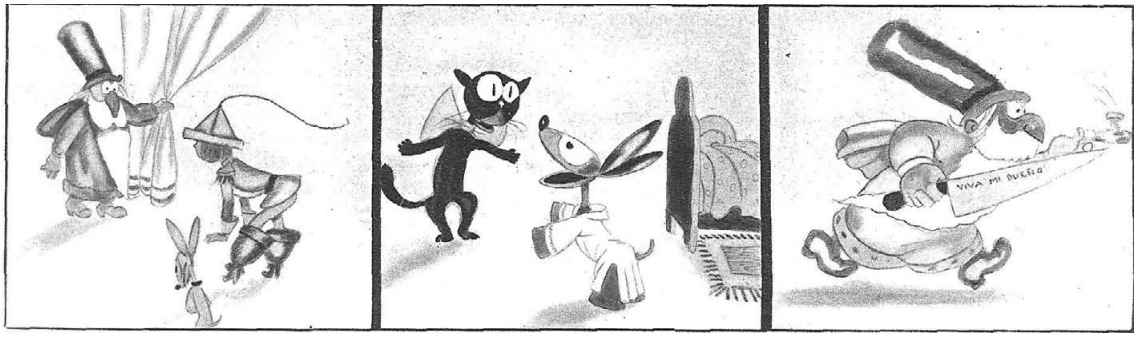
"¡Ole, ole!" Y los dos bailan encantados. Siguiendo las instrucciones de su dulce esposa, el brujo se muestra amabilísimo con sus huéspedes; les ofrece una cena suculenta y los conduce luego a una buena alcoba para que descansen. Pipo está sastisfechísimo de haber dado con un brujo tan bueno. El amo y su perrita se acuestan y se quedan dormidos.

Pero a los pocos momentos se oye un ruidito en la puerta del cuarto. "¡Crrr, crrr!" Pipa se levanta y, en camisón, abre; es el gato Pipitaña que arañaba la puerta: ha simpatizado con Pipa y, enterado del peligro que corre, ha venido a avisarla. "Huid, escondeos —dice—: mi amo es un hipócrita. Mientras os agasaja afila el cuchillo con el que vendrá a mataros al dar las doce.

No ha mentido el gatito, no; suena un reloj vecino: "Tan... tan... tan... etc." (Digo etc., porque son doce las campanadas que da, y las doce suenan igual y se escriben lo mismo; así es que, para marcarlas, basta con tres.) Al dar la última, una silueta horrible cruza el pasillo; es el brujo Camuñas; en una mano lleva una palmatoria y en la otra... ¡un enorme cuchillo!






VIVA MI DUEÑO

EPISODIO III

EL BRUJO CRIMINAL

El brujo ha entrado en el cuarto sin meter ruido; en la cama, duerme apaciblemente Pipo, bien ajeno, sin duda, al horrible peligro que le amenaza; de entre las sábanas sobresale el famoso casco del héroe. El brujo pega un salto de tigre, blande su cuchillo y… ¡horror!, lo clava en el cuerpo de su huésped, dormido.

El cuchillo ha quedado clavado hasta el mango. "Mediodiente estará satisfecha —murmura Camuñas—; sus órdenes han quedado cumplidas, y bien cumplidas." Y al decir esto, lanza una carcajada diabólica, que resuena con eco infernal en el silencio de la noche. Luego se va volando; como que se va por la ventana.

Efectivamente: la dulce bruja queda satisfecha al saber de qué manera tan segura su amable esposo ha ejecutado sus órdenes, matando al visitante indeseable. "Ahora que ya no nos estorba nadie —dice—, partamos a robar el tesoro de la reina Rigoberta." Y el odioso matrimonio y su gatito Pipitaña se equipan para el viaje y embarcan en la corbeta "Nautilius", que se hace a la mar con rumbo hacia Perlandia, que es la isla que gobierna S. M. Rigoberta XVIII, la reina más rica del mundo. Los dos brujos van encantados al pensar que han realizado una acción tan útil como es la de suprimir un héroe bueno, de esos que tanto perjudican a los malos.

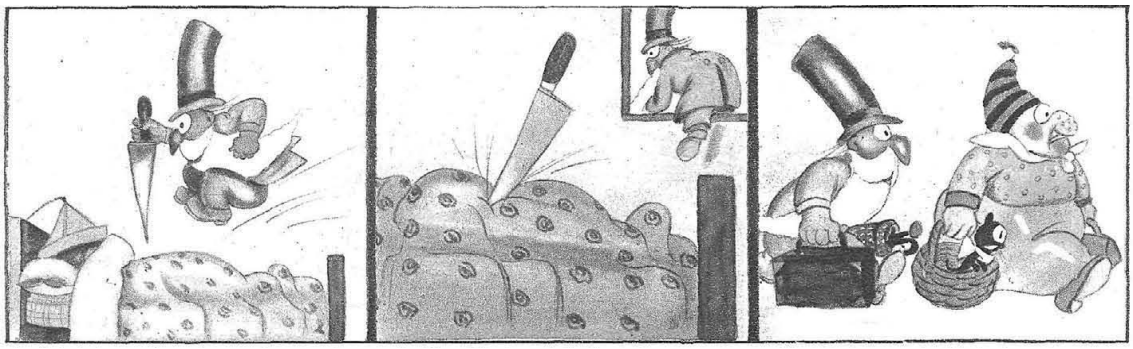
Mientras la "Nautilius" bogaba por el ancho mar, en la casa del brujo Camuñas, y en la alcoba que ya conocemos, salían de debajo de la cama... Pipo y Pipa. ¡Esto es asombroso! ¿Acaso no hemos visto nosotros, con nuestros propios ojos, cómo el cuchillo se clavaba hasta el mango en el cuerpo del héroe dormido?

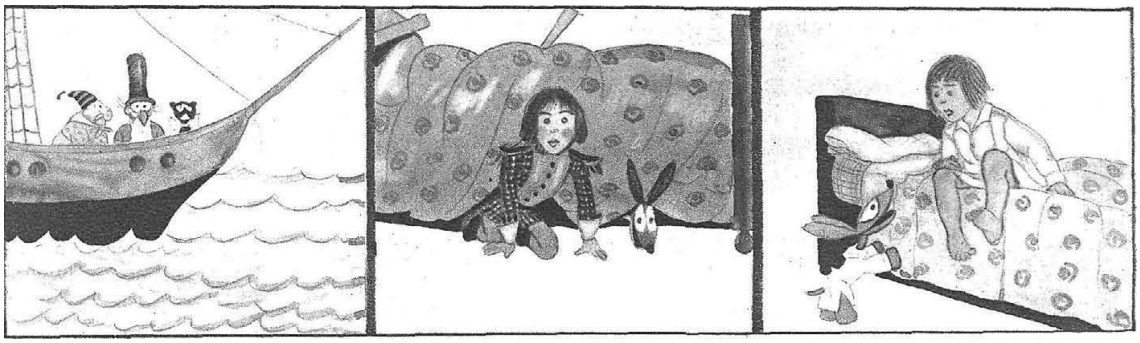
Vamos a explicar lo que había pasado. ¿Os acordáis que el gato Pipitaña había ido a avisar a su amiga Pipa del peligro que la amenazaba? Pues bien; apenas enterada, le faltó tiempo a la perrita para despertar a su amo y avisarle a su vez. Pipo no perdió tiempo; pocos instantes faltaban para el momento fatal.

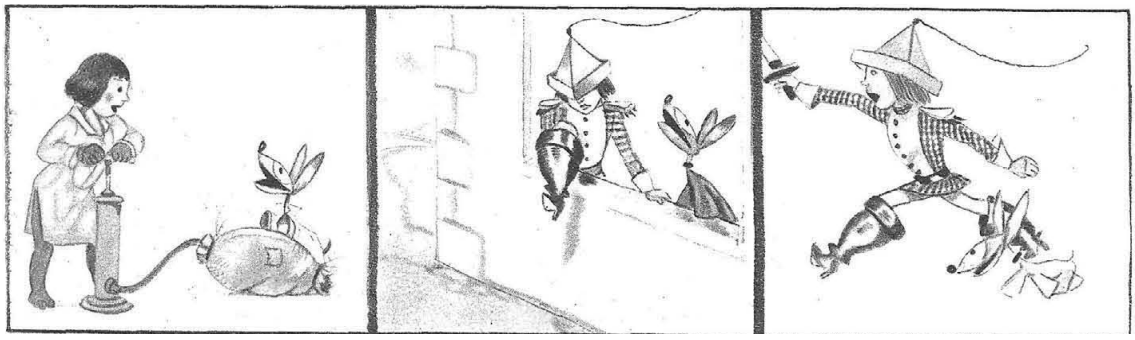
Pero eran más de los que él solía necesitar para elaborar sus planes de salvación. Cogió un saco, lo infló, lo ató y lo colocó en la cama, con su casco en la cabecera. Y él y su fiel perrita se ocultaron bajo la cama. Aquel saco era "el durmiente" que el brujo Camuñas, con su terrible cuchillo, *había matado*.

Gracias a esta estratagema están salvados amo y perrita y, además, están libres de sus terribles enemigos. Como la puerta está cerrada, se marchan por la ventana. Pero conocemos demasiado a nuestro héroe para suponer que va a aprovechar esta ocasión para huir tranquilamente, sabiendo lo que sabe.

Sabe la mala acción que se proponen realizar el brujo Camuñas y la bruja Mediodiente, y sabe hacia adónde se han encaminado, y esto le basta. "Vamos allá", dice resueltamente. "¿Adónde?, pregunta Pipa con inquietud. "A Perlandia, a la isla de la reina Rigoberta, cuyos pies beso, a impedir que esos miserables le roben su tesoro."







EPISODIO IV

LA CASA MALDITA

Perlandia es un archipiélago, lo cual, según nos han enseñado en la escuela, quiere decir, si mal no recuerdo, que es un conjunto de islas. Una es la isla Verde; otra, la isla Azul; otra, la isla Encarnada; otra, la isla Amarilla: porque en cada una las casas están hechas con nácar de alguno de estos colores; el efecto es precioso.

Hay un islote que se llama la Isla del Tesoro; es una roca, debajo de la cual está encerrado el tesoro de la reina Rigoberta. Lo guardan dos fieles *sirenos,* que no llevan chuzo, sino lanzas para matar a todo el que se acerque. Solamente pueden abordar al islote quienes pronuncien cierto santo y seña misterioso; pero este santo y seña no lo conocen más que dos personas.

La más maravillosa isla de Perlandia es la de las Perlas; es tal su riqueza, que el servicio de vehículos públicos está hecho por unos taxi-elefantes, enjaezados con terciopelo y brocado, cubiertos de pedrerías. Como que la isla de las Perlas es la capital del reino, en ella tiene su corte la reina Rigoberta. ¡Qué bella y qué buena es Su Majestad Rigoberta XVII!

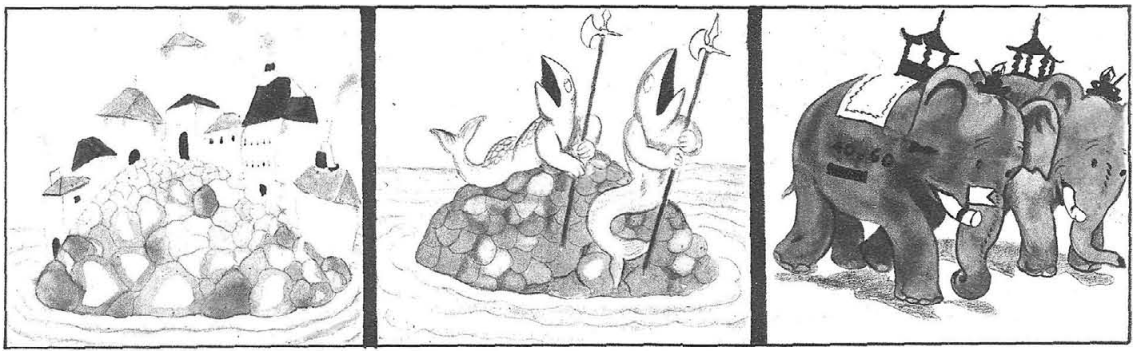
Tan bella, que el azul de sus ojos, el rojo de sus labios, la blancura de su piel y el brillo de sus dientes deslumbran más que los zafiros, el coral, las perlas y los brillantes de sus alhajas; y tan buena como rica. Y Rigoberta es riquísima; a su lado, el Conde de Monte-Cristo sería un pobre diablo que no tendría dónde caerse muerto.

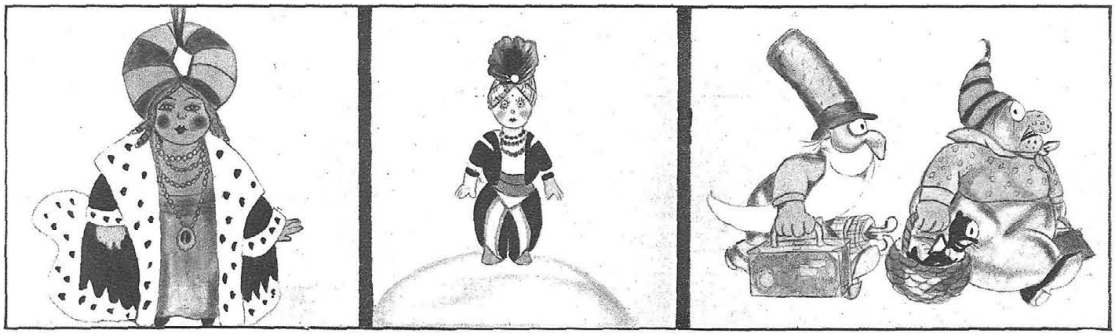
Sin embargo, el verdadero tesoro de la reina Rigoberta no consiste en sus toneladas de piedras preciosas, ni en sus kilómetros de lingotes de oro, no; su tesoro más querido es su hijo, el más encantador de los principitos, el monísimo príncipe Capotín,

¿Quiénes son estos tres forasteros que han desembarcado en la isla de las Perlas? ¡Ah!, pronto los hemos conocido: son el brujo Camuñas, la bruja Mediodiente y su compañero el gatito Pipitaña. En los feísimos rostros de los brujos se reflejan sus negros designios. ¿Qué irán a hacer? Sigámosles. Se internan en un bosque frondoso y... ya no vuelven a salir. No, los que salen no son ellos, o, por lo menos, no lo parecen.

Son un trío de titiriteros: una vieja que toca el aristón, un viejo que toca el acordeón y un gato turco que baila... el rigodón.. Así se han disfrazado los miserables para ejecutar su proyecto; este proyecto diabólico consiste en rondar todo el día junto al palacio real y llegada la noche... ¡Brrr!, miedo da el pensarlo.

Ya ha llegado la noche; es noche de luna; sobre la claridad lívida del pálido astro se perfilan tres inquietantes siluetas. Y tan inquietantes. ¡Como que son el brujo, la bruja y su gato! La horrible Mediodiente lleva a la espalda un talego, y en ese talego hay algo… o alguien. La comitiva se dirige sigilosamente hacia cierta casita que hay en las afueras de la ciudad. ¡Extraña casa! En la isla tiene malísima fama; dicen que está embrujada, y nadie se atreve a acercarse a ella en muchas leguas a la redonda. Tiene un aspecto que pone los pelos de punta, sobre todo de noche. Esta casita es conocida por "la casa maldita".





EPISODIO V

EL NAUFRAGIO

Pipo ha intentado tomar pasaje en un transatlántico para ir a Perlandia. Pero como éste es un país fantástico, que no figura en los mapas, ningún capitán de barco admite pasajeros para él. Nuestro héroe no se arredra por tan poca cosa; alquila un bote de esos que hacen la travesía del estanque del Retiro y, sobre tan débil embarcación, amo y perrita se hacen a la mar.

A la mar, que al principio está serena, pero no tarda en picarse, aun cuando nadie le haya dado motivo de ofensa. Se levanta un viento tempestuoso; las olas se encrespan, y "El dragón marítimo" —tal es el nombre que Pipo le ha puesto a su lancha— es como un juguete del todo a sesenta y cinco, a merced de las olas furiosas.

"El dragón marítimo" ha naufragado completamente; sus intrépidos tripulantes no han tenido más recurso que echarse a nadar, esperando vislumbrar al fin la tierra firme. "Mi amo —dice Pipa—. ¿Qué es aquella línea oscura que se divisa a lo lejos?". "Es el horizonte, Pipa" —contesta Pipo. "Algo es algo" —suspira la perrita para consolarse.

Pipo nada; Pipa nada; pero de tierra, nada. Sus fuerzas decaen; ya no pueden luchar más. Rendidos por la fatiga y las emociones pierden el conocimiento. Una ola los arrastra hacía un lado; otra ola está a punto de hundirlos; pero la tercer ola, en lugar de matarlos, los arroja suavemente sobre una playa de suave arena. Allí quedan los dos inánimes

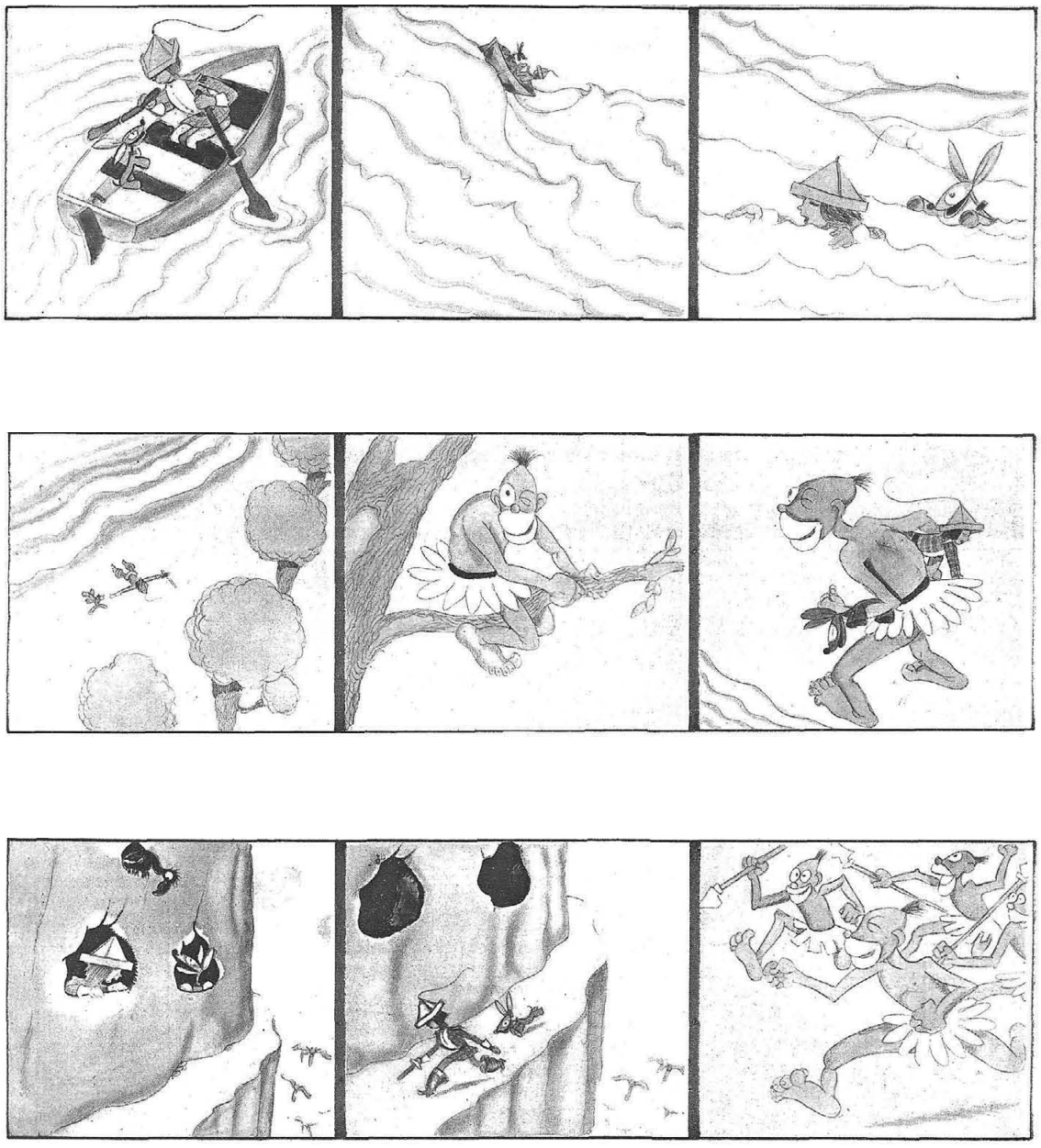
¿Están muertos? No creo; deben de estar desmayados solamente. Entretanto, en lo alto de un cocotero está el horrible-salvaje *Karraka,* esperando ver si pasa algún camello que lo lleve hasta su cabaña. Lo que ve son dos bultos que yacen sobre la arena, y que bien pudieran ser peces gordos o cualquier otro comestible. Presuroso, *Karraka* baja del árbol y corre hacia la playa.

Karraka se acerca a los bultos —que son Pipo y Pipa, como quizá, con un esfuerzo de imaginación, hayáis adivinado—, los coge y se los lleva. Tan profundo es el desmayo de los náufragos que no se han dado cuenta de nada. Pero nosotros no podemos menos de preguntarnos, con cierta angustia: ¿Adonde se los llevará ese tío tan feo?

Han pasado varias horas, de pronto, Pipo abre los ojos y se despereza; Pipa ladra un bostezo magnífico; ya han vuelto en sí. Miran en torno suyo, estupefactos; se hallan en lo alto de unas rocas enormes, metidos en sendos nidos de águilas. ¡Cosa más rara! Y, recordando el naufragio, se preguntan cómo han podido, hallándose sin conocimiento, subir hasta allí.

Ni el uno ni el otro tiene vocación para pájaro, por lo cual deciden bajar de aquellas alturas. La ascensión les ha sido bien fácil; el descenso lo es bastante menos. Cien veces están a punto de abrirse la cabeza por aquellas rocas abruptas; al fin llegan a tierra. Y echan a correr con dirección a la playa; Pipo va ideando el medio de seguir el viaje a Perlandia.

Karraka —que había ido en busca de unos cuantos compañeros suyos, tan feos como él, para enseñarles su presa— ve, de lejos, huir a los dos náufragos. Y al grito de *"¡Olelé-oleléque!",* que es su grito de guerra, todos los salvajes se lanzan en su persecución. ¡Ay, Pipo, no te veo en la isla de las Perlas!; y en cambio veo, ¡ay!, muy comprometido el tesoro de la reina Rigoberta.



EPISODIO VI

DIFÍCIL SITUACIÓN

Allá lejos corren Pipo y Pipa; tan lejos, que los salvajes quizás no los alcanzarían nunca si a *Karraka* no se le ocurriese un plan napoleónico. "Alto —grita a sus secuaces—. A esos fugitivos hay que cortarles…" "¿La cabeza?", pregunta uno. "Eso vendrá luego, naturalmente —contesta *Karraka*—. Por ahora, la retirada nada más."

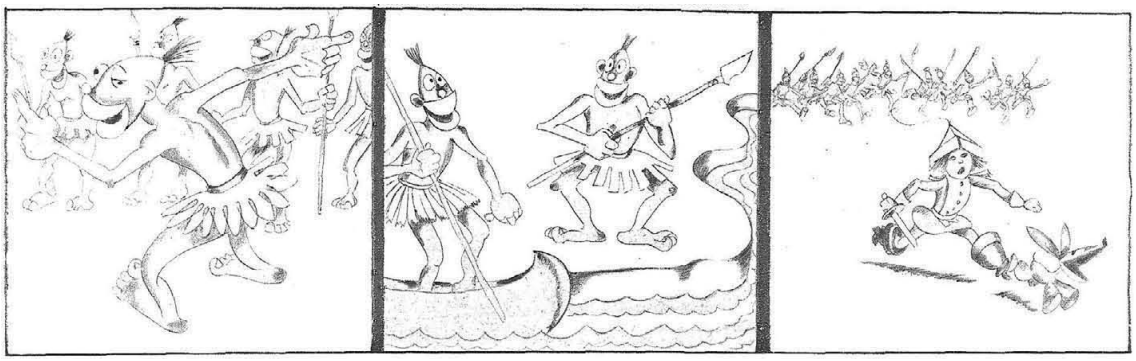
Obedeciendo las órdenes de *Karraka*, los salvajes se dividen en dos grupos; el más numeroso reanuda la carrera; el otro, compuesto de dos hombres, se embarca en una piragua, que seguirá el curso del río. Pronto tendremos la explicación del plan de *Karraka.* Volvamos ahora junto a nuestros héroes. Con su olfato maravilloso, Pipa se ha dado cuenta de la persecución.

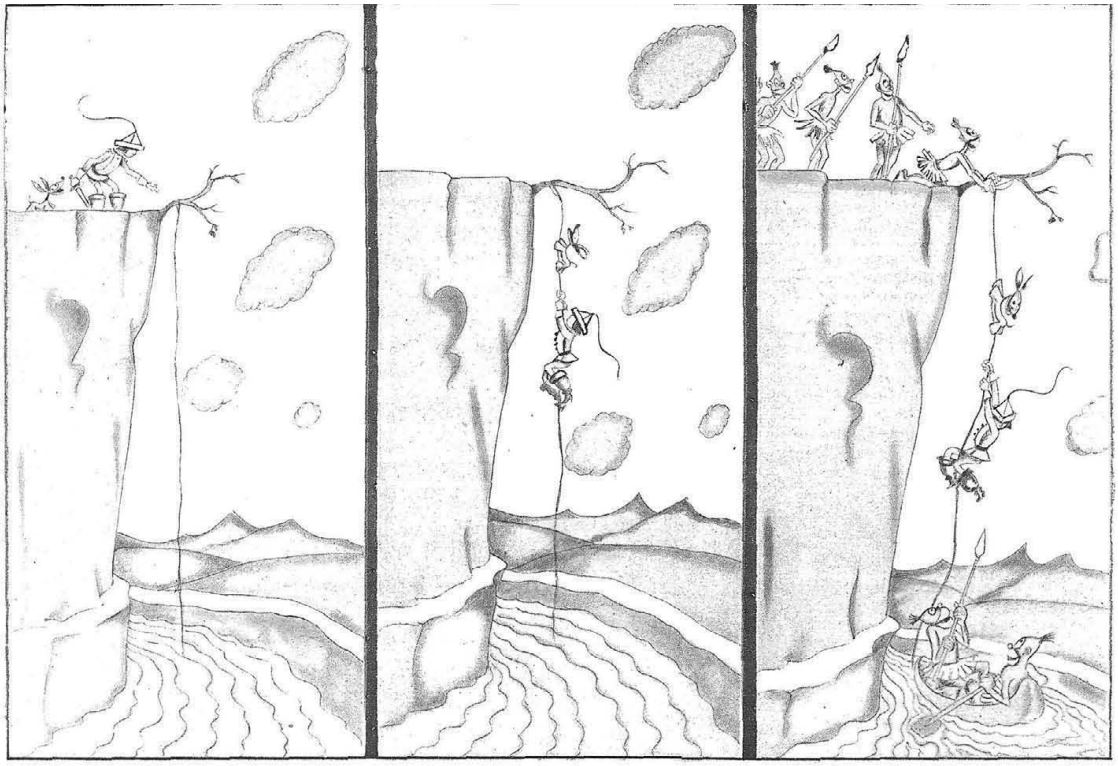
"¡Ay, mi amo! —gime—. Vienen detrás de nosotros unos tíos con una pinta de brutos que asusta." Si Pipa tiene buen olfato, Pipo tiene buena vista. Echa una mirada atrás, y tranquiliza a su compañera: "Están muy lejos —dice—; no nos alcanzan." Y con precisión admirable, añade: "Calculo que ganamos diez centímetros de terreno cada tres minutos. Siguiendo así…"

Pero la voz se le transforma en un grito de horror y se para en seco. Ya no pueden ganar terreno, porque ya... no hay terreno. Está cortado a pico sobre un río caudaloso. Rápidamente, Pipo calcula los metros que pierden cada segundo que pasa. Momento de horrible angustia. ¡Ya se perciben los gritos salvajes de los ídem! ¿Qué hacer?

¡Ah, suerte milagrosa! De una rama de árbol pende una cuerda hasta el agua. "Un anzuelo, pues ésta es la manera que tienen los salvajes de pescar truchas", declara Pipo, que lo sabe todo. Agarra la cuerda y se desliza por ella. Pipa le sigue. Ya era tiempo: pisándoles los talones, y al grito de guerra *"¡Olelé! ¡Olelé!",* llegan sus perseguidores. Pero están salvados...

Estaban salvados hasta media cuerda nada más; al llegar aquí, ven aparecer, bajo sus pies..., la piragua en la que *Karraka* colocó a dos de sus hombres para cortarles la retirada. Nuestros héroes, aterrados, se inmovilizan en su descenso; la situación es como para una película sonora. "¡Ay, mi amo —gime Pipa—, que me traigan una cama! ¡Que yo de aquí no me muevo!"





EPISODIO VII

EL HADA RENACUAJA

¡En qué angustiosa situación dejamos a nuestros héroes! Pero, cual relámpago, una idea cruza la mente del gran Pipo: entre los salvajes de arriba y los salvajes de abajo, elige... el río. De un impulso violento, amo y perrita se lanzan al agua, fuera del alcance de los de la barca; y, antes de que éstos hayan vuelto de su estupefacción, ya están lejos, nadando como dos fieras. De pronto Pipa lanza ladridos agudos: "¡Ay, ay, ay, que me pinchan la tripa! ¡Ay, que me mata ese pez espada! ¡Ay; mi amo, socorro!" Pipo se vuelve violentamente, dispuesto a defender a su compañera: "¡Alto, pez! —grita—. Contra tu espada, tengo yo la mía, que es invencible."

Pero resulta que este pez espada es un buen pez. "¡Si yo no os quiero mal! —protesta—. Al contrario, me ofrezco a conduciros a casa de mi parienta, el hada Renacuaja, que os puede ser muy útil." Encantados, nuestros héroes montan sobre el pez; Pipa murmura: "¡Lo que se aprende viajando! ¡Yo creía que en el agua el único animal de locomoción era el cangrejo!"

El hada Renacuaja se halla en su cueva, a orillas del río, preparando sus hechizos; pero ella sólo hace brujerías buenas, pues es tan amable como su primo, el pez espada. Ahora está fabricando un agua de belleza para la señora de Sapo y un ungüento para el señor Ciempiés, que padece de callos y juanetes.

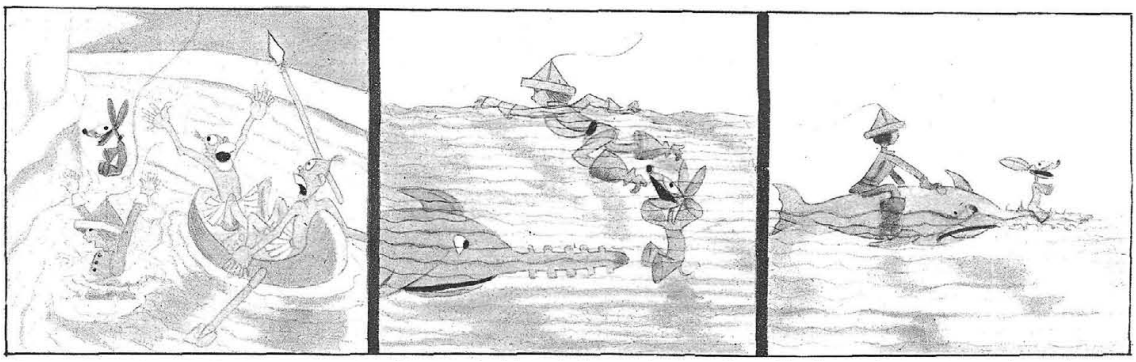
El hada acoge cordialmente a sus visitantes, y, tras de ofrecerles una copita de elixir de buen humor, pregunta: "¿En qué puedo servirte, ilustre Pipo?" "Señora Renacuaja —dice el héroe—, yo desearía saber lo que hacen el brujo Camuñas y la bruja Mediodiente." "Nada más fácil", afirma Renacuaja. Y saca un espejito de una seta que le sirve de cómoda.

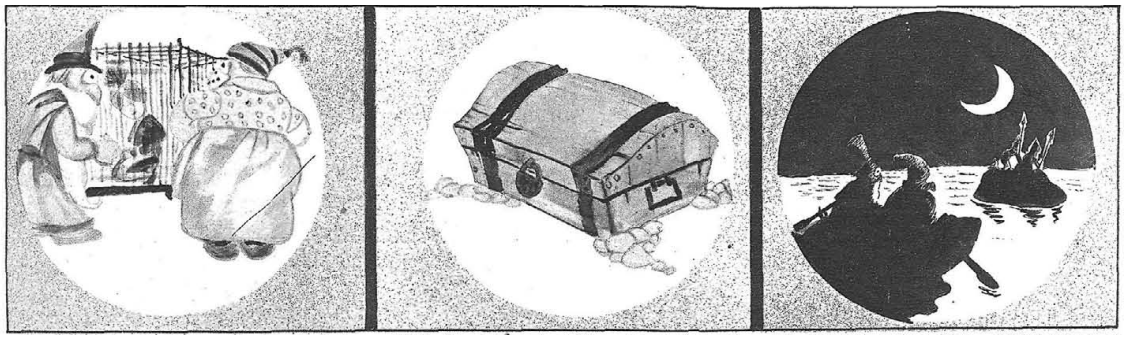
Sopla, y en el espejo aparece una extraña visión: Es una casita misteriosa, con aspecto terrorífico, aislada a la entrada de un bosque. Hacia ella se encaminan tres siluetas; una de ellas lleva un pesado talego. Renacuaja explica: "Son el brujo, la bruja y su gato; en el saco llevan al principito Capotín, hijo de la reina Rigoberta."

"¡Ah, miserables!" —ruge Pipo, apretando los puños—. ¿Qué irán a hacer con el pobre principito?" "Ahora lo sabrás", dice el hada. Sopla en el espejo; todo se borra y aparece una jaula: en ella está encerrado Capotín. Ante ella los brujos hacen gestos terribles. Y Renacuaja explica: "Le amenazan para que revele el santo y seña que permite abordar al islote de las Perlas."

"Sin duda —exclama Pipo— en este islote está guardado el tesoro de la reina Rigoberta." "Ahora lo veremos", dice Renacuaja. Torna a soplar en el espejo, y la visión anterior es reemplazada por otra: las entrañas del islote de las perlas; allí, enterrado, hay un arcón enorme. "Sí —dice el hada—, ése es el tesoro; el arcón está lleno de piedras preciosas."

"¡Cielos! —exclama Pipo—. ¿Habrá hablado el príncipe?" Una vez más el hada sopla en el espejo mágico. Ahora aparece en el fondo del cristal el islote con los sirenos; es de noche; en primer término, se ve una barca que avanza; en ella van el brujo y la bruja. "¡Ah! —grita pipo—. El principito ha hablado, y yo llegaré tarde para salvar el tesoro de la reina Rigoberta."





EPISODIO VIII

EL TERRIBLE DRAGÓN

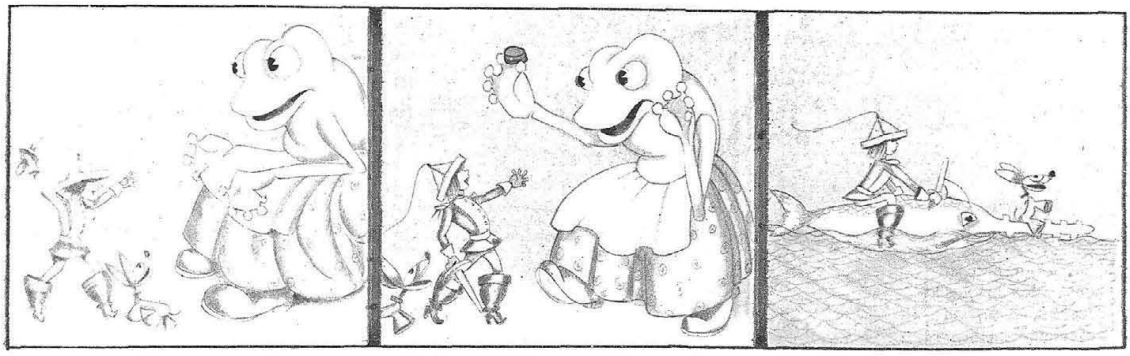
"¡Ah —exclama Pipo con dolor—, llegaremos tarde para impedir que esos miserables se lleven el tesoro de la reina Rigoberta!" Pero en seguida yergue fieramente la cabeza. "¡Mas no importa! —dice—. Lo recuperaré. Partamos ahora mismo." "¡Ah, noble corazón —dice Renacuaja entusiasmada—, yo te ayudaré con todo mi poder!"

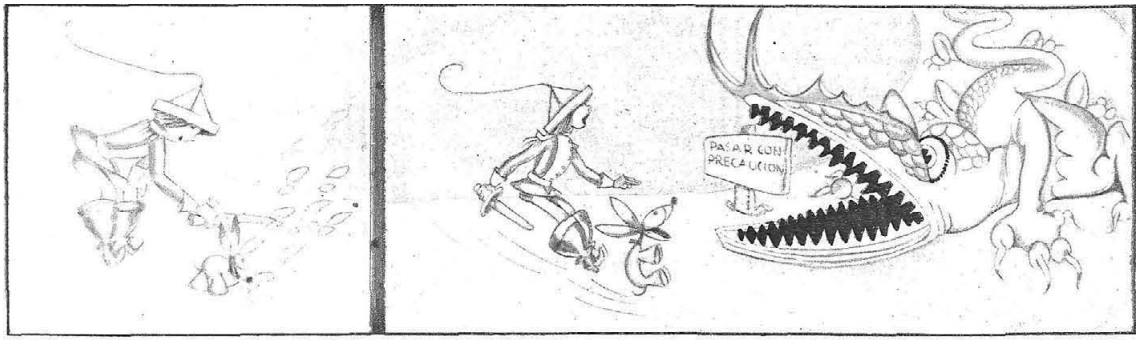
Y la amable hada entrega al héroe una cajita que contiene tres píldoras microscópicas. "Cada una de estas píldoras —explica— es un talismán invencible que te sacará de algún apuro, por grande que sea; pero fíjate en que sólo hay tres. No las malgastes; utilízalas solamente en casos gravísimos." Pipa tira a su amo de la chaqueta y le dice al oído: "Mi amo, yo creo que esta señora nos toma el pelo; estas píldoras se parecen a unas que tomó contra el reuma un tío mío, muy elegante, que era *fox terrier* y todo." "Calla, Pipa, y no seas desconfiada", protesta Pipo, indignado. El hada Renacuaja, sin enterarse de este aparte, llama: "¡Wenceslao!" Y aparece el pez espada, que lleva a nuestros héroes hacia Perlandia.

¡Pobre reina Rigoberta!... ¡Qué afligida está!… Soberana riquísima y madre feliz, se ha quedado de pronto sin hijo y sin fortuna. No cesa de llorar y gemir: "¡Mi tesoro! ¡Tesoro mío!" Pero aun cuando hayan desaparecido a la vez el cofre y Capotín, se comprende que el tesoro por el cual llora la reina no es el que estaba encerrado en las entrañas del islote.

Como si fueran pocas las desventuras que se han abatido sobre Perlandia, la capital está amenazada de una inundación inminente: en las calles el agua alcanza ya casi un metro de altura. Este agua son las lágrimas de los perlandeses, que lloran porque el país está arruinado y el trono se ha quedado sin heredero. Tan ocupados están todos en llorar y desesperarse que nadie para mientes en que han abordado a la isla de las Perlas dos forasteros, que se dirigen sin vacilar hacia cierta casita misteriosa que ya conocemos. Estos caminantes que demuestran tener tanto valor que no temen acercarse a la casa maldita, a través de las sombras de la noche, sólo pueden ser héroes o bandidos. Son héroes: son "nuestros" héroes.

¡Hay que ver en qué plan avanza el gran Pipo! Decidido a todo, entre otras cosas a hacer papilla al matrimonio brujo, para arrancar de sus manos "los tesoros" de la reina Rigoberta. Pero en la casa maldita le espera una terrible sorpresa: la casa está vacía; los miserables han desaparecido con su presa. Afortunadamente, unas huellas que hay en la carretera indican la pista de los fugitivos. "Lancémonos en su persecución —grita el héroe—. ¡Adelante!" "¿Y no sería mejor —insinúa Pipa— manifestarles nuestro desprecio... volviéndoles la espalda?" Por suerte para ella, su amo no la oye. El emprende la marcha, y la pobre perrita no tiene más remedio que seguirle. De pronto se levanta un furioso vendaval que hace temblar los árboles; una densa humareda llena el aire y hace estornudar a Pipo y Pipa, y un calor abrasador les hace sudar a chorros. "Ay, mi amo —ladra Pipa, aterrada—, ¿qué pasa?" Lo que pasa, mejor dicho, lo que se acerca es... un dragón. El viento son sus resoplidos, la humareda le sale por las narices y el calor lo causan las llamas que arroja por la boca.




PASAR CON
PRECAUCION

EPISODIO IX

EN LA TRIPA DEL DRAGÓN

Dejamos a nuestros héroes frente al dragón, que se disponía a devorarlos. Sin embargo, no nos hemos asustado demasiado, ¿verdad? ¡Estábamos tan seguros de que Pipo se salvaría una vez más! ¿Dragoncitos a él? ¡Con la de animales de estos que se lleva metidos en el bolsillo! Sereno, magnífico, el héroe ha blandido su espada; ha gritado con voz poderosa: "En guardia, dragón"; se ha abalanzado… Pero entonces… Sí, lectores, sí; horror me da decirlo, pero así es. Entonces, digo, sucede lo que aquí veis. Sucede que el monstruo abre una boca del tamaño de un portalón y… se traga a Pipo y Pipa, con espada de madera y casco de papel y todo.

Y después de tragárselos con la misma facilidad con que Pipa se traga un par de mosquitos, el dragón vuelve la cola tranquilamente y se marcha. Llega a un enorme peñasco, sube por unas cuestas en zig zag; en lo alto hay un bello castillo de piedras rojas, hacia el cual se dirige el dragón. Entremos antes que él.

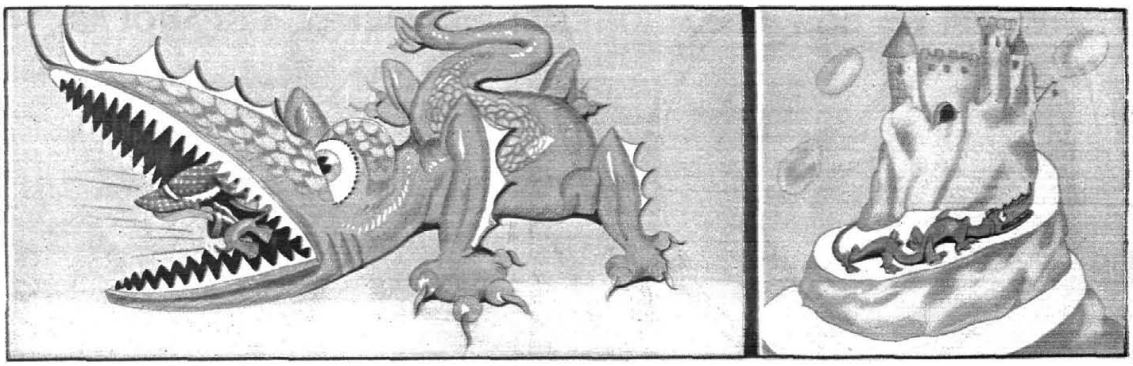
Ya estamos en el castillo. Nos deslumbra un resplandor maravilloso producido por un verdadero río de piedras preciosas que cubre los suelos. Hay miles y miles de rubíes, esmeraldas, perlas, brillantes; y hay también dos viejos *amigos* nuestros: son el brujo Camuñas y la bruja Mediodiente. Con ojos que brillan también —pero es de codicia—, cuentan su tesoro, el tesoro que han robado a la reina Rigoberta. Es decir, cuentan uno de sus tesoros. Del otro, ni hacen caso. ¡Pobre principito Capotín! Sus miserables raptores le han reducido a la esclavitud. Ahora está barriendo los suelos, él, el principito más mimado y más rico del mundo… ¡Hasta el gato Pipitaña le mira con pena!

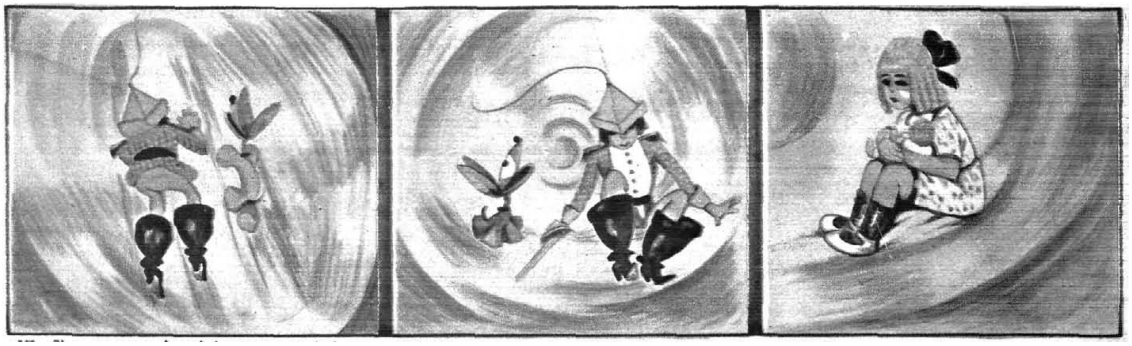
En esto llega la bruja. "¿Qué manera de barrer es ésa?", le grita. Y le da un tirón de orejas. "¡Ay, ay, ay!", llora Capotín. "¡No me atolondres!", grita Mediodiente. Y le tira un pellizco. El principito ahoga sus lágrimas y suspira: "Tengo hambre. ¡No he comido nada desde ayer!" "Pues toma una torta", contesta la vieja, y le larga un bofetón.

Si no os asusta demasiado penetrar en la boca del dragón, volvamos a nuestros héroes. Como son tan pequeños para él, el monstruo se los la tragado sin mascar. ¡Afortunadamente! Por su garganta, Pipo y Pipa se deslizan con velocidad. "Hombre —murmura Pipo, siempre tranquilo—, esto parece un tobogán." "Lo que parece —ladra Pipa, siempre furiosa— es la bajada a los mismísimos infiernos."

De pronto, parada y fonda. Han llegado al vientre del dragón. El lugar no es muy confortable, que digamos; pero es espacioso. "Vaya —dice Pipo—, ya que estamos en la tripa, hagamos de tripas corazón." Y se instalan lo mejor que pueden, cuando —¡oh, sorpresa!— oyen una vocecita dulce que canta: "Tengo una muñeca vestida de azul, con su camisita y su canesú."

Parece raro que ésa sea la voz del dragón y que el dragón tenga muñecas. ¡Como que no es él! Con asombro, Pipo y Pipa descubren que no están solos: cerca de ellos hay una niña muy mona que acuna una muñeca vestida no de azul, como dice la canción, sino de rosa. "¡Hay que ver lo bien habitada que está esta tripa!", exclama Pipa. Y Pipo se dispone a entablar conversación con su vecina.





EPISODIO X

EL DRAGÓN ENFERMO

"Me llamo Pitita —dice la niña rubia—, y esta es Doña Escotofia, mi muñeca. Yo vivía con mis papás, que me habían prohibido alejarme de casa; pero un día Doña Escotofia y yo desobedecimos por perseguir una mariposa de plata; nos encontramos al dragón, que nos tragó, y aquí estamos." "¿Y qué tal se pasa aquí?", pregunta Pipo. "Algo aburridillas lo pasamos; pero ahora que habéis venido estaremos más distraídas."

"Es verdad —aprueba Pipa—; podremos jugar a las cuatro esquinas." Pero el héroe protesta. "Formalidad, Pipa —exclama—; no olvides que tengo que recuperar el tesoro de la reina Rigoberta; es preciso que salgamos pronto de aquí. Mira, Pipa, vete a dar una vuelta hasta la boca del dragón, y aprovechas cualquier bostezo suyo para echar una mirada fuera y enterarte de dónde estamos."

Pipa echa a correr, y al cabo de dos horas vuelve de su excursión. "He reconocido los lugares —dice—, y estamos en el patio de un castillo." Mas, ¿qué ocurre? ¿Qué ventolera les ha dado a nuestros amiguitos, que bailan y pegan saltos enormes? ¿Tan alegres están? No; estos movimientos desordenados forman parte del plan de huida que ha ideado el héroe.

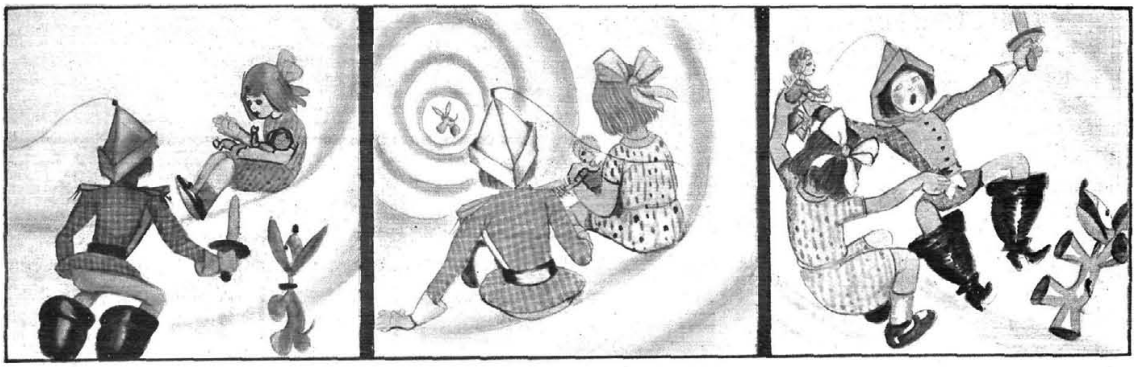
El dragón está de un humor de perros..., o de dragones, que es aún peor. Y es que se siente enfermo. Se decide a consultar a su amo, el brujo Camuñas, que es, como todos los brujos, un poco médico. "¿Qué síntomas notas?", pregunta Camuñas. "Ay, mí señor brujo —gime el dragón—, yo estoy muy malito...; me siento removido..., me duele la tripa como si todo me diese vueltas y me bailase dentro... ¡ Ay, he sentido como un tiro en el estómago! ¡Ay, ahora parece que me han dado un puntapié en el vientre! ¡Ay, ay, ay!". "Ya veo lo que te pasa —declara el brujo—; debes de tener una indigestión; sin duda, te habrás dado un atracón de niños y te los has tragado sin mascar, según tu costumbre. Voy a darte un vomitivo, y quedarás como nuevo."

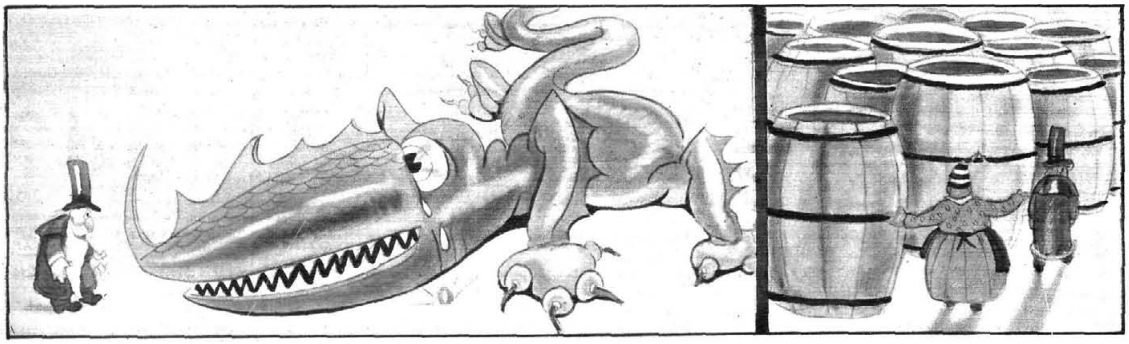
El brujo Camuñas y la bruja Mediodiente conducen al enfermo a una cueva llena de barricas de ricino, pastillas de goma y sellos de aspirina. Es la farmacia del castillo. "Tres cubas de ipecacuana", ordena Camuñas. El dragón empieza a hacer dengues: "Eso debe de saber muy mal. ¡Yo no lo tomo, no lo tomo! ¡Ea!" Pero como le aumenta el dolor de tripas, se resigna.

Y se traga el vomitivo, que al punto produce su efecto. ¡Dios mío, las cosas que arroja el animalito! Árboles, casas, aparatos de radio, motocicletas, loros disecados... La verdad es que la indigestión estaba justificada. Sin embargo, le siguen los dolores. Por último, aparecen nuestros amigos por ese túnel que es la boca del monstruo.

Suavemente, cual trineo por pendiente nevada, se deslizan, uno tras otro, por la lengua colosal, hasta el suelo, Pipo, Pipa, la rubia Pitita y Doña Escotofia, la muñeca vestida de rosa. Y mientras el dragón lanza un suspiro de alivio, ellos exclaman (todos, menos Doña Escotofia): "Qué gusto da volver a ver la luz del sol. ¡Estamos salvados!"

¿Salvados? ¡Ay, no, no lo están! Se hallan frente a otros dos "dragones": el brujo y la bruja, que contemplan con una alegría salvaje la inesperada aparición de Pipo y Pipa. "Ay, mi amo —gime la perrita—. Yo me vuelvo a la tripa del dragón". Pero el héroe, impávido, se dispone a luchar contra los brujos y arrancar de sus garras el doble tesoro de la reina Rigoberta.





EPISODIO XI

SOMBRAS EN LA NOCHE

¡Qué escena! Cuando la recuerdo, los pelos se me ponen de punta y me tiembla el pulso. Al ver surgir de la boca del dragón al odiado Pipo, a quien creían haber matado hacía ya tiempo, los brujos han lanzado un rugido espantoso de rabia y de odio. Y mientras el monstruo (me refiero al dragón), aliviado, se va a tomar una taza de manzanilla, los brujos se abalanzan como fieras sobre nuestros amigos. Entonces sucede algo sorprendente; sucede… que no sucede nada. Quiero decir, que Pipo, el valeroso, el invencible Pipo, se deja coger sin oponer resistencia; más aún: consiente que aquellos miserables se apoderen de Pipa y de la pobre Pitita, que contempla esta escena con una expresión de horror en sus ojos de cielo.

En la jaula de hierro, en que han sido encerrados, la nena rubia llora su desventura. A Pipa lo que más la duele es la actitud de su amo. "Parece mentira —ladra amargamente— que tú, el gran Pipo, te hayas portado como un cobarde." "¡Ya, ya! —asiente Pitita enjugando sus lágrimas—. ¡Yo que le creía a usted tan valiente!" Pero el héroe tiene una sonrisa enigmática y calla.

El principito Capotín sigue reducido a la esclavitud; la horrible bruja le obliga a realizar las faenas más duras y molestas de la casa; vedle ahora: ha ido al pozo a llenar dos cubos de agua; al cruzar con su pesada carga un pasillo oscuro, oye una voz que cuchichea: "Ssss ¡Alteza!"; y una mano misteriosa, que sale de entre los barrotes de una jaula, le entrega una carta.

Cuando el pobre Capotín ha terminado de barrer y fregar, la bruja le da, como recompensa, un mendrugo de pan y el permiso para retirarse a descansar a un horrible cuartucho. En este cuarto lee la misteriosa carta, que dice: "Alteza, cuando todos duerman apodérate de la llave que hay en el vasar de la cocina y abre la puerta de la jaula. Huiremos todos juntos. Tu amigo. Pipo."

Es de noche; débilmente iluminado por la claridad fantástica de la luna, el Castillo Rojo aparece más siniestro que nunca. El silencio sería profundo absoluto, impresionante, si no lo turbaran unos ruidos, que parecen de órgano o de motor; son los ronquidos del brujo Camuñas, de la bruja Mediodiente y del dragón.

Una pequeña silueta recorre el interior del Castillo; va de puntillas, sigilosamente; cruza pasillos, habitaciones y antesalas; llega a la cocina, entra, vuelve a salir con una enorme llave en la mano. Ahora baja escaleras tenebrosas que conducen a los sótanos; allí está la jaula terrible; hacia ella se dirige la pequeña silueta misteriosa.

En la jaula suenan tres "tics-tacs" casi imperceptibles, como de microscópicos relojitos; son los latidos de tres corazones que esperan, anhelantes, el momento de su liberación: ¡Ah!, unos pasos... se aproximan… una llave chirría en la cerradura... la puerta de la jaula se abre... Y Pipo murmura en un soplo: "Vamos. ¡Estamos libres!"

Sí, están libres todos, y juntos franquean el portón del Castillo Rojo. Pipo ha salvado el más preciado tesoro de la Reina Rigoberta. "¿Comprendéis ahora —dice a sus compañeras— por qué fui cobarde? ¿Iba yo a consentir que nos salvásemos sin él?" Y añade: "En cuanto al otro tesoro... ya volveré a recuperarle." "Pero sólito, ¿eh? —ladra quien os podéis suponer."

EPISODIO XII

LA CASITA ENCANTADA

Andando, andando, nuestros cinco fugitivos han cruzado campos, valles y selvas sin hallar un pueblo. Pitita, la nena rubia, se queja de fatiga; el principito Capotín tiene sueño; Pipa gruñe —naturalmente—, porque tiene hambre. Hasta Doña Escotofia, la muñeca, tiene sed. "Valor —dice Pipo, siempre animoso—; creo que detrás de aquellos árboles hay una casa".

En efecto, hay una casita blanca, con maderas verdes. "¡Ah, de la casa!", grita Pipo con voz potente; nadie contesta. Golpean la puerta: sólo el eco responde a su llamada. Esperan: silencio total. Franquean la valla: nada. En el patio hay una perrera. "Voy a preguntarle a mi compañera...", dice Pipa. Pero la perrera está vacía. No cabe duda: la casa está deshabitada.

"Entremos a ver qué pasa", dice Pipo, resuelto. La puerta está abierta; entran; recorren varios salones y, de pronto, se hallan en un extraño comedor; es decir, en un comedor como muchos comedores, pero lo extraño es que hay en él una mesa con cinco cubiertos. "Qué casualidad —exclama Capotín—, parece que está dispuesta la mesa para nosotros cinco".

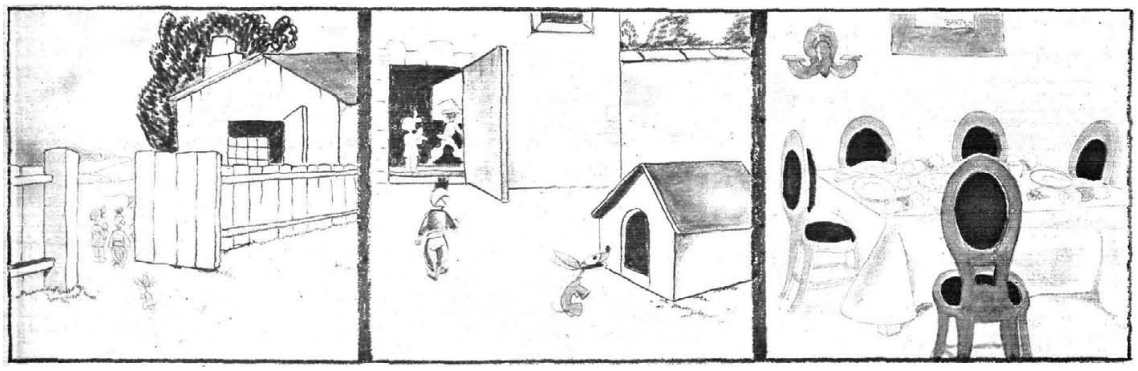
"¡Pues sentémonos!", dice Pipo riendo. "¡Vaya una gracia —gruñe Pipa—; sentarse en torno a una mesa, sin comer, para que se le abra a una todavía más el ap..." Pero en este instante cae sobre la mesa un hermoso jamón; luego, una tarta de crema, vinos variados, viandas de todas clases. Mentiría si os dijera que este festín es mal acogido; y si os dijera que Pipa es la que menos come, no me creeríais.

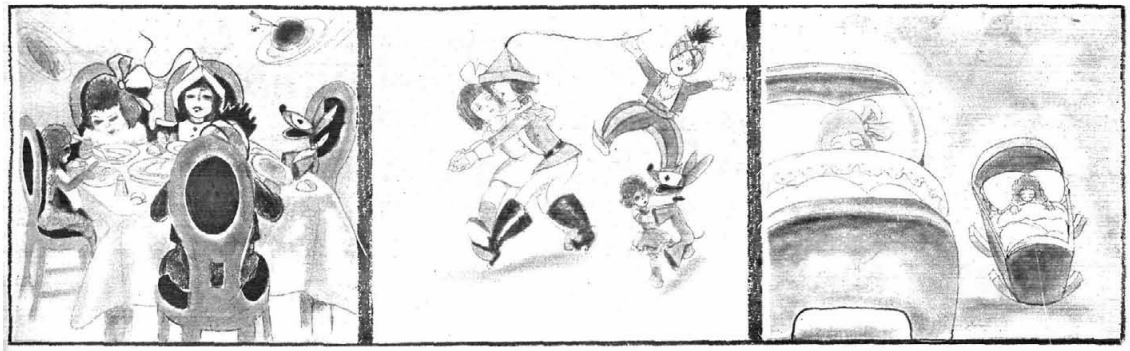
Todos comen y charlan encantados; la perrita no pierde bocado, y solamente a los postres habla para decir: "Me gusta esta casa; yo ya no me voy de aquí". En este instante suena una música, que toca un fox endiablado. Nuestros amigos, que son aficionados al cine, han visto que en todas las películas elegantes se baila después de comer, y ellos no van a ser menos. Giran como peones. ¡Uf, están rendidos!

¿Acaso en tan estupenda "fonda" no se ha de poder descansar a gusto? ¡Ya lo creo que sí! Visitando la casa, los cinco amigos entran en un cuarto, tapizado de raso celeste, en el cual hay una camita pintada de blanco y, a su lado, otra chiquitina, emperifollada con cintas y encajes. "Este es mi cuarto", declara Pitita. Se acuestan ella y Doña Escotofia, y al poco rato suenan unos ronquidos… dulces y melodiosos, de niña bonita y de muñequita de biscuit. Entretanto Pipo y Capotín se han instalado en otra alcoba y Pipa ha ido a dormir a la perrera. Momentos más tarde la perrita sueña con el excelente desayuno que hará mañana, Pipo con la manera de rescatar el segundo tesoro de la reina Rigoberta, y Capotín con que está en brazos de su mamá.

Comprendo que os dé pena abandonar la casita encantada y alejaros de los amables huéspedes que hay en ella; pero no tenemos más remedio que volvernos al castillo de Piedras-Rojas para asistir al despertar de los brujos. Es horrible este despertar. Al encontrarse con que la jaula está vacía, Camuñas grita y se tira de las barbas; a Mediodiente le da un patatús.

El amable matrimonio no se resigna a dejar libres a sus víctimas. "¡Hay que perseguirlos!" dice Mediodiente con rabia. "Sí —asiente Camuñas con furor—, corramos tras de ellos; ¡y como los cojamos...!" "¡Ah, como los cojamos!", repite la bruja. Aprietan los puños y sus ojos lanzan chispas de ferocidad. ¡Dios mío, como cojan a los fugitivos! Terror da pensarlo...





EPISODIO XIII

EL RAJÁ DE FILIKAYA

Amanece; en la confortable perrera, Pipa despierta; lo primero que hace es bostezar y desperezarse (esto nos indigna un poco, pero no nos sorprende, pues ya sabemos que nuestra perrita tiene más simpatía que buena educación); lo segundo es gruñir: "Tengo hambre." No ha acabado de ladrar estas palabras, cuando un exquisito aroma a canela acaricia su olfato.

Y por los aires acuden hacia Pipa un tazón de chocolate, acompañado de una copa de leche y seguido de una bandeja de bizcochos. ¡Su desayuno predilecto! ¿Me creeríais si os digo que Pipa le hace honor? Todo está riquísimo; no queda una gota, ni una miga para muestra. Pipa se "ha hinchado"; tanto, que al querer salir de la perrera, apenas cabe por la abertura.

Y para reunirse con sus compañeros, se dirige hacia la casa encantada (menos encantada que la propia Pipa, que no cabe en sí de gozo al verse tan bien atendida). Pero si la perrita está satisfecha, su curiosidad no lo está tanto. Al cruzar el patio, Pipa refunfuña: "Me gustaría saber quién es el amo de esta casa y el cómo y el por qué de todos estos misterios".

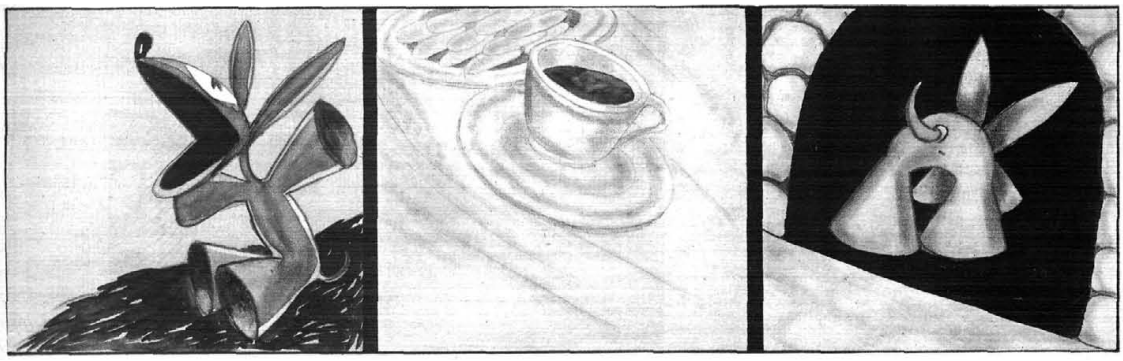
En este instante el piso desaparece bajo sus pies; una losa del patio se hunde y Pipa cae en una trampa y se halla en un subterráneo. ¿Estará por aquí la clave del misterio? La perrita echa a correr por un pasillo, sube unos peldaños, cruza una cueva, baja una escalera de caracol y se detiene ante una cortina de gasa, a través de la cual vislumbra una claridad y oye voces. Y ve, en un salón espléndidamente adornado e iluminado, un príncipe oriental y, ante él, un negrito. "¿Qué manda el señor raja de Filikaya?", pregunta el negro al príncipe.

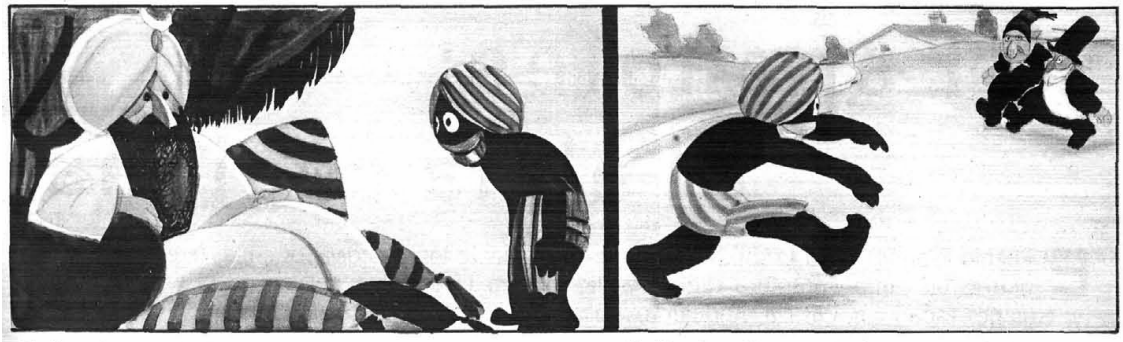
"Te ordeno, Alí —contesta el rajá—, que vayas a avisar a Camuñas y a Mediodiente que tengo los fugitivos a su disposición." "Señor —torna a preguntar Alí—, ¿no huirán entretanto, llevándose al príncipe Capotín, hijo de vuestra prima odiada, la reina Rigoberta?" "No hay cuidado que se marchen —exclama el soberano—; los estoy entreteniendo con toda suerte de halagos, que los tienen embobados. Corre, Alí." El negrito sale a cumplir las órdenes de su amo y llega al Castillo Rojo en el instante en que los brujos salen en busca de los fugitivos.

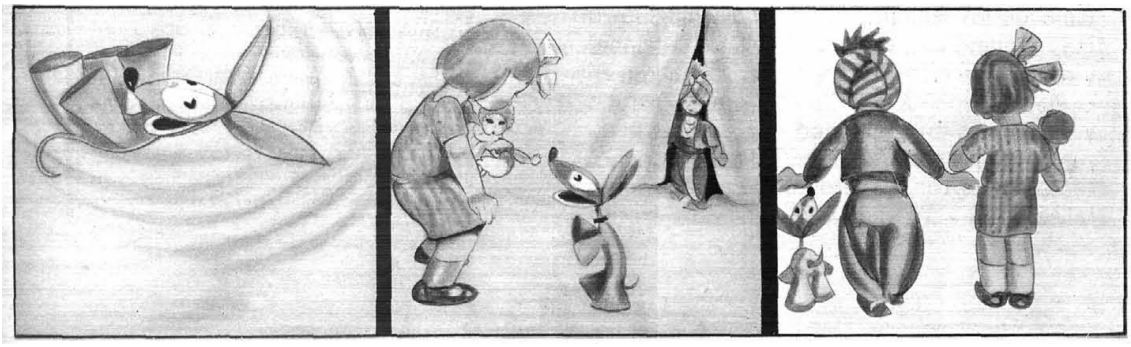
Entretanto la pobre Pipa se ha quedado tan aterrada por el secreto que ha sorprendido, que da tres volteretas de horror. Luego vuelve corriendo sobre sus pasos, sale de nuevo al patio y se precipita hacia la casa encantada para avisar a sus compañeros y huir todos del peligro. La nena rubia está jugando con su muñeca.

Y el principito, que se entretiene en rizarse la pluma de su turbante, ahoga un grito de angustia al enterarse de que está en poder de su tío, el rajá de Filikaya, el mismo que desde hace años le disputa a su mamá el trono de Perlandia. Menos mal que están prevenidos y pueden huir antes de que lleguen los brujos.

"Hay que avisar en seguida a mi amo", dice Pipa. "Sí —dicen Pitita y Capotín—, vamos a buscar al señor Pipo, que está en el comedor, preparando sus planes de campaña." Los cuatro suben al comedor; pero Pipo no está en él. Entonces registran toda la casa… Nada. Pipo no está allí; Pipo ha desaparecido.







EPISODIO XIV

EL FALSO ALÍ

"¡Pipooooo! ¡Pipooooooo!", llaman Pitita, Capotín, Pipa y hasta creo que Doña Escotofia. Y tan preocupados están llamando a su compañero, que ni siquiera se dan cuenta de que se ha cerrado la puerta y, por fuera, la llave ha girado en la cerradura. Ni oyen un gran alboroto que se produce en la casa.

Es que han llegado el brujo Camuñas y la bruja Mediodiente. El rajá de Filikaya —que, por cierto, se llama Otomán— sale a recibirlos, y los abraza, llamándoles "Queridos compañeros", porque los tres son compañeros en maldad. "¿Conque están aquí esos *angelitos"*, pregunta Mediodiente.

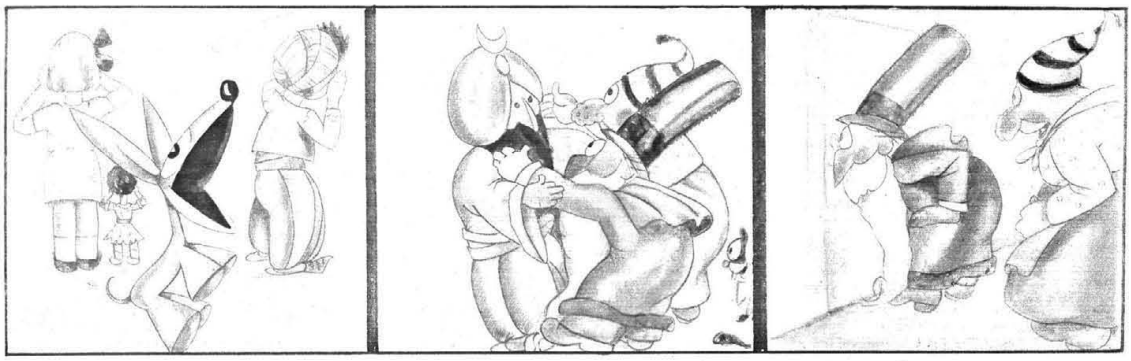
"Sí —contesta Otomán—, encerraditos los tengo; venid a verles". Uno tras otro, miran por el ojo de la cerradura. Cansados de llamar, nuestros cuatro amigos se han sentado y lloran. "¡Uy, qué tristes están!", murmura Camuñas, frotándose las manos. "¡Están para comérselos... con tomate!", dice la bruja relamiéndose.

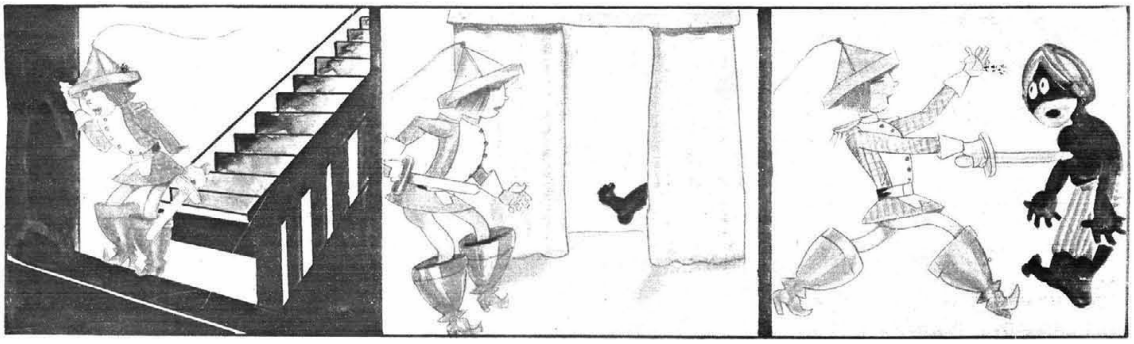
Pero volvamos a nuestro héroe; sin duda, os preguntaréis ansiosamente: "¿Dónde estará Pipo? ¿Qué será de Pipo?" Pipo, cuando sus amigos aun dormían, se levantó y empezó a hacer deducciones con su espíritu detectivesco; tantas buenas cosas como les estaban sucediendo le daban mala espina, y, resuelto a aclarar el misterio de la casa encantada, bajó la escalera, y fue a colocarse en acecho junto a ciertas cortinas de aspecto singular. "Por aquí tiene que pasar algo", pensó nuestro héroe. Lo que pasó no fue algo, sino alguien: El negrito Alí, que volvía de avisar a los brujos. Cual tigre que cae sobre su presa, Pipo se abalanza sobre el negrito y, poniéndole su terrible sable de madera en el pecho, le dice: "Ríndete, o eres muerto".

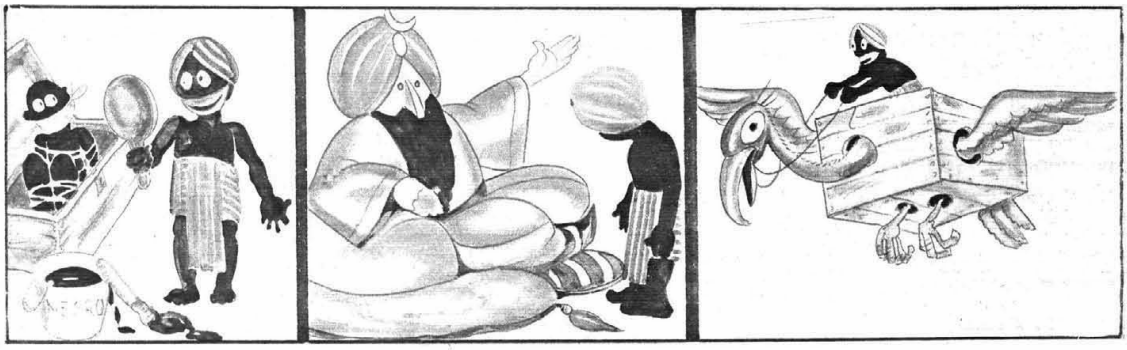
Alí prefiere rendirse. "Pronto —ordena Pipo—, contesta: ¿quién eres?, ¿de dónde vienes?, ¿quién es el amo de esta casa?, ¿dónde está?". Y mediante estas preguntas, a los pocos minutos está tan enterado de todo como nosotros lo estamos desde hace ocho días. Entonces ata fuertemente al negrito tembloroso, le amordaza y se lo lleva a un arcón, donde lo encierra, no sin antes quitarle su traje. Pipo se pinta de negro, se pone el traje de su prisionero; en fin, se convierte en Alí. En este instante suena una voz que llama imperiosamente: "Alí". El nuevo negrito se precipita. "¡Señor!" Y, humildemente inclinado, aparece ante el rajá de Filikaya.

"Alí —ordena S. M. Otomán—, ve presto a avisar a mi generalísimo Muslín Bey; dile que ponga en pie todas mis tropas; explícale que tengo en mi poder al príncipe Capotín, hijo de mi prima la reina Rigoberta, y que, guardándole en rehenes, vamos a caer, sin previa declaración de guerra, a traición, sobre el reino de Perlandia. Ve volando."

"Las órdenes de mi amo serán obedecidas", dice el falso Alí, inclinándose hasta tocar el suelo. Y, en efecto, volando, parte; como que utiliza el perfeccionado avión cuatrimotor que aquí veis. Muy contento queda el rajá de Filikaya. Muy alegres quedan los brujos Camuñas y Mediodiente… Pero, si hubieran visto la sonrisa que anima el semblante del falso Alí..., ¡acaso temblarían!







EPISODIO XV

“TORRAOS” Y “REFULGENTES”

El *Pipolín* (que es el nombre que Pipo ha dado a su veloz trimotor) acaba de aterrizar; en seguida surge de él un negrito, que no es otro —como recordaréis sin duda— que nuestro héroe, disfrazado de Alí. Sin perder un momento, Pipo echa a correr en dirección al campamento militar de los *Torraos*, que son los soldados del rajá de Filikaya.

Mala catadura tienen los tales *Torraos;* la expresión de su rostro es feroz, y llevan en la cabeza unos cascos con puntas, que utilizan para embestir al enemigo. Pero Pipo no se arredra ante su aspecto fiero, y, ni corto ni perezoso, solicita hablar con el generalísimo. "Vengo —dice arrogante— de parte de mi amo, el raja de Filikaya." Al punto es obedecido.

"Habla, mensajero —ordena el terrible generalísimo de los *Torraos".* "El rajá de Filikaya —dice el falso Alí— me manda para decirte que pongas al punto tus tropas en pie de guerra, partas contra Perlandia y te apoderes de la capital, que la reina Rigoberta te entregará sin resistencia en cuanto la digas que mi amo tiene en rehenes al príncipe Capotín".

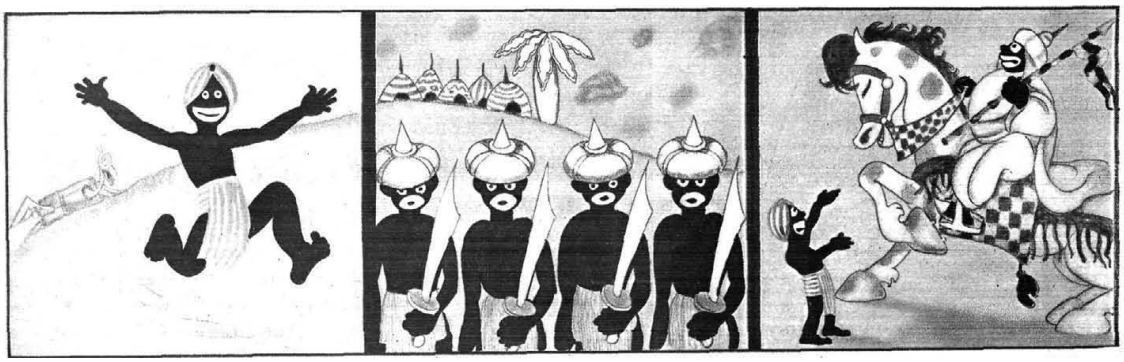
"¡Rataplán, rataplán, plan, plan! ¡Porrón, porrón, pon, pon". Todos los tambores del campamento redoblan; todos los *Torraos* acuden en plan de batalla. Pipo vuelve a montar en su *Pipolín;* ya comprenderéis que no da por terminada su misión. ¡Ni mucho menos! Ahora se lanza al aire con rumbo al campamento de los *Refulgentes,* que son los soldados de la reina Rigoberta.

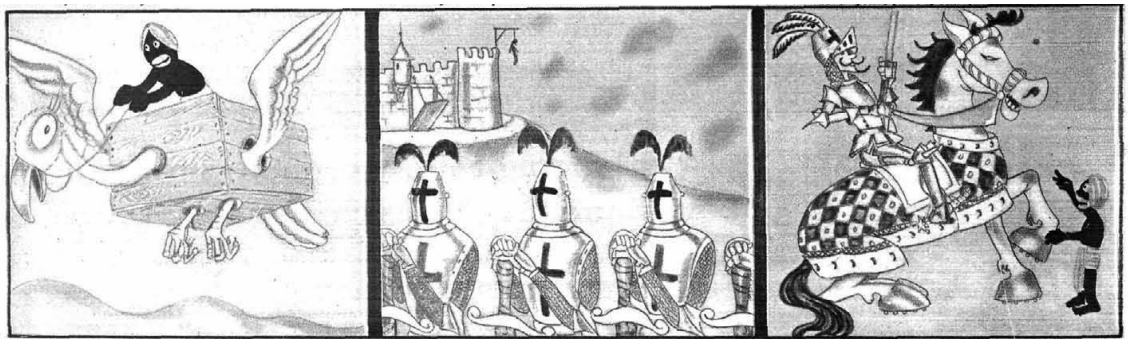
Los *Refulgentes* deben su nombre al brillo de sus armas de acero y también al resplandor de sus hazañas; son tan nobles como valientes y sólo pelean por el bien y por su reina. "Señores soldados *Refulgentes* —dice Pipo—, deseo hablar con vuestro jefe para un asunto urgentísimo". Momentos después nuestro héroe es admitido a presencia del bravo capitán Trompeta. Pipo se cuadra y dice: "Mi capitán: sabed que el ejército de los *Torraos* se dispone a atacar el reino de Perlandia; partid presto en defensa de vuestra amada soberana". "¡Ópalos y diamantes! —exclama el capitán Trompeta—, ¡allá voy!" Tararí, tararí. Mientras suenan los clarines del campamento, Pipo desaparece veloz en su *Pipolín.*

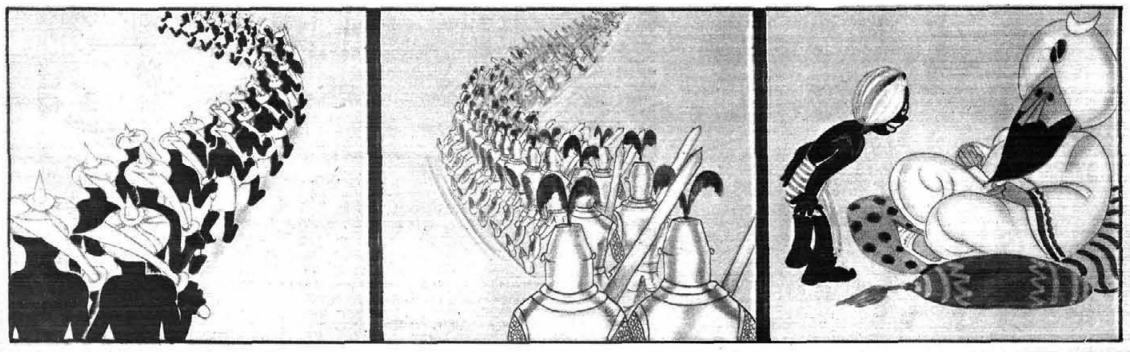
Camino de Perlandia, por la vía Este, marchan las huestes feroces del rajá de Filikaya. Los *Torraos* van alegres y confiados; la victoria se presenta segura, fácil y sin peligros, pues la capital de Perlandia está desarmada y sus defensores, los *Refulgentes,* se hallan lejos; lejos de Perlandia y lejos de sospechar el ataque traicionero.

Camino de Perlandia, por la vía Oeste, marchan las tropas *Refulgentes,* a las órdenes del bravo capitán Trompeta. Caminan alegres y resueltos, porque van a defender a su soberana, la reina Rigoberta. Sus armas brillan al sol, y los leales militares entonan a una la "Marcha Esmeraldina", que es el himno nacional de Perlandia. ¡Horrible guerra se prepara!

Pipo, en su *Pipolín,* ha vuelto a la casita encantada e, inclinándose ante el rajá, dice: "Señor, vuestras órdenes han sido cumplidas". "Está bien —contesta el rajá—; parto, a mi vez, para Perlandia, en compañía de Camuñas y Mediodiente, para asistir a la derrota de mi odiada prima Rigoberta. Dejo los prisioneros a tu custodia. ¡Me respondes de ellos con tu cabeza, Alí!"







EPISODIO XVI

EL PRIMER CAÑONAZO

Al partir el rajá de Filikaya, acompañado de los brujos, ha ordenado que los prisioneros sean encerrados en una jaula, y ante ella ha puesto de centinela al negrito Alí (Bueno, al que él cree que es Alí). Pipa está furiosa: "Esto no se hace con persona —gruñe—, esto se hace con los grillos." ¡Qué pena nos daría si no supiéramos quién es el supuesto carcelero! Pipa le ladra. Doña Escotofia llora, porque cree que es el coco. El principito Capotín le amenaza con el puño, y Pitita le saca la lengua y le llama feo. "Gracias", dice el centinela. Al oír aquella voz, Pipa lanza un grito: "¡Cielos! ¡Este moreno es mi amo!"

Entre la alegría general. Pipo liberta a sus compañeros. Luego sacan al verdadero Alí del arcón y lo encierran, a su vez, en la jaula. Pipo se lava y se vuelve a poner su traje. Pipa no cesa de saltar, loca de alegría. "¡Ay, Pipo, qué contenta estoy por volverte a ver —dice—; sólo me falta un plato de arroz con leche...!

Huyen nuestros amigos de la casita infernal. "¡A Perlandia!", ordena Pipo. "Sí, sí —dice el principito Capotín—, vamos a ver a mi mamá". "A verla y a salvarla", añade el héroe, amenazando con su espada. Todos corren como gamos. El recuerdo de las cocinas de la reina Rigoberta pone alas en las patitas de Pipa…

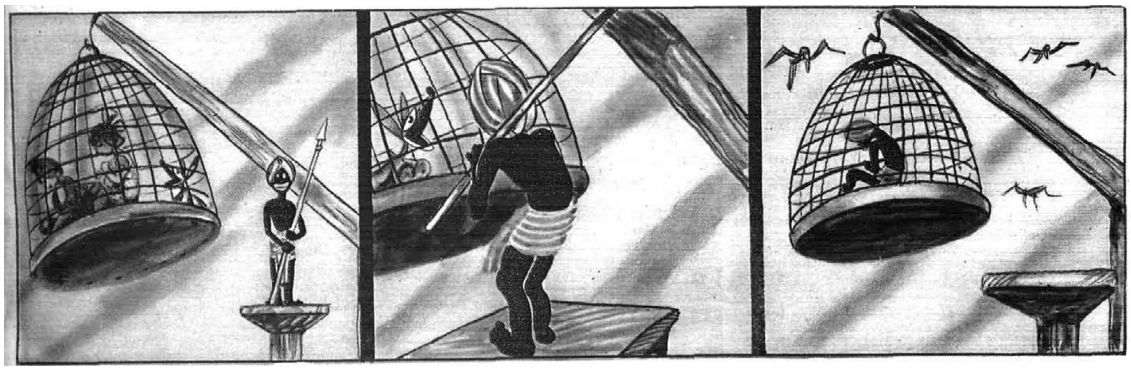
¡Pobre Perlandia! ¡Terrible peligro te amenaza! Las tropas feroces del rajá de Filikaya avanzan cual reptil gigantesco. Sus machetes y las puntas aceradas de sus turbantes brillan en la noche. Sí; el formidable ejército de los *torraos,* al mando del sanguinario Muslín Bey, avanza hacia la capital por el frente Este.

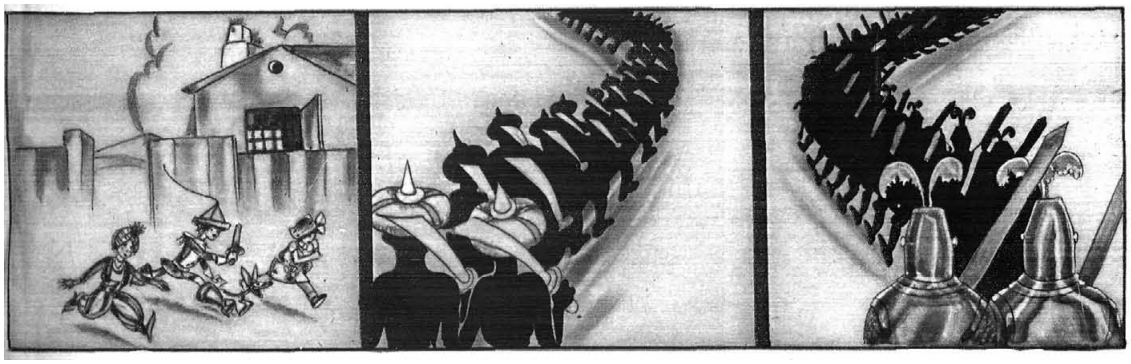
Verdad es que, al mismo tiempo, cual caudaloso río que corriese hacia el Océano, con el ruido de sus armaduras, al chocar unas con otras, el ejército invencible de los *refulgentes,* a las órdenes del bravo capitán Trompeta, avanza también hacia la capital de Perlandia por el frente Oeste.

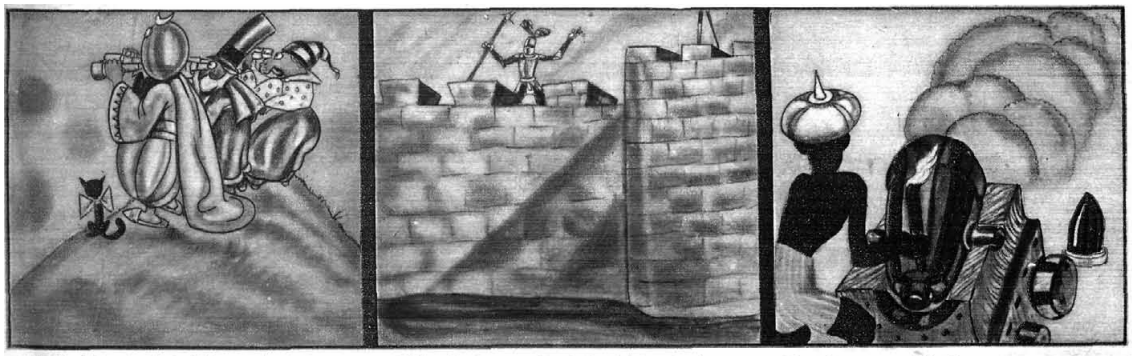
También el rajá de Filikaya y los brujos, acuden, en rápido vuelo, a presenciar la conquista de la capital de Perlandia. Sus caras rebosan alegría, pues no dudan que la reina Rigoberta, indefensa, caerá en seguida en su poder. El espectáculo promete ser divertido. Y para disfrutarlo, los tres malvados —y el gato— se suben a un cerro.

Por las murallas de la ciudad perlandesa pasea un centinela. Está tranquilo y despreocupado; no hay peligro alguno que temer, puesto que Perlandia está en paz con todo el mundo. Pero, de pronto, el centinela lanza un grito y está a punto de caerse de espaldas por la sorpresa. ¿Qué ha visto? ¡Ha visto el ejército de los *torraos* que avanza!

¡Poooooom...! El primer cañonazo ha sonado. El infame Muslín Bey ha mandado disparar, sin previo aviso, contra la ciudad indefensa... Pero, ¡oh sorpresa!, de la ciudad contestan con otro cañonazo: ¡Punnnnnn...! Y así empieza el combate más terrible que han presenciado los siglos y relatado las historias.







EPISODIO XVII

UNA BATALLA… DE PEGA

Si nosotros oímos desde aquí aquel cañonazo, figuraos cómo retumbaría en el palacio de la reina Rigoberta. La soberana, al oírlo, sube a la más alta torre de su palacio: por el Este ve avanzar al ejército *torrao;* por el Oeste, al ejército *refulgente.* Lanza un grito, pero es de alegría: porque, frente a ella, ve que viene su hijo. "Mamá", grita el principito Capotín. Y al poco rato cae en brazos de la reina. ¡Qué escena! Pitita llora con toda su alma de nena rubia; a la muñeca Doña Escotofia se le despintan las mejillas con lágrimas; Pipo se vuelve, porque no sería correcto que viesen a un héroe como él haciendo pucheros, y Pipa murmura conmovida: "Esto es más bonito que el cine".

Mas ya están frente a frente los dos ejércitos; el combate promete ser horrible. ¿Y si los *refulgentes* son vencidos? ¿Y si la capital, el palacio, la reina y el príncipe caen en poder de los feroces *torraos* y de sus despiadados jefes? Pipo, horrorizado, murmura: "No, no puedo consentirlo, es preciso que el ingenio supla a la fuerza y nos dé la victoria sin efusión de sangre."

Medita y, de pronto, exclama: "Ya está". Corre al campamento de los *refulgentes,* solicita ver al bravo capitán Trompeta y le dice: "Mi capitán, si dais orden a vuestros soldados de que me obedezcan, respondo de todo." Trompeta, que sabe, como todo el mundo, quién es Pipo, se inclina con respeto y grita con voz tan vibrante como su nombre:

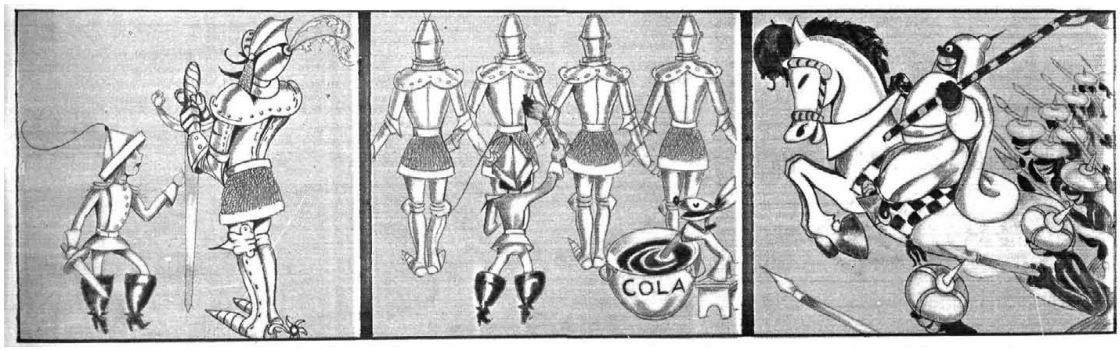
"¡Soldados. Ordeno y mando que obedezcáis al señor Pipo!" ¿Creéis que Pipo entonces monta a caballo y se pone al frente de las tropas? Nada de eso; lo que hace es mandar que le traigan un enorme caldero lleno de cola; luego manda que todos los soldados se pongan en fila, cara a la pared, y, armado de una brocha, les llena de cola a todos la espalda del uniforme.

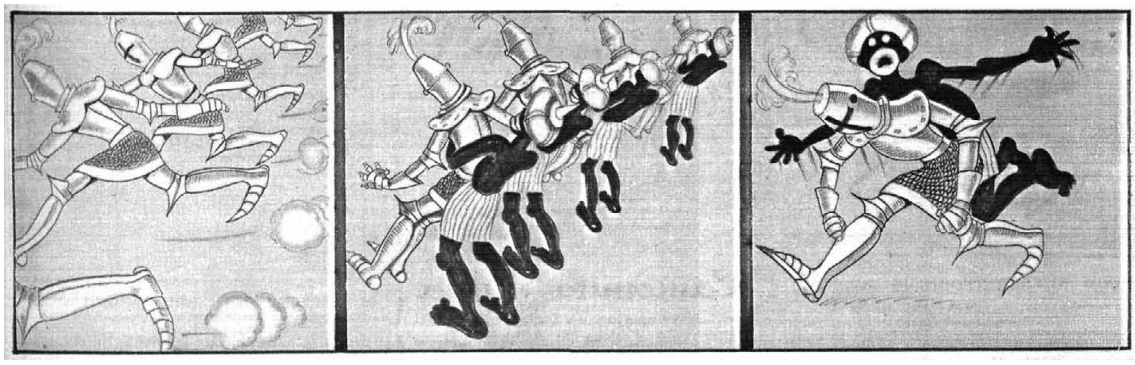
¿Qué idea tendrá Pipo? Ya empieza el combate; ya los *torraos,* al mando del generalísimo Muslín Bey, se abalanzan con espantosa acometida. Porque no se puede negar que son unos valientes. ¡Ah! Pero buena les espera, porque los *refulgentes* no lo son menos. Esperan la acometida a pie firme, dispuestos, sin duda, a luchar como leones.

Pero en el instante preciso en que los *torraos* van a caer sobre sus enemigos, sucede algo extraordinario, inaudito, inverosímil: los *refulgentes,* aquellos heroicos militares que deben su nombre al resplandor de sus hazañas, ¡huyen como conejos! ¿Es posible semejante cobardía?

Allá, encaramados en lo alto del cerro, el rajá de Filikaya y los brujos se retuercen de risa ante este espectáculo; y los *torraos,* apenas repuestos de su sorpresa, se lanzan en persecución de los fugitivos, gritando: "¡Victoria!¡Victoria!" Sí; ya son victoriosos, ya alcanzan a los *refulgentes,* ya se apoderan de ellos por la espalda.

Cada *torrao* se dispone a llevarse a su "prisionero". ¡Já, já! ¡Sí... sí! Ahora se dan cuenta de que están "pegados" por la cola que cubre la espalda del uniforme de cada *refulgente;* y son éstos los que echan a correr, llevándose a los *torraos* y gritando a su vez: "¡Victoria! ¡Victoria!"


COLA



EPISODIO XVIII

EL TRIUNFO DE PIPO

Desde su posición doblemente elevada (puesto que es soberano y está en lo alto del cerro), el rajá, al ver el desastre de sus *torraos*, lanza un grito, le da un patatús y cae al suelo desvanecido. Tal ha sido su disgusto, que cuando recobra los sentidos está idiota, e idiota se quedará ya toda la vida.

"¡Mamarracho!" "¡Bruja!" "¡Cacatúa escabechada!" Estas amabilidades son las que se dirigen mutuamente, sin cesar, el brujo Camuñas y la bruja Mediodiente; les ha sido impuesto el más terrible de los castigos; consiste en que estén uno frente a otro, viéndose a todas horas y sin poder tocarse, porque están encadenados.

Mientras los malos se ven así castigados, el triunfo de Pipo es indescriptible: la ciudad, enloquecida por la alegría, no sabe cómo demostrarle su agradecimiento; y, por muy hecho que esté a la gloria, nuestro héroe siente que un agradable cosquilleo despierta en su alma una chispita de vanidad.

Si para Pipo es la gloria, para Pipa son otras satisfacciones nada despreciables; la reina ha dado orden a su gran jefe de cocina que dedique cuatro cocineros a confeccionar los manjares predilectos de la simpática perrita. Y Pipa murmura, mientras saborea su golosina predilecta: "No comprendo que mi amo prefiera los laureles al arroz con leche."

Un equipo de esclavos, a las órdenes de Pipo, ha ido a buscar el segundo tesoro de la reina Rigoberta, y llegan trayendo el arcón repleto de oro y pedrerías. Ya vuelve a ser la soberana de Perlandia la reina más rica del mundo; ya vuelven los perlandeses a estar tranquilos y sin temor de que en su país se implante una terrible novedad: los impuestos.

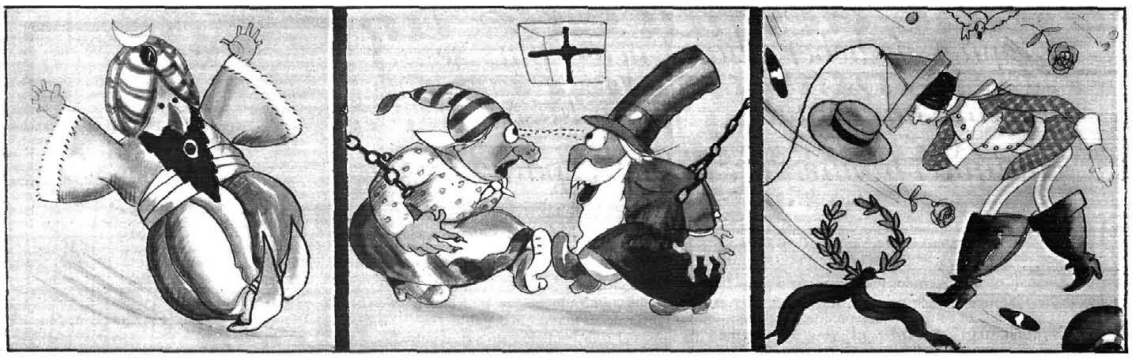
La mayor víctima de toda esta historia es quizá el dragón que guardaba el castillo de Piedras Rojas. El pobre ya no tiene a quién asustar y se aburre; ya no puede devorar a nadie, y ha tenido que hacerse vegetariano, y el régimen le debilita. Si sabéis de alguien que necesite un buen dragón de guardia, éste es una verdadera ganga; precios de fin de cuento.

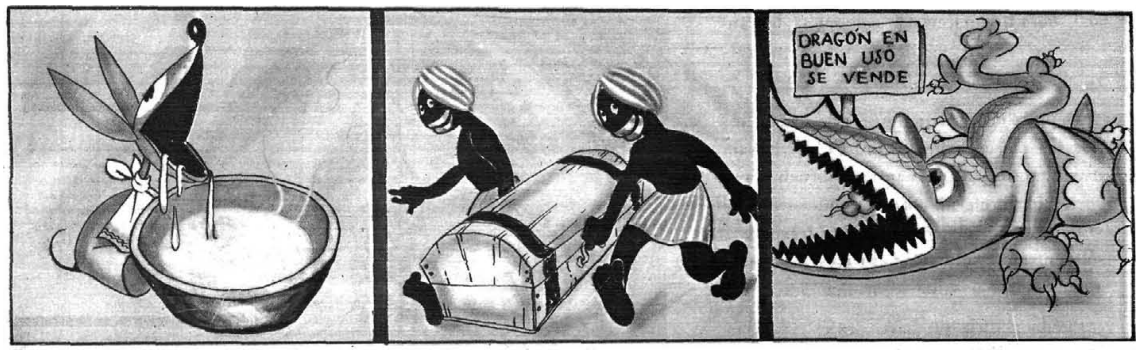
Pitita se quedará en palacio; la reina la adopta como hija, y ¿quién sabe si algún día la nena rubia no será princesa? ¿Verdad que todos hemos notado una gran simpatía entre ella y el principito Capotín? Mas volvamos a Pipo; el héroe ha anunciado su marcha, y todos, la reina, el príncipe, Pitita y Doña Escotofia le despiden llorando, desolados.

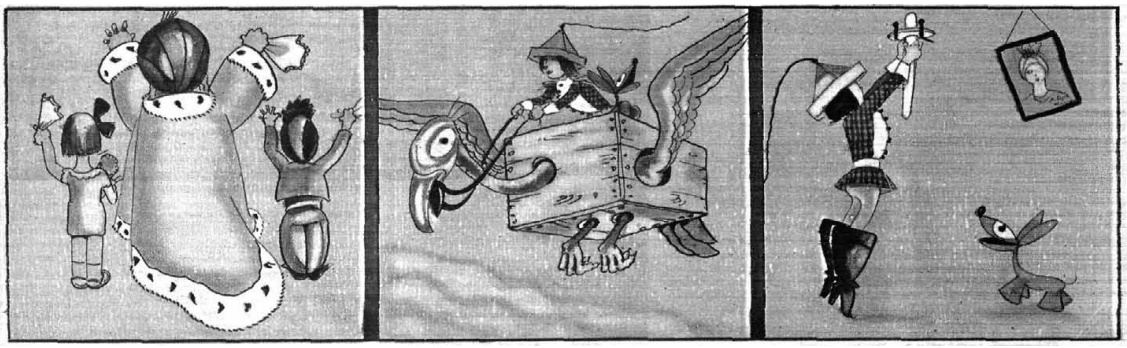
Pipo ha dispuesto el mejor avión del rajá de Filikaya, aquel que él bautizó con el nombre de "El Pipolín"; mientras el héroe monta en él con su fiel compañera, al ruido del motor se mezcla la ovación que la multitud tributa a su salvador: "¡Viva Pipo!" "¡Vivaaaaa!" Pipo saluda emocionado, Pipa también, y el avión desaparece por los aires.

Ya en casita, Pipo cuelga su invencible espada de madera. "¿Crees que nos entregamos para siempre al descanso?", pregunta el héroe a su compañera. "Me parece que lo tenemos bien ganado", exclama Pipa. "Sí; pero este descanso terminará pronto, porque nos debemos a la gloria. Pipa..., y porque todo tiene un fin." "Sí, todo —gruñe Pipa— menos nuestras aventuras."

Fin de la quinta parte.




DRAGÓN EN
BUEN USO
SE VENDE



SEXTA PARTE

EPISODIO I

A NUEVA YORK

He aquí una escena de familia conmovedora: Nuestra buena amiga Pipa duerme con tal gana que sus ronquidos se oyen hasta en estas páginas, mientras que su amo, nuestro admirado amigo Pipo, lee los diarios de todos los países del mundo. De pronto su mirada se fija en una noticia que aparece en el *New York Herald.*

"Miss May Reckesson, la hija del famoso rey de los paraguas, ha desaparecido misteriosamente de su quinta de Virginia; y su padre, sir John Reckesson ofrece cinco millones de dólares a quien se la devuelva. "¡Pipa! —grita el héroe al leer estas líneas—. ¡Pronto, a Virginia!" "¿A Virginia?", repite la perrita dejando de roncar.

Pipo, siempre enterado de cuanto ocurre en el mundo, sabe que a las ocho sale de Vigo el barco "Isla de San Balandrán" para Nueva York. Son las siete y media. Pipo alquila un avión, que en media hora le lleva a Vigo; pero en el preciso instante en que llegan al puerto, el "Isla de San Balandrán" acaba de soltar las amarras.

Y ya, lenta, majestuosamente, el transatlántico emprende su marcha. Pipo lanza un verdadero rugido de rabia. "¡Bah! —dice Pipa, que no siente mucha prisa por empezar esta nueva aventura— ya tomaremos otro". "¿Otro? ¡Imposible! No sale ninguno hasta dentro de ocho días, y este retraso podría costar la vida a Miss May Reckesson".

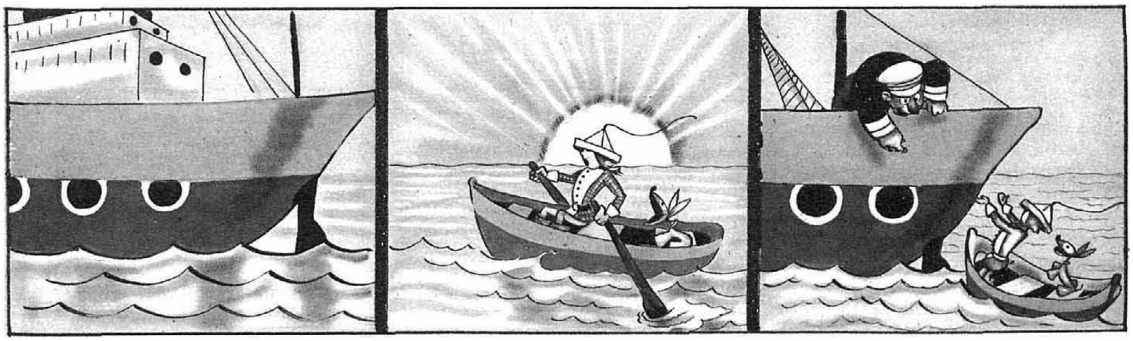
Pipo es hombre de decisiones rápidas; arroja un puñado de billetes a un *lobo de mar* que está fumando su pipa en el muelle, arroja a Pipa en la barca del lobo, salta detrás de ella y ya la frágil embarcación, cuyos remos mueven los vigorosos brazos del héroe, avanza rápidamente y no tarda en dar alcance al transatlántico.

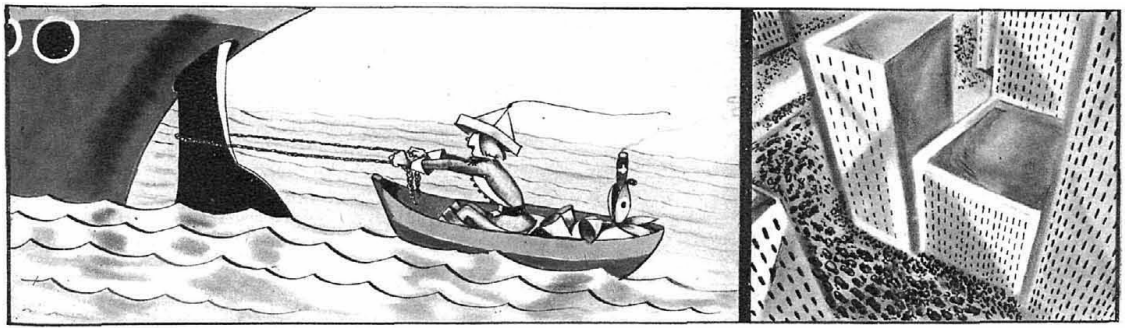
"¿Qué pasa?", pregunta el capitán asomándose por la borda. "Capitán, écheme usted una escala para subir a su buque, pues necesitamos embarcar mi perra, y yo". "¡Imposible! El pasaje está completo". "Le advierto que lo mismo nos daría pagar camarote de lujo que ir con los emigrantes". "Lo siento, pero no puede ser".

"Aunque sea —insiste Pipo— lléveme de grumete y a mi perra de pincha de cocina." "¡Nada, en mi barco no cabría ya ni un mosquito." Y el capitán se retira de la borda. "¡Ah! ¿Conque esas tenemos? —murmura Pipo—. Pues me llevarás, capitán del diablo, mal que te pese." Dicho esto saca de debajo de la banqueta un montón de cuerdas. "¡Pero mi amo! —exclama Pipa—. ¿Quieres utilizar esas cuerdas para subir al "Isla de San Balandrán"? Piensa que ese capitán tiene cara de mal genio, y cuando nos vea nos mandará arrojar al mar, y el agua está muy fría y..." "Nosotros no necesitamos subir al barco para que el barco nos lleve". Y es verdad: Pipo ata un extremo de la cuerda al timón del barco y…

Ya están en Nueva York, la ciudad de los rascacielos. "Ahora —dice Pipo—vamos corriendo a la quinta avenida; seguramente, Sir John Reckesson tiene allí su palacio." "No, hombre —protesta Pipa—. ¿Cómo va un hombre tan rico a vivir en la quinta avenida? ¡Vivirá, por lo menos, en la primera!"

GGGGG





EPISODIO II

EL LEÓN DE LAS PRADERAS

Apenas Pipo ha hecho pasar su tarjeta cuando, al conjuro de su nombre glorioso, es introducido en el rascacielo donde tiene su dos mil novecientas treinta y siete oficina el rey de los paraguas, Sir Reckesson, un señor tan rico, que usa sombrero de copa hasta para andar por casa. En estilo norteamericano, Pipo dice: "Vengo a buscar miss May. Deseo detalles desaparición."

Favorablemente impresionado por este laconismo, Sir Reckesson explica: "Hallándose en Florida, May fue a probar un avioncito que yo le había regalado el día de su santo. Pocas horas después, el avión apareció intacto en el campo. Mi hija había desaparecido." "*Well!* —dice Pipo—. ¿Qué pesquisas?" "Los quinientos mejores detectives han recorrido el país sin resultado."

"Yo la encontraré", declara nuestro héroe. Sir Reckesson saca un libro de cheques. Pipo le detiene. "No cobro mis proezas", dice. "Es para ayudar pesquisas", insiste Sir Reckesson. *"All right!"*, dice Pipo. Sir Reckesson firma todos los cheques en blanco y le entrega el libro. Pipa está atontada. "¡Pero qué *muchimillonarios* son estos yanquis!", ladra para sí.

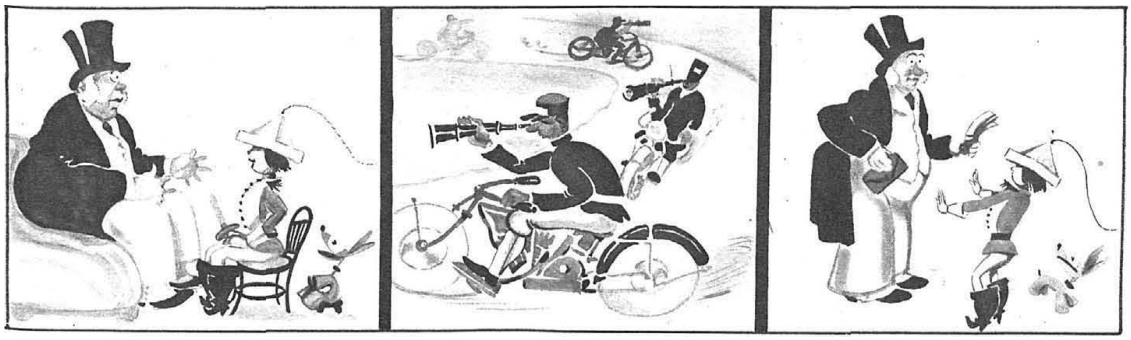
El regalito de Sir John es un talismán tan eficaz como lo fue para Pipo la almendra Curruca en otra ocasión. Gracias a él, nuestros héroes se ven al punto en posesión de un magnífico tren especial extra-rápido, que los conduce a ciento noventa por hora hacia el Far-West, por donde Pipo ha resuelto empezar sus pesquisas.

Ya están en el extremo Oeste de los Estados Unidos; allí no se ven más que señores con varios revólveres en el cinto, chambergos descomunales, lazos, potros indómitos..., y no se oyen más que tiros. Pipo se presenta ante un tal Buffaly-Ball, llamado el *León de las praderas*, porque es el cow-boy más famoso del Far-Wesl; como que es el as de los lanzadores de lazo, el rey de los tiradores y el número uno de los jinetes; el caballo que se le resista no ha nacido todavía. "Necesito tu ayuda para una gran empresa", le dice Pipo. "¿Cuánto?", interroga sencillamente Buffaly. "Para ti, hay tres millones de dólares". "Cuatro", dice Buffaly. "Hace", dice Pipo.

"Para emprender cualquier aventura en el Far-West —dice Buffaly—, es indispensable saber montar, tirar y echar el lazo." Pipo salta sobre una vaca salvaje y, arrancando de manos de Buffaly el lazo y un revólver, lanza el primero y agarra una liebre que corría veloz; y, disparando el segundo, atraviesa con la bala el ala de una mosca que volaba junto a la liebre.

Admirado, Buffaly-Ball le estrecha la mano en silencio. Pero ahora se trata de probar también los talentos de Pipa. "Yo —murmura la perrita— no tengo empeño en lucirme." "Le pondremos el caballo más suave del Far-West, el dulce Torrija —dice Buffaly—. Yo no sabré deciros si el tal Torrija es un pura sangre, pero de lo que sí estoy seguro es de que es un mala sangre."

Apenas el caballo más suave del Far-West ha sentido el peso —no muy grande por supuesto— de la perrita, se encabrita y, con la misma facilidad con que nosotros, al comer aceitunas, lanzaríamos los huesos, Torrija la arroja con tal fuerza, que la infeliz ve al caer más millones de estrellas que dólares posee el opulento Reckesson,



EPISODIO III

LA SOMBRA MISTERIOSA

Admirado ante la estupenda hazaña ecuestre de Pipo, el *León de las Praderas* le tiende la mano y se inclina. "Eres digno —declara— de ser mi… ¿compañero? No. ¡Mi maestro! Dispón de mí." Pipo le explica cuanto sabe de la desaparición de miss Reckesson. Buffaly Ball dice: "Reconozco en el golpe la mano de *Jaguar Verde."*

"¿Quién es ese personaje?" "Es un bandido piel roja que ha sabido, nadie sabe de dónde, y que ayudado por una tía suya, la *Garduña Negra,* realiza en el país toda clase de fechorías. Y celebro esta ocasión —concluye el bravo Buffaly— de verme la cara con esos monstruos." "¿Dónde se les puede encontrar? —ruge Pipo." "Cuéntase que suelen acampar en la cima del monte Arisko." "Pues adelante sin perder un momento." Al punto se organiza la comitiva: Pipo va delante, montando el más brioso potro del Far West; le sigue Buffaly Ball, sobre un caballo salvaje que acaba de domar, y Pipa cierra la marcha; en vista de sus aptitudes ecuestres, se le ha adjudicado un amable borriquillo.

Armados hasta los dientes (sobre todo, Pipa, que tiene buenos colmillos), los tres héroes emprenden la marcha; cruzan praderas inmensas y selvas vírgenes, escalan montañas colosales, recorren desfiladeros estrechos, cuyo paso es cortado con frecuencia por abismos insondables. Pero, Pipo, camina entre aquellos precipicios como si estuviese en el paseo de la Castellana.

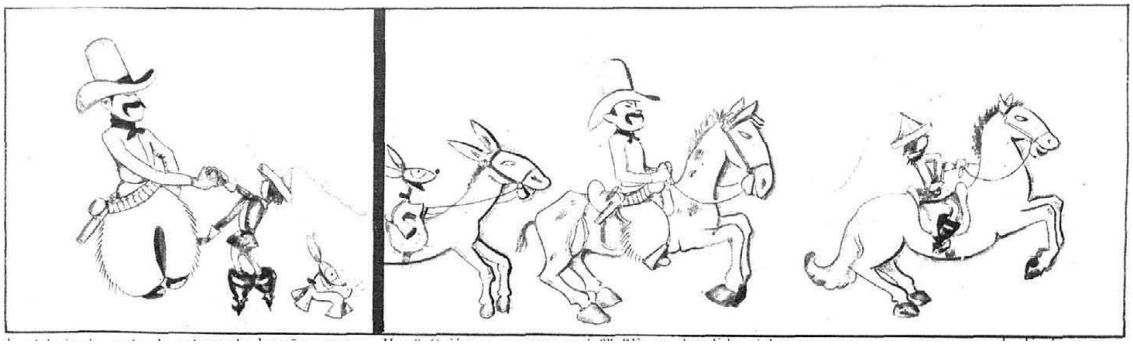
Anochece. Nuestros héroes llegan a una llanura, llamada la *Pradera de la Sed Ardiente,* donde instalan su tienda de campana para descansar. De hora en hora se relevan por temor a un ataque, siempre posible. Cuando le toca el turno a Pipa, la pobre perrita, fusil al hombro, bosteza melancólica: "¡Con lo bien que roncaría yo en mi camita!"

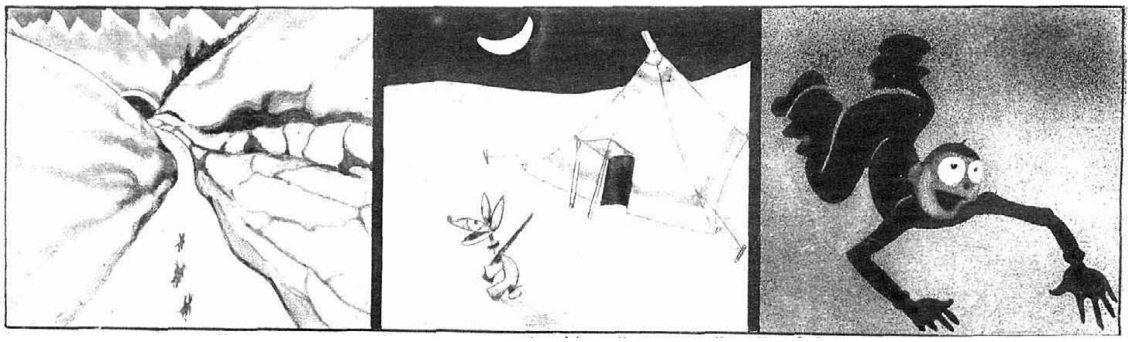
¿Qué sombra misteriosa se desliza monte abajo y cruza la pradera? ¿Es un mono? ¿Es un hombre? ¿Es una alucinación nuestra? Es... tal la obscuridad que nada podemos distinguir. Pero esta sombra sospechosa nos da mala espina. Arrastrándose sigilosamente se dirige hacia la tienda de nuestros amigos, se acerca, se pega a la lona. Parece escuchar…

Pipa se ha quedado dormida. ¡Bonita manera de vigilar! ¡Imprudente perrita, caro puede costarles a ella y a sus compañeros su pereza! Porque la sombra misteriosa espía, mira por un agujerito de la lona y oye que Buffaly Ball dice: "Solo nos separan de los indios unos quinientos kilómetros." A lo que Pipo responde: "Un pasito; mañana libertaremos a May Reckesson."

La sombra misteriosa debe de haber oído lo que deseaba. Sigilosamente cruza en sentido opuesto la *Pradera de la Sed Ardiente* y se desliza monte arriba; sigamos siguiéndola. Ya llega a la sima del monte Arisko. Suena un pitido suave y agudo, que modula cuatro notas: "Piii-pi-pi-piii." Al que contesta otro pitido: "Pi-piii-pi-piiii."

Ahora, las sombras misteriosas son dos en la cima del monte Arisko: una, es la misma que venimos siguiendo; la otra es más extraña todavía: parece que termina en punta por su parte superior. Hacen gestos extraños, juraría que bailan de alegría; lanzan exclamaciones ahogadas, risitas. ¿Quiénes son estas sombras misteriosas? ¿Qué significa su extraña actitud? Seguimos ignorándolo.





EPISODIO IV

EL CAMPAMENTO DE LOS INDIOS COMANCHES

Hemos pasado la noche con la impaciencia angustiosa de saber quiénes serían aquellas dos sombras misteriosas; por fin, sale el sol. ¡Aaaaaah! Son... la horrible Pirulí y el infame Gurriato. ¡Ellos! ¿Cómo es posible? ¡Si los dejamos convertidos en lechuza y en puño de paraguas! Hay en esta reaparición un enigma que ya descubriremos.

Ahora es preferible que nos dediquemos a seguir a los dos malvados. Ya descienden de la cima del monte Arisko; se dirigen hacia una choza que hay en el flanco de la montaña, tan bien oculta entre zarzas y malezas que no es posible adivinar su existencia. Entran; pasa un momento; la puerta se abre de nuevo.

Los dos seres que salen de la choza no parecen los mismos que hemos visto entrar; sin embargo, los mismos son. Pero disfrazados de Pieles Rojas. Pirulí y Gurriato se han convertido en la *Garduña negra y* el *Jaguar verde.* Si, ellos son los dos terribles indios que, con sus fechorías, tienen aterrado todo el Far-West.

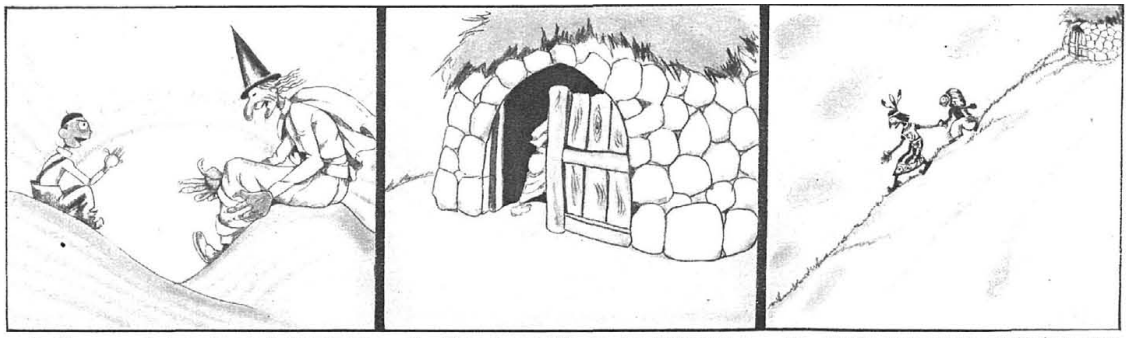
Ellos son, pero no solos; ahora se dirigen precisamente hacia el campamento de sus cómplices, los *Comanches.* Esta es la más feroz de todas las tribus de Pieles Rojas; son los que peor trato dan a sus prisioneros, son, en fin, los que tienen por jefe al feroz *Diente de Caimán.* ¿No conocéis a *Diente de Caimán?* ¡Ni os lo deseo!

Para *Diente de Caimán,* el gran jefe de los *Comanches,* no hay deporte como el de la caza, pero ha de ser una caza cruel, escalofriante: la caza de cabelleras humanas. Alrededor de la cintura luce los días de gala una hilera de cabelleras que constituyen su trofeo de guerra favorito; aunque malas lenguas aseguran las compra de lance.

Allí, en el campamento de los *Comanches,* está cautiva la más bonita, la más graciosa, la más intrépida de las millonarias yanquis. Sí, la famosa campeona mundial de natación, esgrima, tenis, base-ball y rugby. Miss May, en una palabra. Está atada al poste de los suplicios y en poder de *Diente de Caimán,* a quien la han entregado sus viles raptores, que aquí vienen: la *Garduña negra* y el *Jaguar verde.* Nosotros bien sabemos quiénes son, pero *Diente de Caimán* lo ignora. Obsequia a sus cómplices con el "calumet de la paz" y, mientras fuman, dice el infame Gurriato: "Has de saber, hermano *Diente,* que unos rostros pálidos vienen hacia acá con la intención de libertar a nuestra cautiva".

"¡Oooogh! —ruge *Diente de Caimán*—, hay que salir a su encuentro. Unas cuantas cabelleras más no harán mal en mi colección. Pero esperemos a que se haga de noche; es más prudente." Pocas horas más tarde un destacamento de *Comanches* sale del campamento, a las órdenes del *Jaguar verde,* el cual sigue las indicaciones de su señora tía la *Garduña negra.*

En sentido opuesto avanza la valerosa comitiva libertadora. Buffaly Ball echa de pronto pie a tierra y pega un oído en el suelo; tal es su conocimiento de estas cosas que al punto declara: "Vienen contra nosotros setenta y cuatro jinetes". Pipo, a su vez, se pone a cuatro patas; al verlos Pipa, murmura: "Se cambiaron los papeles". Y se pone de pie.



EPISODIO V

LA CAPTURA DEL “JAGUAR VERDE”

Con la rapidez que le caracteriza en sus decisiones, Pipo ordena: "Tú, Pipa, te introduces en el hueco que hay en el tronco de este árbol; tú, Buff, te subes a la copa del mismo; yo me meteré en la cueva que hay al pie del ídem". Aun no ha acabado de hablar cuando ya Pipa ha desaparecido en el escondite que le ha sido designado. Hay que ver lo veloz y obediente que es nuestra perrita cuando se trata de ocultarse ante un peligro. Mientras tanto, Buffaly-Ball, que entre sus innumerables talentos "cowboyescos" cuenta con una agilidad de pantera, se sube a las altas ramas del árbol y, disimulado entre ellas, ve pasar a sus pies los jinetes "Comanches" que él había adivinado al oído; ni uno más ni uno menos. ¡Es mucho hombre el viejo Buff!

Pipo ha sido el último en esconderse, y aun, desde su agujero, saca la cabeza a ver qué pasa y lanza un grito de asombro, que, por fortuna, ahoga el ruido de la cabalgata. Porque los Pieles Rojas llegan en este instante. Pipo ha visto al que los guía y, bajo el disfraz indio, le ha reconocido. Por primera vez en su vida, nuestro héroe tarda varios segundos en reponerse de su sorpresa.

Un leve silbido; Pipa comprende que su amo la llama, pero ahora no tiene tanta prisa por obedecer; suena un nuevo silbido, más imperioso que el primero, y la perrita, a regañadientes, se decide a abandonar su refugio y acercarse a Pipo. Este la habla al oído. Al oírle, Pipa da un respingo: "¿Yo? —exclama— ¡Ah, eso sí que no! ¡No voy, y no voy, ea!"

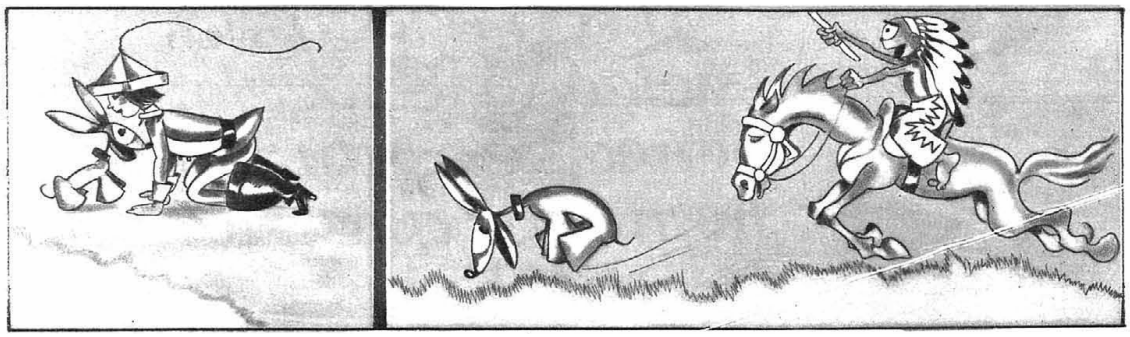
Pero la pobre Pipa sabe que cuando Pipo mira de cierta manera no hay más remedio que obedecer, y de esa manera precisamente es como Pipo la acaba de mirar. La perrita agacha las orejas y murmura: "No te enfades, mi amo, haré lo que me mandas; voy". Y va; va corriendo hasta alcanzar a los terribles indios, y colocándose ante el caballo del "Jaguar Verde", baila y retoza fingiendo despreocupación. El falso Piel Roja exclama estupefacto: "¡Pero si es la perra de Pipo!" Y pica espuelas a su caballo para aplastar la perrita; ésta, de un salto, esquiva el atropello y corre hacia la derecha. Gurriato la persigue; cuando la va a alcanzar. Pipa da media vuelta hacia la izquierda; su perseguidor hace otro tanto.

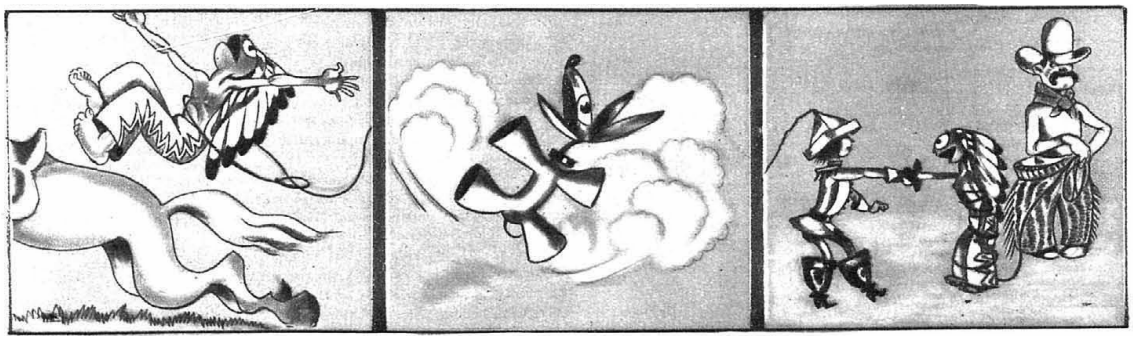
Entretanto Pipo le ha dado a Buffaly unas instrucciones, y el "León de las Praderas" ha sacado el lazo, del cual no se separa, y, teniéndolo dispuesto, acecha. Persiguiendo a la juguetona Pipa se acerca Gurriato; un silbido estridente desgarra el aire: es el lazo que se enrolla al cuerpo del falso indio y lo levanta de su silla, mientras que el caballo, libre, sigue su carrera y se pierde en lontananza.

Los terrones de azúcar con que Pipa ha visto recompensada su proeza, le han sabido menos dulces que el apretón de patas que le ha dado su amo, y la perrita salta y canta:

"¡Ay, Gurriato, Gurriato, Gurriato!
Vas a pasar mal rato, mal rato, mal rato."

¡Y tan mal rato como está pasando el falso "Jaguar Verde"! Liado de los pies a la cabeza, cual un salchichón, con el mismo lazo con que ha sido capturado, se ve en poder de su enemigo. Y el gran Pipo, apoyando la punta de su sable sobre el pecho del malvado, le dice: "Si no contestas a mi pregunta, eres hombre muerto. ¿Dónde está Miss May Reckesson?"





EPISODIO VI

LAS VOLTERETAS DE PIPA

No intentaré preguntaros si conocéis a este nuevo Piel-Roja; todos lo habréis reconocido ya; sí, es él, nuestro gran Pipo. Después de arrancar al infame Gurriato cuanto sabe respecto al rapto de Miss Reckesson (pues Gurriato, tan cobarde como malvado, al verse amenazado de muerte ha cantado de plano), Pipo ha resuelto hacer el indio para libertar a la cautiva.

Seguido de Pipa, a quien, así como a Buffaly, ha dado instrucciones minuciosas, el héroe se dirige hacia el campamento Comanche y llama a la tienda del jefe: —¿Se puede? —Adelante. (Pipo entra.) —¿Estoy ante "Diente de Caimán"? —El mismo que viste y calza. —Pues yo soy "Diente de Ajo". —¿Qué desea "Diente de Ajo"? —Te traigo una noticia de la que depende la seguridad de tu tribu y tu propia vida.

No podemos seguir escuchando tan interesante diálogo, porque reclama nuestra atención un gran alboroto de gritos, risas y palmas, y es que Pipa, colocada en el centro del campamento, está dando toda una función de circo: pega saltos y volteretas, anda con dos patas, baila, fuma, y los "Comanches" se entusiasman con sus habilidades. ¿Qué extraño capricho se le ha ocurrido a la simpática perrita?

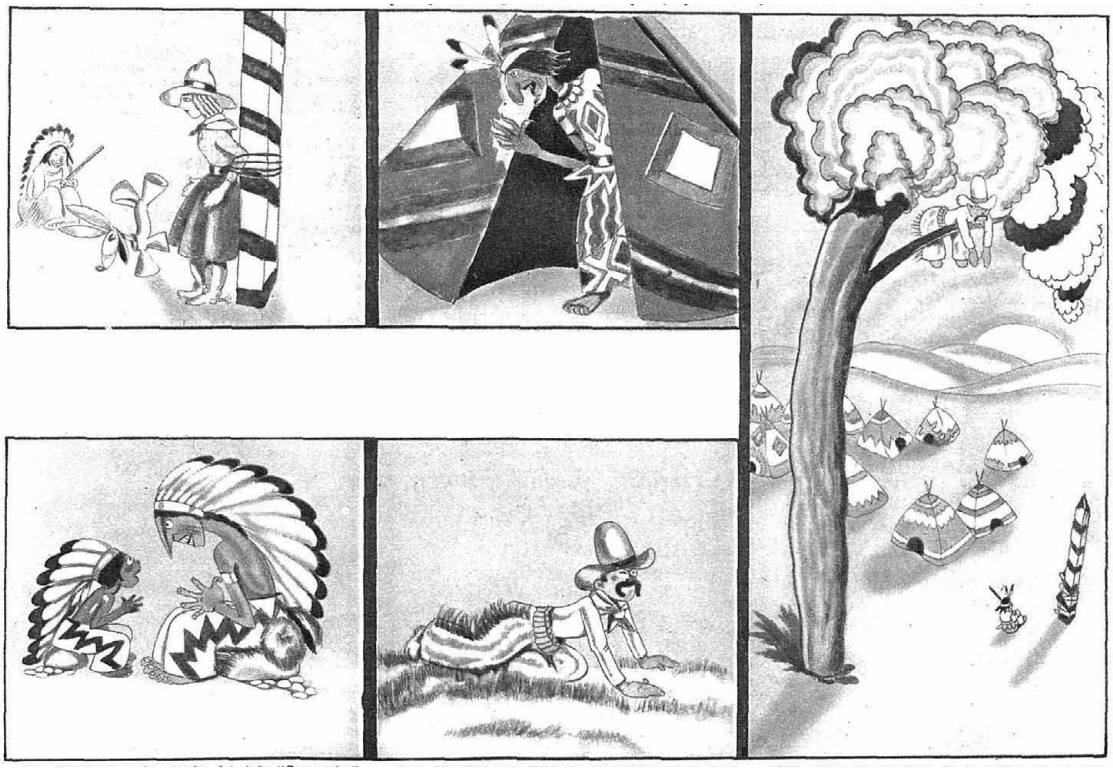
No hay tal capricho; la pobre Pipa está medio muerta de miedo al verse entre aquellos salvajes, pero sigue al pie de la letra las órdenes de su amo; así, distrayendo a su público, logra irse acercando al poste de los suplicios, al cual está amarrada la cautiva "Rostro pálido", le dice: "Señorita, mi amo ha venido a salvarla. Ojo y vigilancia."

En seguida, con un triple salto mortal. Pipa arranca una triple salva de aplausos. El ruido ha atraído a un nuevo personaje, una horrible vieja Piel-Roja; horrible, sí, y vieja también lo es, pero Piel-Roja, no; como que es la falsa "Garduña Negra", nuestra "amiga" la bruja Pirulí. "¡Cómo! —murmura—. Aquí hay gato, mejor dicho, perro encerrado."

Volvamos a la tienda del jefe "Comanche". "¿De modo —dice— que estás seguro de que mis enemigos, los "Kakatúas", se disponen a atacarnos a traición?" "Segurísimo —afirma Pipo—; y he venido a avisarte y ofrecerte contra ellos el apoyo de mi brazo invencible" "Lo acepto, y si me ayudas a aplastarlos, te regalaré un barril de "agua de fuego". Por de pronto, te nombro mi lugarteniente."

Mientras que Pipo ve realizarse así el plan que ha tramado, Buffaly-Ball, dejando sólidamente atado, sin posibilidad de moverse, al infame Gurriato. se dirige, a su vez, hacia el campamento "Comanche"; va sigilosamente, arrastrándose entre zarzas y malezas, disponiéndose a cumplir las órdenes que le ha dejado el "maestro", como el "León de las Praderas" llama a Pipo.

Caen las sombras de la noche; en el campamento todos duermen, o, al menos, parecen dormir. Sin que nadie le vea —y si le vieran le tomarían por un orangután, tal es su agilidad— Buffaly trepa a la cima de un árbol secular, desde cuya cima domina todo el campamento, y espera. Un silbido extrañamente modulado, cual el de un pájaro de selva tropical, desgarra el aire: es la señal convenida...



EPISODIO VII

SOMBRAS EN LA NOCHE

La noche es negrísima, tenebrosa... Al misterioso silbido de pájaro nocturno, que significa: "¿Estás preparado?", el viejo Buff (como le llaman en las praderas) contesta con otro silbido, que significa: "Estoy dispuesto". Y él, que se ha subido a lo alto del árbol con la agilidad del mono y ha silbado con la dulzura del pájaro, lanzándose con el valor del león, describe en el aire una curva magistral, y cae con la elasticidad de la pantera sobre el centinela que guarda a la cautiva. Al caer hunde en la boca del indio una vieja sandalia de cuero —que es la mordaza improvisada—, no muy limpia quizá, pero sí muy práctica, que se usa por allí. Luego procede a atarle de pies a cabeza y le amordaza correctamente. Todo esto se ha hecho en el silencio más absoluto y en la más absoluta obscuridad.

Miss Reckesson, que posee un temperamento completamente yanqui y sabe el valor del silencio hasta en las películas sonoras, no ha lanzado ni una leve exclamación. Solamente la mirada de sus ojos azules revela el angustioso anhelo con que sigue estos trabajos preparatorios de su liberación. Mientras Buffaly-Ball acaba de convertir al indio en un salchichón de Chicago surgen dos nuevos personajes: "Diente de Ajo" y su perra sabia; el primero, o sea Pipo —devolvámosle ya su nombre glorioso—, se acerca a la cautiva y corta las ligaduras que la amarran al poste fatal. Al sentirse libre, May, no pudiendo manifestar su alegría con gritos, risas y zapatetas, como lo hacemos todos, se inclina sobre Pipa y... le da un beso en el hocico.

¡Qué satisfacción la de la perrita al recibir este premio inestimable de tan gentil americanita! En este instante da por bien empleados todos los peligros arrostrados por la "Princesita de los Paraguas" (como llaman a Miss Reckesson en la quinta Avenida). Y fieramente, Pipa inicia la marcha, como siempre, pues ella es siempre la primera... en las huidas, naturalmente.

Sigue el silencio total en la tenebrosa obscuridad: nada revela que allí están sucediendo grandes cosas, y, sin embargo, los fugitivos han salido ya del campamento de los "Comanches". Dos caballos les esperan, previamente dispuestos por Buffaly. Pipo salta sobre uno y coge a Pipa a la grupa, mientras que May se coloca en el otro a la grupa del viejo Buff.

Ningún ruido ha revelado lo sucedido. Y, sin embargo, un oído siempre alerta, un par de ojillos siempre vigilantes, una ganchuda nariz siempre husmeante, asoman: es la "Garduña Negra". Parece que algo inexplicable y que, por lo tanto, no intentaré explicar, le ha dado aviso de que se le escapa su presa.

Una mirada la basta para darse cuenta del desastre y lanza un grito de rabia y de desesperación. Este grito despierta al feroz "Diente de Caimán", que se hallaba durmiendo. El jefe indio surge de su tienda y una exclamación espantosa brota de sus labios: "¡Rakarrakarrakaju!"

Lo cual quiere decir en indio: "¡Maldición!" En tres minutos todos los guerreros "comanches" están equipados para la lucha; pintados de rojo y azul, adornados con plumas verdes y amarillas y armados con "tomahawks", saltan sobre sus respectivas monturas y se lanzan en persecución de los fugitivos.

EPISODIO VIII

EL CABALLO DE DOS CABEZAS

Entretanto, la horrible Pirulí busca a su compinche. ¡Gurriato no está en el campamento! Pero ella no tarda en encontrarle en la triste situación en que le dejó Buff. Le desata y ordena: "Corre, persigue a nuestros enemigos" "¿Cómo quiere usted que les dé alcance? —protesta Gurriato— ¿Por ventura tengo yo un aeroplano?"

"Ahí tienes uno" —contesta Pirulí, designando un saltamontes que hay a sus pies—. Le toca con su varita de virtudes y en el acto el insecto crece hasta convertirse en algo así como un elefante con alas. Gurriato se monta en él. "¡Gssss!" El improvisado avión remonta el vuelo zumbando, sin necesidad de gasolina ni cosa que lo valga.

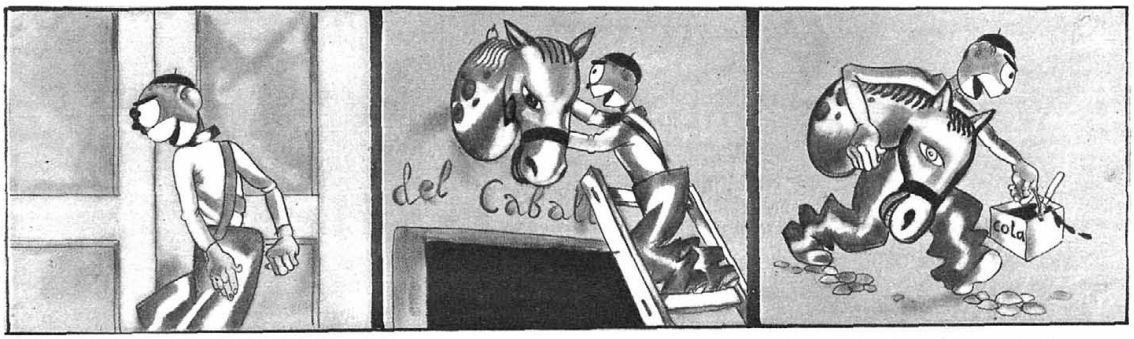
Cae la tarde; Buffaly tiene sed, May tiene sueño, Pipa tiene hambre, hasta Pipo se siente algo fatigado; los cuatro deciden pasar la noche en la primera posada que encuentran; es la del "Caballo Rojo". Y entran sin darse cuenta de que un aeroplano, que los ha venido siguiendo, aterriza cerca de allí, se achica al tocar tierra, y se convierte en insecto, mientras el piloto los observa oculto detrás de un árbol. Al poco rato, este falso aviador entra, a su vez, en la posada y se coloca, para escuchar, detrás de una puerta. "Esta carta —dice una voz en el cuarto— es para sir John, y le avisa que venga en seguida en busca de su hija. La vas a llevar tú." "¿Yo?" —protesta una vocecita angustiada— ¿Y sin dormir?"

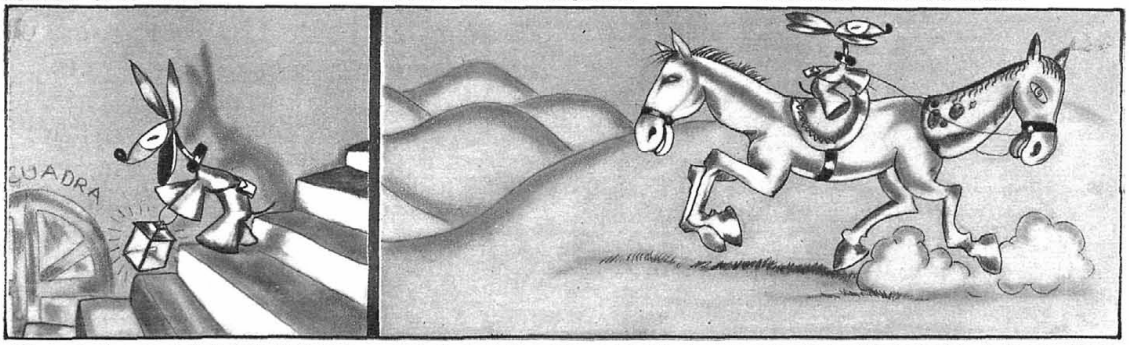
"Puedes dormir una hora —dice la primera voz—. A las doce en punto te vas a la cuadra, montas en el primer caballo que hay a la derecha y partes para Nueva York." El huésped indiscreto (que es Gurriato) se frota las manos al oír la conversación. "¡Ajajá! —murmura— Tengo una idea genial, digna del propio Pipo en persona." Y subiendo en una escalera de mano, va a desenganchar la cabeza de caballo de cartón rojo, que sirve de muestra a la posada. Con su cabeza en una mano (me refiero a la de cartón, naturalmente) y un bote lleno de cola en la otra, se dirige hacia la cuadra. ¡Cosa más rara! ¿Qué irá a hacer? En la obscuridad se entrega a un trabajo misterioso; nada vemos, pero oímos: "Tán…, tán..., tán..., tán…", y así sucesivamente hasta doce campanadas.

Es que ha transcurrido la hora; son las doce. "¡Aaaaah!" La pobre perrita bosteza y baja las escaleras medio dormida, pero refunfuñando: "Hasta de chico de continental tengo yo que hacer! ¡Y con lo a gusto que hubiera seguido roncando a pata suelta!" ¡Pobre Pipa! Tiene sueño, y, ¡ay!, este sueño que tiene la va a costar muy caro.

La simpática perrita no está para fijarse en nada; sólo recuerda las palabras de su amo: "Montarás el primer caballo que está a la derecha." Y hacia este caballo se dirige al entrar en la cuadra. Lo saca, se monta, dice: "¡arre!", y se queda dormida, mientras que el caballo echa a andar. Ahora, que anda... al revés. Esta era la idea genial —diabólica, la llamaría yo— del infame Gurriato. Ha encolado la cabeza de cartón a la parte trasera del caballo, y cuando Pipa entró en la cuadra, allí estaba él escondido, sujetando al animal de manera que la perrita montara al revés. Y ahora el caballo corre en la dirección de su verdadera cabeza, o sea alejándose a cada paso de Nueva York y del papá Reckesson.

Posada del Caballo rojo
HAY
CALLOS


del Caba
cola


CUADRA

EPISODIO IX

LA CARTA ROBADA

De pronto, el caballo se detiene ante una cuerda que hay tendida en la carretera; Pipa, que iba dormida como un lirón, despierta y se apea con el fin de aprovechar la parada para..., para hacer pipí, ¡ea! ¡Dios santo! ¿Qué es lo que ve? "¡Caray!" —murmura la perrita—, ¿habré perdido yo la cabeza... o se la habrá encontrado este caballo?"

¡Pobre Pipa! Ahora sí que está a punto de perder la cabeza; ante ella aparecen tres enmascarados terroríficos que la apuntan con sendas pistolas rugiendo: "¡Patas arriba!" ¿Qué querrán estos hombres terribles, Dios mío?" —se pregunta la pobre Pipa angustiadísima—. Pronto sale de dudas. Quieren la preciosa carta que le ha confiado su amo. Y tan pronto como la tienen en su poder, los bandidos cuelgan a la infeliz perrita de un árbol en la incómoda postura que aquí veis. "¡Canallas! —grita Pipa indignada—. ¿Soy acaso algún trapo para que me pongan a secar en tal forma? Y ahora, ¿cómo me las arreglo para comer?

… Ni sus lamentaciones, pues, apenas cometida su fechoría, han saltado a un soberbio coche que los estaba esperando y han partido a una velocidad de doscientos tantos kilómetros por hora, con dirección a Nueva York, y precisamente a la Quinta Avenida.

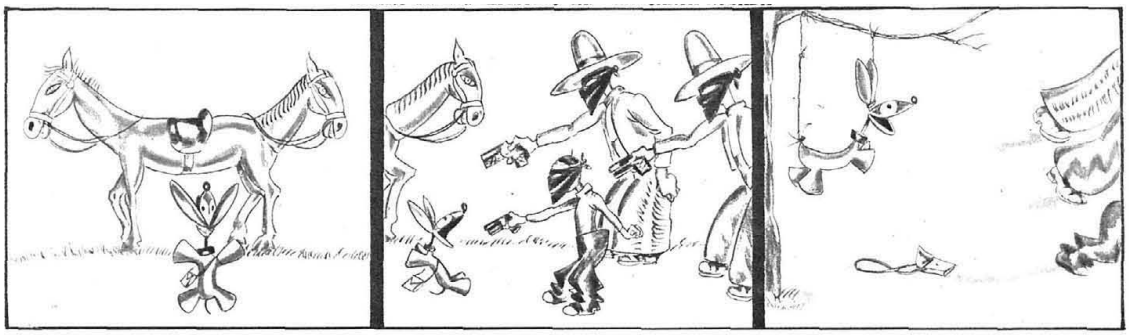
En el último piso del más alto de sus rascacielos, Sir John está desesperado por la desaparición de su hija, cuando le anuncian que un chico desea entregarle una carta en propia mano. ¡Oh alegría! ¡La carta es de Pipo! ¡May ha sido libertada!

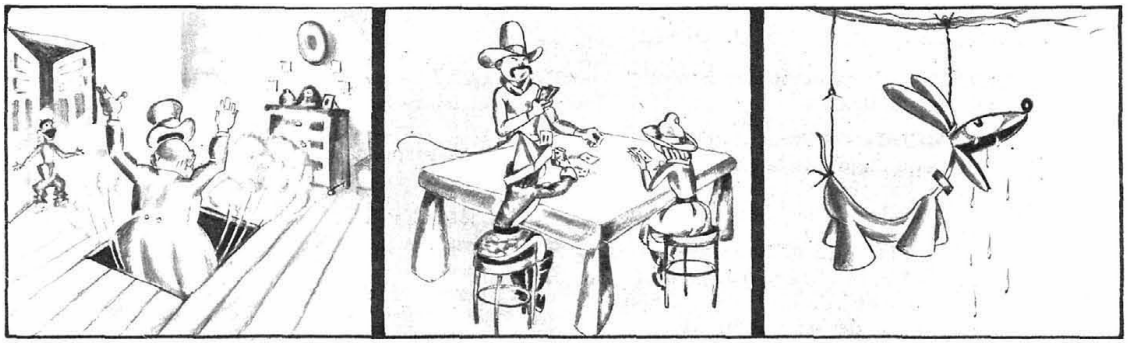
"Sígame, Sir John" —dice el infame Gurriato—. "¡Corramos, volemos!" Y vuelan, en efecto, pues van en avión. El aeroplano se detiene en un lugar solitario. Gurriato y Sir Reckesson se internan en un bosque; en un claro hay una casita rodeada de árboles. —"Ahí está su hija" —dice Gurriato.

Pero, ¡ay!, el amantísimo, si que imprudente papá Reckesson se precipita gritando: "¡May! ¡May! ¡Me... cachis!" Y es que apenas ha franqueado el umbral de la casita misteriosa, el piso se ha hundido bajo sus pies y el pobre millonario cae por un escotillón. Un grito de júbilo; es el infame Gurriato, que exclama: "¡Ya está en la trampa! ¡Buena presa!"

En la posada del "Caballo Rojo", el viejo Buff, el gran Pipo y la intrépida "princesita de los paraguas" están jugando al tute, en espera de que vuelva Pipa acompañando a Sir Reckesson. Pero Pipo no está tan alegre y confiado como parece; le preocupa la tardanza de su fiel compañera; y mientras canta las cuarenta (Pipo es un as en el juego, como en todo) se pregunta: "¿Qué hará Pipa?"

A esta pregunta, del héroe solamente podríamos contestar nosotros, que vemos cómo la pobre perrita sigue colgada del árbol y la oímos gemir: "¡Cuánto me aburro! ¡Y sin comer! ¡Me voy a quedar en los huesos!" ¡Ilusiones! Pipa no puede nunca quedarse en los huesos... porque no tiene huesos. En su desesperación, se ha olvidado de que es de trapo y serrín.





EPISODIO X

EL BOTONES NEGRO

¡Desdichado papá Reckesson! Tres bandidos enmascarados le apuntan con sus pistolas y uno de ellos, lo dice: "O escribes la carta a tu hija, que te voy a dictar, o disparamos." "¡Mátenme, miserables! —ruge el padre heroico—, ¡no escribo!" "Está bien, te mataremos.,., y, luego, la mataremos a ella."

Ante esta amenaza, el pobre millonario escribe lo que le dicta su verdugo: "Adorada hija: Sigue al portador y él te conducirá a los brazos de tu padre amantísimo, que, anhelantes, te esperan para estrecharte." Después de idear esta infame celada, el malvado Gurriato se transforma en botones negro.

En la posada del Caballo Rojo, el viejo Buff y la gentil May siguen jugando su partidita de tute; pero Pipo no juega; su sorpresa por la tardanza de Pipa se va convirtiendo en inquietud; armado de unos gemelos, otea el horizonte y, ¿qué ve, cielo santo?, ve un caballo con dos cabezas que se acerca.

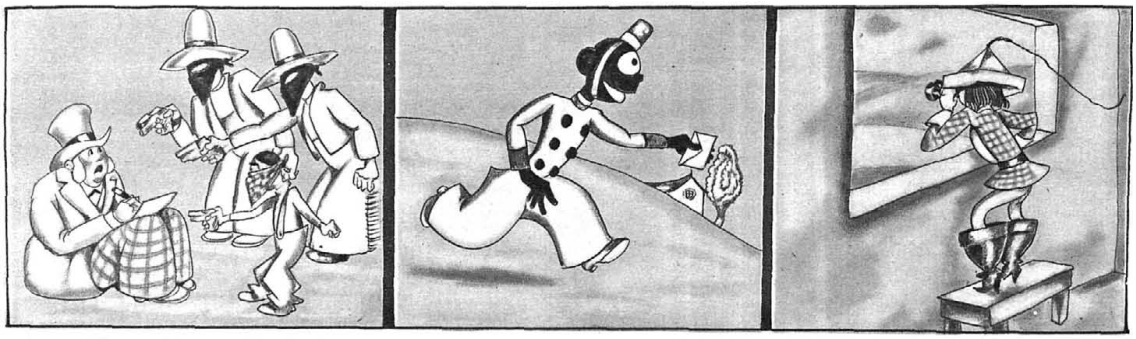
Pipo lo comprende todo al momento. Una idea cruza su cerebro: "a Pipa le ha pasado algo". Sin decir nada a sus amigos, sale de la posada, vuelve a colocar en su sitio la cabeza de cartón, y, siguiendo las huellas del caballo, recorre en sentido inverso el camino que el animal fantástico acaba de recorrer. De pronto, se detiene; ante él, colgada de un árbol está su perrita: "¡Pipa, mi fiel compañera! —grita el héroe— ¿Estás muerta?" — "Si —dice una débil vocecita— estoy muerta..., de hambre." ¡Oh felicidad!, si Pipa tiene hambre, no está muerta.

Mientras, un botones negro llega a la posada y entrega una carta a mis Reckesson. Es de su padre, sí; la firma característica del rey de los paraguas, no deja lugar a dudas: "Vamos, vamos, llévame con mi papaíto, simpático recadero" —grita May, loca de alegría.

Tal es su alegría por volver a ver a su padre, que va bailando y cantando. Su compañero también canta y baila, pero, ¡qué distinta es la causa de su alegría! "Ya son nuestros los dos, el padre y la hija —piensa el malvado—. ¡Menudo rescate en perspectiva! De esta hecha el millonario voy a serlo yo."

Ya llegan ante cierta casita misteriosa que nosotros conocemos. "En esa casa la está esperando su papá, señorita." "¡Papá! ¡Mi papaíto! —grita la niña precipitándose al interior. Oh, cómo quisiéramos avisarla: "¡no entres!" Pero la infeliz ha puesto ya el pie sobre la trampa fatal.

Enterado por Pipa del robo de la carta, Pipo vuelve corriendo a avisar a May. Pero, Buffalo Ball y mis Reckesson han desaparecido. Sobre la pared hay unas líneas que el héroe lee con doloroso estupor. "Pipa —grita— esto me da mala espina." Pero la perrita no le oye: está muy ocupada.



Querido Pipo. Me voy con mi papá
que me llama. Ven a verme a mi
palacio de la quinta Avenida.
Un abrazo
Miss Reckesson

EPISODIO XI

LA INGRATITUD DE MAY

En cuanto lee la nota escrita por May en la pared de la posada del "Caballo rojo", le falta tiempo a Pipo para acudir al llamamiento de la "princesita de los paraguas". Por fortuna puede conseguir un aeroplano que en pocos momentos los lleva a él y a Pipa a Nueva York. Una vez allí se dirigen en seguida hacia el palacio de la Quinta Avenida.

A la puerta hay un negrito, lujosamente ataviado con traje de terciopelo verde y muchos botones dorados. "¿Mister y Miss Reckesson? —pregunta Pipo que como puede verse es un *as* hablando inglés. "Mis amitos —contesta el botones negro con acento cubano— han salido a dar un paseíto por Rusia y Egipto y no volverán hasta cuatro mesesitos".

Pipo y Pipa se vuelven cabizbajos. "Yo que esperaba que nos obsequiarían con una buena merienda" —suspira Pipa—. Pipo va aún más triste que su compañera, tanto que por primera vez en su vida, vierte una lágrima amarga. ¡Qué ingrata ha sido May! ¡No esperar siquiera a su libertador para darle las gracias y un abrazo!

Abstraído con sus pensamientos, Pipo no se da cuenta de que hacia él viene un auto cuyos ocupantes le encañonan, con enormes pistolas. ¡Pim! ¡Pam! ¡Pum! Pipa da una voltereta y se desmaya. Pipo siempre sereno, (los tiros no han hecho blanco), reconoce en uno de los bandidos, al botones negro que estaba antes en el rascacielos de Sir Reckesson.

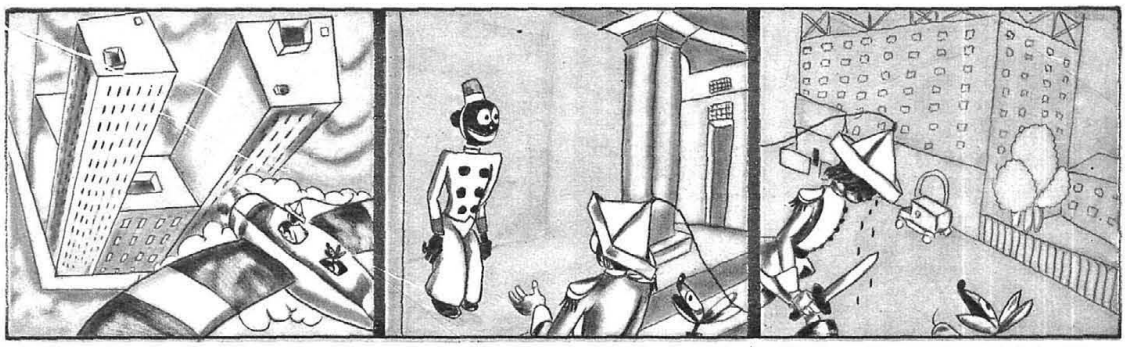
Mientras que estos acontecimientos singulares se desarrollan en Nueva York, la bruja Pirulí mata el tiempo (no tiene a mano cosa mejor que matar) a la espera de tener noticias del plan maquiavélico que ha tramado. Y enseña a su cotorra, Doña Escotofia, a decir cosas tan graciosas como ésta: "Patapí. patapi, patatipa, muera Pipo y muera Pipa".

Por fin llega su compinche. "Señora Pirulí —grita el infame Gurriato—, hemos triunfado en toda la línea!" Y le cuenta cómo le ha birlado a Pipo, su protegida, y ha hecho caer en la trampa infernal a la gentil May y a su señor padre. "Eres un sol, Gurriatito —grita la bruja entusiasmada—". Y le da nuevas instrucciones para rematar su plan.

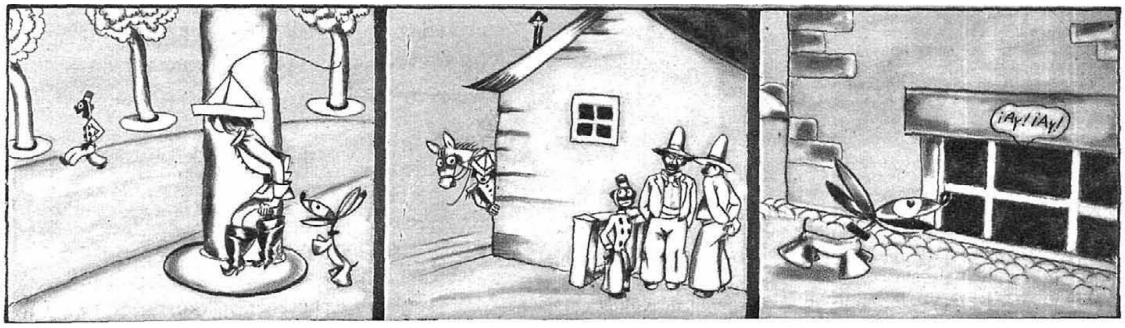
Pipo sigue paseando por las calles de Nueva York. Su perrita le sigue; cuando, de pronto, una tarde, se detiene al ver pasar al botones negro, aquel que entretiene sus ocios disparando sobre los transeúntes con mano tan torpe como criminal. "Este tarro de betún —murmura— me da mala espina". Y le sigue, procurando no ser visto.

Pipa va detrás de su amo, pero de mal talante. "Que afán de meterse en lo que a uno no le importa —murmura—. Esta manía acabará costándonos un disgusto". El misterioso botones ha llegado a cierta casita, de aspecto sospechoso, ante la cual le esperan dos individuos de aspecto aún más sospechoso que la casa. "Ya decía yo... murmura Pipo".

Dejando a su amo, en acecho, la perrita se dedica a algo mucho más práctico... según ella, Y es buscar la cocina de la casa, a ver si hay algo que pescar. A ras de tierra ve un tragaluz enrejado. "Debe de ser aquí" —murmura Pipa acercándose—. Pero en lugar del tufillo a asado que esperaba, lo que llega hasta ella son unos lamentos. "¡Ay! ¡ay!"



Muera Pipo


¡AY! ¡AY!

EPISODIO XII

LA CASITA TRÁGICA

Al oír estos extraños gemidos, Pipa, que está bastante contagiada por el noble espíritu detectivesco de su amo, se acerca llena de curiosidad, y pregunta: "¿Quién está ahí?" Y oye una vocecita bien conocida, que contesta: "'Pipa, mi buena Pipa, soy yo, May Reckesson, y estoy encerrada con mi papá". ¡Para que quiere oír más la simpática perrita!

"Corro en busca de mi amo, que os libertará" —promete—. Y corre, en efecto, hacia la entrada de la casa, donde momentos antes, dejó al héroe. Pero Pipo ya no está allí; y Pipa ve algo tan terrible, que los pelos se le ponen de punta y las orejas también: la espada del héroe, yace rota en el suelo, junto a un trozo de la pluma de su casco de papel.

Al punto, Pipa comprende que algo terrible le ha sucedido a su amo. Y es tal su dolor, que está a punto de tumbarse en el suelo y dejarse morir de hambre. ¡De hambre, sí, ella, Pipa! Pero hay que ser fuerte, hay que poner todo en juego para encontrar a Pipo y salvarle, si aún es tiempo. ¿Qué hacer? ¡Oh!, una idea... Y Pipa echa a correr en busca de Buffaly-Ball a quien, como recordaréis, May dejó en la posada cuando se fue con el falso botones negro. El "viejo Buff" ha vuelto a su rancho, a sus ocupaciones de domador de potros salvajes. Pipa llega jadeante, gritando: "Pipo está en peligro." Y cuenta al *león de las praderas* los dramáticos acontecimientos que ya sabemos.

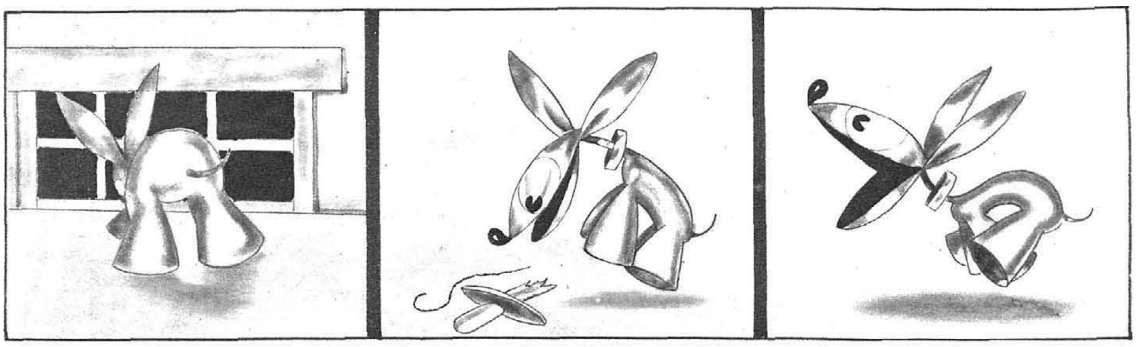
¡Noble Buff! ¡Bravo *boy!* No vacila un segundo; lo planta todo —incluso sus plantaciones de caucho— y, saltando sobre su más ligero potro amaestrado, parte, raudo, en dirección a la casita misteriosa. Ya llegan: Buffaly-Ball y su compañera se apean de su montura. El silencio es total en la casa: absoluta, la soledad de aquellos parajes.

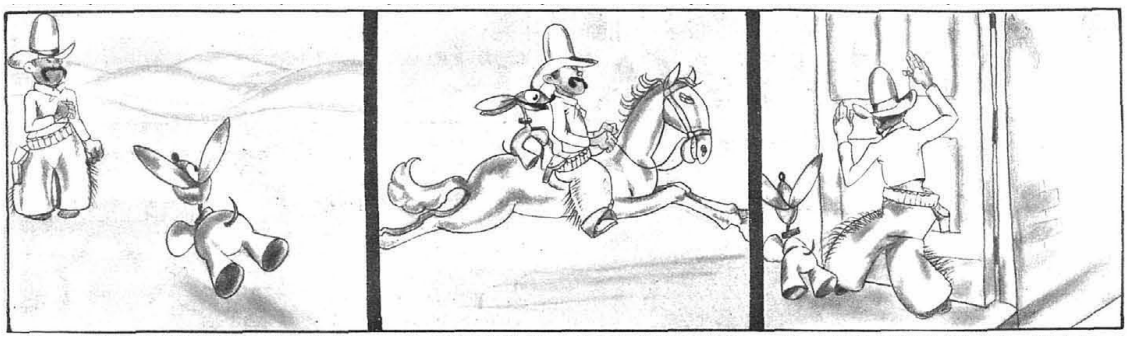
Sabe Dios cuántos peligros acechan detrás de aquella puerta que, por cierto, está entreabierta. Sin embargo. Pipa no vacila: su fidelidad a su amo, su anhelo de salvarle la infunden un valor sobre-perruno y ella, la miedosa, entra la primera en la casa, gritando: "¡Pipo! ¡Mi amo! ¿Dónde estás?" Detrás de ella se precipita Buffaly-Ball.

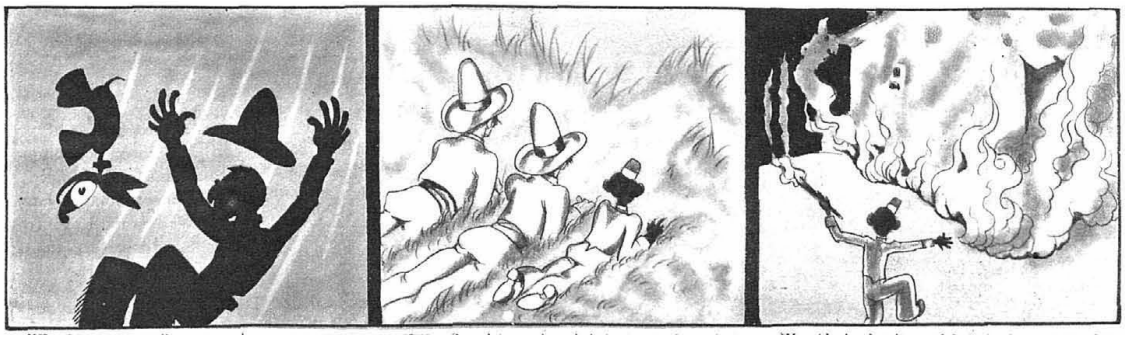
Lleva un revólver en cada mano y un cuchillo entre los dientes. Pero, ¡horror!, no han dado tres pasos, cuando el suelo se abre ante sus pies, y caen; caen en la misma trampa donde desapareció el papá Reckesson cuando fue en busca de su hija, y la gentil May cuando fue en busca de su padre; y donde, sin duda, ha caído Pipo también.

Completa es la soledad, sí; absoluto el silencio, sí; y, sin embargo, no. Cerca de la casa, ocultos entre la maleza, hay tres individuos en acecho: uno es el falso botones negro, al que conocemos de sobra; los otros dos son sus cómplices, los bandidos a los que también conocemos, aun cuando siempre los hayamos visto enmascarados.

Al oír el grito y el ladrido de angustia, lanzados por Buff y Pipa, los tres se enderezan, y exclaman: "¡Ya están todos en la ratonera!" "Ahora, manos a la obra". ¡La obra! Ved cuál es esa obra infernal. Rocían la casa con petróleo (sí, la casa donde están reunidos en la cueva, todos nuestros amigos) y, con una tea, la prenden fuego.







EPISODIO XIII

ENTRE LLAMAS

¿Imagináis cómo bailará Satanás ante sus calderas infernales? Pues una danza parecida es la que "se marca" el infame Gurriato ante la hoguera en que se consume la casita misteriosa donde están encerrados nuestros amigos. Llamas enormes, humo asfixiante y ¡púm! ¡catapúm! La casa se derrumba con estrépito.

Terminada su obra de incendio, muerte y destrucción, Gurriato vuelve a casa de su compinche; al oír su relato la horrible bruja Pirulí no puede contener su entusiasmo y exclamando:

Ven aquí, granuja
encanto de esta bruja

lo estrecha sobre esa parte del pecho en que los demás tenemos el corazón. Pero aún no le basta a la horrible Pirulí con saber que sus enemigos han perecido en el incendio. Quiere convencerse por sus propios ojos. "¡Vamos a regocijarnos con ese espectáculo delicioso!", dice. Y los dos se encaminan hacia la casita misteriosa.

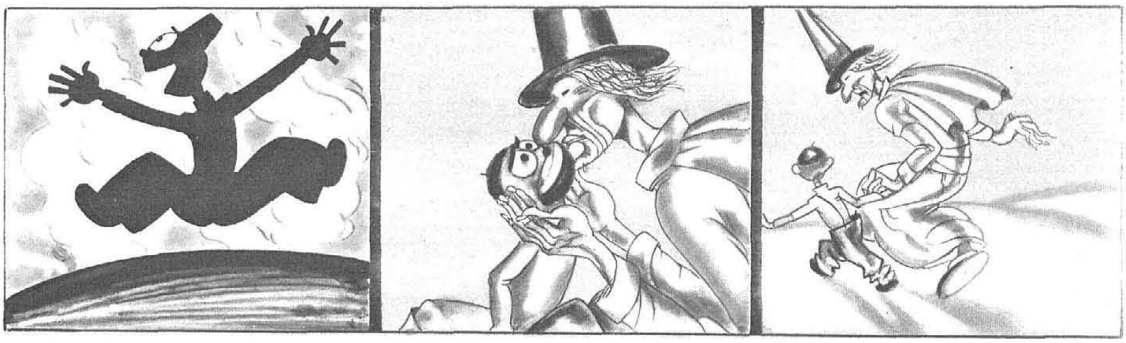
No tardan en llegar, pero no a la casa, sino al lugar donde estaba. Ahora ya, sólo hay un montón de cenizas humeantes; es todo lo que queda de la casita misteriosa, y sin duda también —horror me da escribirlo— de sus cinco ocupantes. Y la bruja y Gurriato remueven las cenizas. Así pueden cerciorarse de que no queda ni rastro de sus víctimas.

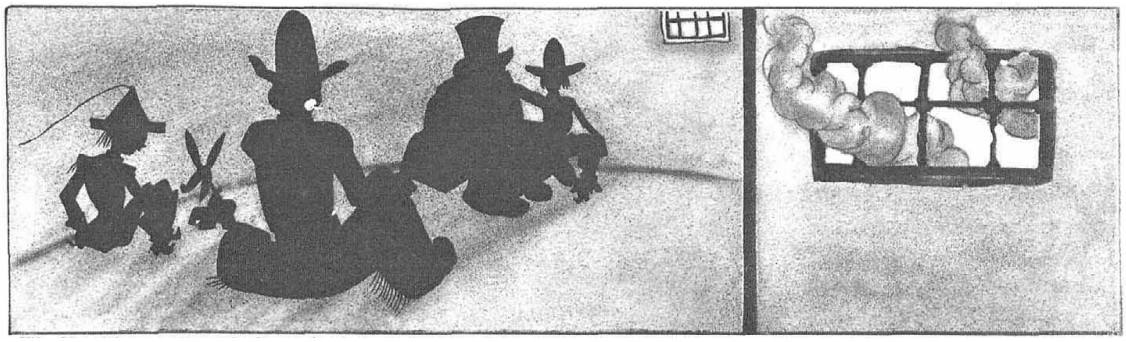
No, no queda nada, ni un botón del traje del valeroso Pipo, ni una pizca del serrín que corría por las venas de la simpática Pipa, ni un cheque o una moneda de oro del millonario Reckesson, ni una bala de revólver del "León de las praderas", ni un cabello de la rubia May. "¡Nada, nada!" —repite la bruja con carcajadas diabólicas.

Y añade: "De un tiro hemos matado dos pájaros". "¿Dos? Querrá usted decir cinco —protesta Gurriato". "No, digo dos, porque además de habernos librado de nuestros odiados enemigos, nos vamos a enriquecer. Se trata de aprovechar la muerte del "rey de los paraguas" para cierta jugada de Bolsa que nos dará toda la fortuna del papá Reckesson...

Mas, dejemos a estos malvados, camino de Nueva York, nos impide seguirlos la inquietud que sentimos por la suerte de nuestros amigos. Acabamos de ver con nuestros propios ojos las cenizas en que ha quedado convertida la casa en cuya cueva estaban encerrados, y sin embargo, nos resistimos a creer que hayan muerto en aquella ratonera infernal. Volvamos al momento en que el último de los cinco, Buffaly, cayó por la trampa. La desolación reina en la cueva trágica. "¡Me aburro! —suspira May. "¡Me falta aire!" —dice Buff habituado a las praderas. "¿Y mis negocios abandonados?" —dice Sir Reckesson. "El hambre que voy a pasar" —gime Pipa. Sólo Pipo calla, el héroe piensa que esta vez no tiene salvación.

Y de pronto, por el exiguo ventanucho, los cautivos ven horripilantes llamas, acompañadas de muchas chispas... Al mismo tiempo empieza a entrar humo en la cueva. ¿Qué es esto?Naturalmente, Pipo lo comprende todo al momento y con un escalofrío de horror, lanza un estridente grito: "¡Estamos perdidos!"...





EPISODIO XIV

EL PASADIZO

Las llamas lamen ya los barrotes del tragaluz; pronto invadirán la cueva y todos perecerán asfixiados por el humo y carbonizados por el fuego. La más horrible de las muertes les aguarda: cuestión de minutos, de segundos quizá; May, casi desvanecida, se ha refugiado en los brazos de su padre que no se acuerda ni de sus negocios; Pipa, del susto, ni gruñe.

Hasta Pipo, siempre sereno, está pálido. Claro que como aquello está muy obscuro, no se le nota. Buff está exasperado: "¡Morir aquí como un vil conejo, yo, el león de las praderas! —ruge—. No; mil veces, no. Moriré porque a mí me dé la gana". Y tras de gritar: "¡Adiós Far West!", toma impulso, agacha la cabeza y se estrella contra el muro de piedra.

Mas, ¿qué es esto? Bajo el golpe tremendo, la piedra cede y la cabeza de Buffaly Ball desaparece en un agujero. ¿Tan dura es que puede con la piedra? No; la piedra no ha cedido, por que lo que ha golpeado la cabeza del viejo Buff no es piedra: es una capa de yeso que ocultaba... ¡oh sorpresa! ¡oh alegría! la entrada de un pasadizo subterráneo.

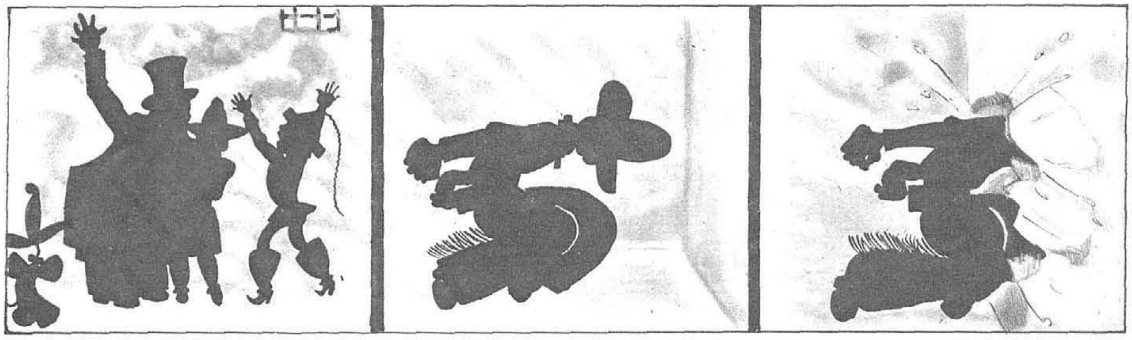
"¡Estamos salvados" —grita Buff internándose en la abertura. En el acto, los otros cuatro se precipitan detrás de él. ¡Ya era hora! El humo llena la cueva; Pipa tose y la cabellera de May está ligeramente chamuscada. Ya dentro del subterráneo salvador, oyen derrumbarse la casa maldita. Avanzan.… pero las llamas avanzan también hacia la abertura.

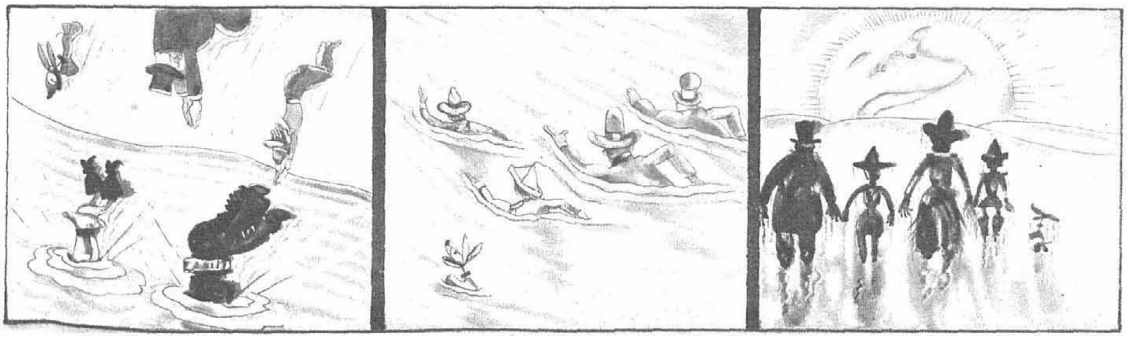
La carrera de los fugitivos es desenfrenada. Un mismo pensamiento angustioso les oprime a todos el corazón: si el subterráneo no tiene salida, les espera en él la misma muerte que acaban de evitar en la cueva y que sólo habrán retrasado unos instantes. De pronto, Buffaly grita: "¡Alto!" Es que han llegado a la salida, porque hay una salida, sí, pero está cortada a pico sobre un río proceloso, uno de esos ríos formidables y torrentosos de América, de los cuales apenas tenemos idea. Y detrás, las llamas ganan terreno. Están, pues, no entre dos fuegos, pero si entre el fuego y el agua. ¡Y qué agua! Aquello es casi elegir entre dos muertes seguras.

"Con lo fría que debe estar el agua" —murmura Pipa que es toda una gatita no sólo porque ha nacido en Madrid, sino por el horror que tiene a los baños fríos. "Pero, ¿y lo caliente que está el fuego? —protesta la intrépida May". Y Pipo grita resueltamente: "Compañeros, si vacilamos la muerte es segura; si nos tiramos la salvación es posible. ¡Adelante!"

¡Cualquiera vacila después de oír la voz del héroe! Al río se tiran todos de cabeza y nadan con vigor —hasta el papá Reckesson a pesar de ser algo pesado— cual si se tratase de ganar una copa, luchando contra las olas, la corriente, la resaca. "¡Ay! —grita Pipa— un pez me muerde la cola." "Recójetela" —contesta su amo.

¡Bien recompensados se ven sus esfuerzos! A pesar de las inauditas dificultades de la travesía, consiguen al fin ganar la orilla del río. Ya están en tierra firme. ¡Y al aire libre! ¡Están salvados! Salvados, pero chorreando y tiritando; por suerte, el sol, misericordioso y bonachón, les envía sus mejores rayos para secarles.





EPISODIO XV

¡POBRES RICOS!

Encontramos a nuestros amigos como los dejamos después de cruzar a nado el río caudaloso; pero ya están secos y deliberan apasionadamente lo que conviene hacer. Cada cual da su opinión; la de Pipa es la siguiente: "Yo creo, mi amo, que tú y yo debíamos dejarnos de norteameriquerías y volver a casita." Pero no es tomada en cuenta, naturalmente.

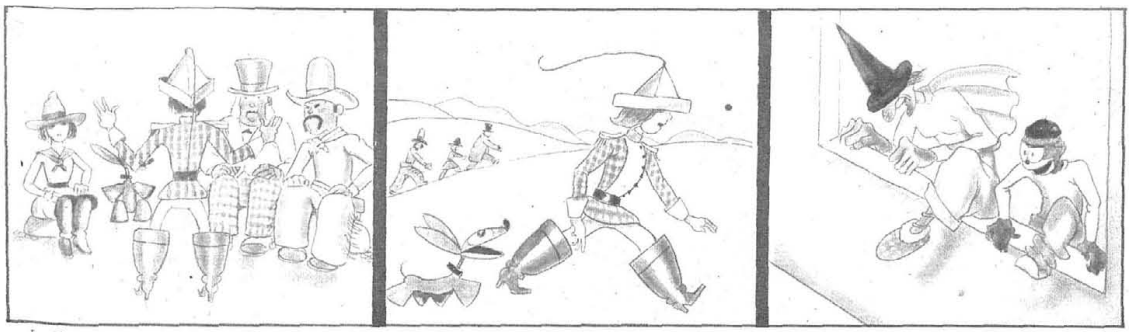
"Es preciso —declara Pipo— volvernos todos a Nueva York donde yo me dedicaré a buscar a esos malvados para castigarlos. Pero también es preciso que seamos prudentes y no llamemos la atención. Para ello, nos vamos a dividir en dos grupos e iremos por diferentes caminos." Y así se hace, porque Pipo tiene razón. Mientras, en Nueva York, ah, suceden cosas terribles. Gurriato y Pirulí, únicos poseedores del secreto de la muerte —supuesta— del multimillonario, han realizado en la Bolsa una jugada formidable que les ha hecho dueños de toda la fortuna en valores del Estado del rey de los paraguas. Pero aun no les basta a aquellos miserables. Y una noche penetran por la ventana en el palacio de la Quinta Avenida abandonado durante la ausencia de sus dueños. El infame Gurriato conoce bien la casa, donde estuvo sirviendo en calidad de botones negro, y conduce a su compañera ante la caja de caudales, cuyo secreto también logró sorprender. Iluminada por la linterna sorda de las ratas, la caja aparece repleta de billetes y oro.

Luego, una visita al comedor, para apoderarse de la plata, y, por último, al cuarto donde están encerradas las alhajas de May. Ahora, dos sombras misteriosas salen del palacio de Reckesson; caminan agobiadas por sus cargas. El talego en que la bruja en otros tiempos se llevaba a los niños malos nunca estuvo tan pesado…, pero nunca le pareció tan ligero.

Momentos después, los dos miserables hacen el recuento del tesoro robado. Es colosal, fabuloso. Importa millones de millones; y entre la plata, el oro y las pedrerías, brilla soberbiamente la célebre esmeralda conocida por "el lucero de Oriente", talismán sagrado, que pesa medio kilo, y que le regaló a May la propia Maharaní de Kamelapatha.

Y cuando Sir Reckesson y su hija llegan a Nueva York... No; me da demasiada pena, no puedo describir su desesperación ante la catástrofe. El hombre que, como todos los millonarios yanquis, entró en Nueva York descalzo y realizó su fortuna a fuerza de trabajo, y la gentil deportista, hecha a todos los lujos, están arruinados. No les queda nada.

Nada, ni un dólar para comprarse un panecillo. Son pobres de pedir limosna. Con su rubia cabecita entre las manos. May solloza. El papá, Reckesson, padre antes que ex millonario, gime: "Mi hija. ¡Mi pobre hija!". Es tan desgarrador el espectáculo que por primera vez dos lágrimas surcan las curtidas mejillas del viejo Buff. Y Pipa, cuyo sensible corazoncito ya conocemos, llora a ladrido pelado. Solamente Pipo conserva su serenidad. Con el ceño fruncido, pasea a grandes zancadas. En su rostro no hay huella de emoción. ¡Ah! ¡Qué duro es el corazón de los héroes!, pensáis sin duda. Pero no; Pipo es tan bueno como listo y valeroso. Y si está impasible, es porque medita.



EPISODIO XVI

VISITA DE CUMPLIDO

¡Menuda vida se están dando el infame "Gurriato" y la horrible Pirulí! Se han instalado en un palacio con todo lujo y confort ¡tienen hasta televisión y pinzas para el azúcar! ¡Y venga regalo! Puros de a peseta, cine todas las tardes, baño todos los meses. En el salón donde "Gurriato" está repantigado entra la bruja vestida de raso y terciopelo.

"Gurriatito" —dice— hoy vendrá a visitarnos mi compadre Camuñas; le odio, pero le pongo buena cara porque es más malo y más poderoso que yo. Prepárate a recibirle con todos los honores." Para "Gurriato" la preparación no consiste en mudarse de camisa y cepillarse como se hace cuando se espera a un gran personaje, sino en preparar alguna maldad.

Y tiene la ocurrencia infernal de untar de jabón los escalones de la entrada. Luego se esconde. Ya llega el brujo Camuñas, un viejo que tiene tan mal genio como luengas barbas. "Ahora toca a reírse" —murmura "Gurriato"—. El brujo pone el pie en el primer escalón y, ¡pafff! En su caída ve dos mil trescientas estrellas. Pero también el bote de jabón.

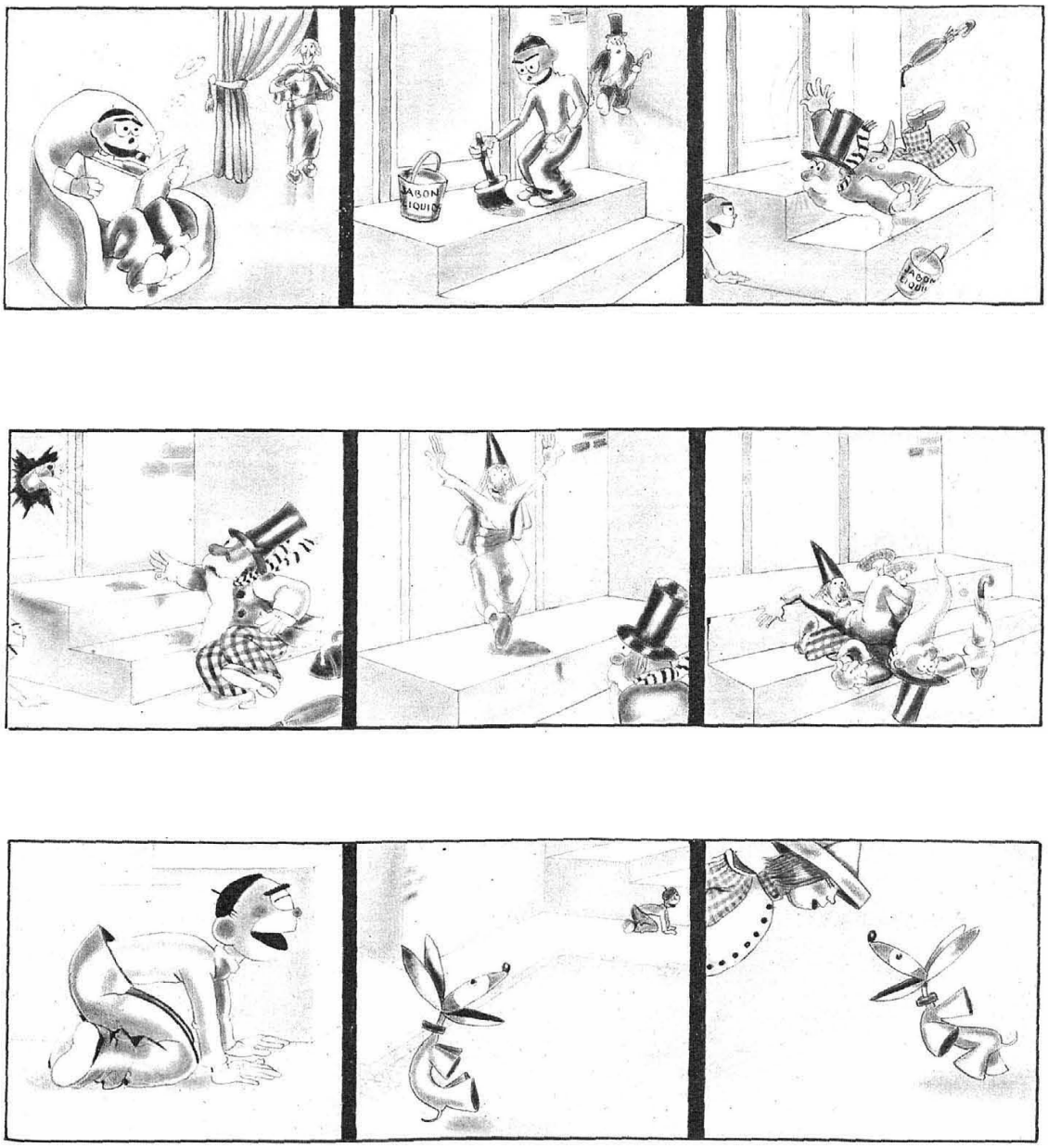
La cólera de los brujos es algo terrible; la de Camuñas, espeluzna. Arroja el bote con todas sus fuerzas contra los cristales y ruge: *"Repijorro, porrojo, pirrojo."* ¡Horror!; ha pronunciado el más implacable juramento de venganza que puede salir de boca brujeril. "Gurriato" se desternilla de risa. En este instante se abre la puerta de la casa.

Aparece la bruja Pirulí que no se ha enterado de estos acontecimientos espantosos. "Mi queridísimo compadre" —exclama, al ver a Camuñas—: "Cuánto me alegro de verte. ¡Ven a mis brazos!" Y se precipita con una sonrisa de cocodrilo mellado. Pero a su vez resbala sobre el jabón, patina, y va a dar con su cuerpo contra el brujo.

Se agarra a sus barbas y, ¡patatrás!, caen los dos. Esta vez quien ve dos mil trescientas doce estrellas es la bruja Pirulí. En cuanto al brujo Camuñas, lo menos ve cuatro mil seiscientas veinticuatro. ¡Vaya ensalada! Desde su escondite, el infame "Gurriato" no pierde detalle de la escena. Está gozando de lo lindo.

¡Como que se divierte más que en el circo! "Hoy —murmura— no tengo necesidad de ir al cine. Tengo película cómica a domicilio y de balde. Esto no son dibujos animados; lo menos son caricaturas animadas." ¡Ríe, malvado! ¡Ríe, infame! Pero si a ti no te ven, tampoco ves tú a quien te está observando desde hace un momento. ¡Si supieras!

Momentos antes, Pipa ha salido para poner en ejecución un plan que se le ha ocurrido a ella solamente: empeñar su collar para socorrer a los pobres ex millonarios Reckesson e hija, que se morirían de hambre si no fuera por la caridad del gran Pipo. Pero, ¡ay!, en el Monte no le han admitido la prenda, y la simpática perrita volvía triste con el rabo entre las piernas cuando ha visto a "Gurriato". Y también ha visto a Pirulí. ¡Sí, son ellos, son los miserables a quienes su amo busca con tanto afán para castigarlos y rescatar de sus garras la fortuna de los Reckesson! Loca de alegría, Pipa se vuelve corriendo y entra en casa como una tromba. "Mi amo —grita—. ¡Ya los tengo! ¡Son nuestros!"


SAVON
LIQUIDE

EPISODIO XVII

UN CHOCOLATE CON PICATOSTES

A fuerza de mimos y zalamerías, llamándole "Camuñas precioso" y "brujito lindo", la horrible Pirulí que es una hipócrita de primera, ha logrado aplacar las iras de su temido compadre y convencerle para que entre en la casa. "¿Quién se va a tomar un chocolatito con picatostes?" —le dice halagando sus gustos. Y sale a prepararle el chocolate.

Creeréis acaso que Gurriato se ha quedado tan satisfecho después de su bromita. ¡Cómo se ve que no le conocéis! No, él no se conforma con tan poca cosa. Tiene que aprovechar la visita del brujo para reírse otro poco. Rondando la casa sale al jardín y se asoma, curioseando, a la ventana del salón. Magnífica ocasión; el huésped está solo.

Gurriato medita un instante. En el salón, junto al brujo, está su sombrero de copa; en el jardín, junto al infame Gurriato, una manga de riego. ¡Ya está la idea diabólica! Y mientras realiza su pequeña operación, Gurriato murmura: "A reírse tocan otra vez, amigo brujo Camuñas. ¡Te la voy a dar en tus propias barbas... que buena falta les hace!"

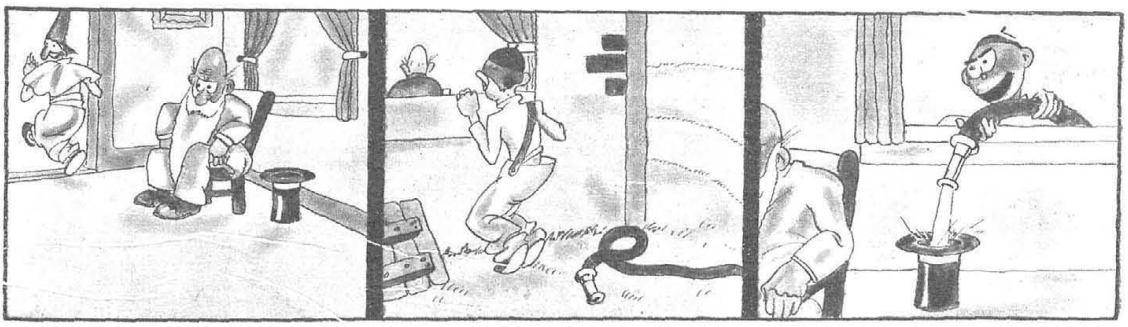
El brujo Camuñas no suele ser muy paciente, y hoy, con el mal humor que tiene, lo es menos que nunca. "¡Vaya —exclama—, este chocolate tarda demasiado! Prefiero marcharme a tomarlo en una pastelería!" Se levanta, se pone su sombrero, y... ¡vaya duchón! Furioso, chorreando, tiritando, Camuñas se sacude como un perro que sale del agua.

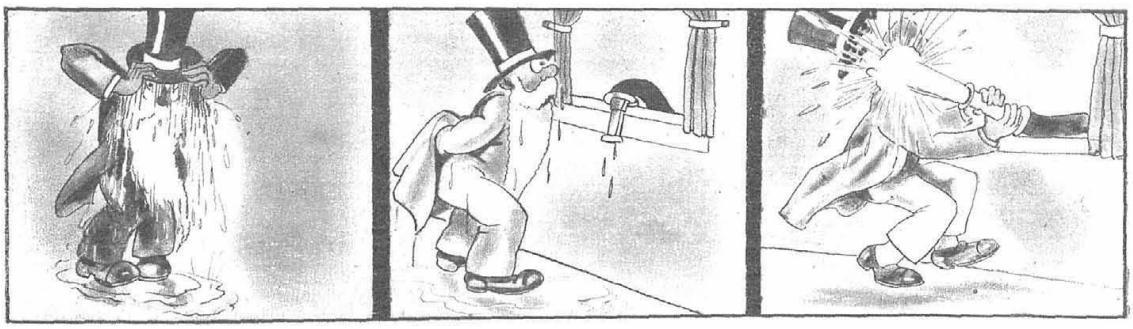
Entonces advierte la manga de riego que se ha quedado colgando de la ventana. "¡Ah —murmura algo calmado—, se conoce que esta manga gotea y el agua ha caído dentro de mi sombrero que coloqué sin fijarme. A ver, a ver!" Se acerca a la ventana y aplica un ojo al agujero. En el jardín, el infame Gurriato observa oculto detrás de un árbol. "La ocasión la pintan calva... y con barbas" —murmura. Y en el instante en que Camuñas aplica el ojo a la manga de riego, Gurriato abre la llave y ¡Pluff¡ un chorro violento y helado inunda por segunda vez al brujo. "¡Esto es demasiado! —ruge éste—. Se conoce que la pécora de mi comadre ha embrujado la casa."

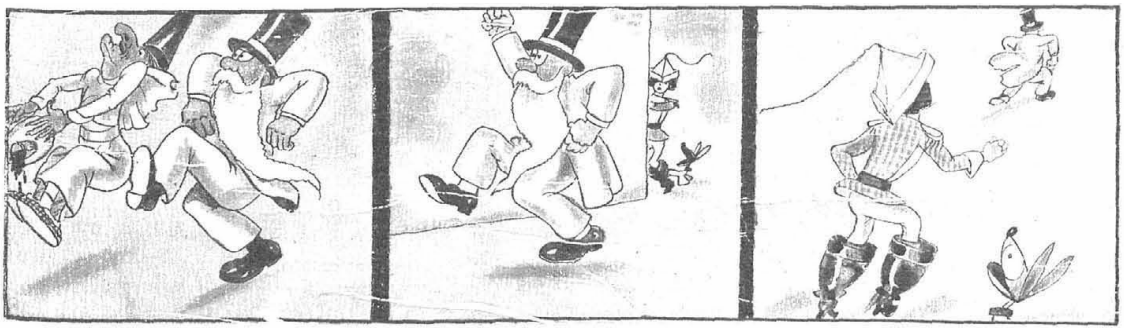
Y grita frenético: "¡Pirulí, Pirulí. Ven aquí!" "Ya voy, Camuñitas" —contesta la voz de carraca de la horrible bruja, que aparece con una bandeja que exhala un apetitoso tufillo a canela. Y añade: "Mira, mira que buen chocolatito te vas a tomar con picatostes." "Ah, ¡conque yo me lo voy a tomar con picatostes! —ruge Camuñas—. Pues tú te lo vas a tomar con tortas!"

Y de un puntapié y cuatro bofetadas, da al traste con la bandeja y su contenido. Y sale rugiendo: "¡Venganza, venganza! He de vengarme de esa bruja de los infiernos. ¡He de vengarme de la bruja Pirulí!" En el instante en que el brujo Camuñas sale a la calle, profiriendo estas palabras espantosas, desembocan por la esquina nuestros dos amigos, Pipo y Pipa.

El héroe, a quien ya sabemos que le fue a buscar su perrita, llega a tiempo para oír las frases de venganza que salen de la boca del brujo, entremezcladas con espuma de rabia y espuma de chocolate del que le ha salpicado. "¡Toma, toma! —murmura el gran Pipo—. Conque el brujo Camuñas quiere vengarse de la bruja Pirulí. ¡He aquí un posible aliado que puede serme útil! ¡Sigámosle!"







EPISODIO XVIII

EL PEZ BERNABÉ

Pipo y el brujo Camuñas han hecho un pacto: "Usted, como brujo —ha dicho Pipo— me da los medios para apresar a la horrible Pirulí." "Y tú, como héroe —ha contestado Camuñas— cumples nuestra común venganza." Ahora están inclinados sobre un barreño lleno de agua; porque el brujo tiene que consultar a su consejero infalible, que es el pez Bernabé, que todo lo ve.

En el agua del barreño no hay nada; pero apenas ha soplado en ella el brujo, aparece un hermoso lenguado con escamas de oro y plata. Pipa, al verlo, mueve la cola y murmura: "¡Qué rico estaría este pececito, bien refritito!" Afortunadamente, nadie la oye. "Pez Bernabé, que todo lo ve —dice el brujo— ¿Qué debe hacer Pipo para apresar y vencer a mi comadre la bruja Pirulí?"

Y Bernabé contesta con su voz de pez: "En este instante, la horrible Pirulí y el infame Gurriato se disponen a regresar a Europa con los tesoros robados. Sólo montando en escobas más veloces que las suyas se les podrá alcanzar; sólo en los aires, se les podrá detener; sólo con armas de brujo se les podrá vencer". Entonces Camuñas lleva a Pipo a su "aeródromo".

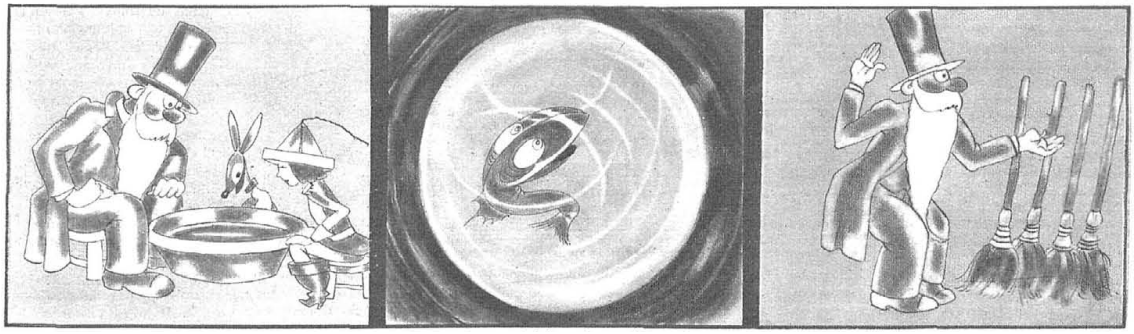
"Necesito tres escobas" —dice Pipo—. El brujo elige las más veloces que son "autogiras" y todo; se las entrega, y añade: "Con ellas, podrás alcanzar a los fugitivos, mas para vencerlos necesitas no temblar." Pipo sonríe, y tras de reunirse con el ya indispensable Buffaly Ball, nuestros héroes se disponen a repetir la hazaña de Lindbergh.

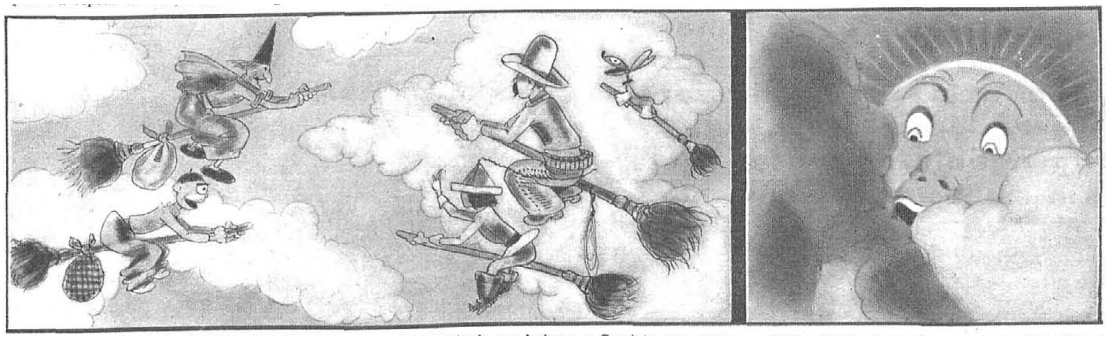
Buen adelanto llevan los perseguidos. Apenas salió el brujo Camuñas echando lumbre y chorreando agua, la bruja Pirulí, temiendo su venganza, preparó la huida e hizo el equipaje, es decir: encerró en un pañuelo de hierbas, una muda y los tesoros robados. Y montando en su escoba, ¡pff pff pff!, se lanzó a los aires.

Tras la soga el caldero; ¡y que no va contento el infame Gurriato! "Ahora que soy rico —piensa— ¡menuda vida me voy a dar! Fumaré puro todos los días y además me voy a hartar de hacer maldades y molestar a la gente." Tal es su satisfacción que se frotaría las manos si no las llevara en el "volante".

De pronto, la bruja lanza un grito que parece el graznido de una lechuza, y Gurriato ruge como el chacal... Ante ellos, aparecen los enemigos que creían aniquilados. "Pero, ¿no habéis muerto?" —grita Pirulí—. "Por lo visto no" —contesta Pipo. —"¡Guau! ¡guau! —ladra Pipa. "¡Pues ahora no escaparéis" —amenaza Gurriato. —"Eso se verá" —responde tranquilamente Buff. La situación es terrible. En los ojos de todos, brilla el odio. (En los de Pipa, hay, además, un poquito de miedo.) La batalla de Trafalgar no fue más que una ligera escaramuza comparada con la que aquí se prepara.

Abajo, el mar ruge amenazador. Por el aire, los cuervos revolotean dispuestos a caer sobre el vencido. ¡La situación es de abrigo! Hasta el sol siente que los rayos se le ponen de punta, y echando mano de dos nubes, se tapa la cara horrorizado para no ver el espectáculo que se prepara.





EPISODIO XIX

EN EL AIRE

En medio de la atmósfera, tiene lugar el encuentro de los dos enemigos; son dos fuerzas antagónicas —sea dicho sin ánimo de ofender— que se hayan frente a frente, y escoba a escoba. El infame Gurriato, como sabe lo que hacen los aviadores en las guerras aéreas, toma posiciones; remonta el vuelo y se dispone a caer sobre su enemigo cual ave de presa sobre su ídem. Pero Pipo enardecido de odio y de indignación, por la presencia de su odioso enemigo, lanza su escoba a la velocidad máxima, y arremete, adelantándose intrépidamente al terrible choque. El momento, de una grandeza epopéyica, es digno de filmarse en el cine sonoro.

La locura, el vértigo, el caos, la apocalipsis… Brazos, piernas, cabezas, escobas, gritos... ¿Quién? ¿Cómo? ¿Dónde? ¡Lo vemos todo, pero cualquiera se entera de nada! Visión dantesca, lucha homérica, titánica...

¡Es que Pipo y el demonio de Gurriato se han liado a cachetes!

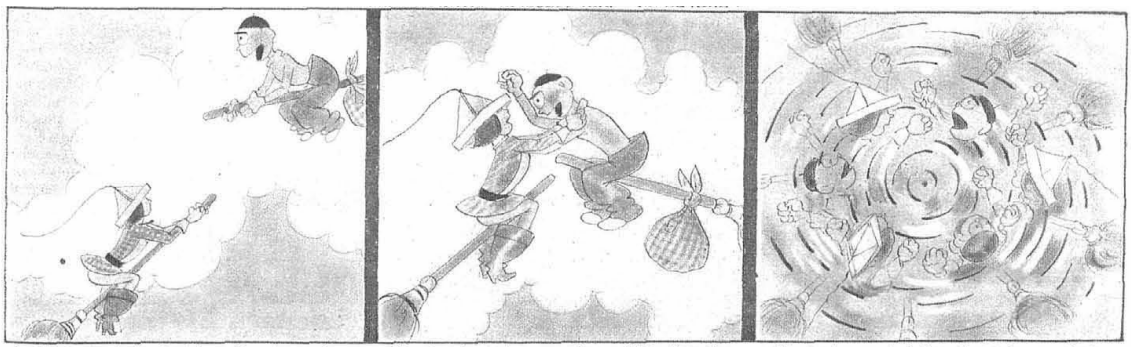
¡Ah!; ya todo se precisa. Los contendientes se separan, y uno de ellos, desmontado de su vehículo aéreo, cruza vertiginosamente los aires, cabeza abajo. Se oye un choque tremendo; un cuerpo ha caído al mar. Es el cuerpo del vencido, naturalmente, y el vencido, en esta gran batalla, es el infame Gurriato.

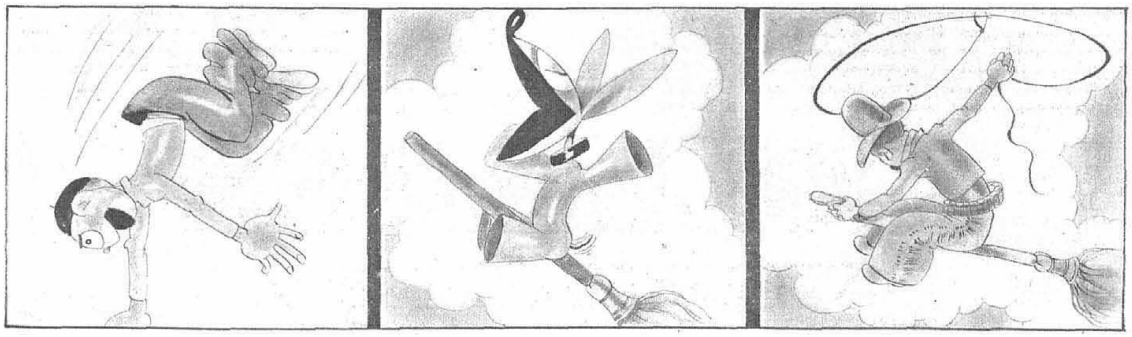
"¡Olé mi amo! ¡Vaya zambullida que les has dado! ¡Este se ha ganado una copa de natación, o, por lo menos, una copita de Jerez!" Es la maliciosa Pipa que ha presenciado la terrible escena con espanto al principio, y ahora celebra, a su manera, la victoria del héroe. "Calla Pipa —ordenó Pipo—, no se debe insultar al enemigo caído en el mar."

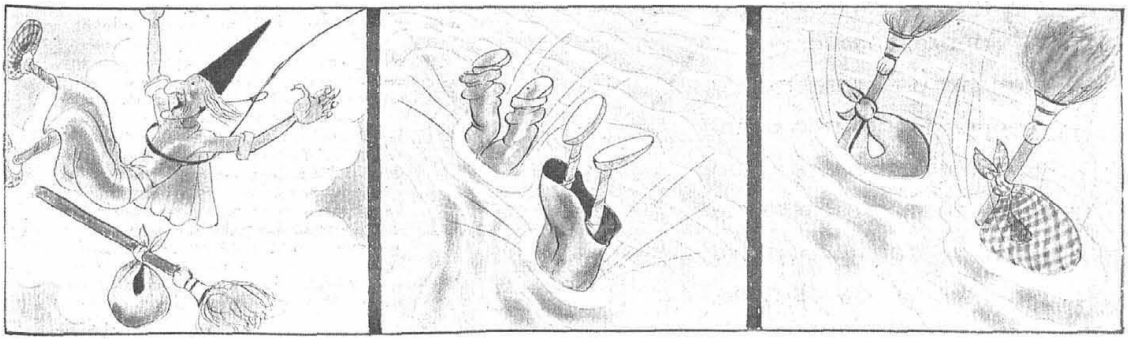
¿Y la bruja Pirulí? ¿ Cómo no ha ayudado a su cómplice? ¡Infortunada Pirulí! Es que ella ha tenido que habérselas con Buffaly Ball. Como perfecto cow-boy, el *León de las praderas* no se separa nunca de su lazo. Con un silbido estridente, de boa canora, la terrible serpentina de cuerda se despliega, cruza los aires, y va a enroscarse alrededor del viejo manojo de huesos que conocemos por la bruja Pirulí. Con violencia irresistible, la arranca de su escoba: "¡Maldición!", ruge la bruja, y quiere lanzar algunos de sus encantamientos maléficos; pero ya es tarde. El choque que acabamos de oír ha sido la caída de dos cuerpos, en lugar de uno, como creíamos.

En el mismo instante, y en un doble zambullido, la horrible bruja Pirulí, y su compinche, el infame Gurriato, se han hundido entre las olas espumosas del mar proceloso, que vuelve a cerrar sus aguas sobre ellos, con un rugido de satisfacción. Dos miserables menos en el mundo, parece decir con el rumor de sus olas.

Pero, ¡ay!; no han sido solamente la bruja y Gurriato los que han caído al mar; también han caído sus escobas, y todos los tesoros, pedrerías, oro, papeles que componían su equipaje. Desde lo alto, Pipo, Pipa y Buff presencian, aterrados, esta catástrofe; la victoria ha sido inútil. ¡La ruina de papá Reckesson y de la gentil May, no tiene remedio!







EPISODIO XX

EN BUSCA DEL TESORO

¡Con qué desesperación contemplan Pipa y Buffaly, desde la orilla, el Océano cruel, voraz, implacable, que acaba de tragarse los tesoros del papá Reckesson! Digo bien, Pipa y Buff, porque si Pipo también contempla el mar, no hay desesperación en su mirada. ¡No, él no se resigna a la ruina de la gentil May!

"Vuelta a Nueva York" —ha ordenado el héroe con voz firme—. Y cada cual, en su escoba respectiva, remonta el vuelo. Buffaly suspira, apenado por abandonar así los tesoros que tanto trabajo y tantos peligros les costó rescatar. Pero Pipa sabe que no hay tal abandono; ella conoce a su amo y ha visto brillar en su mirada la llama de las grandes resoluciones.

Nueva York, otra vez. Seguido de su fiel perrita, Pipo se interna en un laberinto de callejuelas miserables donde, por no haber, no hay ni rascacielos. Se detiene ante una tienducha bastante rara; entra. Pipa, entra detrás de él; nada pregunta a su amo; se guarda muy bien de turbarle, pues ha visto entre sus cejas la arruga de las hondas meditaciones.

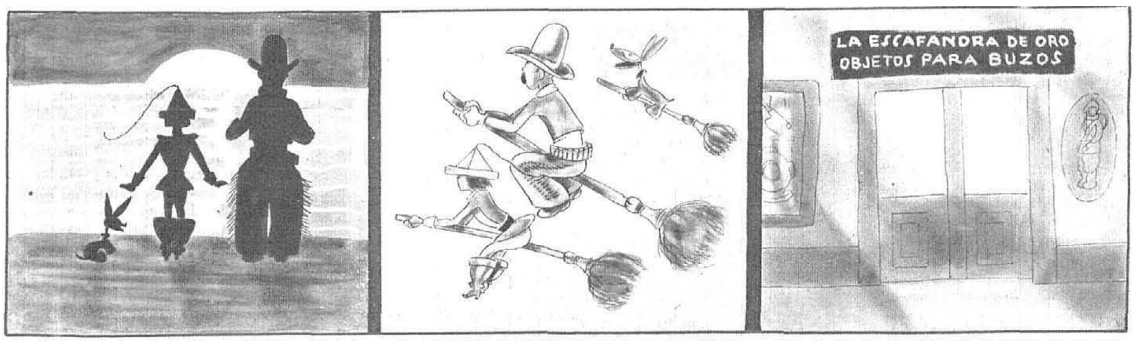
Han transcurrido unos momentos; Pipo y Pipa reaparecen. Bueno, nos figuramos que son ellos; pero, ¡cualquiera los conoce como están, embutidos en sendos trajes de buzos! ¿Empezáis a comprender? Pipa, ¡ay!, también empieza a comprender. Y la pobre perrita refunfuña: "Hay que ver lo molesto que es el casquito este!"

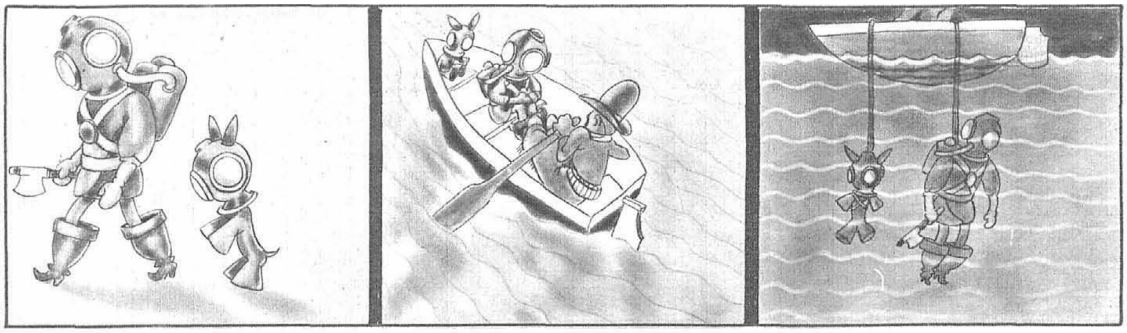
En la lancha que los conduce al punto en que se sumergieron los tesoros, Pipo le da a Buff sus instrucciones: "Ya sabes... el tubo del aire... la cuerda… los tirones de las llamadas de alarma..." "Oye, mi amo —dice Pipa—, yo preferiría hacer todas estas cosas desde la lancha y que bajara contigo Buffaly." "¡Cómo, Pipa! ¿Consentirías en separarte de mí en estos momentos de peligro?" —exclama Pipo—. Puede que sí, que a pesar de toda su fidelidad, Pipa consintiera en ello sin inconveniente, pero ha sentido vibrar en la voz de su amo la severidad de los grandes desengaños. Y baja la cabeza, y baja al fondo del mar, con Pipo, colgados ambos de las cuerdas que Buff va desarrollando desde la lancha.

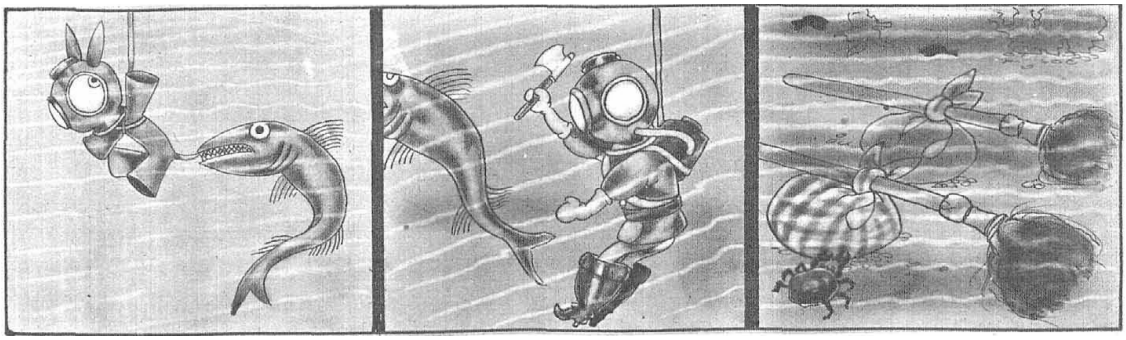
"¡Guau, guau!" (Estos ladridos son: "¡ay!, ¡ay!", traducidos al lenguaje de Pipa.) ¡Pobre perrita! Motivos tiene para gritar; un pez enorme y con aspecto feroz le ha agarrado la cola con la boca (con otra cosa no podía ser) y se la muerde. "¡Guau, guau! ¡Mi pobre cola! ¡Guau, guau! ¡Socorro, mi amo! ¡Guau, guau!" Menos mal que ya acude el héroe en auxilio de su fiel compañera.

Conocedor de cuantos peligros entrañan los abismos submarinos, Pipo lleva una hachita bien afilada, y con esta arma ataca resueltamente al pez; repetidos golpes obligan a éste a soltar su presa y alejarse, en fin, mal herido y no diré que cojeando, pero sí nadando con cierta dificultad. ¡Y ahora, a buscar el tesoro! Con esta intuición maravillosa que le caracteriza…

Pipo se desenvuelve en el fondo del mar con la misma facilidad con que cruzaría la Puerta del Sol si no hubiera guardias, ni coches, ni señales luminosas, ni tranvías, ni nada. ¡Ah!, ya están aquí los tesoros, ya está aquí la colosal, la fabulosa, la fantástica fortuna de los Reckesson, en dos pañuelos de hierbas anudados a las escobas de la bruja Pirulí.


LA ESCAFANDRA DE ORO
OBJETOS PARA BUZOS





EPISODIO XXI

LOS ANZUELOS SALVADORES

"¡Por fin! —exclaman Pipo y Pipa—. Ya tenemos el tesoro de Sir Reckesson. ¡Qué contenta se va a poner nuestra amiguita May!" Los dos se reparten los bultos y... ¡arriba! "Mira, Pipa —dice el héroe—, haz como yo." Y da tres tironcitos de la cuerda que le sujeta. Como ya sabemos, es la señal convenida para que Buffaly los suba hasta la barca.

¡Con qué alegría da los tres tirones la perrita! ¡Y con qué satisfacción se siente ascender! "Porque vamos —murmura—, esto del fondo del mar será muy bonito, pero yo le estoy tomando un asquito al agua que no vuelvo a probar una gota en mi vida. De esta hecha, me dedico al vino y a los cock-tails." Ya poco les falta para llegar a la superficie. ¿Poco?…

Sobre su cabeza pasan peces de todos los colores. Uno de ellos, un magnífico pez espada, está dando su paseíto cotidiano. Se detiene ante las cuerdas. "Caramba —piensa—. Se me ocurre una idea muy divertida." Rrrrrassss. ¡No es nada; nada! ¡Una tontería! El pez espada que está aserrando, muy lindamente, las cuerdas que sujetan a nuestros amigos.

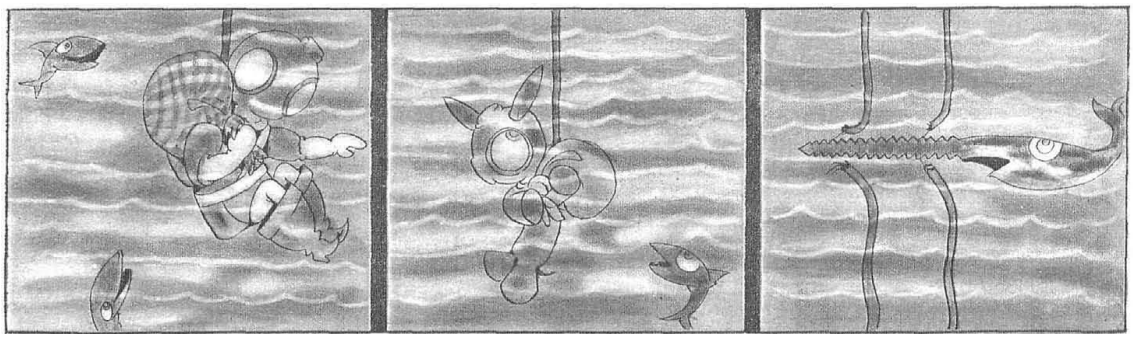
La primera cuerda que se rompe es la de Pipo, y, ¡Catapum!, el héroe es precipitado de nuevo hasta el fondo del mar, desde una altura de no sé cuántos metros y a una velocidad de no sé cuánto al segundo. ¡Cualquiera piensa en echar cuentas en un momento tan grave! Ya el pez, prosiguiendo su amable jueguecito, acaba de aserrar la otra cuerda.

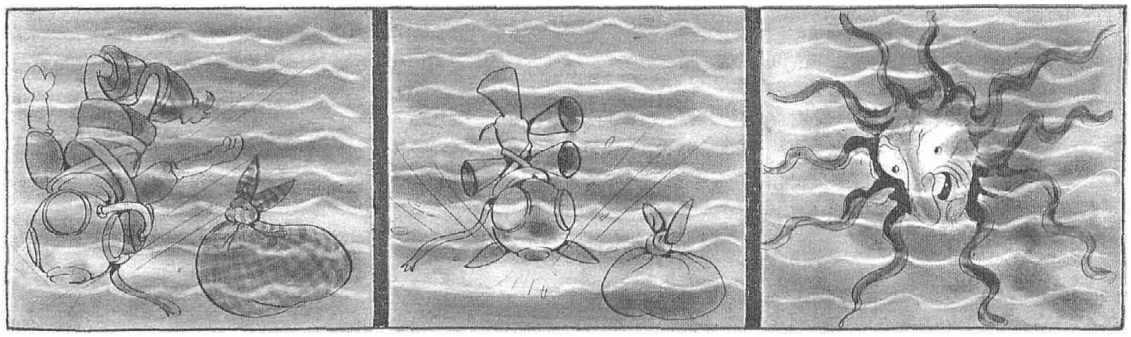
Y la desdichada Pipa, con un ladrido de angustia, sigue, exactamente, la misma trayectoria que su amo. Al llegar al fondo, el golpe que se dan es tremendo.

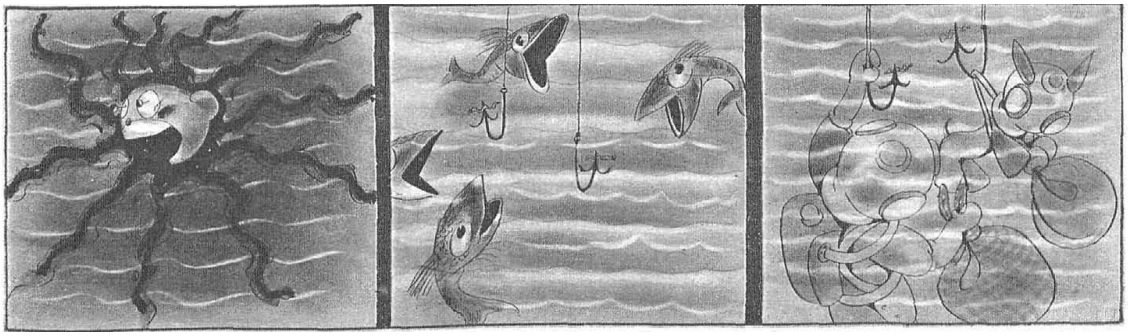
Y ven las estrellas, una enormidad de estrellas, todas las "estrellas de mar" que llenan aquellos profundos parajes.

Ya no pueden salir del fondo del mar. ¡La situación no puede ser más trágica! ¿Cómo que no? Ya lo creo que puede serlo; lo es en el instante en que aparece un pulpo enorme, colosal, que avanza hacia ellos sus tentáculos escalofriantes. Aquel pulpo tiene ojillos de mirada diabólica. Y, mientras Pipa aúlla de terror, Pipo, siempre sereno, murmura: "Esta cara la conozco yo. ¡Toma! Como que el pulpo es pulpa, es... la bruja Pirulí." Sí, ella; y tras de ella asoma un pulpito feísimo, que no es otro que su compinche el infame Gurriato. Napoleón ha dicho que hay casos en que una buena huida equivale a una victoria. Y nuestros héroes, siguiendo esta valiosa opinión "vencen" a todo correr. En su carrera, atraviesan bosques de corales, praderas de esponjas. De pronto, se detienen: ante ellos se desarrolla una encantadora escena infantil: Unos cuantos pececillos de colores juegan al corro alrededor de unos anzuelos, cantando con aire de la Bejarana: "Pescador, ¡ay!, no me esperes, porque no pico el anzuelo..."

"¡Estamos salvados! —exclama Pipo. Y es que se le ha ocurrido una idea estupenda: la de colgarse de los anzuelos. "De este modo —explica—, los pescadores, al sentir el peso, tirarán, y... menuda sorpresa la suya cuando vean la pesca." Pero, Pipa, no está muy tranquila. "Lo malo será —gruñe— si nos tratan como a peces y nos fríen."







EPISODIO XXII

EN PODER DE LOS PIRATAS

En el barco pirata "El gavilán de los mares", la tripulación, después de sublevarse, ha huido, dejando solos al capitán, el terrible Abul-ta-Din, y su teniente Maka-ka-Fú. Esperando que pase a tiro algún buque mercante para desvalijarlo, los dos piratas pasan el tiempo pescando para distraerse y, además, para tener algo que comer.

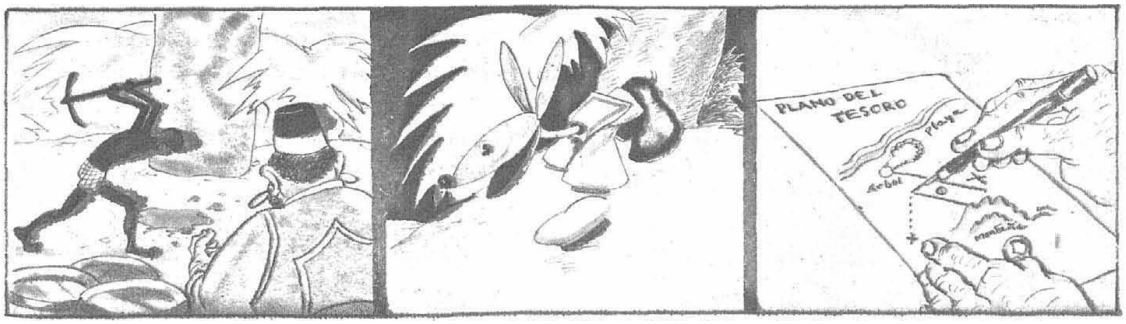
"¡Mil cubas de "gin" —ruge Abul (pero en voz baja para no espantar la pesca)—. Tres horas llevamos sin coger una mala trucha." "Ni la cogeremos en tres siglos, capitán..., puesto que la trucha es pez de río" —dice Maka. Pero los dos notan un tirón de sus respectivos anzuelos. "¡Lo que pesa! —murmura Abul-ta-Din, radiante—. ¡Como sea una merluza, será una de esas de abrigo, que se pescan con..." "¿Con redes?" "No, idiota; con vino y ginebra." También pesa lo suyo el pez que ha mordido el anzuelo de Maka-ka-Fú; pero el apetito y la esperanza de una buena comida les da fuerzas. Y, después de un tirón vigoroso, ¡hop!, cae sobre el puente la pesca maravillosa.

Pero, ¿qué extraños peces son éstos? Ante los piratas, estupefactos, Pipo y Pipa se quitan sus cascos de buzos y se inclinan cortésmente: "Tengo el gusto —dice Pipo— de presentarnos: somos Pipo y Pipa." Apenas repuestos de la sorpresa y la desilusión de ver la esperada comida convertida en un niño y una perrita, Abul-ta-Din lanza una exclamación de júbilo: "Hombre, pues me alegro de veras; así como así estoy sin tripulación y entre los dos me haréis el trabajo." Y ya tenemos a nuestros héroes entregados a la ruda faena de baldear el barco, amenizada por las protestas de Pipa ." ¡Sea usted héroe para esto!" —refunfuña la perrita.

Entretanto, los piratas han descubierto los tesoros de papá Reckesson; ante el oro y los cheques, los billetes y las pedrerías, sus ojos brillan siniestramente. "Esto hay que ponerlo en sitio seguro" —declara Abul. Y en una lancha mete los pañuelos de hierbas y un par de barriles que contienen otro tesoro, y con Maka y Pipa, que lleva el timón, se dirige a una isla desierta, dejando a Pipo en el "Gavilán". Los piratas desembarcan en un lugar solitario —como todos los de la isla, por supuesto— y, junto a un árbol, cavan el hoyo en que han de quedar depositados los tesoros. Aquel trozo de tierra contendrá una fortuna más considerable que la que pueda tener un campeón de boxeo.

A Pipa la han dejado al cuidado de la lancha; pero, sí, sí, la perrita ha recibido instrucciones de su amo; sin ser vista, ha saltado a tierra ella también y, de lejos, oculta, presencia toda la escena: ve como los piratas cavan el suelo, entierran bultos y barriles y hacen desaparecer todas las huellas sobre la tierra.

Y ve algo más importante todavía: ve como Abul-ta-Din levanta un plano de la isla y marca en él, el sitio exacto en que está enterrado el tesoro. Esto lo hacen siempre los piratas en el mismo caso, sin duda para dar lugar a que la gente les robe el plano primero y, valiéndose de él, encuentren el tesoro escondido.


PLANO DEL
TESORO

EPISODIO XXIII

LA BORRACHERA DE LOS PIRATAS

Antes de que Abul-ta-Din y Maka-ka-Fú vuelvan a la lancha, ya está en ella, otra vez, nuestra amiga Pipa —las perritas corren más que los hombres, aunque sean piratas—, con un hocico tan inocente, que nadie diría que ha roto muchos platos en su vida, ni que acaba de sorprender el secreto del tesoro enterrado y del plano.

"¡Eh! —ordena Abul, con su ronca voz de pirata—. ¡A subirse al palo mayor! ¡A ver si se ve algo a babor o a estribor!" Y la "tripulación" no tiene más remedio que obedecer. Mientras suben, amo y perrita, cambian algunas palabras rápidas, entrecortadas por el viento: "... pie de un árbol..., papel amarillo..., tinta roja..,, sueño profundo…"

Ya están en la cofa. (¡Y que no es nadie, Pipo, subiendo al palo mayor! En cualquier fiesta de pueblo se ganaría todas las cucañas.) Concienzudamente, el héroe, otea el horizonte. Sólo se ve cielo y agua; ni una lancha, ni una ballena, ni un náufrago. ¡Nada! ¡Nada! Nada un pez, solitario, entre dos aguas y nada más.

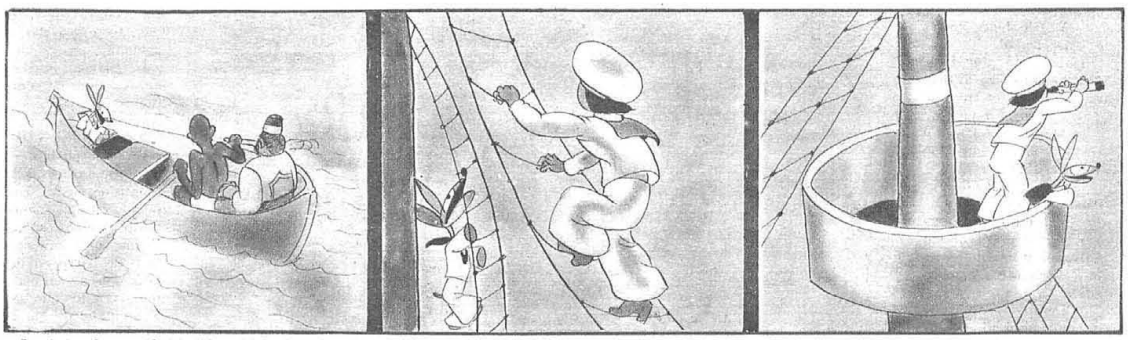
Sobre el puente, Abul y Maka, se dan un festín. ¡Y hay que ver cómo comen los angelitos! Muy mal: (estos piratas no tienen educación) la carne congelada, a tirones, las sardinas en aceite, a puñados. Y beben con tal entusiasmo que en nada se fijan; lo mismo les da que les caiga en el aguardiente una mosca que unos polvos misteriosos.

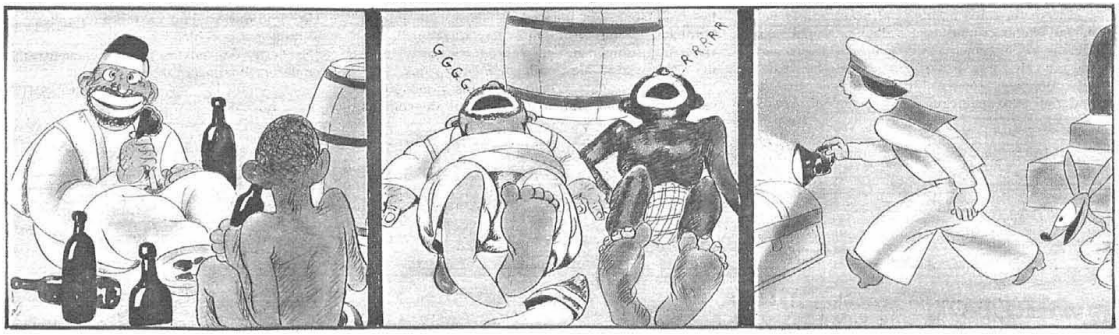
"Me siento algo pesado" —dice Abul-ta-Din. "Pues yo, te encuentro como siempre" —contesta Maka-ka-Fú. Apenas han acabado de hablar, cuando, ¡plafff!, caen como dos sacos. ¿Borrachos? Sí, y algo más también, fácil de adivinar, al menos para nosotros. ¿Verdad que en este sueño de los piratas hay algo raro?

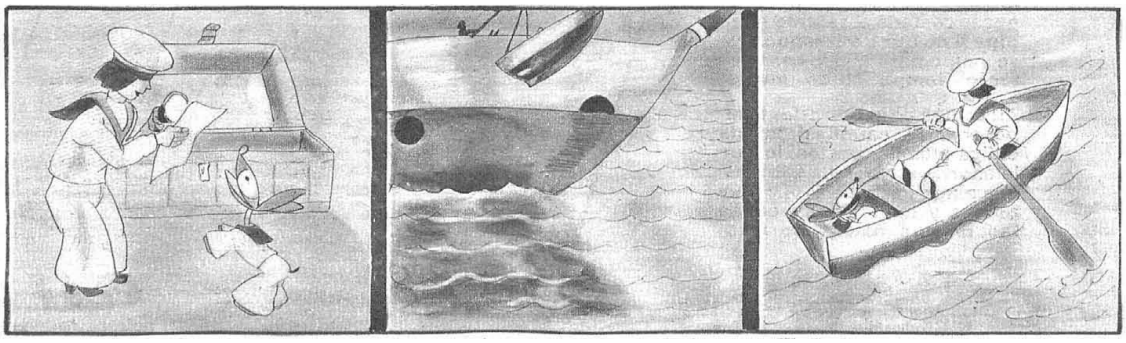
Pipo acechaba este momento: "¡Pronto, pronto! —exclama—. ¡Esta es la ocasión!" "¿Y si se despiertan y nos sorprenden?" —murmura Pipa, con un poquito de miedo, contra su costumbre, que consiste en tener mucho. "No hay cuidado —dice Pipo—. De este sueño no les despierta ni un cañonazo en bastantes horas." Con una linterna sorda se dirigen al camarote del capitán pirata. Allí, hay un enorme cofre que se parece a todos los cofres que habréis visto, de todos los piratas que hayáis conocido. Pipo, lo abre y lo registra; cosas raras de todos los países: un abanico de los que se usan en el Polo Norte, una piel de osito tropical, un colmillo de elefante vallisoletano... y muchos papeles. ¡Ah! ¡Este es!

Si, este papel, que Pipo tiene entre las manos y consulta ávidamente, es el plano de la isla donde están enterrados los tesoros. En poder de este documento inestimable, Pipo, no pierde un minuto. Con la habilidad de viejo lobo de mar, echa al agua un bote, previamente cargado de provisiones de boca. Y en él se colocan, lo mejor que pueden, amo y perrita.

"¡Adiós, buque pirata! ¡Adiós, Abul-ta-Din! Esperamos no volver a veros más." En su bote, Pipo y Pipa, se alejan, radiantes. Sin embargo. Pipa gruñe algo, por no perder tan buena costumbre. "Me da a mí en el hocico —murmura—que las conservas de esta lata..., digo, de este bote, son pocas, y, cuando se acaben, vamos a pasar más hambre que una señorita a régimen."




GGGG
RRRR



EPISODIO XXIV

EL TESORO RECUPERADO

Muchos días han pasado desde que Pipo y Pipa huyeron del barco pirata; tantos, que, ¡ay!, se han comido todo lo que había comestible en la barca. Hambrientos, desfallecidos, han intentado comerse las suelas de los zapatos, pero están más duras que los bistecs de los cafés... ¡y no pueden!

Nuestros héroes se han quedado en los huesos. Sobre todo, la pobre Pipa está que da pena verla; ¡tan flaquita! ¡Con lo tragona que ha sido siempre! Pero, una idea la tortura, casi tanto como el hambre, y, haciendo un sobrehumano esfuerzo, gime con voz debilísima: "Oye, Pipo: si nos vemos en la necesidad terrible de tener que echar a suertes para ver cuál de los dos se come al otro, júrame, que no harás trampas". Pero, Pipo, no contesta. Tan débil y preocupado está, que permanece inclinado sobre la barca sin poder moverse.

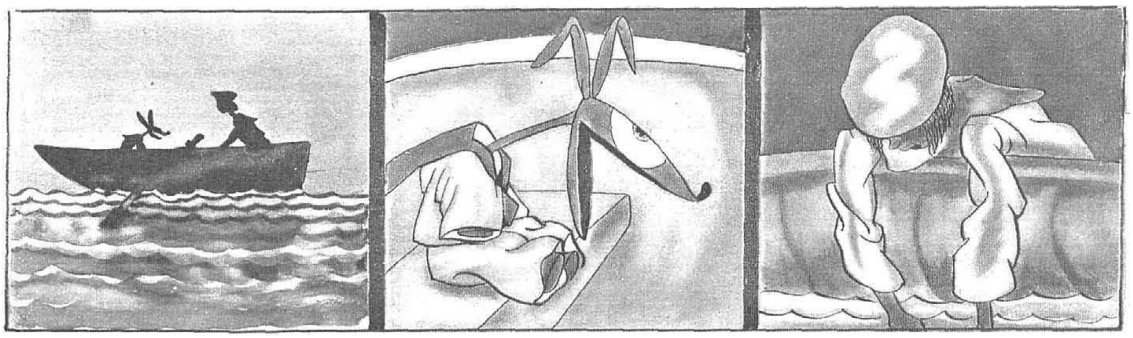
De pronto, se arma una tormenta horrorosa. Rayos, truenos, relámpagos. ¡Purrumpum! ¡Patapum! ¡Sss! ¡Sss! ¡Zas! Las aguas se agitan, las olas hacen que la barquilla suba a alturas inconmensurables y descienda a insondables abismos... ¡Nuestros amigos están perdidos!

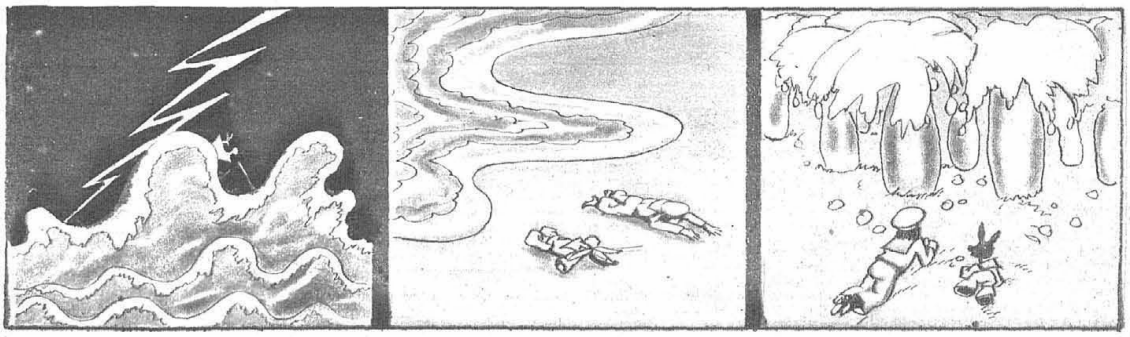
Pero no; sin duda, el mar, despreciándolos por flacos, arroja a los náufragos sobre la arena de una playa. Pipo y Pipa ni se enteran; momentos antes, han perdido el conocimiento, seguros de despertarse muertos. Y así permanecen horas y horas, hasta que, por fin, Pipo abre un ojo. "Estamos salvados" —exclama con alegría. "Sí —gime Pipa—; la única ventaja es que nos moriremos de hambre en tierra firme en vez de morirnos en el agua". Pipo divisa un bosque lleno de árboles frutales. A él se dirigen a rastras, porque no tienen fuerzas para tenerse en pie.

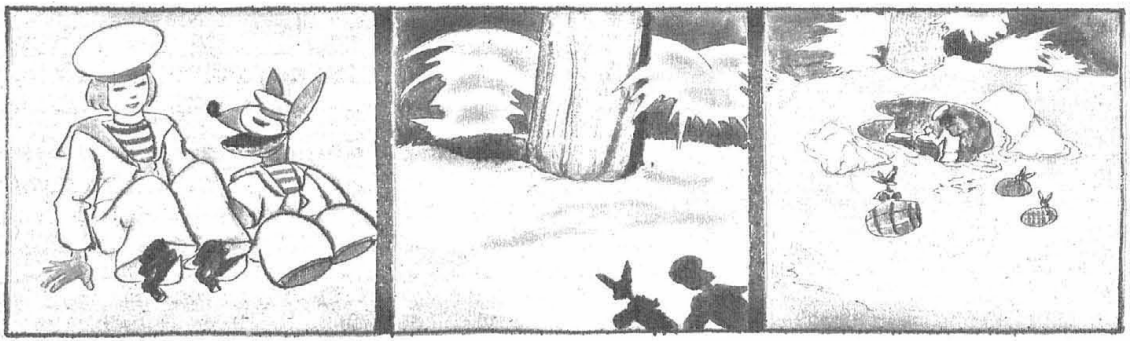
¡La de frutas que hay! Peras, plátanos, manzanas, ¡hasta naranjas que no están heladas! Imaginaos cómo se pondrían Pipo y Pipa. Sobre todo, la perrita que, tanto traga, que, al poco rato, nota que el traje le viene estrecho. Pero, Pipo está preocupado; en el naufragio ha perdido el plano del pirata. ¿Cómo encontrar la isla del tesoro?

Pipo, a pesar de tan tristes preocupaciones, sabe cuáles son los deberes de los náufragos cuando llegan a una isla desierta. "Vamos a reconocer el terreno" —ordena. Y amo y perrita se internan en la isla. De pronto, Pipa lanza un ladrido de alegría, y empieza a saltar y mover la cola. "Esta perrita ha comido muchas uvas y está borrachita", piensa Pipo.

Pero, no; lo que pasa, es que Pipa ha reconocido el sitio donde los piratas habían enterrado el tesoro. Pipo, no pierde el tiempo: "Lo primero es desenterrarlo todo y trasladarlo a otro sitio… ¡por si acaso!". Utilizando las ramas de un árbol, ponen manos a la obra, cavan la tierra, y ¡aparecen los tesoros!







EPISODIO XXV

LOS PIRATAS BURLADOS

"Ji, ji, ji" —gime Pipa. "¿Qué te pasa, incorregible llorica? —exclama su amo, indignado—. ¿Es así como celebras el que hayamos rescatado el tesoro de papá Reckesson y de nuestra amiguita May?" "Si te parece cantaré, cuando hoy veo cómo nos vemos... ¡Sin poder salir de esta isla desierta!… Ji. ji. ji..." Y, para llorar a gusto, Pipa, se sube a una montaña.

Pipo, desde abajo, grita: "En vez de llorar y gemir, más valdría que mirases, desde ahí, a ver si se divisa algún barco en lontananza." Pipa obedece y... ¡Oh, sorpresa! Allá, en el horizonte, vislumbra un puntito que se acerca y se agranda. ¡Un barco! El "Ji, ji, ji", se convierte en "Ja, ja, ja", de alegría. Y, rodando como una hola, Pipa baja del cerro, gritando: "¡Estamos salvados!"

Ya se aproxima el barco, ya se puede leer su nombre. Y este nombre es: "¡El gavilán de los mares!" Sí, es el buque de los dos piratas. Abul-ta-Din y Maka-ka-Fú, al notar la desaparición del plano, vuelven presurosos a la isla, para desenterrar sus riquezas y largarse con el tesoro a otra parte. No durará mucho, pues, la alegría de Pipa, cuando se entere de quiénes son los tripulantes del barco.

"¡Qué mala pata tenemos!" —gruñe Pipa. "Oye, oye, eso de pata la tendrás tú, que yo soy persona y tengo pies" —protesta Pipo. "Mira que si volvemos a caer en manos de los piratas otra vez…" Por precaución, nuestros héroes se ocultan. Los piratas han desembarcado, dejando la barca amarrada, y, a todo correr, se dirigen al sitio donde enterraron el tesoro.

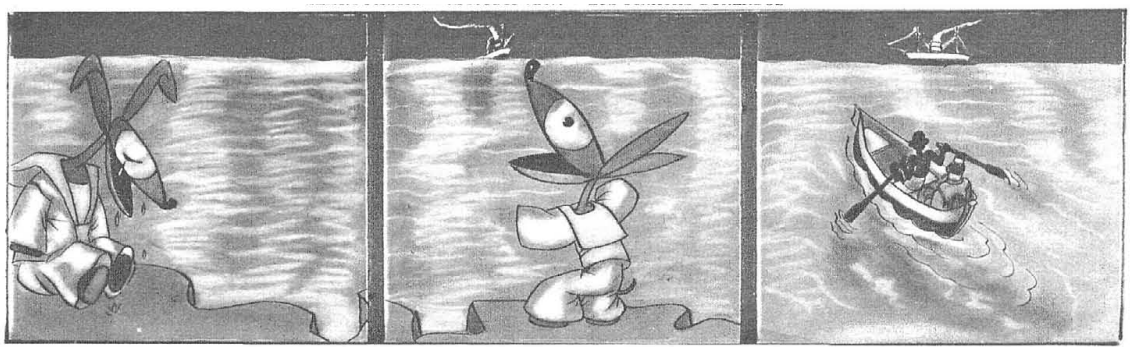
Un espantoso rugido retumba en las selvas de la isla; no es de león, es de pirata. "¡Aaaah! —grita Abul-ta-Din—. ¡Nos han robado!" Allá, a lo lejos, tenue, apenas perceptible, cual si descendiera del cielo o, por lo menos, de las altas ramas de un árbol, se oye una vocecita misteriosa que dice: "El que roba a dos ladrones, tiene doscientos años de perdones."

Mientras en un extremo de la isla, los piratas se tiran de los pelos, en el otro extremo. Pipo y Pipa, han desenterrado los tesoros y se llevan los famosos pañuelos que contienen la fortuna de los Reckessones. "¿Y los barriles?" —dice Pipa. Pero, su amo, tiene un gesto noble. "No los quiero —dice—, contienen dinero robado y me quemarían las manos... Además, pesan demasiado."

Y como los problemas monetarios a Pipa no la preocupan, no protesta... Se han embarcado; ya la barca se aleja de la costa. Ahora sí que va contenta Pipa. Como que la alegría la hace poeta y ha inventado esta canción: "Dichoso aquel que tiene—su casa a flote—su casa a flote—Aunque esta casa sea—tan sólo un bote—tan sólo un bote."

El aire puro de la mañana lleva la canción de Pipa hasta los oídos de Abul-ta-Din y Maka-ka-Fú. Los bandidos se precipitan hacia la barca... ¡Ya es tarde! Nuestros héroes bogan sobre el Océano y ya están cerca de "El gavilán de los mares". Hacia el buque pirata se dirige la barca, impulsada por los remos que los fuertes brazos de Pipo manejan.

Ya tenemos a Pipo y Pipa a bordo de "El gavilán de los mares". Ya son dueños y señores del barco pirata. "Y ahora —dice Pipo—, a devolver a papá Reckesson y a la gentil May su fortuna. ¡Vamos! ¡Rumbo a Nueva York!" "¡Viva el rumbo!" —grita Pipa. Mientras tanto, allá en la isla, los piratas se quedan tirándose de los pelos.



EPISODIO XXVI

A CASITA

Buffaly Ball sigue en la barca donde le dejamos —¿os acordáis?— cuando Pipo y Pipa, con sus trajes de buzos, bajaron al fondo del mar en busca del tesoro sumergido. Han pasado días y días; pero el bravo Buff, sigue, impasible, con la mirada fija en el agua. Pipo le ordenó que esperara y él espera. ¡Hay que ver lo fieles a la consigna que son los del Far-West!

"¡Hola, Buff!". El "León de las Praderas" levanta la cabeza, y ve un hermoso buque, que avanza en su dirección. Desde la cubierta, dos marineros le hacen señales. Buffaly se restriega los ojos y se pellizca, como se hace siempre en las novelas, cuando ocurre a uno algo raro.

Pero, no: no está soñando. Son, precisamente, Pipo y Pipa.

En su lancha, amarrada al "Gavilán", el viejo Buff, va alegre, pero preocupado. "¿Cómo es posible —se pregunta— que Pipo y Pipa, que bajaron al fondo del mar, vestidos de buzos, reaparezcan ahora, de pronto, en un buque y con traje de marinero?". Para comprender este enigma, será preciso que Pipo le cuente las aventuras que ya conocemos, que será en cuanto lleguen a Nueva York, donde se está desarrollando, por cierto, una escena tristísima; en una esquina de la Quinta Avenida, un anciano pide limosna, acompañado de una niña rubia. Son el papá Reckesson y la gentil May. No llaman demasiado la atención, porque, en una ciudad donde hay tantos millonarios, es natural, que unos estén mejor y otros peor.

Apenas llegados a la rascacielesca urbe, Pipo —que ha recuperado su traje legendario— y sus compañeros, se dedican a buscar a los Reckessones. Al doblar una esquina, oyen una voz lastimera: "Tengan compasión de un poble multimillonario." Pipo se lleva la mano al bolsillo, cuando... "¡Pipo! ¡May! ¡Sir John Reckesson! ¡Buff! ¡Pipa!" Estas exclamaciones se cruzan con loca alegría.

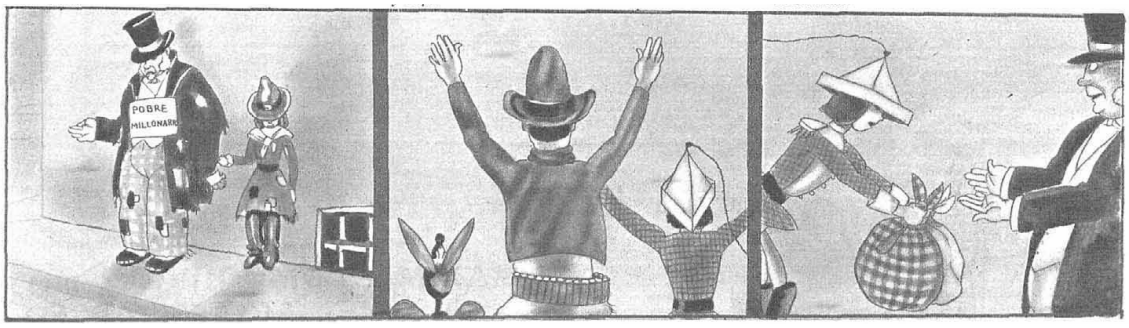
Pasadas las primeras efusiones, tiene lugar un acto solemne: la entrega por Pipo a papá Reckesson, de los dos célebres pañuelos de hierbas de la bruja Pirulí, que contienen la fortuna fabulosa del rey de los paraguas. "¡Ya soy rico otra vez! —exclama Sir Reckesson—. ¡De nuevo tendré palacios y avionetas, y podré ir al "cine" sonoro todas las semanas!"

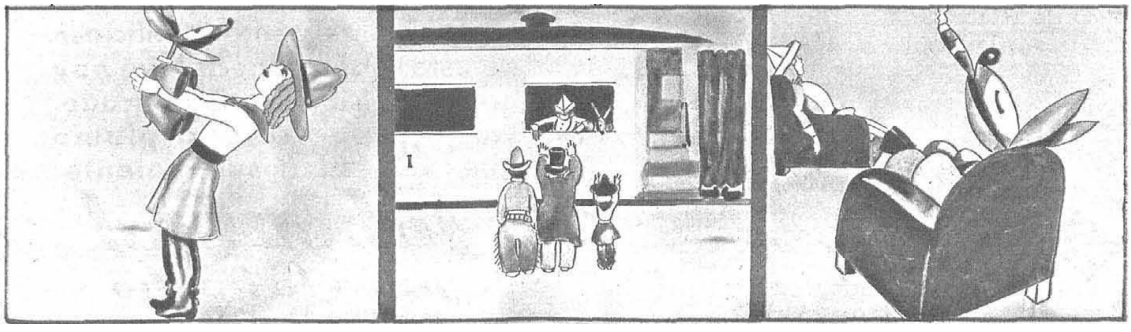
En un arrebato de entusiasmo, miss Reckesson, coge a Pipa, la estruja entre sus brazos, y le planta cuatro besos en el hocico. "¡Ay, May, que me ahogas!". Pero, May, no la hace caso. "¡Qué feliz soy! —grita—. Gracias a tu amo y a ti, vamos a vivir todos juntos y ricos." Pero, Pipa, bien sabe que Pipo, siempre desinteresado, no ha de aceptar un céntimo de papá Reckesson.

En cuanto a reunidos... ¡Si el héroe tuviera que quedarse con todos aquellos a quienes salva la vida o la fortuna! El que se queda es Buff, a quien, el rey de los paraguas, ha nombrado domador primero de sus caballerizas. Pero, Pipo y Pipa, se van, y, en la estación de Miami, donde han ido a veranear todos juntos, la despedida no puede ser más emocionante.

¡Ya están en casita! "Me parece que tenemos bien ganado el descanso, ¿verdad, mi amó?" "Sí, Pipa; lo tenemos bien ganado." "Estas últimas aventuras han sido muy largas, ¿verdad, mí amo?" "Sí, Pipa; han sido muy largas." "Entonces, el descanso…" "No, Pipa; no te hagas ilusiones; el descanso durará el tiempo justo de adquirir nuevos ánimos… para volver a empezar."

Fin de la sexta parte.


POBRE
MILLONARIO



TODOS los días, algún repórter de ESTAMPA visita a Pipo. Es un héroe tan impulsivo, que resulta imposible prever el momento que escoge para iniciar sus aventuras. Nos recibe muy amablemente, nos invita a unas copitas de licor, y cuando se siente rumboso, a puros. Pero de sus proyectos no dice palabra:

—¿Ni un mal dragoncito hay a la vista, Pipo? —le preguntamos.

Y con una infinita displicencia, nos contesta, invariablemente:

—Tan inofensivos son los que quedan, que no vale la pena molestarse.

—¿Y la bruja Pirulí? ¿Y el infame Gurriato?

—¡Estoy tan fatigado!... ¿Otra copita, amigo?...

Total, que Pipo está haciendo el gandul, que se está durmiendo sobre los laureles conquistados y que, como le salga otro héroe por ahí con un poco de empuje, se va a quedar de héroe substituto. ¡Qué vergüenza!

* * *

Hemos escrito los párrafos anteriores hace pocos días, cuando Pipo nos recibía tumbado sobre una cama turca, entre almohadones y medio dormido. Cuando Pipa roncaba a los pies de su amo, con un hueso de pollo entre los dientes y una barriguita dura como un tambor.

Pero hoy, ¿sabéis, lectorcitos. cómo hemos encontrado a nuestro héroe?... ¡Afilando su invencible espada de madera con un cortaplumas!

—¿Y Pipa? —le hemos preguntado al notar la ausencia de la perrita.

—Un afilador que pasaba por la calle le está sacando punta a los dientes —nos contesta Pipo misteriosamente.

—¡Entonces...! —exclamamos anhelantes.

—Me voy otra vez por ahí. ¡Ya estoy cansado de siestas, de dulces y de radio!

—¡Muy bien… Pipo! ¡así son los héroes de verdad! ¡A limpiar el mundo de seres nefastos!… ¿Vas a combatir los "gangsters" de Chicago?

Al oír estas últimas palabras. Pipo se echa a reír.

—El país donde voy no lo conoce nadie. No está ni en Europa, ni en África, ni en Asia, ni en América, ni en Oceanía. Está...

—¿Dónde? —le interrumpimos, llenos de curiosidad.

—... muy lejos, muy lejos. Se llama el "País de la Maravilla, donde todo lo que ocurre es de mentirijillas", y las cosas que allí ocurren no han sido presenciadas en ningún otro sitio. Todo es maravilloso, como lo indica su nombre. Pipa y yo vamos a caminar tropezando a cada instante con las sorpresas más extrañas, con los acontecimientos más prodigiosos.

—¿Lucharás con muchos peligros? —pregunto al ver la espada con un filo impresionante.

—No lo sé. Te he dicho que es un país donde todo es maravilloso. ¿Cómo quieres que prevea lo que me va a suceder en él? Voy preparado para afrontar todas las aventuras y dispuesto a luchar, si hay ocasión.

Nuestra conversación terminó ahí. Unas horas después. Pipo y Pipa desaparecían misteriosamente de su casa. La portera nos entregó una carta, en la que el héroe se despedía de nosotros, y nos prometía enviarnos todas las semanas el relato de sus aventuras en el "País de la Maravilla".

Así es, lectorcitos, que, a partir del próximo número, Pipo y Pipa reaparecerán en las páginas de ESTAMPA. Van a recorrer un país tan extraordinario, que estaremos muertos de curiosidad hasta leer el primer capítulo que nos envíe. Y vosotros también, ¿verdad?

SÉPTIMA PARTE

EPISODIO PRIMERO

EL PAÍS DE LOS FENÓMENOS

Sin duda os imagináis a Pipo tan fresco (a pesar del calor), olvidado de vosotros y muy repantigado en una butaca con un puro en la boca, ¿no? ¡Qué equivocación! El héroe está tan preocupado que se pasa los días paseando nervioso con las manos a la espalda, con lo cual demuestra que está planeando nuevas aventuras.

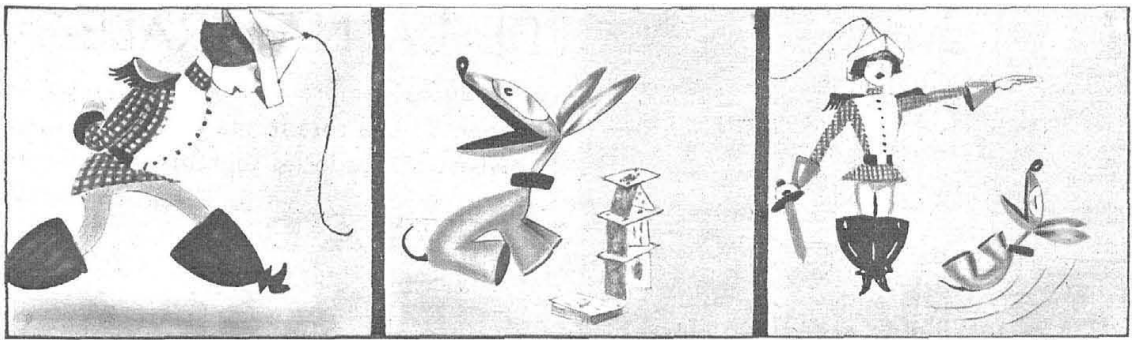
Esta actitud de su amo le da malísima espina a Pipa, y la perturba en sus amenos pasatiempos, en sus buenas comiditas y en sus sueños. "Tengamos el hueso en paz", murmura, mientras hace la digestión de una pierna de cordero y edifica un precioso castillo de naipes. ¡Pero, sí, sí! De pronto, suena la voz enérgica de su amo: "¡Pipa!"

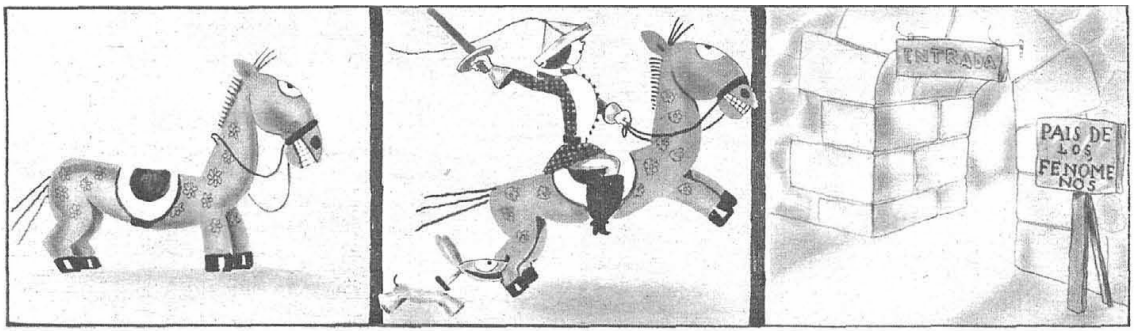
La pobre perrita se echa a temblar. La voz prosigue solemne: "¡Ha llegado el momento!" Pipa no oye más: es la catástrofe temida: ¡es el fin de su tranquilidad! Y se desmaya, mientras que se desmorona el castillo de naipes, como se derrumba el castillo de sus ilusiones de vida regalona y cómoda.

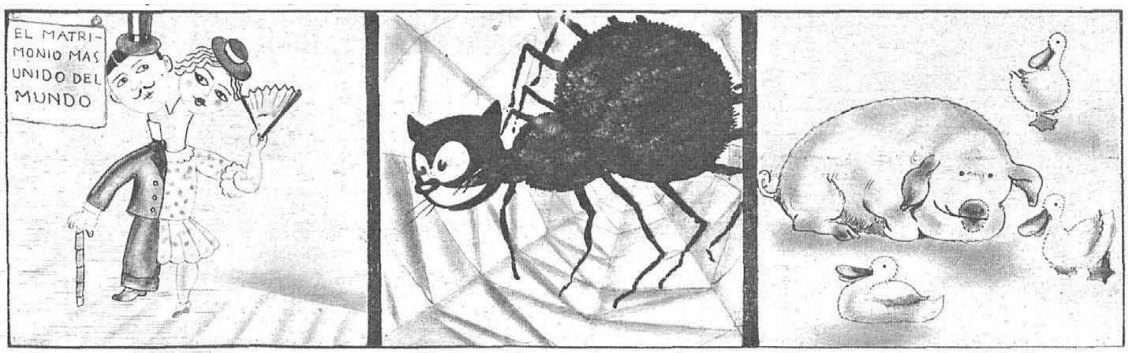
Esta vez hay un gran cambio en la iniciación del viaje. En sus meditaciones profundas. Pipo ha caído en la cuenta de que los grandes héroes conocidos —Don Quijote, el Cid, Napoleón, Mussolini—, salvando algunas excepciones, como la de don Pedro Rico, alcalde de Madrid, suelen ir a caballo. Y se ha comprado un corcel magnífico de color verde botella, con manchas color de fuego, que se llama Trompetilla. ¡Hay que ver lo heroico que está nuestro Pipo en su montura! En cambio. Pipa, que sigue utilizando el medio de locomoción de San Fernando —unas veces a pata y otras andando—, refunfuña mucho y mordisquea al noble Trompetilla, que no se queja de nada, y, además, porque es de cartón y no se entera de los mordiscos. Tras una buena jornada de marcha, la pequeña comitiva llega ante las murallas de una gran ciudad: es el país de los fenómenos, es decir, el país donde se fabrican todos los fenómenos que luego se envían a todas las partes del Mundo para exhibirlos en las ferias.

En este extraño país, las casas son barracas, y a la puerta de cada una, en lugar de portero de librea, hay un señor con una campanilla o con un tambor, que grita: "Pasen, señores, pasen". Pipo y Pipa entran en una de estas barracas, donde ven "el matrimonio más unido del Mundo". En verdad, que estos tiernos esposos deben de quererse mucho, pues no se saben separar.

Pipo y Pipa entran luego en otra barraca, donde se presenta una araña gigantesca con cabeza de gato o, si lo preferís, un gato con cuerpo de araña. Esto es para asombrar a cualquiera, ¿verdad? Pues la gruñona Pipa sigue de tan mal humor que, lejos de maravillarse, se enoja de patas y murmura: "¿Un animal que es gato y araña? ¡Pues vaya un fenómeno! Lo mismo le pasa a cualquier gato del Mundo a poco que le acaricien a contrapelo". Sin embargo, está bastante distraída, pues como allí las barracas de fenómenos son las casas de los habitantes del país, no se paga por entrar en ninguna, y su amo la lleva a todas. Entre otros muchos fenómenos sorprendentes, ven a un cerdo con tres patas, lo cual, por cierto, hacen siete, pues él, además, tiene cuatro.




ENTRADA
PAIS DE LOS FENOMENOS


EL MATRIMONIO MAS UNIDO DEL MUNDO

EPISODIO SEGUNDO

MISS FENÓMENO

La bella Lilí bien merecía su título de "Miss Fenómeno", conquistado en el concurso de belleza celebrado aquel año en el País de los Fenómenos. Esta joven no tenía más que la cabeza; pero era la más linda cabeza que puede imaginarse. ¡Y tan buena! Incapaz de hacerle daño a una mosca. ¡Y tan modosita!

Teniendo tantos méritos la encantadora Lilí, no era extraño que estuviese locamente enamorado de ella don Periquito, su vecino de barraca, un simpático enano, que salía sin agacharse de debajo de las camas, y recogía una moneda del suelo sin necesidad de inclinarse. Lilí le había prometido casarse con él.

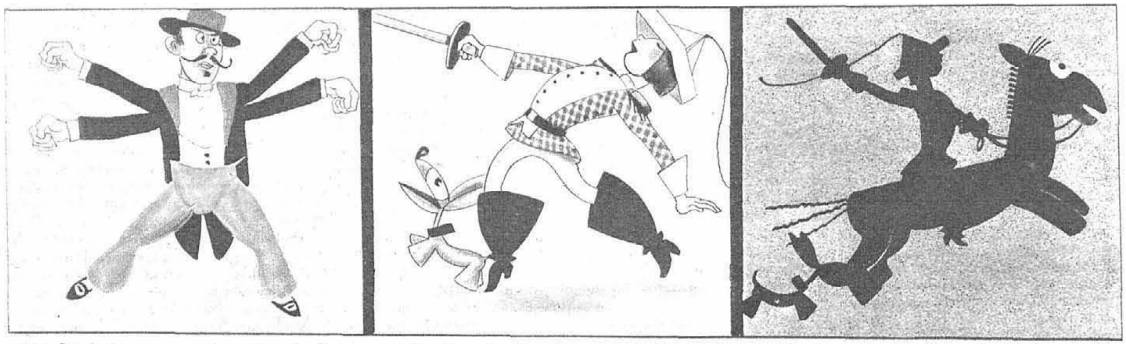
Los dos novios hubieran sido felices, a no ser por otro fenómeno, un gigante aragonés, naturalmente llamado Malmatón, que era tan feo como grande, tan malo como feo y tan bruto como malo. También Malmatón había pretendido a la bella Lilí, rechazado por ella, había jurado vengarse y conseguirla a la fuerza.

Y, una noche, ocurrió algo terrible. En las profundidades de las tinieblas y del silencio, una sombra gigantesca se deslizó fuera de la más grande de todas las barracas del país; penetró en otra barraca, y en seguida volvió a salir llevando un talego a la espalda. Luego, la sombra espantable desapareció y no vimos más; pero al amanecer, unos gritos desgarradores despertaron a todos los fenómenos del país de los ídem: "¡Mi hija ha desaparecido!" Era la señora Niceta, la mujer barbuda, la madre de Lilí. También había desaparecido el gigante aragonés. Y como era imposible que Lilí se hubiese ido por su pie, y no era probable que ella se hubiese llevado al gigante, empezó a sospecharse que el gigante se había llevado a Lilí. ¡Qué horror! El País de los Fenómenos se había quedado sin su reina de la belleza. "Yo iré en su busca —declaró el joven Teodoro Ciempiés—; yo alcanzaré a ese miserable, pues si él tiene las piernas largas, yo tengo cuatro, con las cuales corro más que nadie."

Pero intervino su primo, Segundo Carnera, el campeón de boxeo del país: "De nada te servirá alcanzar a Malmatón, si no puedes luchar con su fuerza descomunal —dijo—: iré yo, que para eso tengo cuatro brazos y puedo pegar, a la vez, cuatro puñetazos, uno en un ojo, otro en la nariz, otro en la boca y otro en la otra boca, en la del estómago."

Pero don Paquito se mesaba los cabellos con desesperación y doña Niceta se tiraba de las barbas con rabia. De sobra sabían que ni con cuatro piernas ni con cuatro brazos era posible vencer al gigante aragonés. Para ello hubiese hecho falta... En este instante, una voz, fuerte y poderosa, gritó: "¡Partiré yo! ¡Venceré al gigante y salvaré a Lilí!"

Sí; eso, eso era lo que hacía falta: ¡un héroe! ¡Pipo, el gran Pipo, sin más armas que su ingenio, su valor y su espada de madera! Y mientras que todos los fenómenos le aclamaban, Pipo, montado en su caballo de cartón, desaparecía al galope, y su fiel Pipa le seguía sin poder gruñir, porque el polvo que levantaba tras de sí el brioso Trompetilla la hacía estornudar.



EPISODIO TERCERO

EN EL BOSQUE

El gigante aragonés corre con su saco al hombro. Cada uno de sus pasos salva un río, recorre un kilómetro de carretera, asciende a lo alto de un cerro, desciende a la llanura… De pronto, ante sus ojos, surge un lugar delicioso: sombra, frescura, hierba, arroyo claro, árboles… Es un bosque. Como está cansado (hasta los gigantes se cansan), se tumba a dormir; pero antes extrae del talego a la bella Lilí. Y mientras que unos ronquidos formidables atronan el espacio, la desventurada "Miss Fenómeno" suspira: "¡Ay! ¡Si yo pudiera echar a correr!". Pero no puede, porque no tiene piernas. ¡Ay! Entonces recuerda su barraca y su enanito; amargos lagrimones riegan las florecillas silvestres.

Entre tanto, el gran Pipo, montado en su brioso corcel de cartón verde, y acompañado de su fiel Pipa, se aleja a toda prisa del País de los Fenómenos en busca del gigante aragonés para arrebatarle su presa. Salva ríos, escala cerros, recorre kilómetros… De pronto, aparece ante su vista un lugar delicioso: sombra, frescura, hierba, árboles. Es un bosque.

Lo mismo que los gigantes, los héroes tienen calor y se fatigan. "¿No te parece, Pipa, que este es un buen sitio para descansar?" ¡Preguntarle eso a Pipa! Los tres se instalan: el fiero Trompetilla pace la hierba que está verde y tierna. Pipa se tumba a la bartola. Pipo se dispone a echar un sueñecito, que será apacible y profundo, cuando, de pronto, se yergue. Hasta él llegan extraños ruidos, que lo mismo pueden ser sonidos de un órgano fenomenal que rugidos de fiera o retumbar de trueno. Y entre ruido y ruido se oyen unos ayes lastimeros que desgarran el alma. El héroe no necesita más; desenvaina su invencible espada de madera y avanza cauteloso, mientras que Pipa le sigue.

Volvamos al País de los Fenómenos. El infortunado don Periquito está pasando momentos horribles. Imposible. ¡Él no puede seguir viviendo sin su adorada Lilí! Más le vale morirse en seguida. Y decide ahorcarse del primer árbol que encuentre. Pero no lo encuentra, porque allí no hay árboles. Entonces coge una soga y va en busca de un árbol.

No son muy grandes los pasos de don Periquito; pero, en cambio, son muchos y rápidos. Tal es su prisa por huir de este mundo en que ya no tiene a su Lilí. Por fin, ante él aparece un lugar delicioso: sombra, frescura, hierba, arroyo claro, árboles; sobre todo árboles. Como que es un bosque. Aquí sí que nuestro enanito va a poder ahorcarse a gusto, si así puede decirse.

Don Periquito elige el árbol más fuerte de todos, para que no le falle el golpe. Lanza un extremo de la soga y lo ata a la rama más alta. Luego trepa por el tronco del árbol; meterá la cabeza en el nudo corredizo que cuelga, se dejará caer y... ¡Adiós, don Periquito! En este trágico instante se despide de la vida con una mirada en torno suyo, y..., ¡cielos!, ¿qué ve?

Ve a su Lilí con la cabeza —es decir, toda ella— recostada al pie de una encina. Don Periquito no repara siquiera que junto a ella hay un cuerpo gigantesco y zaragozano. No escuchando más que su valor, su amor y su dolor, corre hacia Lilí, con un grito estridente que, lanzado por él, viene a ser como el maullido de un gato recién nacido: "¡Lilí, Lilí, mi Lilí…!"

AY
AY
AY
AY

EPISODIO CUARTO

COGIDOS

¡Momento de gran emoción! El enano don Periquito ha llegado junto a su adorada. Lili ha visto llegar a su amor, y con una exclamación de júbilo caen uno en brazos del otro. Claro que esto de los brazos de Lili no pasa de ser un decir. Pero no importa; la escena es tan conmovedora que arrancaría lágrimas a una piedra berroqueña.

Desgraciadamente, los corazones de los gigantes aragoneses son, a veces, más duros que las piedras berroqueñas. Los gritos de los imprudentes enamorados han llegado a los oídos de Malmatón, a través de su sueño, cual zumbido de moscardón. Y al despertar, lo que menos se le ocurre al muy bruto es conmoverse y llorar.

Al contrario: se regocija mirando a la infeliz pareja y pensando en lo que la espera. El enanito ha cogido a su amada. ¡Libres! ¡Salvados! Y corren que se las pelan. Pero, cuando han recorrido un metro (gran distancia para don Periquito), algo colosal se abate sobre ellos: es una mano gigantesca que los envuelve y levanta en vilo.

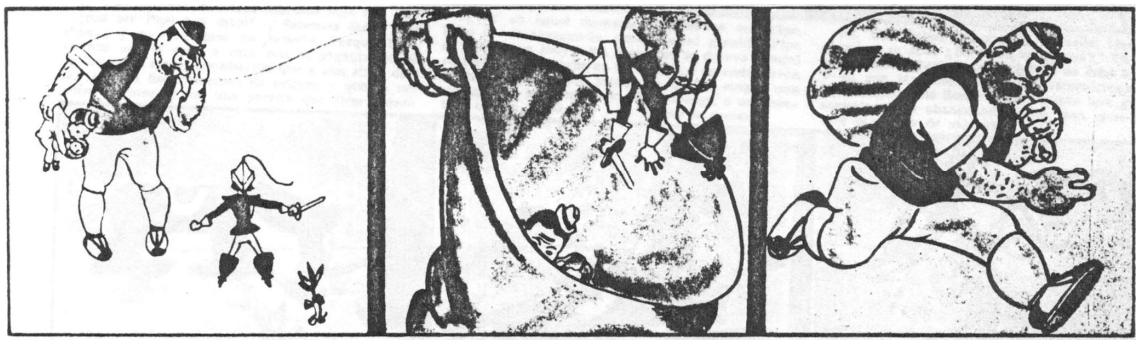
Pero, entonces, aparece un nuevo personaje: nada menos que Pipo. Irguiéndose con tal fiereza que con su arrogancia domina al propio gigante aragonés, al cual grita: "¡Miserable! ¡Suelta a esos inocentes o te las habrás conmigo en sin igual batalla!" Si será bruto Malmatón, que este reto no le impone respeto, y lanza una carcajada que hace retemblar el bosque entero. Luego coge su talego y… ¿qué es lo que vemos? Sí; Pipo, nuestro gran Pipo, en compañía de la bella Lilí y de don Periquito, cae de cabeza en el abismo del talego de Malmatón. ¡Ah! ¿Qué héroe no ha sufrido en su vida un descalabro? De todos modos, eso de Pipo en un talego es algo duro de ver.

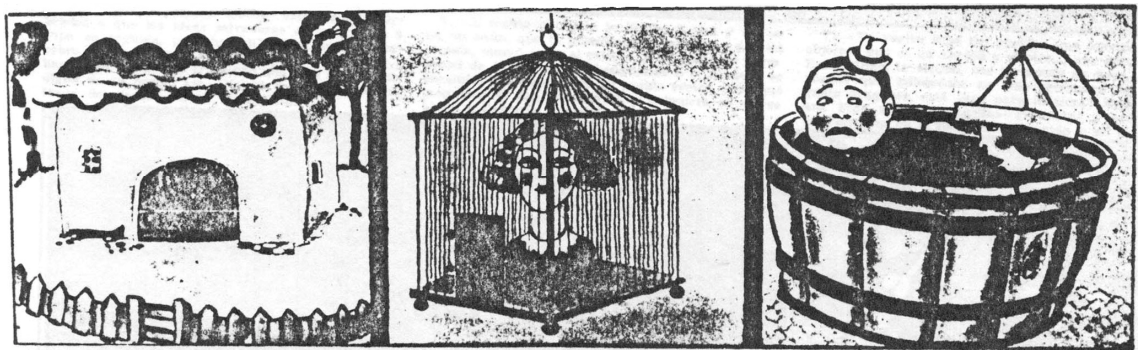
Considerablemente abultado está ahora el talego del gigante aragonés. Sin embargo, menos le pesa a él que a vosotros vuestra mochila de colegial, pongo por caso. Y silbando, tan fresco, Malmatón se dirige hacia su casa de campo. Porque este gigante posee una finca de recreo que se llama "Villa Goliat".

La "casita" de campo del gigante aragonés no es, precisamente, una "casita". Viene a tener, poco más o menos, las dimensiones de una catedral. Sin embargo, el tejado está lleno de bultos, causados por la cabezota de Malmatón, porque, a veces, éste quiere no meter ruido y anda de puntillas, y… ¡naturalmente!, ya no cabe, y levanta el techo sin querer.

En "Villa Goliat", volvemos a encontrar a nuestros amigos; pero no están, ¡ay!, con la comodidad con que se suele pasar una temporadita en una casa de campo. A la bella Lilí, el terrible Malmatón la ha encerrado en la jaula de un canario que tuvo, el cual se le escapó un día que el gigante abrió la puerta de la jaula para que ésta se ventilase.

Aun bastante peor tratados que "Miss Fenómeno" están don Periquito y nuestro héroe. Su feroz opresor los ha metido, encadenados, en una horrible tina llena de agua. En medio de su desgracia, un pensamiento consuela y atormenta a la vez al gran Pipo: "Pipa, su fiel compañera, está libre; a ella no la ha cogido el gigante, porque huyó a tiempo; pero… ¿qué ha sido de ella?"





EPISODIO QUINTO

LOS REMORDIMIENTOS DE PIPA

Por una vez, nosotros sabemos más que Pipo —¡con ser Pipo tan sabio!—. Sabemos donde está Pipa..., y preferiríamos no saberlo. Porque Pipa, cuando se vio cara a cara con el gigante, sintió en las patas cierto temblorcillo que a ella suele darle, ¡ay!, en los momentos de peligro y que la impulsa a correr como una perrita que tiene miedo.

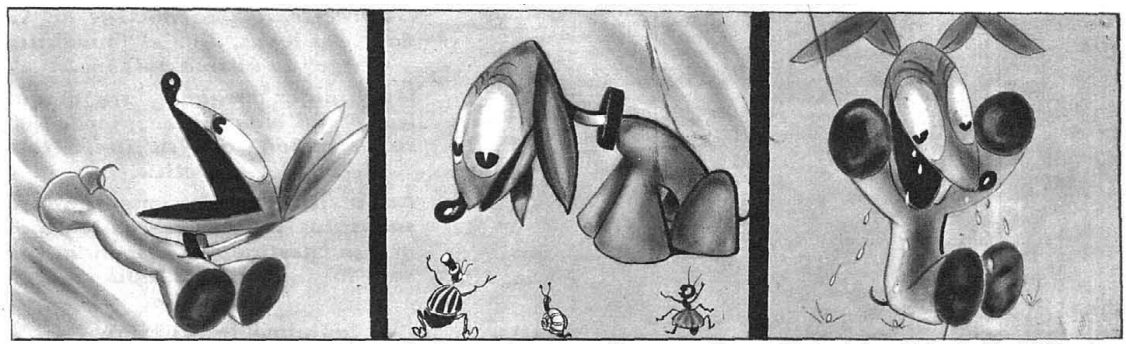
Y en aquel momento sublime en que Pipo, lleno de su arrogancia, desafiaba al gigante, Pipa se hallaba ya muy lejos. Entonces se detuvo y miró en torno suyo: estaba en un campo, y de cada terrón de tierra y de cada brizna de hierba surgía una mariquita o un escarabajo, una hormiga o una lombriz que la miraban y veía lo que la decían.

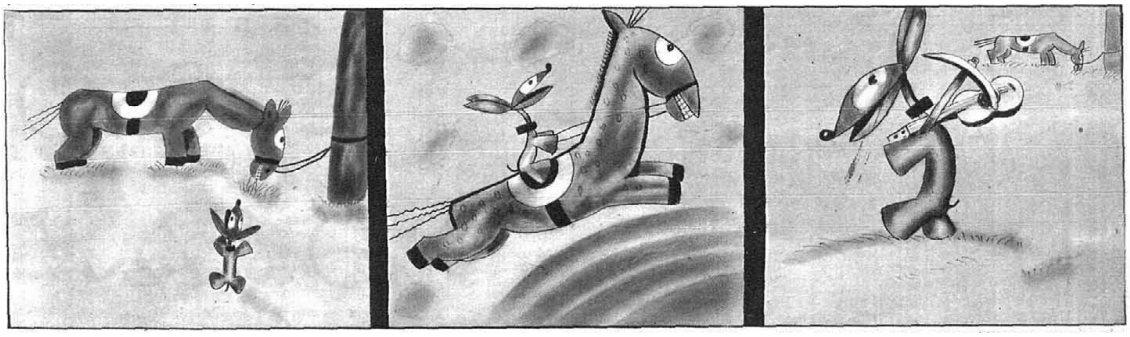
La decían: "¡Infame! ¡Cobarde! Has abandonado a tu amo. ¿No te da vergüenza?" Ya lo creo que le daba. Tanta, que la infeliz se echó a llorar, y en sus lágrimas ahogó sus remordimientos. Y cuando acabó de llorar había tomado una gran resolución: "He abandonado a mi amo, pero inventaré la forma de salvarlo."

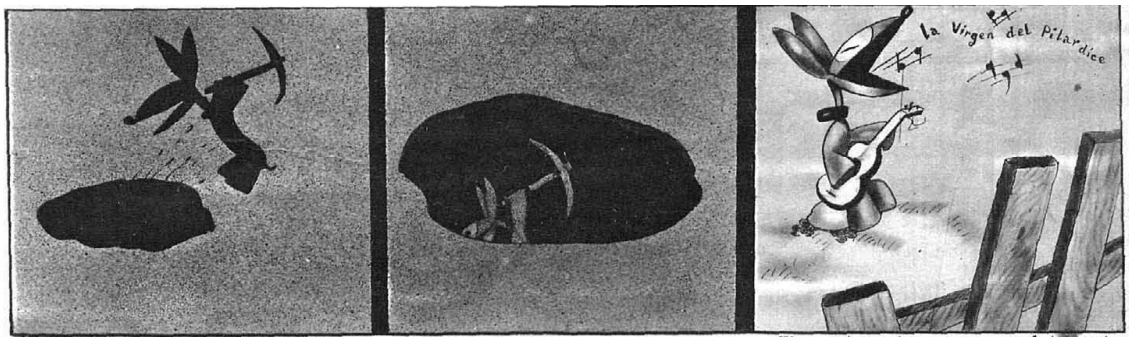
Tuvo que pensarlo mucho —estamos acostumbrados a que las ideas salvadoras se le ocurran a Pipo en seguida, pero hay diferencia entre el cerebro de un héroe y el de una perrita de trapo—, hasta que, por fin, se le ocurrió una idea genial, casi digna de su propio amo. Volvió corriendo a la entrada del bosque, donde Trompetilla seguía paciendo la hierba fresca y tierna. De un salto, que la acreditaba de amazona de alta escuela, montó sobre el caballo, y, al punto, el brioso corcel de cartón verde, obedeciendo a la espuela, se encaminó al galope hacia un pueblo vecino. ¡Ved que magnífica va nuestra perrita! ¡Cualquiera se atreve ahora a llamarla cobarde!

Ya vuelve Pipa del pueblo; trae consigo dos objetos: uno es un azadón y el otro..., una guitarra. Esto último, la verdad, nos sorprende un poco. ¿Es posible que, hallándose su amo prisionero del gigante aragonés, esté Pipa para músicas? Nada de eso. Pipa sigue las huellas —grandotas y profundas— dejadas en el suelo por Malmatón y así llega a Villa Goliat. Oculta en las cercanías espera a que caiga la noche; entonces sale, y con el azadón empieza a cavar un hoyo delante de la puerta. Y cavando se pasa toda la noche, ¡sin dormir! Hay que ver a qué grados de heroísmo es capaz de llegar una perrita fiel para salvar a su amo y rehabilitarse de un momento de cobarde abandono y poco cariño al mismo.

Tanto y tan bien ha cavado Pipa, que al llegar la madrugada el hoyo es profundísimo. Entonces Pipa lo tapa con ramas de árbol, con hojas y con tierra. No se ve nada. Esto es un verdadero cepo para fieras…, o para gigantes. Ha terminado la primera parte del plan de Pipa. Ahora todo va a ser coser y cantar. ¡Y tanto! Como que Pipa coge su guitarra, y, junto a la puerta, se pone, efectivamente, a cantar. Canta una jota. Ya se va dibujando su plan. Ella sabe que, como buen aragonés, en cuanto el gigante la oiga no resistirá al deseo de salir a
cantar con ella. Sí; saldrá, sin duda. Ahora, que yo supongo que a lo que saldrá será a darla un capón..., porque nuestra simpática perrita Pipa desafina bastante.






La Virgen del Pilar dice

EPISODIO VI

LA JOTA FATAL

Dale que dale a la rueda... El gigante aragonés afila su cuchillo, su cuchillo grande, el más grande de todos sus cuchillos. ¿Para qué afila su cuchillo el gigante aragonés? ¿Es que quiere afeitarse con él? ¿Es que quiere sacarle punta a un lápiz? No, nada de eso; es..., es algo espantoso, terrible; es… es que el malvado Malmatón ha resuelto deshacerse de una vez de don Periquito y de Pipo, y para ello decide cortarles la cabeza de una vez también. ¡Horrible! Nuestro héroe rechina los dientes de rabia; también los dientes del enanito rechinan, pero no es de rabia, sino de miedo. ¡No todo el mundo puede ser héroe!

Ya levanta Malmatón el arma asesina... En este momento, por la ventana abierta, entran los acordes de una jota, y una voz que canta: "La Virgen del Pilar dice — que no quiere ser francesa — que quiere ser capitana..." ¿Qué aragonés, por muy gigante que sea, puede resistir al conjuro de una jota?

Malmatón se queda con el cuchillo en alto; se le ilumina la cara —con lo cual resulta todavía más feo que de costumbre, aunque no parezca posible—, luego tira el cuchillo, sale de la casa, y, al compás del guitarrico —riau, riau, riau—, levanta los brazos y empieza a mover sus enormes patazas. El gigante aragonés baila la jota.

Cuando un gigante sale tonto es natural que sea mucho más tonto que una persona de tamaño normal. Malmatón tiene siete metros y medio de tontería, y, por esto, es completamente lógico que caiga tan fácilmente en la trampa que nuestra perrita Pipa le tenía preparada. El trompazo se oye en Calatorao.

¡Ya cayó Malmatón! ¡Ya está en el fondo del pozo! ¡Se acabó la jotica! Pipa ríe al verle. ¡Ahora es ella la que baila! El gigante hace esfuerzos desesperados para salir del pozo, pero no lo consigue. Ruge, amenaza, y, por último, promete: "Sí me sacas de aquí, te perdono la vida". Pipa, ya ni le oye; la simpática perrita está ocupadísima en abrazar a su amo, que se la come a besos, al ver cómo ella, solita, con su ingenio, los ha salvado a todos. Y, en medio de la alegría y el entusiasmo general, nuestro gran héroe Pipo dice a su fiel compañera: "¡Pero qué lista eres, Pipa! ¡Qué lástima que seas perrita!" "¿Por qué, mi amo?" "Porque si no lo fueras podrías ser diputada."

El enano don Periquito está tan contento, tan sumamente contento, que en su emoción no puede ni pronunciar una sola palabra. ¡Libre y con su pequeñísima y queridísima "Miss Fenómeno" entre sus brazos! En cuanto a la hermosa Lilí, está a punto de perder la cabeza; esto sería terrible, porque en "Miss Fenómeno" perder la cabeza sería perderlo todo.

Pero Lilí, hija modelo, está anhelando besar las nobles barbas de su madre, la señora Niceta. Y los cuatro amigos emprenden el camino de regreso al País de los Fenómenos. Pero ha caído la noche; Lilí y don Periquito están tan enamorados que no se dan cuenta de nada, y Pipo y Pipa desconocen el camino, con lo cual nadie se da cuenta de que se han extraviado.

la Virgen del Pilar dice

EPISODIO VII

EN JUGUETÓPOLIS

Alegres y confiados, vuelven nuestros amigos hacia el País de los Fenómenos (al menos se lo creen), y van cantando: "Quisiera ser tan…" "¡Alto!" Este "alto" no es el de la canción; lo ha gritado una voz enérgica y metálica. Y tan metálica. ¡Como que este grito pertenece a un soldadito de plomo!

El soldadito de plomo está, armas al hombro, de centinela a la entrada de una hermosa ciudad rodeada de murallas inexpugnables; ahora, que estas murallas son de cartón. El soldado de plomo grita: "¡Mi capitán! ¡Forasteros a la vista!", y aparece un capitán; es magnífico y se ve que su uniforme, de madera, está recién barnizado.

Pipo lo comprende todo: se hallan ante Juguetópolis, que es el país de los juguetes. (Es posible que no figure en vuestras geografías.) Nuestro héroe conoce muchos países que no están en ningún libro, y sabe que los habitantes de Juguetópolis son muñecos que tienen una llavecita al costado, y al levantarse por la mañana, en lugar de vestirse y lavarse, se dan cuerda para todo el día. El capitán de madera ordena con voz dura: "Sean conducidos los prisioneros ante Su Imperial Majestad." Y sale todo el ejército juguetopolitano y forma en dos filas. Es imponente este ejército: "Los soldaditos, de plomo son—; los capitanes, de madera—; son los sargentos de latón—, y el general es de... su tierra." Tantas emociones son causa de que la hermosa Lilí se desmaye en los brazos de su Don Periquito. Pipa mueve la cola de arriba a abajo con escama. Pero Pipo marcha fieramente montado en su brioso Trompetilla, como si aquellas fuerzas militares estuvieran formadas para rendirle honores.

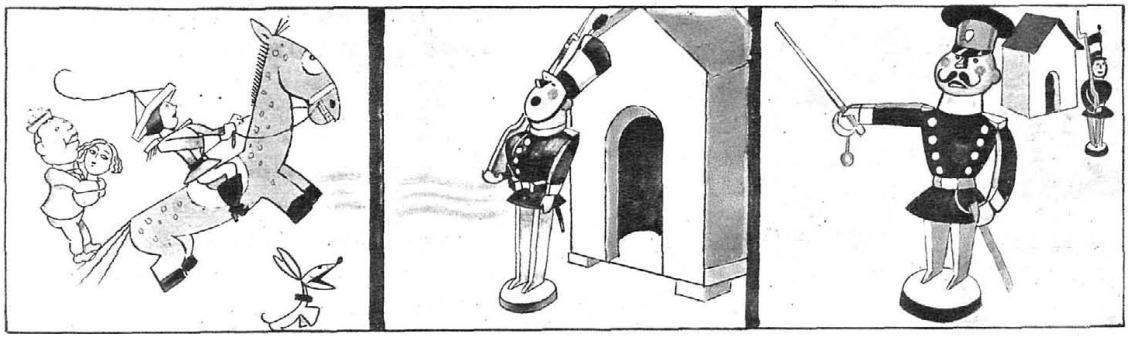
Al paso de los prisioneros salen todos los habitantes de Juguetópolis y los miran con hostilidad. Se oyen algunos "mueras", y un chofer que se pasa la vida en el "baquet", porque está clavado al asiento, grita: "¡El hombre es el enemigo natural del juguete!" Y una pastorcilla azuza contra ellos sus ovejas de cartón blanco.

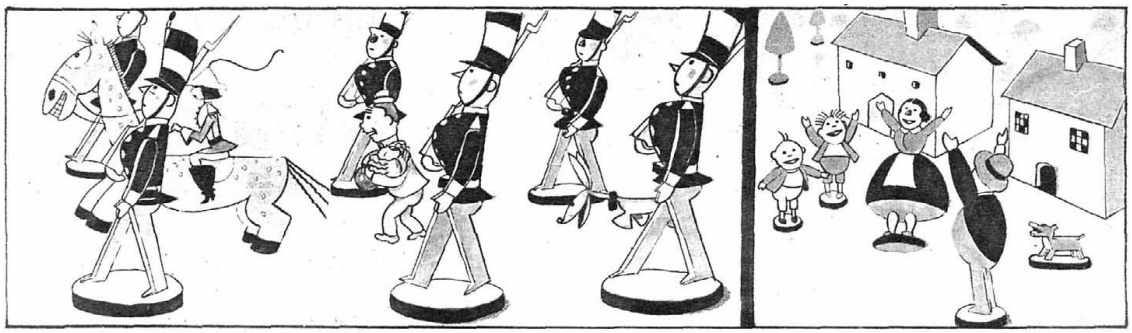
El emperador, Don Pelele XVIII, se halla tomando su chocolate mañanero, cuando vienen a anunciarle la captura de los forasteros. Horrorizado, está a punto de atragantarse con un churro y un combro, y sus numerosísimos criados tienen que darle golpecitos en la espalda. Por fin, dice: "Que traigan inmediatamente a los cautivos ante mi imperial y real presencia."

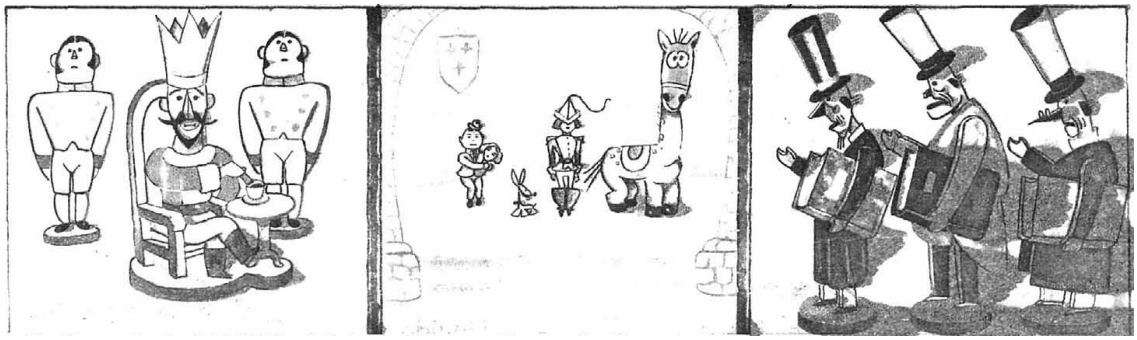
Aunque Pipo no se ha visto nunca ante un emperador de juguete, se presenta y presenta a sus compañeros, sin azorarse, con el aplomo que le caracteriza. Don Pelele XVIII tampoco ha tenido nunca en su poder cautivos de carne y hueso, y no sabe qué hacer con ellos. Perplejo, se rasca la barba hasta despintársela. Y ordena que acudan a darle luces sus tres consejeros.

Estos consejeros imperiales son los tres muñecos más sabios del país: Socratín, Catoncete y Senequilla. Socratín es filósofo, Catoncete es astrónomo y Senequilla es coleccionista de toda clase de sellos.

"Ante el soberano ya los tres están,
y tienen las caras de miga de pan."







EPISODIO VIII

OJO POR OJO Y NARICES POR NARICES

En unos libros muy grandes y muy pesados (tan pesados que no hay quien los lea no siendo sabio), los tres muñecos. Socratín, Catoncete y Senequilla, consultan el caso de los extranjeros que han caído en manos de los juguetopolitanos. Y en sus libros ven que cuando un juguete cae en manos de un niño el trato que recibe suele ser desastroso.

"¡Ved qué cuadro aterrador —exclaman— presenta el martirio de los nuestros por los humanos verdugos! ¡Los niños destripan los caballos de cartón, arrancan las orejas de los gatos de terciopelo y la cola de los titís de peluche! ¡Mutilan los soldaditos de plomo y descabalan los juegos de bolos! En cuanto a las muñecas, ¡ah, señores juguetes… a las lindas e inocentes muñecas las descuartizan sin piedad!" Este vibrante discurso es oído por el pueblo que, en masa, se ha congregado ante la puerta del palacio imperial. Y todos gritan: "¡Venganza, venganza!" No cesan de gritar; se ve que tienen cuerda para rato. Entonces, su soberano, el emperador Pelele XVIII, se asoma al balcón.

"¡Amados súbditos —les dice—: calmad vuestras justas iras! ¡Vengaremos a nuestros hermanos, víctimas de los hombres, en estos prisioneros! Ojo por ojo y narices por narices, que no siempre va a ser diente por diente. Y ya que nosotros les hemos servido de juguete a ellos, ahora van a servirnos ellos a nosotros." Es aplaudido por el pueblo.

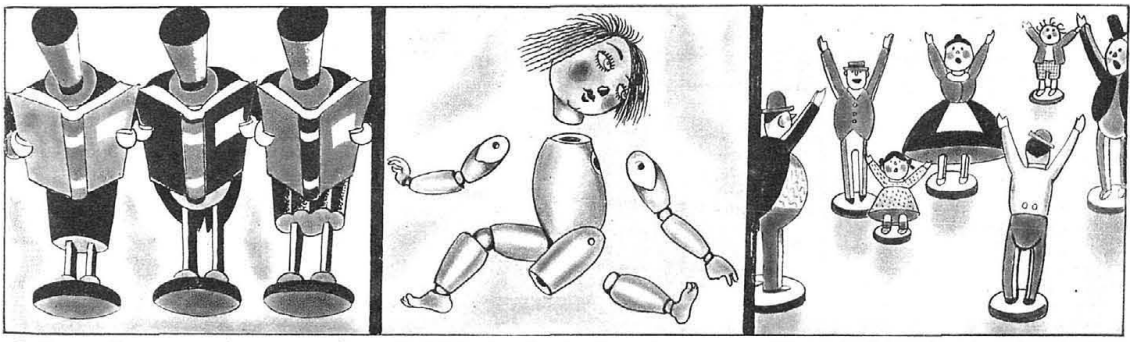
Y los habitantes de Juguetópolis ejecutan su venganza. Se trata de convertir en juguetes a nuestros héroes. La pobre "Miss Fenómeno" es la primera víctima. Se hace de ella una peonza. Y como es una peonza con música, nadie oye cómo, a través de "Ambo, ato, matarile, rile, rile", que es el himno nacional, gime la infeliz "¡Ay, que me mareo!"

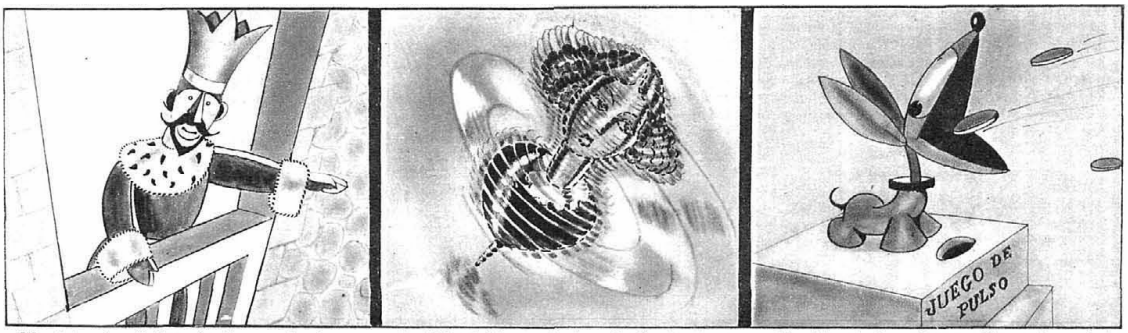
Ahora le llega el turno a Pipa; se la convierte en... ¡traga perras! ¡Ay!, claro que si se le echasen bombones, por grandes que fuesen, ella, que es tan tragona, los recibiría con gusto. Pero no; son tejos de metal y le saben muy mal. ¡Pobre Pipa! Piensa con angustia: "¡Estos brutos van a ser causa de que tenga una indigestión de plomo."

¿Pues y el enamorado y tierno don Periquito? Convertido en muñeco de pim pam pum, de esos de las verbenas: ¡Pim!, en un ojo; ¡pam!, en la boca (es natural que el "pan" sea en la boca, ¿verdad?); ¡pum!, en las narices. No falla uno. El infeliz, impertérrito, aguanta más golpes que Paulino Uzcudun en un match de boxeo. Pero, ¿y Pipo?

A Pipo, al gran Pipo, al héroe famoso, era imposible, aun con la peor voluntad del Mundo, que no se le transformara en algo noble. ¡Y tan noble! Como que se le ha cambiado en la más noble conquista del hombre, o sea el caballo. Claro que este caballo es de juguete. Sobre sus espaldas gloriosas saltan, ¡oh, vergüenza!, muñecos burlones e irrespetuosos.

El único que se ha librado de la venganza ha sido Trompetilla; a él no hay medio de cambiarle en juguete, puesto que ya lo era. Separado de su amo, el brioso corcel de cartón verde recorre, melancólico, las calles de Juguetópolis, cuando, de pronto, se da de morros con otro caballo que se le parece mucho. ¡Qué sorpresa! ¡Es su propio hermano Cornetín!




JUEGO DE
PULSO

PAM PUM

EPISODIO IX

PELOTINA ESTÁ TRISTE

Por la avenida de las Muñequitas de Trapo caminan Cornetín y Trompetilla. "Ay de mí —gime este último—, yo que había hecho la mejor carrera de caballo, pues pertenecía a un héroe, me veo ahora separado de mi amo, al que han cogido prisionero." "Ven a mi pesebre; tomaremos un bocadillo de avena y relincharemos" —dice Cornetín.

El personaje más importante de Juguetópolis es el gran duque de Casa-Balón, un pelotón magnífico, orondo e inflado, tío del propio emperador Pelele XVIII; es muy orgulloso porque está forrado de billetes y de cabritilla amarilla, roja y azul. Tiene un carácter infernal, y, por un sí o por un no, bota como un condenado.

Su esposa, la gran duquesa de Casa-Balón, una noble dama, rodeada de riquezas y honores, se siente, sin embargo, desgraciadísima, porque la atormenta el ansia de ser esbelta, de "tener línea". ¡Cuidado que hace cosas para adelgazar! Como que se pasa el día saltando. Pero todo es inútil; sigue gorda y redonda como lo que es, como una pelota.

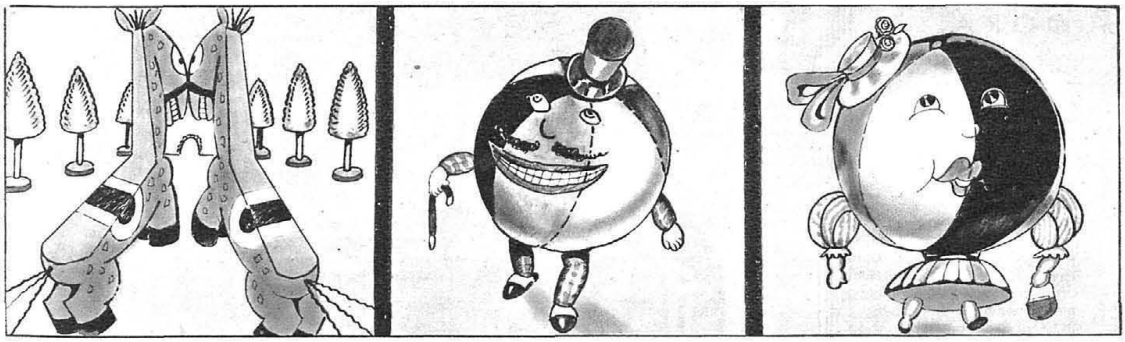
Este aristocrático matrimonio tiene una hija, la adorable Pelotina, romántica y fina cual pelota de tenis. Pero, ¡ay!, de algún tiempo a esta parte, la duquesita está triste, la duquesita está pálida, sin que nadie sepa por qué. Lo más grave es que Pelotina está prometida al emperador, y la boda se ha suspendido por la enfermedad de la novia.

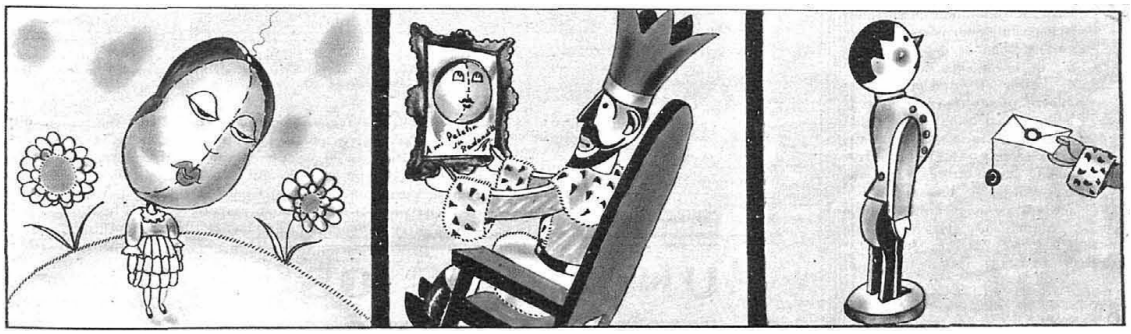
Y, ¡claro!, su majestad está desesperado. Se pasa las horas contemplando el retrato de Pelotina, tal como era antes, sana y redondita. Y gime: "¡Oh! ¡Mi Pelotina adorada! ¡Quién te volviera a ver así! ¡Quién te devolviera la belleza y la salud que perdiste!" Estas reflexiones le ponen de tan mal humor que tiene que calmarse en alguien.

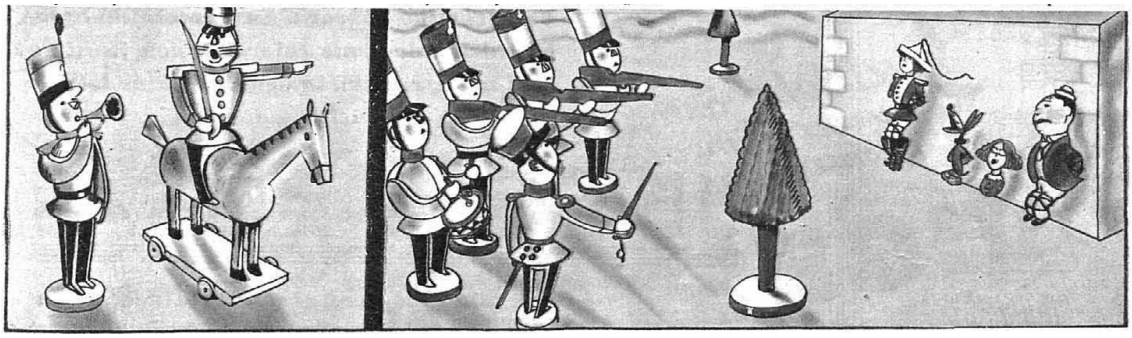
Con rabia, escribe unas líneas, las encierra en un sobre, lo lacra y se lo entrega a un criado, diciéndole: "Este pliego secreto para el general Catapum Chin Chin. Es importantísimo y urgentísimo." Lo que contiene el sobre misterioso lo vamos a saber nosotros antes que su destinatario. Contiene la orden de fusilar en el acto a los cuatro prisioneros.

¡Terrible militar es este general Catapum Chin Chin! No sueña más que con guerras y destrozos. Pero en Juguetópolis tiene pocas ocasiones de ejercer sus aficiones batalladoras. Así que, al leer el pliego imperial, los bigotes se le erizan de satisfacción. Y da orden de formar el pelotón de ejecución que ha de acabar con la vida de nuestros amigos en el patio del castillo de Naipes.

¡Escalofriantes son los preparativos de esta cuádruple ejecución! Pipo, Pipa y don Periquito han sido atados de pies y manos. Han querido atar igualmente a "Miss Fenómeno", pero se han encontrado con que era imposible. A pesar de ello, no hay cuidado que la bella Lilí intente huir; en primer lugar, porque quiere morir junto a su enanito bien amado, y, en segundo, porque no puede correr. Los cuatro reos están junto a un grueso muro de cartón. Frente a ellos, forman los soldados: son de madera todos, y los manda un teniente pesadísimo, puesto que es de plomo. Están cargados todos los fusiles, pues se ha gastado para ello una tira entera de fulminantes. Ha llegado el momento trágico. El teniente levanta su sable de latón y grita: "¡Apunten!... ¡Fue...!







EPISODIO X

ALTO EL FUEGO

Como todas las mañanas, desde hace muchos años —todos los que tiene—, su majestad Pelele XVIII está tomando su chocolate con picatostes. Como todas las mañanas, desde hace algún tiempo, el chocolate le sabe salado porque caen en él algunas lágrimas. Y es que el soberano piensa en su Pelotina. En la cámara imperial entra un criado.

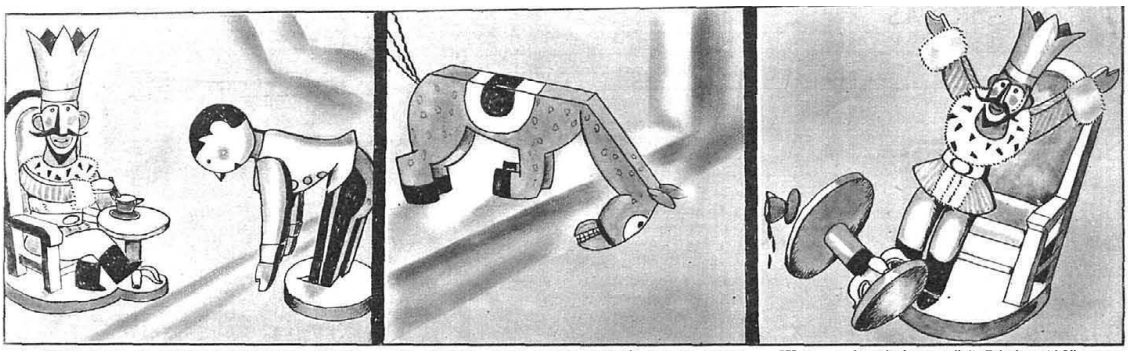
"Señor —dice—: en la antesala hay un personaje que solicita audiencia." "¡Que entre!" Entra el visitante y saluda doblando las patas delanteras. El personaje es el caballo Trompetilla. "Las noticias que traigo —relincha— se refieren a la salud de la duquesita de Casa Balón." "¿Qué dices?" "Digo que conozco a alguien que todo lo sabe… y la sabrá curar." "¿Dónde está?" —ruge el emperador." "En Juguetópolis." "¡Pero este caballo es un burro! Si está aquí. ¿Por qué no me lo traes?" "Porque está preso." "¿Preso? ¿Es un ladrón?" "No, señor; es un héroe y se llama Pipo." ¡Pipo! Al oír este nombre el soberano se desploma. Pipo sería capaz de curar a Pelotina. ¡Y a Pipo lo ha mandado fusilar! ¡Oh! ¡Ah! ¡Horror! Pero... ¿Quién sabe? ¡Sí! ¡Quizá sea tiempo aún! Su majestad agarra la campanilla y tira con tal fuerza (en Juguetópolis no hay timbres eléctricos) que el cordón se le queda en la mano. "¡Pronto! ¡Pronto! —grita al criado—: corre y di que suspendan el fusilamiento y tráeme a Pipo. ¡Como no llegues a tiempo y lo hayan fusilado ya te mando fusilar a ti también!" El criado sale disparado. En el patio del castillo de Naipes se desarrolla la escalofriante escena que ya conocemos. Los reos están frente al pelotón de ejecución; los soldados los encañonan ya con sus fusiles; ya el teniente de plomo ha levantado su sable y ha gritado: "¡Apunten! ¡Fue...!"

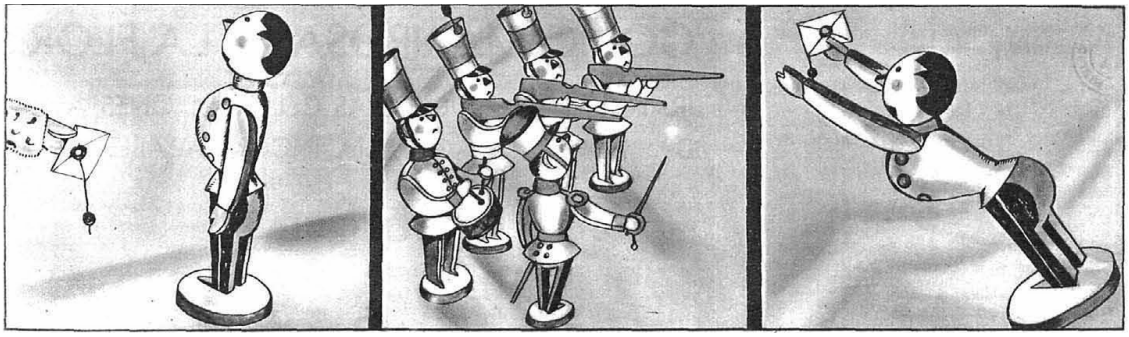
Pero no ha podido terminar la palabra fatal. El criado de palacio, irrumpiendo en el patio como una tromba, grita: "¡Alto el fuego! De orden de su majestad se suspende la ejecución." ¡Cielos, qué alegría! Pues os juro que la que sentimos nosotros al oír estas palabras no es nada comparada con la que sienten los reos.

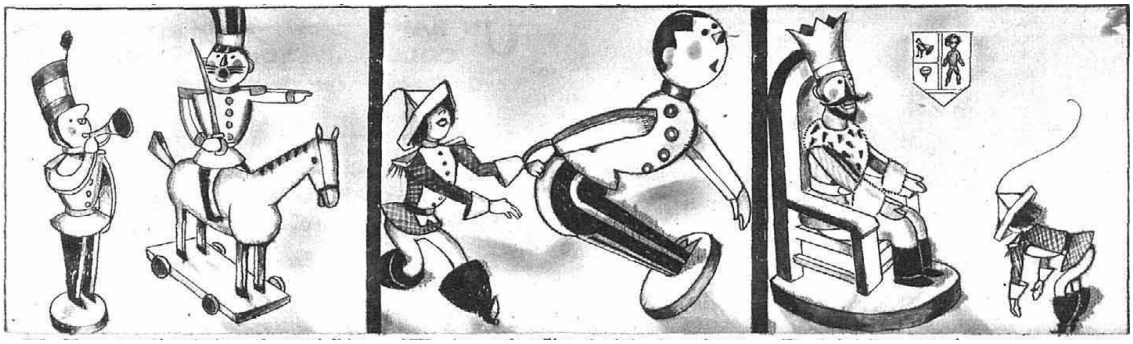
El que no está contento es el general Catapum Chin Chin. ¡Con lo que a él le divierten los tiritos! Pero no hay más remedio que acatar las órdenes imperiales, y, para que todo Juguetópolis se entere del acontecimiento, manda a su cornetín que toque a "alto el fuego", que es un toque que suena a algo así como: "¡Tararí, ti ti!"

Agarrando a Pipo, el criado, sin perder un minuto, lo lleva casi en volandas al palacio imperial. Al verle, el soberano se precipita hacia él cual tigre sobre su presa; pero no es para morderle. "¿Tú puedes curar a la duquesita Pelotina?" —le pregunta, jadeante—. "Como poder —contesta fieramente el héroe—, sí; ahora que como querer…"

"¿Qué dices —ruge el emperador—. ¿Te atreverías a negarte?" "No; a lo que me atrevo es a pedir, en cambio, mi libertad y la de mis compañeros." "Concedida; pero como no logres devolver a Pelotina la belleza y la salud perdidas, no seréis fusilados, pero moriréis entre horribles suplicios." "¡Trato hecho!" —dice Pipo con serenidad.







EPISODIO XI

EL DOCTOR PIPO

Estamos en la más elegante clínica de Juguetópolis, donde un médico sapientísimo va a realizar una operación importantísima en la persona de la duquesita Pelotina de Casa-Balón, prometida del emperador Pelele XVII. El médico es nada menos que nuestro glorioso héroe, que se ha convertido en un cirujano eminente: el doctor Pipo.

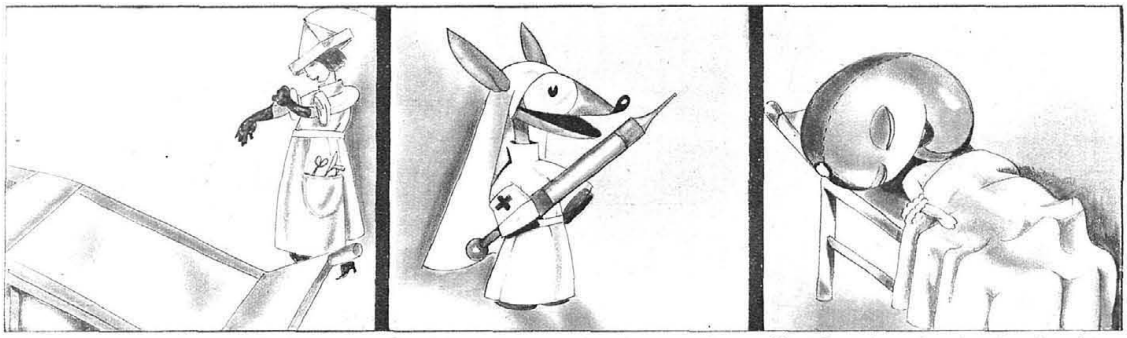
Al doctor Pipo le ayuda en los preparativos de la operación una señorita enfermera de gran mérito, en quien reconocemos a nuestra amiguita Pipa, que se da un postín loco preparando el instrumental quirúrgico. Pipa, que es algo prosumidilla. se ha mirado ya veinte veces al espejo, y ladra con satisfacción: "Me está bien este traje; me favorece."

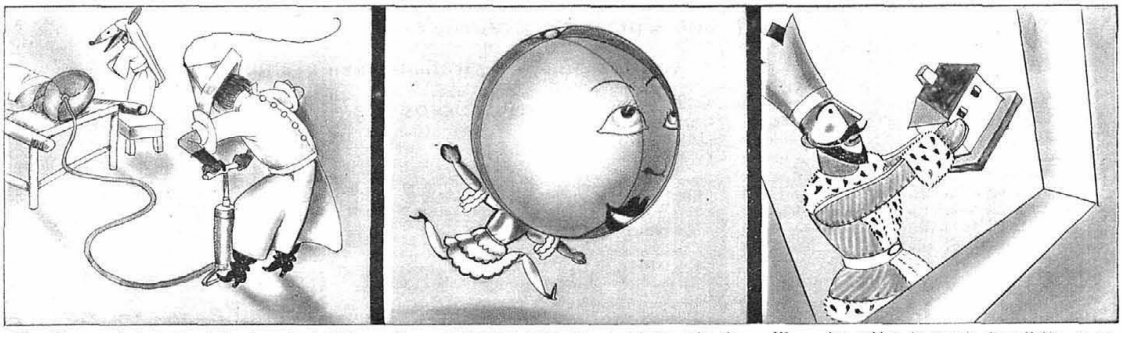
"¡Que traigan a la paciente!" —ordena el doctor Pipo. Y cuatro camilleros se precipitan para cumplir esta orden. ¡Pobre Pelotina! ¡Da pena verla cómo llega: tan flácida, tan triste, tan feúcha, tan débil! Pipo se remanga, se cala unas gafas y ordena: "Dejadme solo." Todo el mundo se retira, y el operador queda ante la paciente con la enfermera.

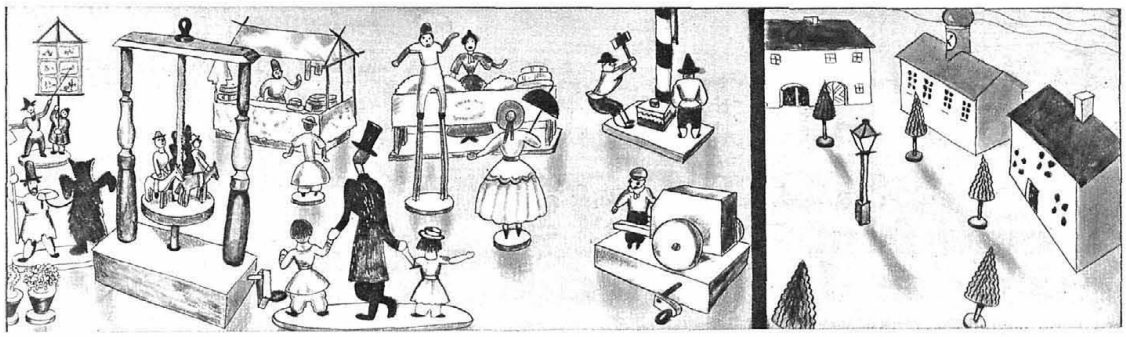
"Venga el instrumental" —dice el doctor, y su perrita le tiende una bomba de esas que sirven para inflar las ruedas de las bicicletas. Porque —según el sabio Pipo— lo que le pasa a la duquesita es... eso: que está desinflada. Con la bomba, el operador le da aire, y a poco la enferma va recobrando volumen, fuerzas, belleza y, sobre todo… elasticidad; tanta, que, de pronto, salta de la cama de operaciones y empieza a dar botes por la habitación. ¡Está curada! Y está magnífica, rozagante, con sus sanos colores naturales: amarillo, verde y azul. Loca de alegría, abraza a su salvador y grita: "Ya estoy buena. ¡Ya estoy guapa!" Pero nada es su alegría comparada con la de sus papás los nobles duques de Casa-Balón, y, sobre todo, comparada con la de su prometido. Su majestad imperial se olvida de su regia estirpe, y para celebrar el acontecimiento no vacila en echar la casa por la ventana. Claro que esto es bastante fácil en un país en donde siempre se tiene a mano alguna casita de juguete, en cartón.

El enlace del emperador Pelele XVII y de la duquesita Pelotina se celebra en el acto, y, con este motivo, el soberano se digna ordenar grandes festejos populares: hay cabalgata, desfile de carrozas, funciones de teatro en el parque y una gran verbena. ¡Huy qué verbena más divertida y repreciosa! Nada falta en ella: tiovivos, puestos de almendras, de churros y de horchata; barracas en que se exhiben fenómenos sorprendentes; una muñequita de biscuit que cierra los ojos aunque no esté echada; una pastorcita de madera que se tiene en pie aunque carece de peana; un cerdito de goma que canta en vez de gruñir, cuando se le aprieta la tripa, etc.. Hay también un organillo que toca sin cesar: "Tilitilitin…"

El pueblo de Juguetópolis y sus soberanos saben ser agradecidos y honrar a los que han merecido bien de la patria. En la plaza principal de la ciudad, que se llamó antiguamente "Plaza de los Soldaditos de Plomo", y más tarde "Plaza de la Pepona de Cartón" y después "Plaza de Alcalá Zamora", hay ahora un rótulo que dice: "Plaza de Pipo y Pipa".







EPISODIO XII

EL COCO, MAMÁ…

Ya están otra vez libres nuestros amigos; ya se alejan de Juguetópolis. Otra vez la bella Miss Fenómeno descansa en los brazos de su enamorado enanito y suspira pensando en el dulce momento de besar a su barbuda mamá doña Niceta. Trompetilla galopa orgulloso por llevar a Pipo otra vez sobre sus lomos de cartón. Pipa bosteza...

De pronto se oye una voz que clama: "¡Ay de mí, que se lo han llevado!" Y aparece, corriendo, una robusta ama de cría. "¿Qué le ocurre, señora ama?" —pregunta Pipo. "Me pasa —contesta el ama— que yo estaba cantando al niño aquello de *Duérmete, que viene el Coco y se lleva a los niños que duermen poco;* y el niño no se dormía, pero yo sí, y al despertarme me encuentro con que, sin duda, el Coco se lo ha llevado..." "Está bien; yo iré a buscar a ese niño" —exclama Pipo—. "¿Adonde?" —pregunta Pipa, asustada. "A casa del Coco." Y sin más explicaciones. Pipo ordena que se queden esperándole don Periquito, Lilí y el ama. Y seguido de Pipa —que va cabizbaja— se dirige a la morada del Coco. El cual abre la puerta, en persona, y, al ver a Pipo, lanza un profundo suspiro y exclama: "¡Otro niño! ¡Todo sea por Dios!" Pero Pipo protesta: "Eh, que yo no soy un niño, que yo soy un héroe, y ésta es Pipa, mi perrita..." Una gran alegría ilumina la cara del Coco, que dice: "¿Que no eres un niño? ¡Qué felicidad! Pasen, pasen…"

"Pues yo venía, señor Coco —dice Pipo—, a pedirle que me entregara un niño rubito que tiene un lunar en la espalda..." "Pero mi querido señor héroe —interrumpe el Coco—, ¿cómo quiere usted encontrar un niño rubio con un lunar entre los mil y pico de niños rubios y con lunares que hay aquí?" "Pero ¿tantos tiene usted?" —interroga Pipa, asombrada.

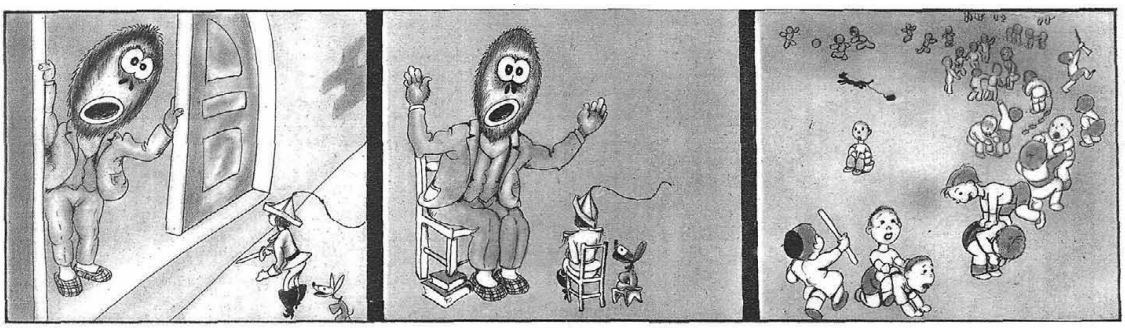
"¡Que si tengo!" —vuelve a suspirar el Coco—. "¡Ay! ¡Acabarán conmigo! Y lo malo no es que sean muchos, sino que son de la piel del demonio. ¡Como que todos son de esos que sus papás no los pueden aguantar y gritan: *¡Coco, ven y llévate a este niño!* ¡Y me dan una vida!... Y como yo no puedo decirles: *¡Que viene el Coco!..."*

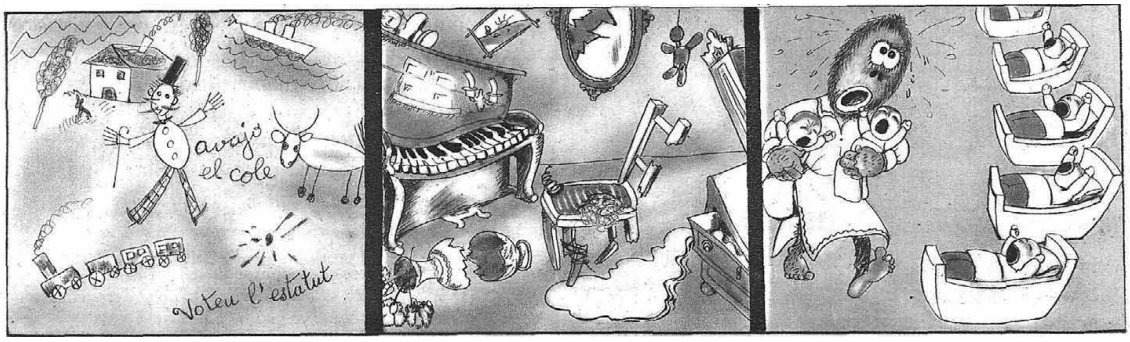
"Miren, miren cómo me ponen las paredes los angelitos. Yo no dudo que el arte sea una cosa admirable, pero esto es ya abusar. Además, no me dejan un mueble sano, lo cual me cuesta un ojo de la cara; y, a pesar de que la C. A. M. A. C. (Compañía anónima de madres y amas de cría) me pague bien, no hay fortuna que resista esto."

"En fin, no les digo a ustedes más sino que este salón es el más presentable de la casa." "Entonces —pregunta Pipo— ¿no le tienen miedo a usted?" "¿A mí? ¡Ja, ja, ja...! El que les tiene un miedo horrible soy yo, porque todo esto que les he
contado no es nada; lo terrible, lo espantoso, lo insoportable, son las noches."

"Como la mayoría de los niños que están aquí, vienen por *dormir poco,* figúrense lo que me dejarán dormir a mí. ¡Qué nochecitas! En fin, estoy decidido. Si esta República no arregla mi situación, dejo el oficio y me dedicaré a algo más tranquilo y dulce: a domador de tigres, por ejemplo, o a cualquier otra cosa."

CASA DEL COCO




avajs el cole
Voteu l'estatut

EPISODIO XIII

EN LA CIUDAD DE LA MARAVILLA

"Conque dígale a la nodriza que puede venir a buscar a su crío, que se lo entregaré con mucho gusto... y algunos más, si se los quiere llevar" —dice el Coco. Y añade: "Ya sabe usted, Pipo, que aquí deja un amigo para lo que guste mandar; si necesita mis servicios, si quiere que vaya a asustar a algún niño malo..." "Gracias, Coco —dice Pipo—, pero todos mis lectorcitos son bonísimos..., al menos mientras leen mis aventuras." Al volver junto a los suyos, encuentran al caballo Trompetilla paciendo la hierba fresca; a don Periquito, que sigue con su "Miss Fenómeno", sin dejar de decirla: "Te adoro. Lilí mía", a lo cual ella contesta: "Nos adoramos." La nodriza, aburrida de oírlos, o cansada de llorar, se ha quedado dormida. Pipo la despierta y le da la buena noticia de que el Coco está dispuesto a devolverle el crío. Al enterarse la nodriza, lanza un grito de alegría y parte como una flecha, como una flecha que pesase noventa y siete kilos; se va corriendo. Y nuestros amigos reanudan su camino interrumpido.

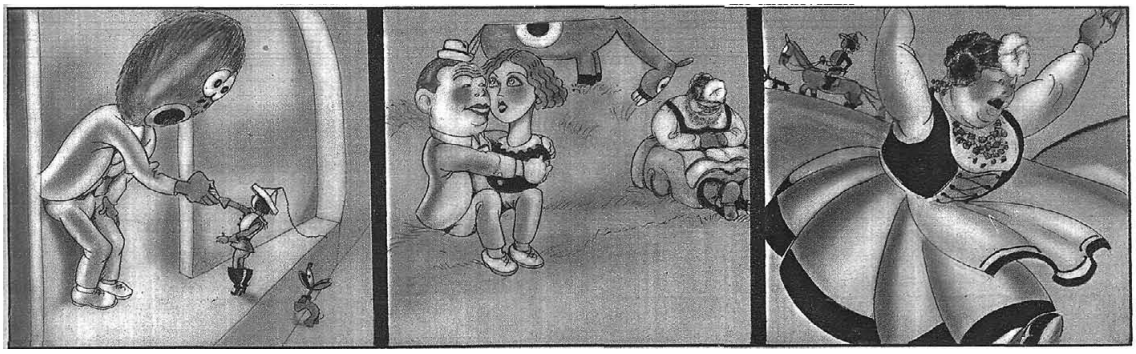
Al pasar por un prado ven a una niña que está cogiendo flores. Es rubia y bonita; lleva al brazo una cestita y en la cabeza una caperuza de color rojo. Pipo, al verla, lanza un grito: "¿Pero eres tú, Caperucita Encarnada? ¿Qué haces por aquí?" "Pues, como siempre, voy a casa de mi abuelita a llevarle una tortita de manteca y un tarrito de miel."

"¿Pero no te comió el lobo?" —sigue preguntando Pipo—. "Claro que sí —sigue contestando Caperucita—; pero, después de terminar mi cuento, resucité, como es natural, y me vine a vivir a la Ciudad de la Maravilla, donde estamos reunidos todos los héroes buenos de los cuentos. Es una ciudad preciosa, que tiene murallas de mazapán, casas de chocolate, ríos de almíbar y monumentos de arroz con leche." "¡Huy, mi amo! —grita Pipa—. Vamos a la Maravilla, siquiera para conocerla..., y probarla." "Vamos" —concede Pipo—. Y allá van, guiados por Caperucita Encarnada. En la más alta torre está de vigía Ana, la cuñada de Barba-Azul, que grita al verlos: "Ya vuelve Caperucita con Pipo y con su perrita."

Después de hacer la fortuna de su amo el marqués de Carabás, el Gato con Botas se ha convertido en un buen burgués; aquí le tenemos, fumando un puro, mientras tararea aquello de "Estaba el señor don Gato — sentadito en un tejado, remiau, miau, miau, miau..." Al ver a nuestros amigos, los saluda barriendo el suelo con la pluma del sombrero.

"¡Mira, mi amo, quién llega por los aires!" —grita Pipa entusiasmada—. Es Pulgarcito, que, aprovechando sus botas de siete leguas, ha ido a comprar el desayuno que más le gusta: chorizo y pan. El chorizo se lo trae del mismo Pamplona; de la propia Viena, el panecillo. Llega cantando: "¡Puedo subir tan alto como la luna, ¡ay!, ¡ay!, como la luna!"

Los habitantes de la Maravilla son tan dichosos que siempre están cantando. "¡Pobre chica, la que tiene que servir!", canta la Cenicienta, mientras barre el portal de su casa. Su esposo, el príncipe Encantador, ha ido de cacería; pero ella, a pesar de ser princesa, sigue trabajando humildemente, porque permanece fiel a su cuento.



EPISODIO XIV

LOS ILUSTRES HUÉSPEDES

¡Talán, talán! ¡Tilín, tilín! Las campanas de todas las torres de la Ciudad de la Maravilla repican alegremente para celebrar la llegada de los visitantes y darles la bienvenida. Unas campanas son de plata y otras de cristal. Como no hay fonda, los personajes de la ciudad se disputan el recibir a los huéspedes.

A Pulgarcito, como tiene una casa muy chiquirritina, le toca alojar a don Periquito y a su adorada. No sabe qué hacerse para obsequiarlos. Galantemente, dice a Lilí: "Bella dama, todo cuanto tengo es vuestro; podéis disponer hasta de mis botas." "Muchas gracias, Pulgarcito —dice Lilí—, pero ¿qué quiere que haga con un par de botas?"

En la "calle de los Cuentos de Animales" tienen puesta casa el señor Pérez (Ratoncito) y el señor Feo (Patito). Con gran alegría acogen a su compañera Pipa. "Ya verás qué bien lo pasamos —le dicen—; todas las tardes vienen a vernos nuestros vecinos Mickey y Félix; ahora seremos cinco, y podremos jugar a las cuatro esquinas."

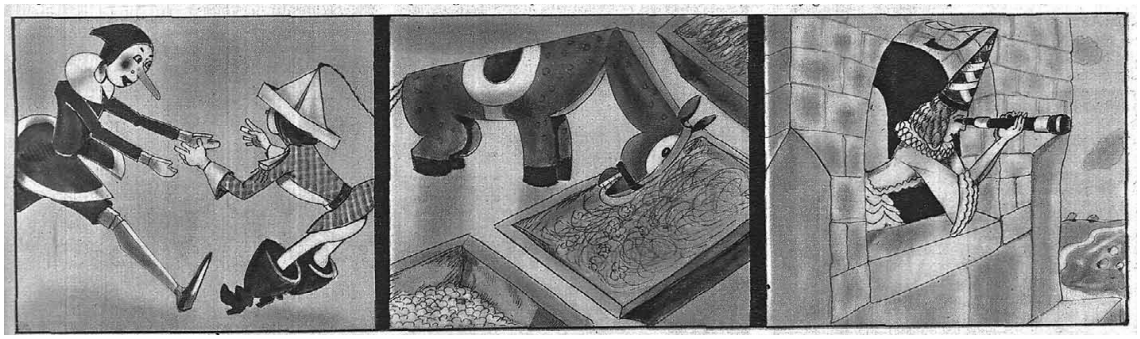
¿Y Pipo? ¿Qué casa hay en la Ciudad de la Maravilla digna de alojarle a él? Una sola. Ya lo habréis adivinado: es la de Pinocho, el glorioso narigudo. Los dos héroes caen uno en brazos del otro; es un momento emocionante, grande, histórico. Es como si viéramos abrazados a Napoleón con Julio César, o al alcalde de Zalamea con don Pedro Rico.

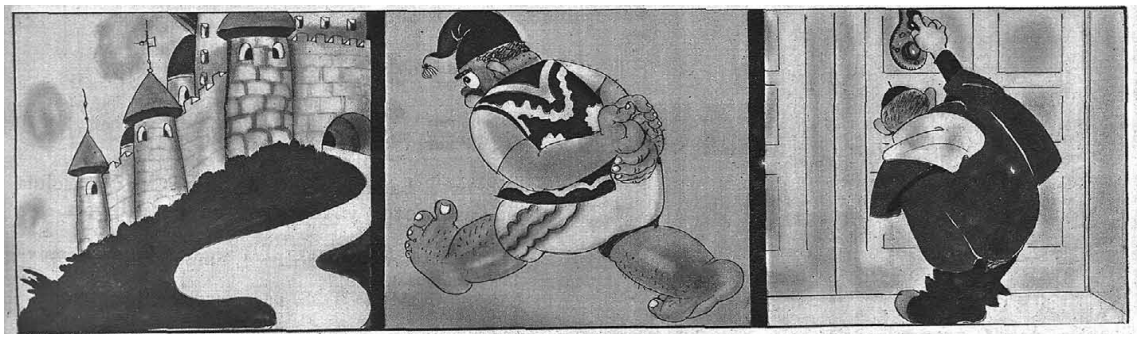
No ha sido olvidado Trompetilla, el brioso corcel de cartón verde. Para él sólito se ha instalado una cuadra con todo el confort moderno: tiene abrevadero con agua filtrada y varios pesebres con comida variada y abundante; a elegir: avena, trigo, alfalfa, etcétera... Está, en fin, tratado a cuerpo de emperador o de rey.

Todos los días, la cuñada de Barba Azul, que ya sabemos lo aficionada que es a este género de ejercicios, se sube a la más alta torre de la ciudad, y, con un telescopio, otea el horizonte. Desde abajo, la señora de Barba Azul, le pregunta: "Ana, querida Ana, — ¿qué ves por esa ventana?" Y ella contesta: "Sólo paz, querida hermana, — veo por esta ventana."

Y es verdad; en la Ciudad de la Maravilla y sus alrededores reina la paz y la tranquilidad. Y, sin embargo... ¡ah!, sin embargo, a muchas leguas de allí se eleva el siniestro castillo de las Rocas Rojas, donde vive también un héroe de cuento; pero es un héroe malo, malísimo, temido y odiado de todos. Este personaje aborrecible es… ¡el señor Ogro! Sí; el Ogro que quiso comerse a Pulgarcito y a sus hermanos. Desde aquella aventura no ha parado de rabiar, y esta noche está más furioso que nunca, porque acaba de clavarse un vidrio en el pie. Claro, ¡como que tiene que andar descalzo, porque Pulgarcito le quitó sus botas y no hay zapatero que le sepa hacer otras!

¡Ah! ¡Si él volviera a pillar a su enemigo entre sus manazas fenomenales! ¡Brrrrr! Pero en este instante, un aldabonazo suena en las tinieblas, y sus ecos vibran dramáticamente en el castillo de Rocas Negras. Ante la puerta hay un desconocido, embozado hasta los ojos. Parece muy impaciente, pues como no salen a abrirle pronto, vuelve a llamar.





EPISODIO XV

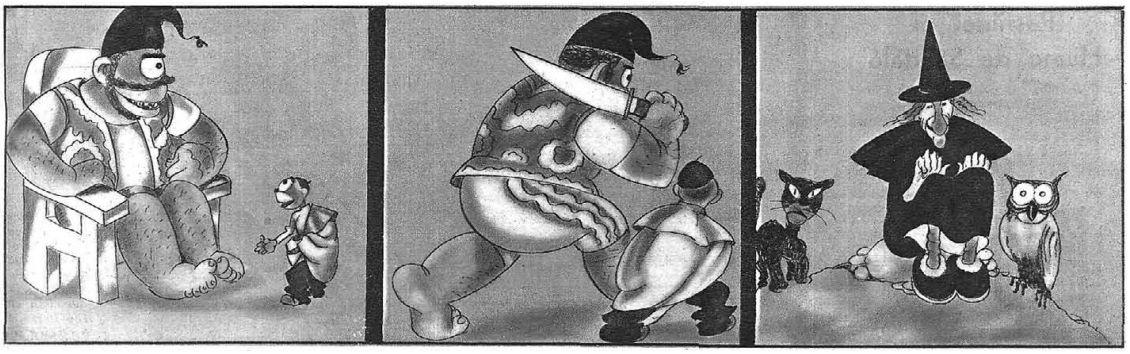
EL EJÉRCITO DEL MAL

Ya sabemos quién es el misterioso visitante que llamaba a la puerta del castillo de Rocas-Rojas; como que se ha desembozado al entrar, y hemos reconocido a nuestro antiguo "amigo" el infame Gurriato. "Vengo a buscarte —dice— de parte de mi ama, la bruja Pirulí." Este nombre, para un héroe malo es como para un aficionado al cine, el nombre de Charlot. "Corramos —exclama el ogro— y dime lo que desea de mí tan gran señora." "Desea —contesta Gurriato— vengarte de Pulgarcito y castigarle por la jugarreta que te hizo en vuestro cuento, y devolverte tus botas de siete leguas." Al oír estas palabras, el ogro echa a correr, cual si tuviese ya otra vez sus botas puestas.

La horrible Pirulí está en su cueva, entre su gato Patapufo y su lechuza Rebelona. Grazna la lechuza: "Pi, pi, pi — mira quién viene, Pirulí", y malla el gato: "Miau, miau, miau, — creo que ya han entrau". Entran Gurriato y el ogro. "¡Señora Pirulí!" "¡Señor Ogro!" "Ahora vendrán los demás —dice la bruja—. Hace una seña con su varita, y entra un lobo, el lobo de Caperucita. Desde aquella aventura, que todos conocemos, no ha parado de rabiar; hubo que abrirle la barriga para sacarle las piedras que le echaron, y, como no sabía cómo cerrársela, se le puso un cierre de cremallera. Entra aullando: "¿Dónde está Caperucita, que me la como?" "Pronto —promete Pirulí— la tendrás entre tus garras." Entran dos señoritas muy feas, con peluca de bucles, traje de raso y cara de vinagre. Se presentan: "Somos las hermanas de la Cenicienta: Yo soy envidiosa, — yo soy avarienta." De la rabia que les dio quedarse solteras, mientras que su hermana se casaba con un príncipe, han tenido ictericia las dos.

"Paciencia, meninas —dice la bruja—, ¡gracias a mí, tendréis pronto a Cenicienta en vuestro poder; podréis matarla a disgustos y rifaros luego el príncipe, si os place!" "¡Riss! ¡Rass! ¡Por Belcebú, por Barrabás! ¿Dónde está mi esposa? Por chismosa y por curiosa, la quiero, sin tardar, decapitar, ¡riss, rass, zasss!" Ha entrado Barba Azul.

¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Un, dos! Ya está en marcha el ejército que ha formado la horrible bruja Pirulí. ¡Espantosos son sus propósitos! Nada menos que asaltar la Ciudad de la Maravilla y apoderarse de sus habitantes, los héroes buenos. ¡Plan infernal! La horrible vieja quiere rehacer el final de todos los cuentos famosos; ahora, los que triunfen serán los héroes malos. Y ha dado a sus huestes el nombre de Ejército del Mal. Ella es generalísimo; además, es jefa de aviación, y, para ello, lleva su escoba-aeroplano. El infame Gurriato, armado con un trabuco, representa la artillería pesada (pues ya sabemos lo pesado que es el tal Gurriato). Tras ellos siguen el ogro, Barba Azul, las solteronas, el lobo, el sapo de Almendrita, y la bruja de la Bella Durmiente, y genios, gigantes y gnomos, que marcan el paso y gritan: "¡Venganza!", y se van perdiendo en la lontananza.



EPISODIO XVI

EL TRIUNFO DE LOS MALOS

Noche de luna; la Ciudad de la Maravilla duerme con el sueño apacible de la conciencia tranquila, que es la de sus habitantes. Ante sus murallas de mazapán llega el ejército del Mal. "¿Asaltamos, señora Pirulí?" —pregunta el muy bruto de Ogro—. "No, la mejor arma es la astucia. Cada cual se esconderá en el lugar que yo le indique."

De madrugada, detrás de un árbol, el lobo está en acecho. Suena una vocecilla argentina y alegre: "Tengo una muñeca vestida de azul..." Como todos los días, la Caperucita va a llevar a su abuela un tarrito de miel y una torta de Alcázar. Al verla, al lobo le rechinan los dientes; la fiera se abalanza…

Tras de una peña está el señor de Barba Azul. Un taconeo, el roce de un vestido de seda: es la noble dama de Barba Azul, que se acerca, dando su acostumbrado paseíto, paseíto matinal para conservar la línea. Su terrible marido, al verla, ahoga un rugido de odio; aprieta el puño de su espada. "¡Por fin!" —murmura, y desenvaina…

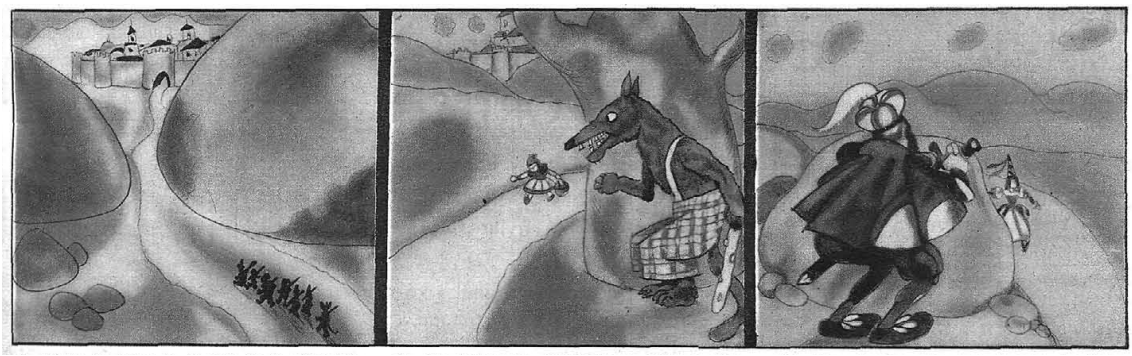
A cada lado de la "Puerta del Sol hermoso y el Sol feo" está apostada una señorita con cara de vinagre. "¡Arroyo claro! Fuente serena..." Sí; a la fuente va la Cenicienta, a llenar su cantarito de cristal. Sus piececitos se pierden en unos zuecos de madera; cuatro manos que parecen garfios salen de la sombra y avanzan hacia ella…

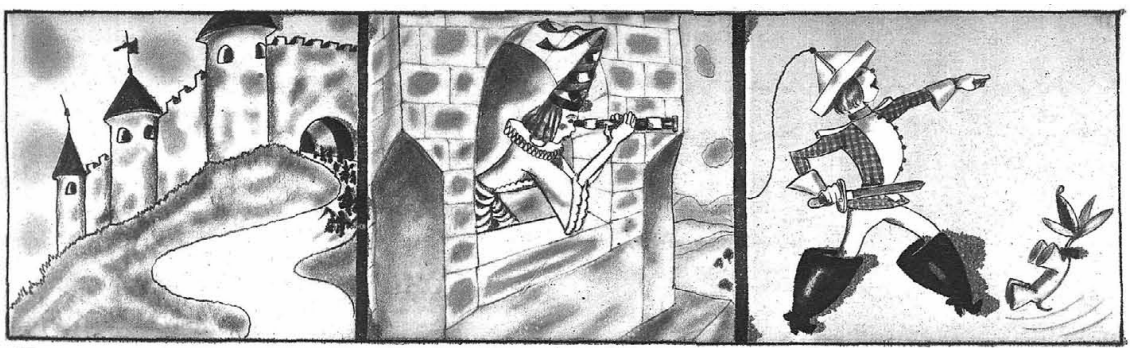
¡Pulgarcito! ¡Pulgarcito! ¿Qué haces, desventurado, que no corres, que no vuelas con tus botas de siete leguas? Bien lejos estás tú de suponer lo que te acecha detrás de esta tapia. Pensando estás en las Batuecas, a donde, sin duda, vas de excursión, cuando, de pronto, algo enorme cae sobre ti. ¿Algún bólido? No; una mano gigantesca…

La bruja Pirulí y el infame Gurriato se reservan "el pez gordo": sólo la captura del gran Pipo les parece digna de ellos, y, ocultos, le esperan. Pero Pipo no pasa; lo que ha pasado ya son muchas horas, cuando suenan voces tiernas: "Te amo, mi Lilí." "Don Periquito, te adoro." "Vaya —dice la bruja—, a falta de pan, buenos son tontos. ¡A ellos!"

¡Qué animados, qué trágicamente animados están los alrededores del siniestro castillo de las Rocas Rojas! Hacia él se encamina el ejército del Mal. Y, en la obscuridad de la noche, todo son gritos: gritos de júbilo diabólico de los malvados, que conducen a sus prisioneros; gritos de desesperación de los infelices cautivos, bárbaramente maltratados.

Pocos habitantes han quedado en la ciudad, y todos héroes de segunda categoría: la cuñada de Barba Azul, la nodriza de la Bella Durmiente, el príncipe, esposo de la Cenicienta; los hermanos de Pulgarcito, la abuela de Caperucita... ¿Y los otros? ¿Dónde están que no aparecen? Llena de inquietud, Ana sube a la torre y ve, con horror, cómo, en lontananza, desaparecen todos en poder del terrible ejército del Mal. Todo el mundo llora, grita; el desconcierto es general, cuando se oye la voz del gran Pipo: "¡No apurarse! ¡Parto a luchar contra los raptores! ¡Yo solo rescataré a nuestros amigos." Al oír estas palabras, todos recobran los ánimos..., menos Pipa, que se desmaya.





EPISODIO XVII

LA BRUJA MALAENTRAÑA

¿Veis estos objetos? Una nariz postiza, un tubo de sindeticón, una madeja de lana negra. Pipo no necesita más elementos para emprender la liberación de los infelices héroes buenos. Con las lanas empieza por convertir a Pipa en un perrito de ídem, de ésos tan elegantes. Por primera vez, la perrita no gruñe, ¡tan satisfecha está de verse a la moda!

Con la nariz de cartón y un manto obscuro que se pone, Pipo aparece tan cambiado, que solamente nosotros, por lo listos que somos, podemos reconocerle. Así disfrazado se encamina hacia el siniestro castillo de Rocas Rojas y llama a la puerta. "¿Quién va?" —ruge una voz formidable—. Es el propio Ogro, que se asoma a la ventana y oye una vocecilla cascada, que contesta:

"Soy la bruja Malaentraña,
la de la cara pipitaña,
con mi perro Patatrás,
anda "p'alante" anda "p'atrás"."

La "amable" asamblea, reunida en la casa del Ogro, acoge a la recién llegada con entusiasmo. ¡Una bruja más! "¡Y que soy de las buenas! —declara Malaentraña—. ¡Si vierais las cosas que se me ocurren para hacer daño! Como que a mala no hay quien me gane..., como no sea la señora Pirulí!" "¡Oh, gracias; doña Malaentraña'" —dice Pirulí.

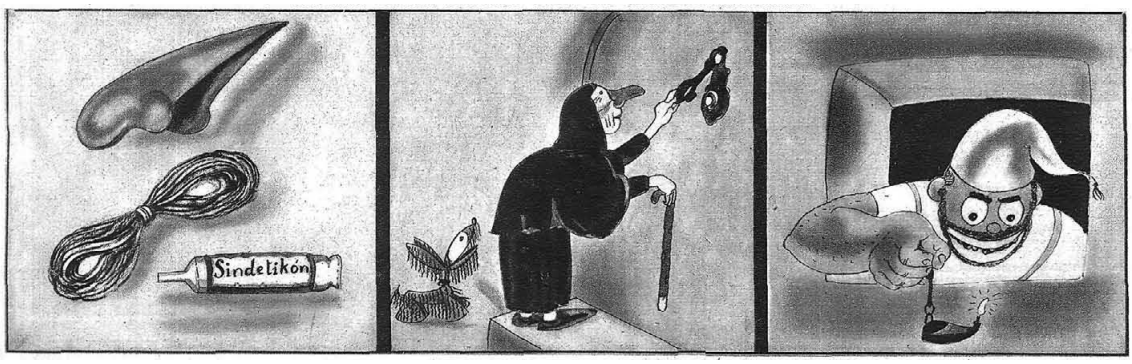
Y las dos brujas se hacen en seguida muy amigas. La horrible Pirulí explica a la nueva bruja el proyecto que tiene de rehacer los cuentos con el triunfo de los malos. "¡Magnifica ocurrencia!" —aprueba Malaentraña—. "¿Verdad que sí, comadre? ¿Verdad que nos vamos a divertir?" "Huy!, amiga Pirulí: lo que nos vamos a divertir."

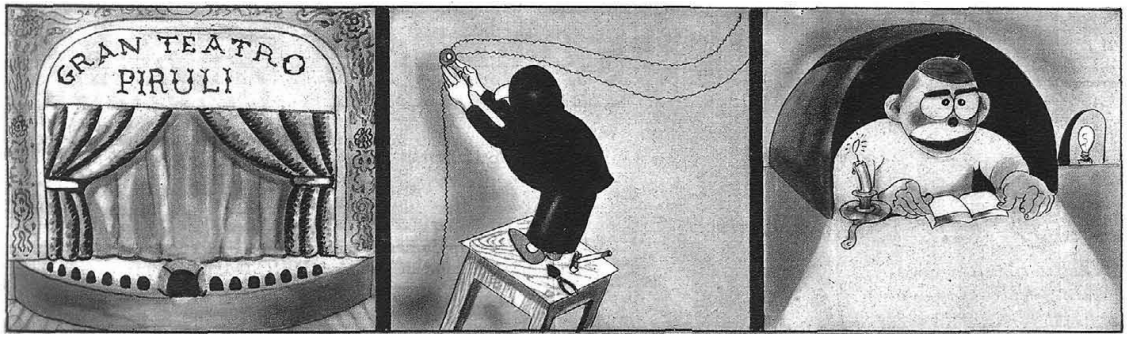
Mientras tanto, en las cuevas del castillo, los infelices cautivos se lamentan. ¿Qué va a ser de ellos, Dios mío? Solamente están tranquilos don Periquito y "Miss Fenómeno". ¿Cómo van a lamentarse, si no han dejado ni un momento de repetir. "Te amo. Lilí mía. Y tú, ¿me amas?" "Te adoro, Periquito de mi alma", y cosas por el estilo.

En la Asamblea de los malos, la bruja Malaentraña ha pedido la palabra: "Para que resulte mejor vuestra venganza —dice— tengo un idea, y es que, el final de los cuentos, lo rehagamos en función de teatro; de este modo, mientras que unos castigan a sus víctimas, los otros se divierten con el espectáculo" "¡Bravo! ¡Muy bien!" —gritan todos, encantados.

Es tan complaciente esta amable bruja Malaentraña, que ella se encarga de todos los preparativos de las funciones; ella arma el teatrito, ella visita a los cautivos para ensayarles su papel, ella instala todas las luces de la sala y el escenario. Ella, en fin, dispone que la primera función sea el cuento de la Caperucita, en donde el lobo se comerá a la Caperucita, de veras.

La segunda función —promete la bruja— será la de Barba Azul, y el protagonista matará, de veras, a su esposa; la tercera, la de Pulgarcito, que será, de verdad, devorado por el Ogro, y así sucesivamente. Y llega el gran día del primer espectáculo, el de la Caperucita. La sala está de bote en bote; en su concha, el apuntador está preparado: ¡es Gurriato!


Sindelikón


GRAN TEATRO
PIRULI

EPISODIO XVIII

VA A EMPEZAR LA FUNCIÓN

El salón está resplandeciente; todas las localidades, ocupadas por el distinguido público. En butaca de primera fila está el señor Ogro; los dientes le rechinan, pensando en lo que se va a divertir, sobre todo cuando le toque a él representar su función con Pulgarcito... ¡Aaah! Probablemente, se lo comerá con botas y todo.

¡Qué elegantísimas y qué requeteguapísimas están las hermanas de la Cenicienta! Por lo menos, ellas se lo creen así. "¿Te has fijado cómo me mira el señor de Barba Azul?" —pregunta una. "¡Qué ilusiones! A quien mira es a mí" —responde la otra. "Nos mirará a las dos, que, como somos gemelas, nos está mirando con unos gemelos."

En efecto; el señor de Barba Azul mira a las damas. Como piensa enviudar pronto, anda buscando quien sustituya a su dulce esposa en el empleo de ama de llaves. Claro que antes tendrá que representar el final de su cuento y acabar con su mujer, como el diablo manda (que es lo contrario de lo que manda Dios).

¿Pues y la bruja Pirulí? ¡Hay que ver la cara de satisfacción que tiene al pensar en lo que va a gozar, viendo que los cuentos célebres van a terminar con el triunfo de los malos! Junto a ella están el gato Patapufo y la lechuza Rebolona. "¡Lástima que no esté allí Pipo!" —piensa la horrible bruja.

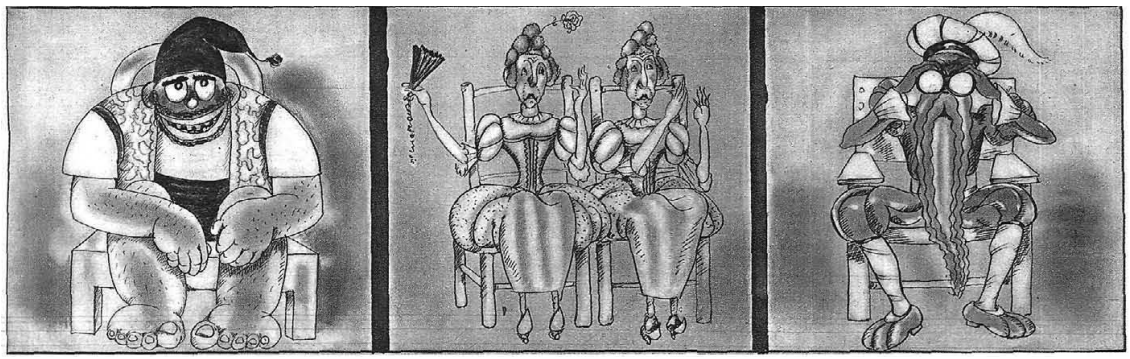
Mientras tanto, en su camerino, el Lobo se prepara para salir a escena. Se pinta, porque quiere estar guapo. Lo cual me parece muy mal:

Porque "darse coba",
no es propio de lobo;
es propio de loba.

Pipa —disfrazada de perro de lanas— ayuda a su ama, la bruja Malaentraña. Ella coloca todas las decoraciones en su sitio debido; ella toca los timbres, para avisar que la función va a dar principio en seguida; ella, en fin, va al cuarto de Caperucita, y advierte; "Señorita Caperucita encarnada, a escena."

Un poquito de miedo tiene nuestra heroína. A pesar de cierto recadito que le ha dicho al oído la bruja Malaentraña, Caperucita no puede dominar un temblorcillo ante la idea de volverse a ver junto al Lobo, en la escena aquella en que, el muy bruto, abre su enorme bocaza para tragársela... ¡Huyyyyy!... ¡Huyyyyy!…

Ya ha llegado la hora. Pero, antes de levantar el telón, sale la bruja Malaentraña, y dice: "Respetable público. Va a comenzar la representación de "Caperucita y el Lobo", tal como sucedió en el cuento. Al final, el Lobo se comerá a Caperucita, de verdad. Esta escena no se ha podido ensayar, porque, si el Lobo se hubiera comido a Caperucita en un ensayo, no hubiera sido posible que luego se la volviera a comer en la función. Después de esta pieza, se representará: "Los amantes de Teruel", por don Periquito y "Miss Fenómeno". Recomiendo al público ponga atención, porque "al final habrá sorpresas. He dicho." "¡Viva la bruja Malaentraña, la de la cara de pipitaña" —grita el público.



EPISODIO XIX

A OBSCURAS

Se levanta el telón y empieza el espectáculo. En escena están Caperucita y el Lobo, representando el principio del cuento, cuando la niña va a casa de su abuelita y se encuentra, en el camino, al Lobo y éste se las arregla para engañarla, haciéndole ir por el camino más largo. El público aplaude a rabiar, por lo "propios" que están los dos personajes.

En el segundo acto aparece la casa de la abuelita. El Lobo está en la cama con la cofia de la vieja. "Tan, tan" —llama a la puerta—. "Adelante" —dice el Lobo—. La puerta se abre y entra Caperucita, con su cestita en la mano, y se acerca a la cama, donde cree que está, acostada, su abuelita. Momento de gran emoción.

"Buenos días, abuelita. Te traigo esta cestita de parte de mi mamita" —dice la niña—. "Gracias, rica" —contesta el Lobo fingiendo la voz—. "¡Huy, abuelita! ¡Qué ojos tan grandes tienes!" "Es para mirarte mejor." "¡Huy, abuelita! ¡Qué orejas tan grandes tienes!" "Es para oírte mejor." "¡Huy, abuelita! ¡Qué boca tan grande tienes!..."

En la sala no se oye ni una mosca. Los ojos de los espectadores brillan como si tuvieran lumbre. Todos miran fijamente, sin pestañear, a la escena. "Ahora es cuando se la va a comer, de verdad" —exclama la horrible Pirulí, con esa alegría que sienten las brujas cuando ven que triunfa el mal—. "Sí, sí, ahora..."

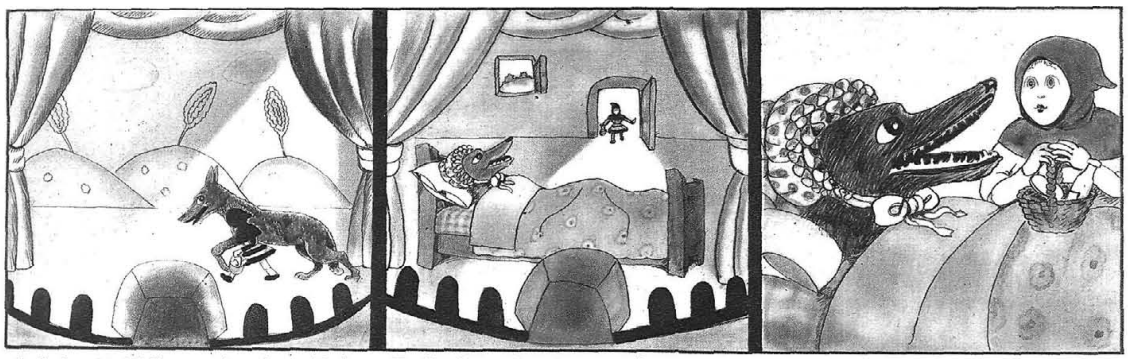
Y, en efecto; el Lobo acaba de decir las terribles palabras: "Es para comerte mejor." Y su bocaza —negra como boca... de lobo— se abre, dispuesta a tragarse a la infeliz Caperucita encarnada, que, con sus ojos muy abiertos, la mira con espanto. "¡Aaaaam!" —ruge la fiera, abalanzándose sobre la niña…

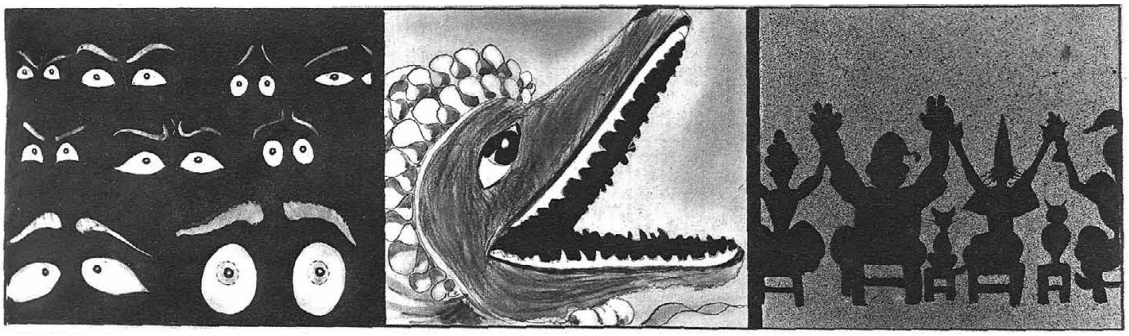
¿Qué ha ocurrido? En el mismo instante en que el Lobo se va a tragar a Caperucita, todas las luces se apagan; la escena y la sala se quedan a obscuras. "Luz, luz…" —rugen los espectadores, furiosos, porque, en el momento más emocionante de la función, se quedan sin ver lo que pasa en el escenario.

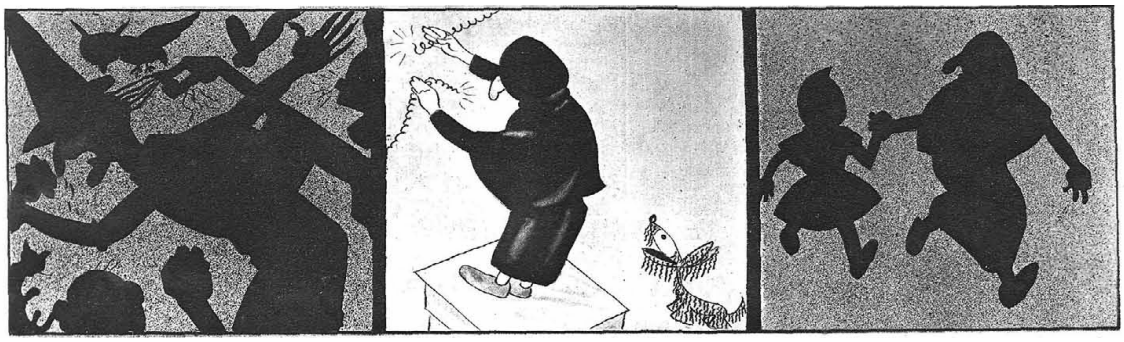
Pero, por más que gritan y patalean, la luz no se enciende. Rabiosos y enfurecidos, quieren, asaltar el teatro; tropiezan unos con otros, se pisan, se golpean, se tiran de los pelos... "¡Ay mis narices!" —ruge el Ogro—. "¡Que me arrancan el moño!" —chilla la horrible Pirulí—. Grazna la lechuza, maúlla el gato…

Vamos a explicar lo ocurrido. La falsa bruja Malaentraña, o sea Pipo, en el momento preciso, ha cortado los hilos de la luz eléctrica, según, tenía planeado y preparado. No me negaréis que la idea de nuestro héroe era una idea "luminosa". Pipa, que está en el secreto, no puede menos de exclamar, entusiasmada: "¡Ole, mi amo!"

Aprovechando la confusión, Pipo da un salto, y, agarrando a Caperucita de la mano, sale corriendo hacia la puerta del castillo. Por su parte. Pipa se dirige a salvar a los demás prisioneros, que esperan impacientes, mientras que, en el salón, siguen los héroes malos golpeándose, mordiéndose, arañándose…







EPISODIO XX

LOS CABEZUDOS

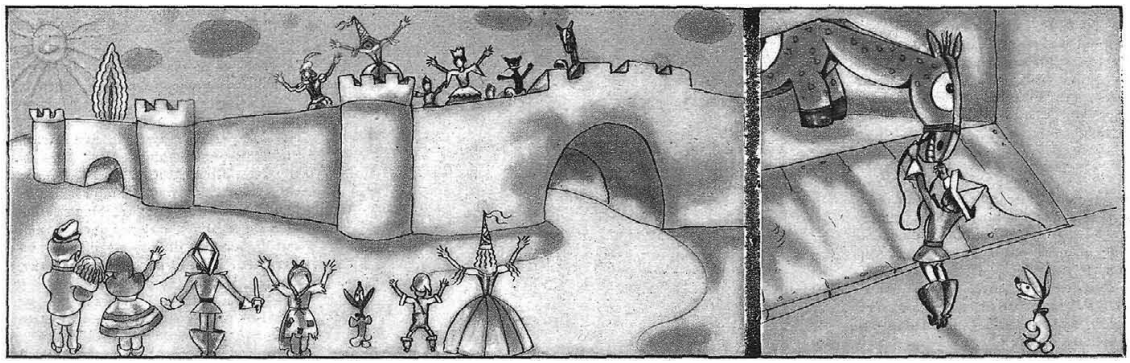
Una dulce emoción embarga a nuestros héroes —salvadores y salvados— al hallarse ante las murallas del País de Maravilla, que también son dulcísimas, puesto que están fabricadas con mazapán. Entre las almenas, engalanadas con almendras garrapiñadas de honor, asoman los rostros radiantes de alegría de los héroes de segunda categoría: Ana, hermana de la señora de Barba Azul; la abuela de la Caperucita encarnada; la nodriza de la Bella Durmiente; el príncipe, esposo de la Cenicienta; los hermanos de Pulgarcito, etc., etc..., que acogen el retorno de sus parientes y amigos con gritos de júbilo. Ovaciones…, lágrimas…, abrazos…

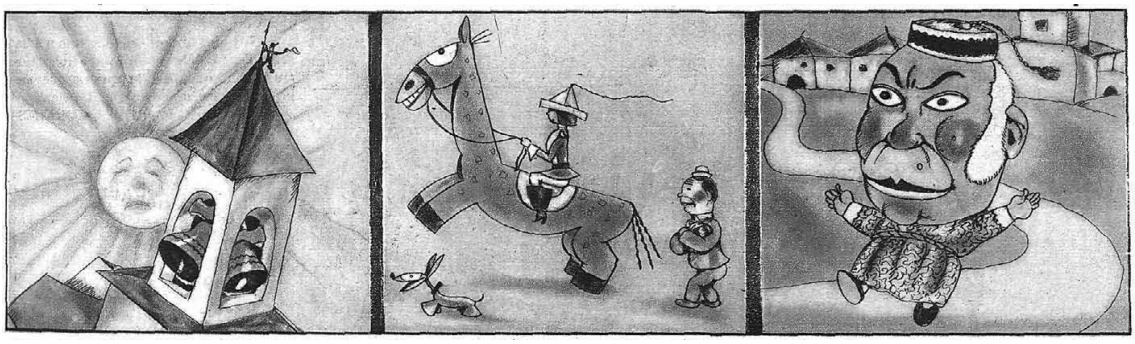
Los habitantes de Maravilla no querían dejar marchar al glorioso Pipo, salvador del país; le ofrecían que eligiera cualquier cargo elevadísimo, tal como presidente del Consejo de Ministros, o campanero mayor. Pero Pipo no puede quedarse entre los héroes de cuentos, puesto que él sigue viviendo sus aventuras. Va a buscar a Trompetilla a la cuadra, donde el brioso corcel lleva vida regalona. Seguido de sus compañeros de viaje, y despedido con vítores entusiastas, se pone en camino. Un pañuelo blanco se agita en lo alto de la más alta torre de la ciudad. Es Pulgarcito que, de un salto, se ha encaramado allí para ver marchar a sus amigos, que se alejan un poco tristes, porque sienten dejar aquellos lugares, pero satisfechos: Pipo, por haber realizado una nueva hazaña; Pipa, por haber salido con bien de una nueva aventura; Don Periquito, porque espera llegar pronto al País de los Fenómenos y casarse con su Lilí, y ésta, porque sueña con caer en los brazos de Doña Niceta, su barbuda mamá. De pronto, ven avanzar hacia ellos un ser extraño; es un hombre que tiene un cuerpo muy chiquitín, piernas y brazos muy cortitos y una cabeza enorme, descomunal. Este señor se inclina ante nuestros héroes, y, saludándolos con mucha finura, les dice:

"Soy el boticario de "Cabezópolis", el pueblo de los cabezudos; nuestro Ayuntamiento me envía hacia ustedes para rogarles que nos honren con su visita." Al oír estas palabras, que abren ante ellos la perspectiva de sabrosos agasajos. Pipa mueve la cola, y como todos están algo fatigados y deseosos de descansar. Pipo acepta la invitación.

A la entrada del pueblo salen a recibir a los ilustres huéspedes el señor alcalde en persona y su esposa, bailando la jota. "Cabezópolis" es un pueblo encantador, en el que sus habitantes bailan constantemente, porque como todos son buenos se encuentran siempre muy contentos. Es decir, todos no.

Hay en "Cabezópolis" un viejo cabezudo judío, llamado Samuel Levy, que se ha enriquecido con su negocio; como que es vendedor de sombreros, de los cuales, naturalmente, los cabezudos hacen un consumo considerable. El tal Samuel Levy tiene una hija, llamada Raquel, que es judía, como su padre.





10000
100000

EPISODIO XXI

GIGANTES Y CABEZUDOS

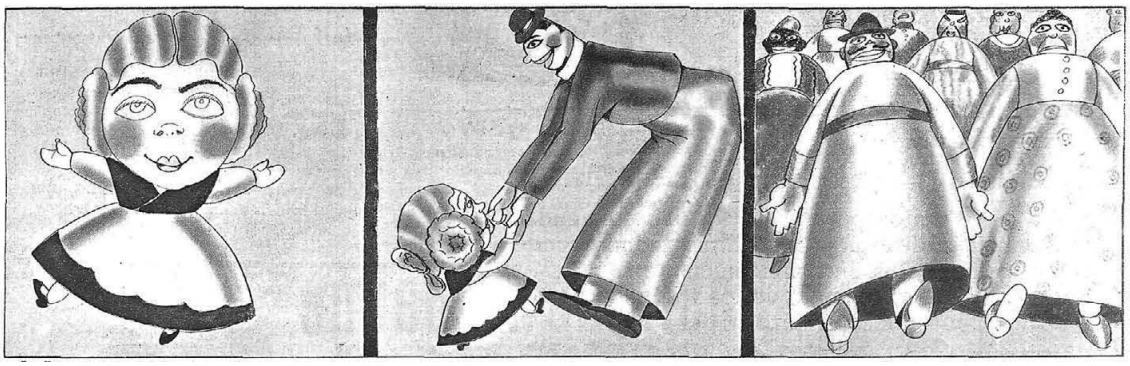
Raquel, hija del hombre más rico de Cabezópolis, es, naturalmente, la joven más rica del pueblo. También es la más bella y, sobre todo —y esto tiene en Cabezópolis una importancia extraordinaria—, es la que mejor baila. No es de extrañar que le sobren los pretendientes. Pero ella los rechaza a todos, porque sólo quiere... ¿A quién diréis que quiere Raquel?

Pues quiere a Larguirón. ¡Y Larguirón la adora! ¡Y los dos han jurado casarse, el uno con el otro! Y esto es una terrible tragedia, porque Larguirón es... ¿Qué diréis que es Larguirón? ¡Es gigantón! Sí, es un habitante de Gigantópolis, y rival de Cabezópolis. Como sabéis —o, quizá, ignoráis— los gigantones y los cabezudos se odian a muerte.

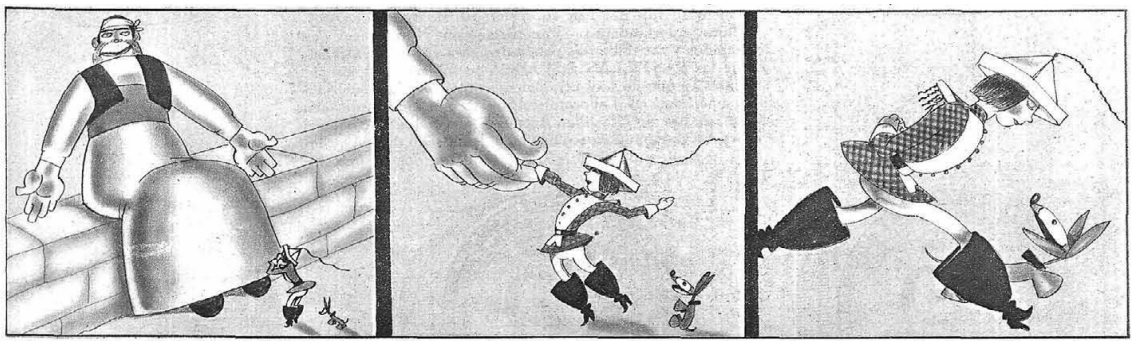
No saben qué inventar para hacerse rabiar mutuamente y manifestarse su desprecio. Los gigantones aseguran que los cabezudos, con sus patas cortas, no pueden bailar bien. Heridos en el alma —y en las piernas— por este insulto supremo, los cabezudos, cada vez que ven a un gigantón, le hacen burla, con saña, gritando: "¡Largo, largo y maldito lo que valgo!" Pero aún hay más: a veces, de noche, un cabezudo se arma de valor, de un bote de pintura y un pincel; se desliza en Gigantópolis y cubre todas las vallas y las paredes del pueblo con terribles "mueras". Al encontrarse su pueblo así "adornado", la rabia de los gigantones es terrible.

Pero sólo dura un día; pues a la noche siguiente, fatalmente, se encuentra algún gigantón, que, armado de un pincel, un bote de pintura y todo su valor, se desliza en Cabezópolis y "decora" el pueblo enemigo con inscripciones de justa venganza. En estas condiciones, ¿cómo es posible que un gigantón se case con una cabezuda? Tal es la historia que Raquel le ha referido a nuestro héroe, entre lágrimas y suspiros: "Ya ves —le dice—: ni su padre consiente en que él se case con la hija de mi padre, a quien odia, ni mi padre accede a que yo me case con el hijo de su padre, a quien detesta. Y si no nos casamos, nos moriremos de pena. ¡Ay, Pipo; si tú, que tanto sabes, nos ayudaras!" Conmovido su corazón, nuestro héroe se dirige resueltamente hacia Gigantópolis y se va a ver al señor Larguirón padre. Pero éste le ataja a las primeras palabras: "¿Casarse mi hijo, todo un gigantón, con una cabezuda? ¡Jamás!" "Pero, señor Larguirón..." "¡He dicho que no, señor Pipo!" Los gigantones son testarudos, pero Pipo es constante. "¿Bajo ninguna condición?"

Se dirige resueltamente hacia nuestro héroe con una carcajada formidable: "Hombre, sí; se me ocurre una condición muy divertida: Consentiré en esa boda el día que Raquel le dé a mi hijo un capirotazo en las narices sin subirse en nada y sin que él se agache. ¿Qué le parece mi condición, señor Pipo?" "Me parece muy bien —contesta el héroe—. Chóquela." Y un apretón de manos sella el trato. Momentos después, Pipa se pregunta, asombrada: ¿por qué estará tan ocupado mi amo?; es que ignora los últimos acontecimientos. Nosotros comprendemos perfectamente la preocupación del héroe: Caramba, es que la condición impuesta por el señor Larguirón es "un poco" difícil. No es extraño que Pipo ande preocupado.



Mueran los gigantones
Mueran los cabezudos



EPISODIO XXII

LA RECONCILIACIÓN

Resuelto a agotar todos los medios, Pipo se va a ver al viejo Levy; pero éste pone el grito en el cielo: "¿Mi hija casada con un gigantón? ¡Jamás! Antes preferiría verla bajo tierra... picando billetes del "Metro"." "¿Pero con ninguna condición daría usted su consentimiento?" —insiste Pipo, desolado—. El judío se rasca la barba y suelta una carcajada.

"Hombre, sí —dice—; se me ocurre una condición graciosísima: señor Pipo, daré mi Raquel a Larguirón el día que ella pueda soplarle a él en un ojo, sin que Larguirón tenga que agacharse ni Raquel subirse a ninguna parte. ¡Ja, ja, ja!" Pero Pipo, muy serio, declara: "Acepto su condición, señor Levy." Y un apretón de manos sella el extraño pacto.

Nuestro héroe vuelve a Gigantópolis y reúne a todos sus habitantes: "Amigos míos —les dice—: ya es hora de que cese el odio. ¡Ea! A reconciliarse con los cabezudos y a darse todos un beso de paz." "¡Nunca!" —gritan los gigantones. Y añaden: "Para ello sería preciso que una de allí se casase con uno de aquí, o viceversa, y como eso es imposible…"

Después vuelve a Cabezópolis nuestro héroe y larga a los cabezudos su discurso conciliador. Ellos, al oírle, quedan admirados por su elocuencia, pero no convencidos. Declaran: "La amistad no puede existir entre los dos pueblos mientras no la selle una boda entre una cabezuda y un gigantón, o viceversa, y como eso no puede ser…"

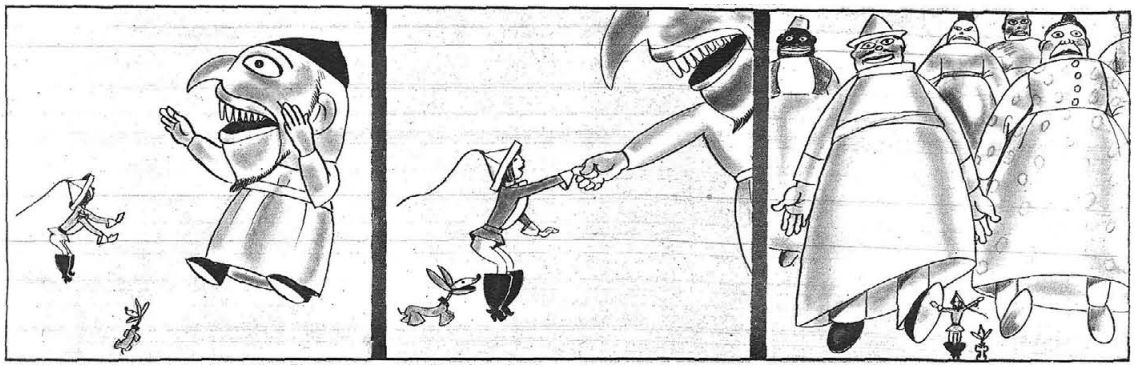
"¿Conque no puede ser? ¿Conque es imposible? —piensa Pipo—. ¡Ahora lo veremos!" Sale a la carretera a esperar a Larguirón, con revólver y sable, y le grita: "¡Mamarracho! ¿A que no te atreves conmigo? ¿A que no? ¡Cobarde!" ¿Cómo ha de atreverse Larguirón con el ilustre Pipo? Abroncado, éste agacha la cabeza y… ¡se achica!

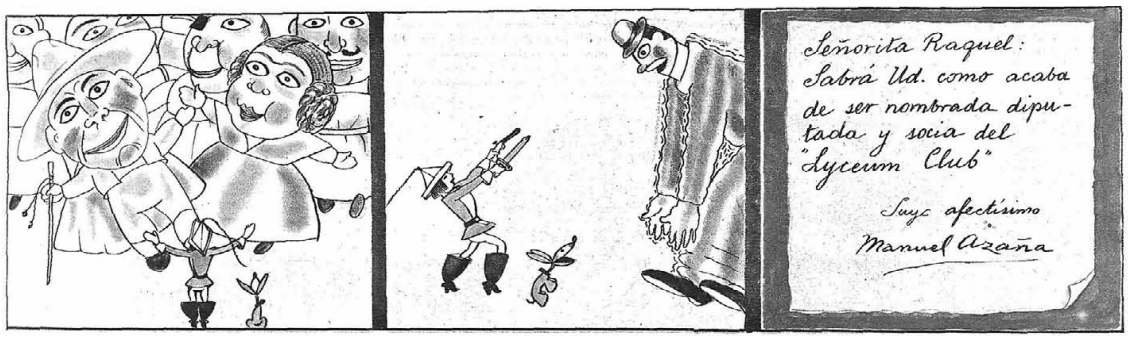
Raquel ha recibido un montón de cartas; los honores llueven sobre ella; hasta la nombran "Miss Punto y aparte", y le ofrecen contratos para filmar con Chevalier. Esta murmura: "¡Hay que ver cómo subo! ¡Subo como la espuma!" ¡Que si sube! Como que se crece, se crece hasta el punto de que ya no se cree Raquel Levy, sino Raquel Meller, lo menos.

Y con lo que ella "ha subido" cuando se encuentra con su novio, "achicadísimo" el pobre por las amenazas de Pipo, resulta que están los dos a la misma altura. Y mientras Larguirón le sopla a Raquel en un ojo sin inclinarse tanto así, ella, sin empinarse siquiera, le da un capirotazo en la punta de la nariz.

Ya están cumplidas las condiciones estipuladas por papá Levy y por papá Larguirón. ¡Ya pueden casarse el gigantón y la cabezuda! La boda ha sido magnífica y ha sellado la amistad de Gigantópolis y Cabezópolis. ¡Cuán diferente es ahora, en los dos pueblos, el aspecto de sus vallas y sus tapias! El triunfo de Pipo es completo.

Por la carretera que une los dos pueblos es corriente ver a un simpático gigantón doblado por la mitad para dar el brazo a una gentil cabezuda; o a un amable cabezudo empinándose, de puntillas, para colgarse del brazo de una bella gigantona. Y, desde entonces, en todas las procesiones van juntos, bailando, gigantes y cabezudos.




Señorita Raquel:
Sabrá Ud. como acaba
de ser nombrada diputada y socia del
"Lyceum Club"
Suyo afectísimo
Manuel Azaña

Vivan los
gigantones

EPISODIO XXIII

LA POSADA DEL MISTERIO

Hace ya varias horas que nuestros amigos abandonaron Gigantópolis y Cabezópolis; cae la tarde; buscan algún refugio donde cenar y pasar la noche, cuando, de pronto, se hallan ante una posada, con letreros que dicen: "¡Aquí no se paga nada! ¡Todo de balde!" "¡Huy, mi amo! —exclama Pipa—. ¡Qué baratura! ¡Esto es una verdadera ganga!"

"¡Ah de la casa!" —grita Pipo—. Pero a su llegada nadie contesta. Como la puerta está abierta, entran. Pipo deja a Trompetilla en una cuadra —muy bien provista de avena por cierto— y los cuatro suben por una escalera que conduce al primer piso. Arriba, nadie; sigue el silencio y la soledad. Ven otra puerta entreabierta; la empujan, y se encuentran en un comedor espléndidamente iluminado; la mesa está cubierta de ricas viandas: hay un pollo asado, una langosta con mayonesa, fiambres, buñuelos de viento, natillas, vinos, licores, bombones... Pipo, siempre delicado, vacila; pero, por primera vez, Pipa toma la dirección de los acontecimientos… sentándose y atacando a las natillas.

Después de cenar opíparamente, los cuatro aventureros se retiran cada cual a una habitación confortable. Pero apenas Pipo se ha acostado en un mullido lecho, cuando ve un espectáculo singularísimo: sus botas de montar y su célebre gorro de papel, que se acaba de quitar, pasean por el cuarto "¡como si estuvieran habitados!"

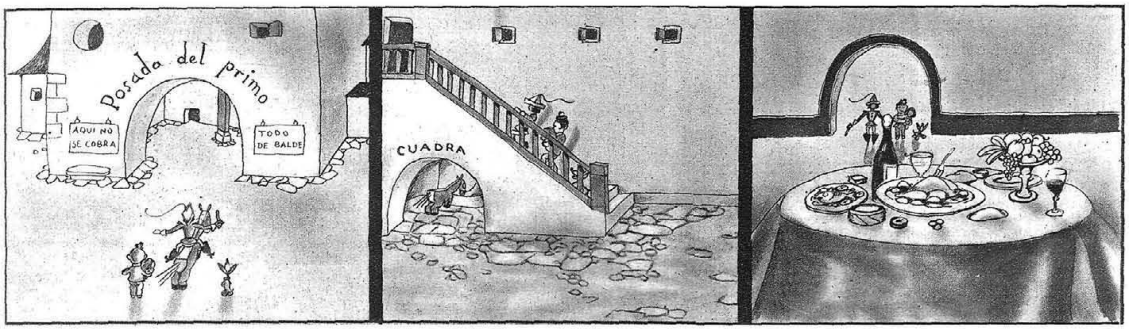
A la exclamación de sorpresa de nuestro héroe responde un ladrido de espanto de su fiel compañera; en su cuarto, Pipa, presencia otro espectáculo asombroso: y es que todos los muebles van por el aire volando de un lado a otro de la habitación, como si un gigantesco ser invisible se divirtiera en hacer con ellos juegos malabares.

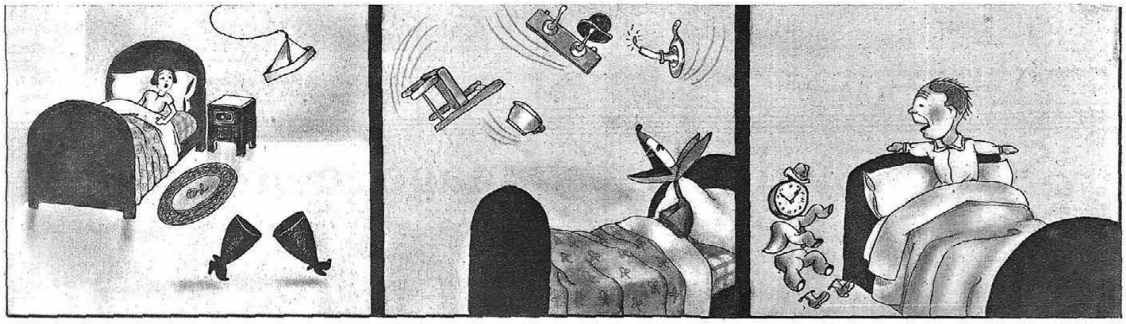
No es menos extraordinario lo que en este mismo instante está sucediendo en la alcoba de don Periquito: junto a la cama hay un despertador vestido con gracioso sombrerito, traje de americana y botas de elástico, que suena: "¡Drrrriiiiii!", y a cuyos compases se marca un tango argentino el prometido de "Miss Fenómeno".

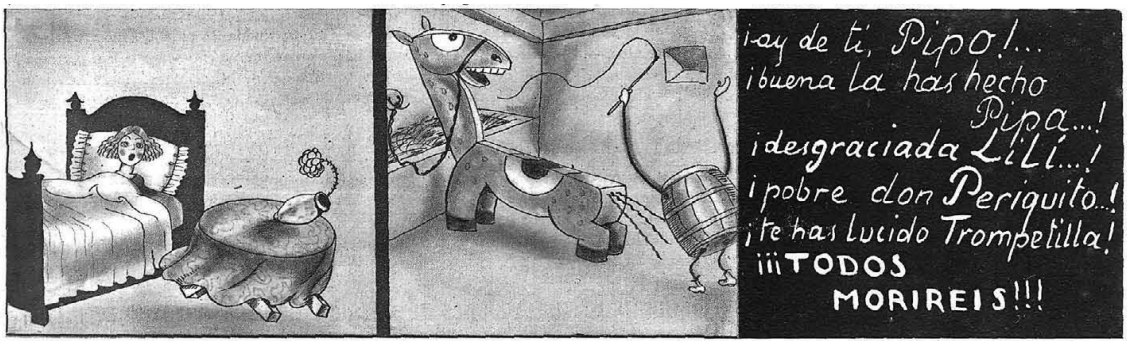
Un grito agudo desgarra el silencio de la noche: es la pobre Lilí, cuyos cabellos rubios se erizan de espanto porque ve que la mesita que tiene junto a su cama empieza a agitarse, a moverse, y, por último, se pone a jugar a las cuatro esquinas con el armario de luna, el lavabo, una silla y una butaca de peluche granate.

Como respondiendo a este grito de "Miss Fenómeno", suena un relincho furioso de Trompetilla: en su cuadra, donde se había dormido el brioso corcel de cartón verde, ha sido despertado a latigazo limpio. Y quien se los administra es... ¡un barril! Sí; pero un barril con pies y manos, armado de una fusta.

Y, de pronto, ya nadie ve nada, porque en toda la casa se ha hecho la obscuridad total. Y en las tinieblas suena una voz formidable, que parece surgir del fondo de los infiernos, y profiere amenazas espeluznantes contra nuestros héroes. Esta voz misteriosa suena en toda la casa, como si en cada habitación hubiera un aparato de radio con altavoz.


Posada del primo
AQUI NO SE COBRA
TODO DE BALDE
CUADRA




¡ay de ti, Pipo!...
¡buena la has hecho Pipa...!
¡desgraciada Lili...!
¡pobre don Periquito...!
¡te has lucido Trompetilla!
¡¡¡TODOS MORIREIS!!!

EPISODIO XXIV

LA MANAZA QUE APRIETA

"¡Dios mío —murmura Pipo—, qué susto estará pasando mi pobre perrita!" Y sin pensar siquiera en asustarse por su cuenta, el héroe se viste a escape y sale disparado en busca de su fiel compañera para tranquilizarla en este peligro misterioso, para protegerla, para defenderla si llega el caso. Pero en el cuarto de Pipa le espera una sorpresa terrible: la cama está deshecha y con las ropas en desorden; en un ángulo de la habitación está el collar de la perrita de trapo, y por el suelo hay un reguero de... ¿sangre? Sí, sangre de Pipa, o sea serrín. ¿Qué lucha, qué crimen espantoso, qué abominable "perricidio" ha tenido lugar aquí? ¡Y Pipa ha desaparecido!

¿Tendrá don Periquito la clave de este angustioso enigma? Hacia el cuarto del enamorado enano se precipita Pipo, pero en el umbral de la puerta se detiene espantado: los muebles yacen en desorden por el suelo y en la pared hay unas palabras escritas con mano trémula: "¡Socorro! ¡Adiós, mi Lilí!" ¡Y don Periquito ha desaparecido!

Como un loco, Pipo se abalanza en dirección al cuarto de "Miss Fenómeno". Al ir a entrar, retrocede con horror: también en este cuarto reina el desorden y en la pared hay palabras que no han sido escritas con mano alguna, sino que las ha escrito Lilí con un alfiler entre los dientes: "¡Socorro! Adiós, Periquito mío." ¡Y Lilí ha desaparecido!

Ya sólo le queda a Pipo por visitar la cuadra donde dejó amarrado a su brioso corcel Trompetilla; de la pared pende la cuerda que sujetaba al caballo de cartón verde. En el suelo se advierten netamente las huellas de sus pisadas. En el pesebre queda un poco de avena y un poco de agua en el bebedero. ¡Y Trompetilla ha desaparecido!

De arriba a abajo, de punta a punta, recorre la casa maldita. ¡Nada, nadie! La casa está vacía; él está solo. Han desaparecido todos sus amigos; quizá no vuelva a ver más a su compañera de aventuras. ¡Solo! Y el héroe —no me da vergüenza confesarlo, no— se desploma, hunde la cabeza entre sus manos y solloza.

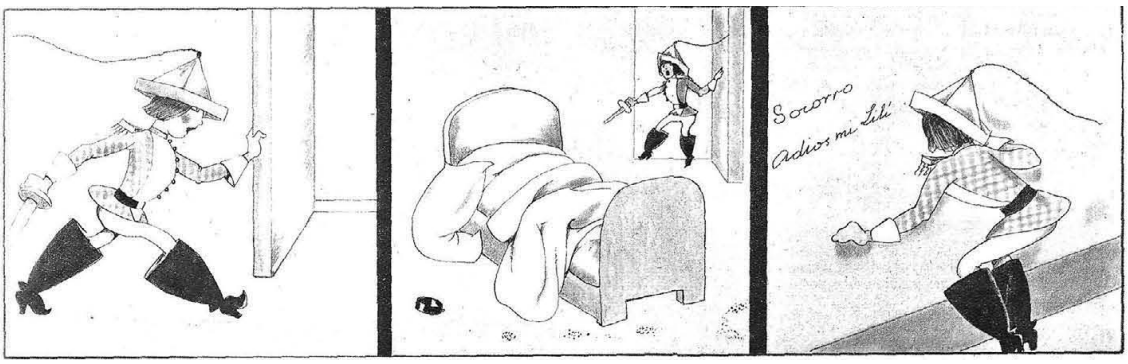
Una vocecilla aguda y chirriante, cual cerradura falta de aceite, le saca de su meditación dolorosa. Y ve un gnomo barbudo subido en el copete de un armario, que le hace burla y canta:

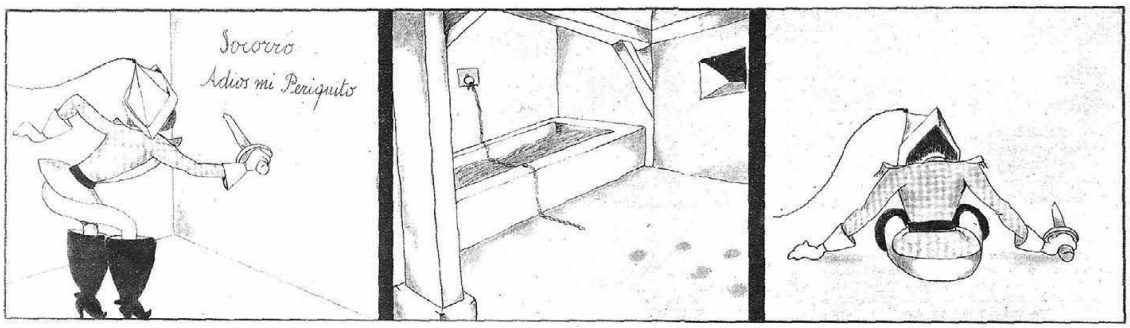
"Rabia, rabiña — que tengo una piña.
Carras, carrasclás — a tus compañeros
ya no encontrarás."

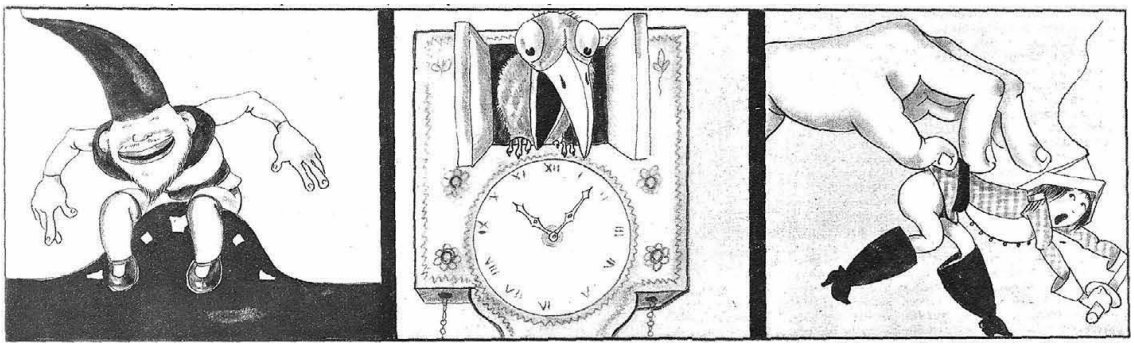
Pipo se dispone a arremeter contra el insolente cuando, de pronto, se abre la ventanita de un reloj y aparece el cuco, que es horroroso, y canta:

"Cucu, cucu, gorgorito,
has caído, amiguito.
Cucu, cucu, tirolera,
has caído en la ratonera."

"¡Ah! —ruge Pipo exasperado— me las pagaréis los dos". Desenvaina su invencible espada de madera, y... y se siente cogido por la cintura y levantado en vilo. ¿Qué es esto? "Esto" es una mano enorme, gigantesca, colosal, que desciende del techo y se apodera de nuestro héroe, a la vez que una carcajada formidable hace retemblar la casa.


Socorro
Adios mi Lili


Socorro
Adios mi Periquito



EPISODIO XXV

CONVERTIDOS EN ESTATUAS

Aprisionado por la terrible mano colosal, Pipo sale disparado de la posada maldita y cruza los aires con una velocidad que haría palidecer de envidia a los señores Lindbergh, Franco y demás aviadores de fama mundial. Pero, de pronto, nota, con espanto, que los enormes dedos se abren y... ¡le dejan caer!

Afortunadamente, en este instante trágico, el héroe no volaba a gran altura, y, al caer, solamente se produce algunos chichones. Se pone en pie, mira en torno suyo y se encuentra algo así como si estuviera representando el "Tenorio". Está en un jardín lleno de estatuas de mármol. Extrañado, se acerca a una de ellas.

Es un torero completamente calvo, pero con capote, y en el zócalo hay escrita una inscripción. Dice así:

Este es el "Gallo", este es Rafael.
Ya pueden buscarle; no darán con él.

Intrigadísimo, nuestro héroe se acerca a otra estatua; pero entonces ahoga un grito de asombro: esta estatua es Don Periquito. Y la inscripción del zócalo reza las siguientes palabras:

Este es Don Periquito, el enamorado,
Pese a su pasión, el pobre está helado.

Trémulo de horror, Pipo se acerca a una tercera estatua, y esta vez si que está a punto de desmayarse: ¡Es Pipa! Si, no cabe duda; así lo indica la inscripción del zócalo:

Esta escultura es una estatuita;
representa a Pipa, amable perrita.

Tan grande es el dolor de Pipo, al ver a su fiel compañera convertida en estatua, que apenas tiene fuerzas para llegar hasta otra estatua... que no es tal, sino busto, puesto que es Miss Fenómeno.

Esta que aquí ves, la bella Lilí,
tan dulce y modesta como un pirulí.

La última estatua de aquel extraordinario jardín es ecuestre, pero sin jinete. Pipo reconoce en ella, con dolor, a su caballo, y al momento lee en el zócalo:

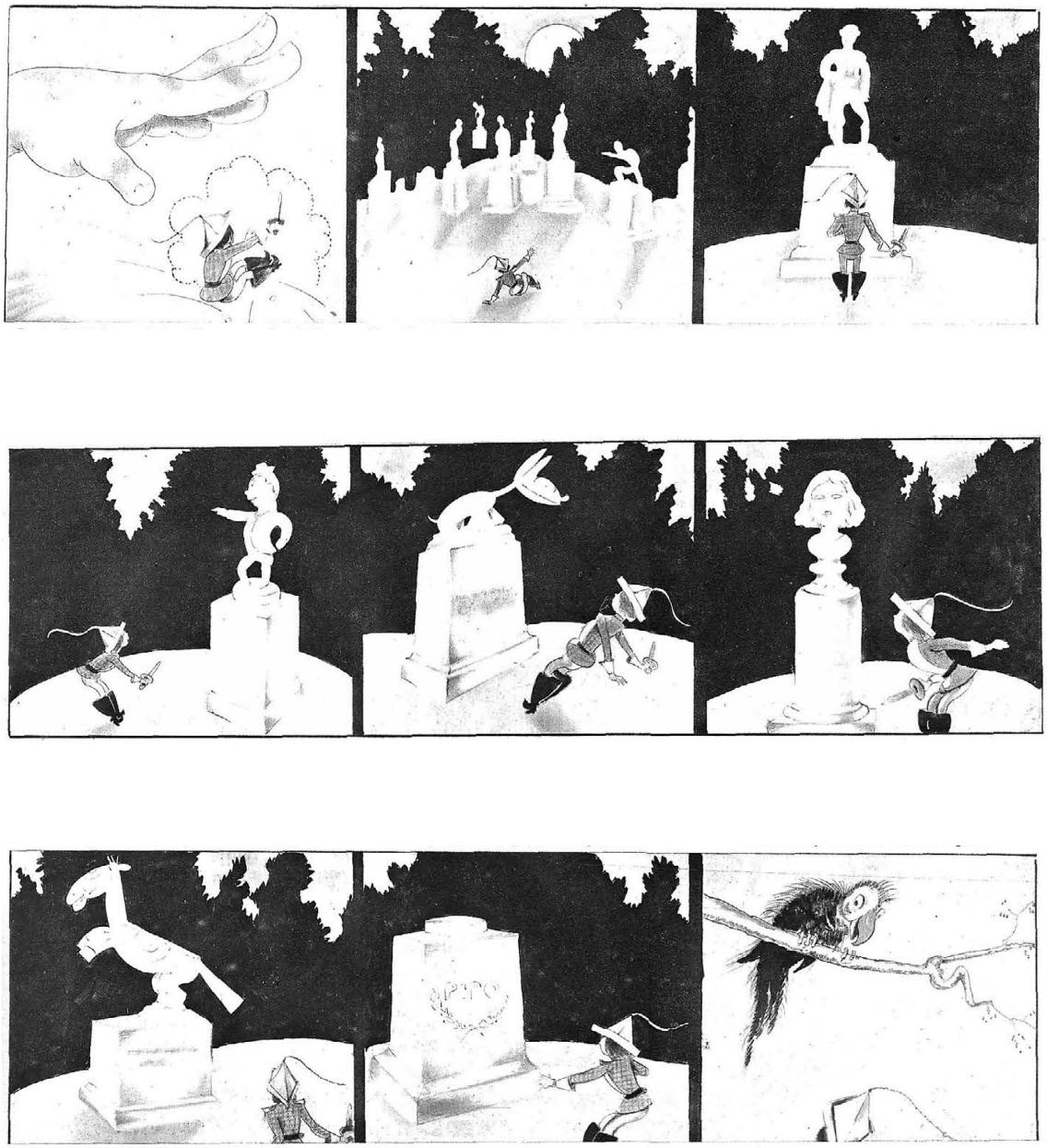
Este es el brioso corcel Trompetilla.
Tan fogoso y vivo cual la polvorilla.

Y en el centro del parque... ¡ah! En el centro del parque hay un pedestal vacío; no tiene estatua, pero tiene una inscripción, que dice:

¡Saluda, caminante! Aquí ves a Pipo.
Su valor sin par te quitará el hipo.

¡Oh! ¡Ah! Pipo lo comprende todo.

Sí; ese zócalo le está reservado a él. ¿Qué misterio es éste? Y entonces, un pájaro que hay en un árbol del parque fantástico, un pájaro que tiene aspecto de canario flauta, pero voz de bajo, bajísimo, le dice: "Has caído en poder del mago Filemón, gran coleccionista de estatuas. Ha sonado tu hora: te convertirá en mármol." Al oír ésto, Pipo se queda frío.



EPISODIO XXVI

EL BOTONES DEL MAGO

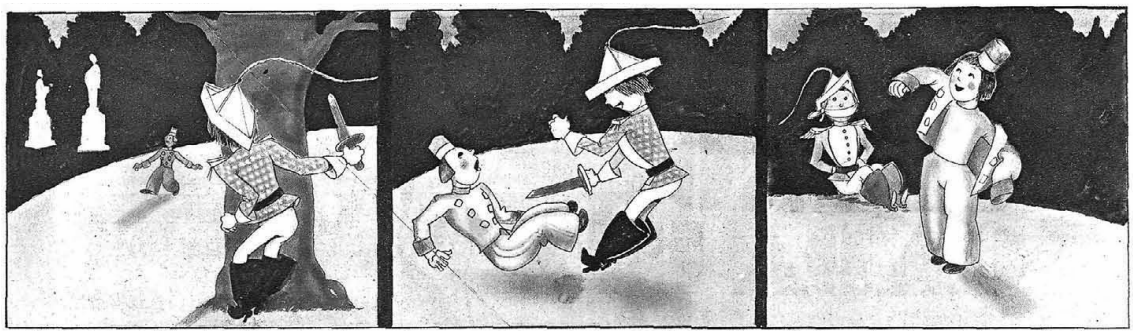
En su laboratorio, entre sus retortas y sus alambiques, el mago Filemón trabaja. No hay que creer que eso de convertir a las personas en estatuas de mármol es cosa tan fácil como parece. El mago Filemón, que es un sabio, ha inventado, para ello, un procedimiento químico que es un gran secreto. El mago llama: "Rupertooo…"

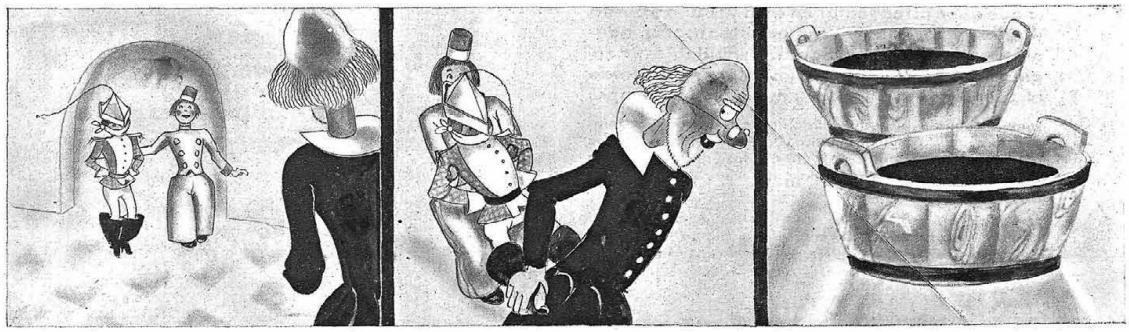
Y Ruperto acude, solícito. Es el botones del mago Filemón. "Ve al jardín —le dice su amo—; ya debe de haber llegado el famoso Pipo, traído por la mano de mi esclavo, el genio Tarabum, Le sorprendes, le atas fuertemente de pies y manos y me lo traes. Pero como ya sabes que no me gusta oír voces, no se te olvide de amordazarle."

Como ya sabemos, Pipo está, efectivamente, en el jardín. Pero su contemplación de las estatuas no ha sido larga. Hay que obrar en seguida; hay que evitar la desgracia que han sufrido sus compañeros; sobre todo, hay que intentar devolverles a todos la vida. Pipo ve en la casa una luz encendida; se acerca, mira, escucha…

Era la luz del laboratorio. Pipo lo ha visto y oído todo. En el acto idea un plan. Empieza por ocultarse detrás de un árbol. ¿Sorprenderle a él? ¡Ja, ja! El sí que va a sorprender al botones Ruperto, que avanza por el jardín, buscándole, dispuesto a cumplir las órdenes de su amo..., y que, de pronto, ve surgir ante él una espada enhiesta mientras una voz no por baja, menos imperiosa, le dice: "Si das un grito, si haces un gesto, eres botones muerto." Huelga la amenaza; el infeliz Ruperto está mudo de espanto, inmovilizado por el terror. "Puesto que a tu amo no le gusta oír gritar, no te oirá", dice Pipo, con su risita sardónica de las grandes ocasiones; y empieza por amordazar al botones.

Luego, le quita su traje, se quita el suyo, viste al botones con su peto y su gorro legendarios, y él se disfraza con el traje de Ruperto. Hay que ver a nuestro héroe convertido en botones. ¡Está como para contratarle en un dancing de lujo! En cambio, el pobre Ruperto hace bastante mal papel. ¡Ah! si no estuviera amordazado… ahora que ha vuelto del susto, gritaría como un descosido, como un botones descosido. Pero no tiene más remedio que callar y dejarse conducir ante el mago Filemón, que, distraído como lo son todos los sabios, no se da cuenta del cambiazo. "Qué —pregunta—, ¿ha habido lucha?" "¡Quiá! —contesta Ruperto, con desdén—. Este famoso Pipo se ha dejado coger como un conejo. Está visto que es un héroe de "chichirinabo." "Muy bien; pues ayúdame a llevarlo a la sala de experimentos químicos. Va a ser la perla de mi colección de estatuas." Entre los dos cogen a "Pipo" y se lo llevan, a través de largos pasillos, inmensos salones y escaleras tortuosas, hasta una sala extraña, toda tapizada de rojo, e iluminada con luces rojas, verdes y amarillas. En el centro hay dos grandes tinas idénticas. En una hay un letrero, que dice: "Agua del mago Filemón, para convertir a las personas en estatuas de mármol." Y en la otra, otro letrero: "Agua del mago Filemón, para convertir a las estatuas en personas."





EPISODIO XXVII

EL CASTIGO DEL MAGO

"Vamos a averiguar el punto del líquido encantado" —dice el mago Filemón—. Y mete un dedo en la tina de agua. "¡Ajajá! —exclama—. Esto está en punto de caramelo; la operación va a salir a pedir de boca. Anda, Rupertito, vamos a convertir en estatua..." "¡A ti mismo, miserable!" —ruge una voz formidable, y antes de que el mago pueda lanzar un grito, el falso botones, de un empujón, lo precipita, de narices, dentro del agua encantada, en la tina fatal, donde queda instantáneamente petrificado. "Ahora —dice Pipo—te toca a ti, amigo." Y, dirigiéndose hacia Ruperto, se dispone a arrojarlo a la misma tina donde ha arrojado al amo.

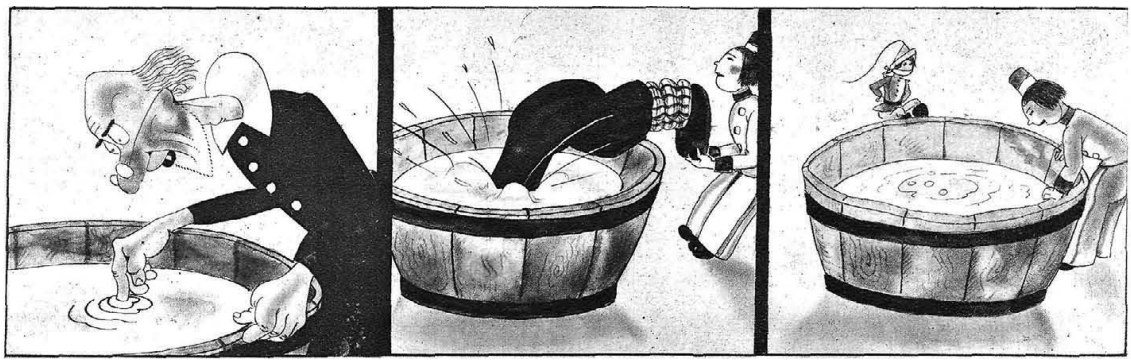
Pero el infeliz cae de rodillas: "¡Piedad, señor Pipo! —suplica— ¡Que yo no soy malo, y la prueba de ello es que soy lector de ESTAMPA y sigo todas sus aventuras con entusiasmo! Ese malvado brujo me obligaba a servirle, amenazándome con transformarme en estatua si yo no le ayudaba a transformar a sus víctimas. ¡No me castigue, señor Pipo!"

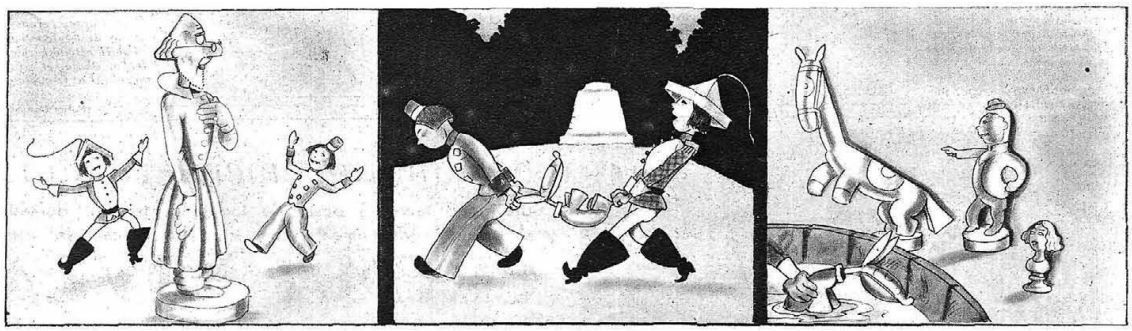
"Está bien —dice el héroe, siempre magnánimo—; te perdono, pero con la condición de que me obedezcas en todo." "Ya lo creo, señor Pipo; haré todo lo que usted me mande." Entonces, entre los dos, sacan la estatua del mago y se la llevan al jardín. ¡Ah, qué impaciente está Pipo por devolver la vida a sus compañeros! La primera es, naturalmente, su fiel perrita. Entre Pipo y Ruperto cogen la estatua de Pipa y la llevan hasta la tina de agua blanca, donde la sumergen. En el acto, Pipa recobra el movimiento y el ladrido. Y exclama: "¡Tengo hambre!" ¡Qué alegría! El haber sido estatua no la ha cambiado nada; bien se ve que Pipa sigue siendo la misma.

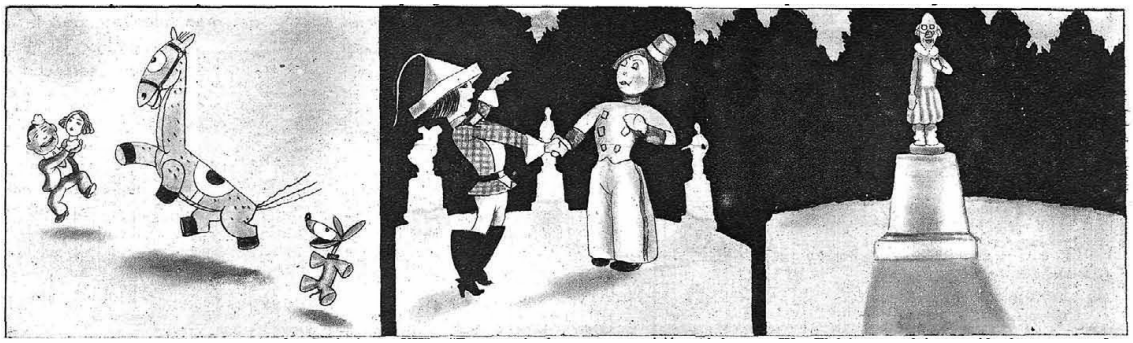
Sucesivamente, Pipo, siempre secundado por Ruperto, que se está portando bien de veras, va devolviendo la vida a sus amigos. Trompetilla, al recobrar su forma "cartonal", brinca y relincha; don Periquito, en cuanto deja de ser estatua, grita: "¡Lilí! ¡Mi Lilí! ¿Dónde estás?" Su Lilí está en la tina, de la que sale más bonita que nunca.

"¿Me amas, Lilí?" —pregunta don Periquito con angustia—. "¡Más que antes, Periquito idolatrado!" —contesta "Miss Fenómeno"—. "¡Yo temía que después de haber sido estatua se te hubiera endurecido el corazón!" Ya están todos sanos y salvos. Antes de partir, Pipo premia los servicios de Ruperto con un fuerte apretón de manos, y le dice: "Te encomiendo una gran misión: tú habrás de devolver la vida a todas las estatuas que están en el jardín. A todas menos a una, ¿me entiendes, Ruperto? ¡Menos a una!" "Se lo prometo, señor pipo" —contesta, solemnemente Ruperto, ya tranquilo y satisfecho por el castigo del mago y la libertad de los amigos de Pipo.

El héroe se aleja, seguido de sus compañeros. Allí, en la casa del mago Filemón, Ruperto ha cumplido su palabra de botones. En el parque misterioso no queda más que una estatua, una sola. También nosotros hemos comprendido las palabras de Pipo, y sabemos, ¿verdad?, cuál es la única estatua que ha quedado en el parque del mago Filemón.







EPISODIO XXVIII

EL GLOBO CAUTIVO

Una vez más, Pipo, montado en su brioso corcel, Trompetilla, emprende, al frente de la pequeña tropa, el camino de regreso. Una vez más, todos van contentos y esperanzados: Pipa, pensando en el descanso próximo; Don Periquito, en su próxima boda con su adorada Lili, y "Miss Fenómeno", en los amantes brazos de Doña Niceta, su barbuda mamá.

Suena musiquilla de tío vivo, y huele a aceite de freír churros; es que nuestros amigos cruzan un pueblecito que está en fiestas; hay en este pueblo una verbena magnífica, con toda clase de distracciones: tiro al blanco, pim-pam-pum, rifas... Y hay también un parque de aerostación, con un globo cautivo, que a Pipa le deja patidifusa.

"¡Yo quiero subir en globo!" —exclama—. "Pero, Pipa, ¿qué capricho es éste?" —le reprende el héroe—. "¡Que sí, mi amo; que yo quiero subir en globo!" "¡Sé razonable, Pipa!" Pero Pipa no es razonable; antojadiza y testaruda, repite: "¡Quiero subir en globo, ea!" Y cuando se cansa de repetirlo, la perra coge una ídem fenomenal.

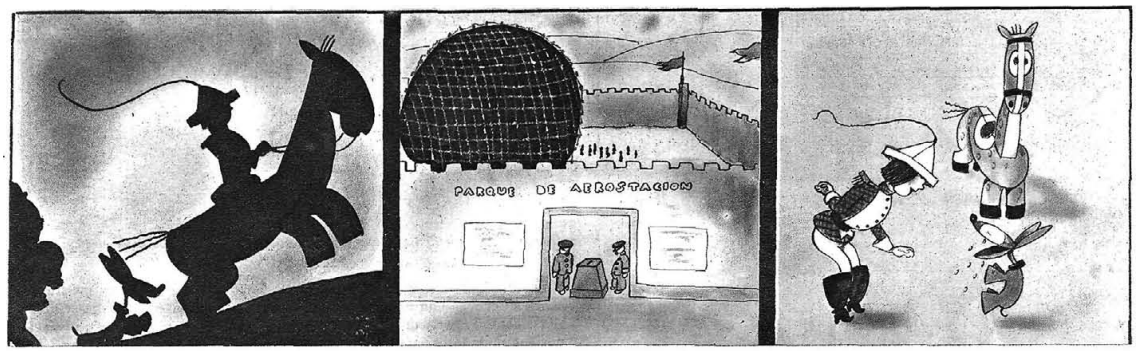
Entre tanto, la dulce Lilí, en brazos de su Don Periquito, contempla el cartel del parque de aerostación, y en sus ojos de cielo se lee un deseo de subir en globo no mucho menor que el de Pipa. Y el enamorado enanito está deseando complacer a su adorada. En vista de todo ello, el jefe de la expedición siente quebrantada su energía.

"¡Vaya —dice—; os daré ese gusto a todos; vamos a hacer una ascensioncita de placer!" Y en medio de la alegría general, se acerca a la taquilla del parque y pide billete y cuarto. Esto del billete y cuarto no os choque, aun cuando sean cinco los que componen la expedición. En efecto: Pipo, aunque héroe, es un niño, y, como tal, paga sólo medio billete.

Otro medio billete paga Don Periquito, que, aunque persona mayor, no levanta cincuenta centímetros del suelo, y para Pipa, con un cuarto de billete hay bastante. "Miss Fenómeno" no paga nada; en cuanto a Trompetilla, no está autorizado a tomar parte en la ascensión, y se dispone a esperar pacientemente la vuelta de los aeronautas comiendo hierba.

Nuestros amigos se instalan en la barquilla; para Pipo ya comprenderéis que esta excursioncita nada supone; los novios van encantados, y Pipa mueve la cola con satisfacción ante la perspectiva de un paseíto de placer que no ofrece peligro alguno. Sin embargo, al oír una voz que ordena: "¡Soltad las amarras!", pregunta con un poco de inquietud: "¿No se escapará el globo?" "¡No te apures, tontona!—dice Pipo—. Menuda maroma tiene." Majestuosamente, el globo empieza a elevarse. El cielo está sereno, tranquila está la atmósfera. Mas, de pronto, ¿qué es esto? Se levanta aire, caen gotas, se nubla el cielo, retumban los truenos..., y se desencadena una horrible tempestad.

El vendaval mueve el globo con violencia, como si fuera un frasco de medicina que hubiera que agitar antes de usarlo. Y Pipa empieza a gritar: "¡Tengo miedo! ¡Quiero bajarme!" Es tal la fuerza del viento, que, de pronto, tira para acá, tira para allá, se rompe la maroma, y el globo asciende bruscamente entre nubes y relámpagos.


PARQUE DE AEROSTACION

DESPACHO DE BILLETES

EPISODIO XXIX

EL GLOBO EN LAS ESTRELLAS

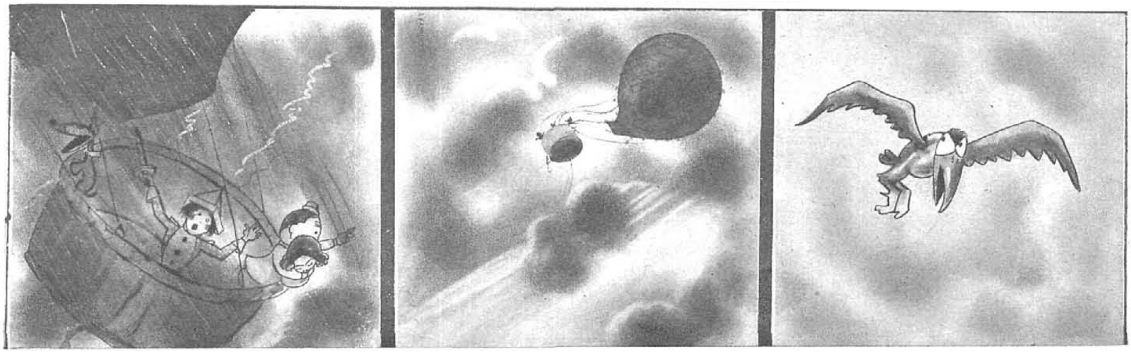
Pipo, escamadísimo por la repentina velocidad que lleva el globo, mira y... no lanza un grito de espanto porque es un héroe y no pierde nunca la serenidad; pero, la verdad, es que se le hiela la sangre al ver que se ha roto la maroma, y que el globo cautivo ya no lo es, y sube, sube, libremente, entre los relámpagos, el viento y los truenos de la tormenta que arrecia. ¡Horrible situación! Las sacudidas son tan violentas, que los desventurados aeronautas están a punto de ser arrojados fuera de la barquilla. "¡Esto parece una coctelera!" —gime la pobre Pipa, al ver los vaivenes del globo producidos por la tempestad—. Pero les queda algo peor.

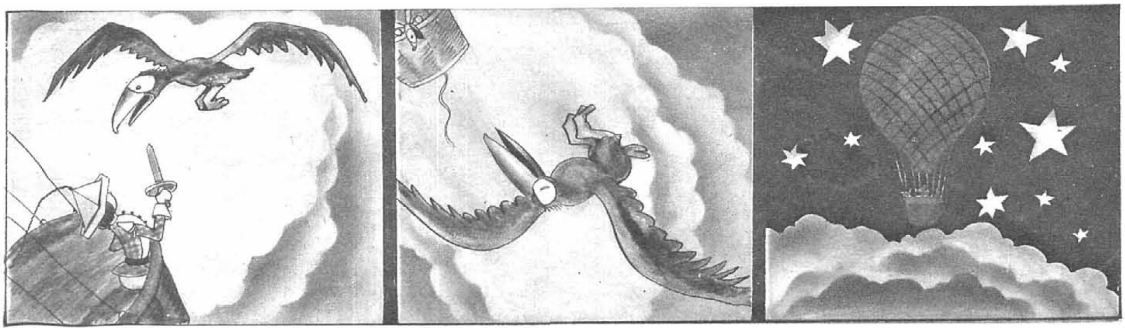
Un cóndor que pasa por allí ve el globo. "¿Qué es esto? —exclama—. ¿Qué nuevo bicho se atreve a hollar mis dominios? No lo puedo consentir." Y se precipita contra el globo. Pipo lo ve venir y apresta su invencible espada de madera, con la que nunca salió vencido. Ya el terrible pájaro se cierne, amenazador, sobre los aeronautas.

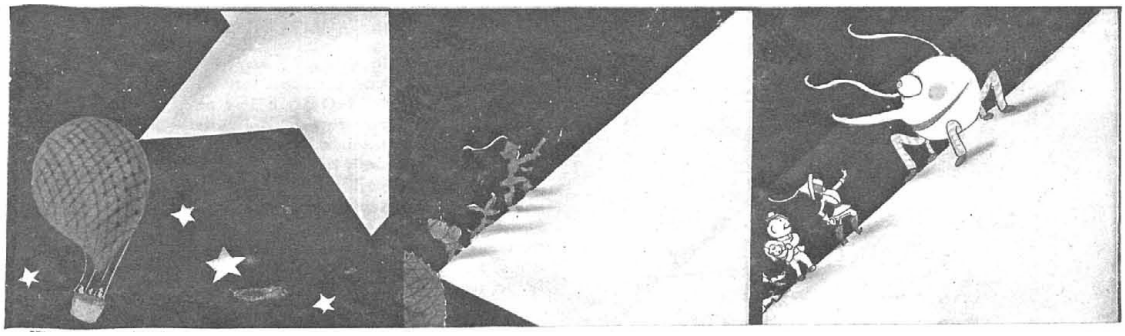
—"¡Mi amo! —grita Pipa, con espanto—. ¿Qué animal es éste?" "Nada menos que el rey de los aires"—contesta el héroe—. La lucha se entabla; si el cóndor logra dar un picotazo en el globo están perdidos. Pero no; el picotazo se lo da... a Pipa, en la punta de la nariz. "¡Ay! —gime la perrita—. ¿Y dices que es el rey de los aires? Pues ya podían los de los aires haber proclamado la República." El cóndor se defiende furiosamente; pero, por fin, atravesado de parte a parte por la espada del héroe, cae, derramando una verdadera lluvia de sangre, que se mezcla trágicamente a la otra lluvia, a la de agua, que, por cierto, ha dejado de caer, pues la tormenta se ha calmado. Ya el globo asciende en un cielo despejado; ya nuestros amigos ven las estrellas. Ya están entre ellas. Pipo, que, como héroe, nunca pierde el buen humor, pregunta: "¿No es lunes hoy?" "Sí, lunes" —contesta Don Periquito—. "¡Pues es extraño! Aunque no sea jueves no puede negarse que hoy es día de la ascensión."

De repente, el globo se para en seco. ¡Cielos! ¿Se habrá reventado? No; es que una malla de la red se ha enganchado en el pico de una estrella, sencillamente. "Hombre —exclama el héroe—. Esta es una ocasión magnífica para visitar una estrella. Así como así nunca he estado en ninguna." "¡Ay, mi amo! —protesta Pipa, asustadísima—. No vayamos a la estrella; mira que, a lo mejor, nos estrellamos." Pero, naturalmente, no la hacen caso; "desengloban" y "estrellizan". Don Periquito suspira lánguidamente: "¡Ay, mi adorada Lilí! ¡Si esto, en lugar de ser una estrella, fuese la luna, sería, contigo, una luna..., una verdadera luna de miel!"

Ya están en la estrella, y Pipa gime: "¡Al menos si hubiera aquí algo que comer!" De pronto surge ante ellos un ser fantástico. Tiene una enorme cabeza redonda, con un solo ojo, una boca que parece la ranura de una hucha fenomenal, una nariz que es fenomenal también, y, en lugar de pies, patas de araña. Como puede verse, es bastante feo.







Estampa

¡ACONTECIMIENTO!

ACABA DE PUBLICARSE:

PIPO y PIPA en el país de los fantoches.

PIPO y PIPA en lucha con el gigante Malhombrón.

PIPO y PIPA entre los salvajes.

PIPO y PIPA en la isla embrujada.

Las hazañas más prodigiosas.--Las aventuras más divertidas.

Con magníficas ilustraciones en colores.

Texto y dibujos de Bartolozzi.

PRECIO DE CADA TOMO:

1,50 ptas.

EL MEJOR REGALO PARA LOS NINOS

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

EPISODIO XXX

LOS GOMOSOS

"¿Tendría usted la bondad de decirnos cómo se llama esta estrella?" —pregunta nuestro héroe, con su peculiar finura, a aquel extraño personaje—. "Se llama Gomonia —contesta el "estrellado"—, porque aquí todo se hace con goma." "Tendrán ustedes grandes plantaciones de caucho." "Ca; no, señor, ni falta que nos hace. Nos basta con los globos que dejan escapar los niños de la Tierra y que suben hasta aquí. Los jueves, sobre todo, no podemos ni recoger todos los que nos llegan como llovidos de la Tierra; bueno, llovidos al revés, naturalmente. Los deshacemos, y con ellos nos fabricamos todo. Un día nos llegó aquí un zepelín. Figúrese nuestra alegría.

Fue como si a todos nos hubiera tocado el gordo de la lotería. Con la goma del zepelín tuvimos para edificar un nuevo palacio real magnífico, y aún nos sobró material para fabricar una espada de honor, que le regalamos al capitán general de la provincia, en recuerdo de aquel día memorable, que, por cierto, ha sido declarado fiesta nacional."

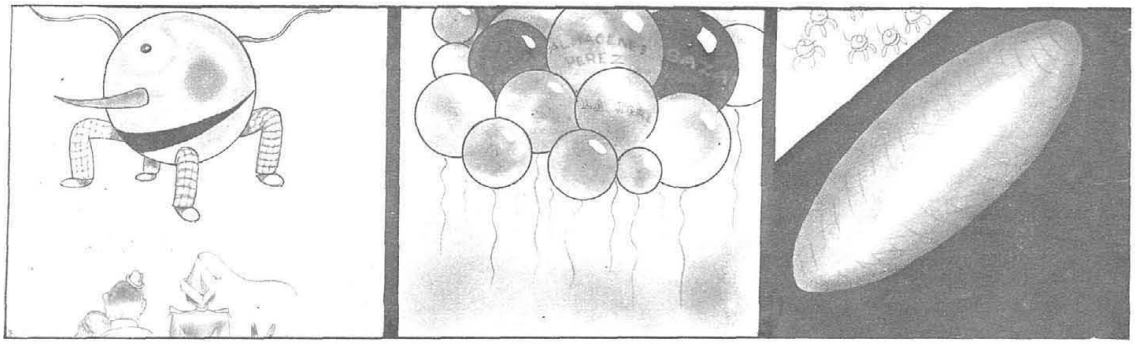
De pronto, Pipa lanza un grito de terror: "¡Un toro, un toro!" Y es verdad; un toro enorme embiste contra ellos. Pero el "estrellado" se echa a reír. "No hace daño —dice—: es de goma, cuernos inclusive." Pipa, tranquilizada, exclama: "En esta estrella quedaría bien hasta el *Niño de la Palma."* "Y tú, si te pusieses a torear" —dice su amo.

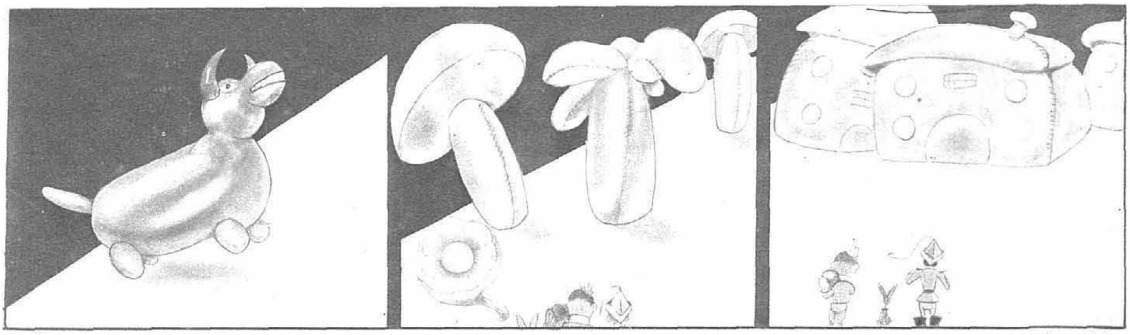
Acompañados de su amable guía, nuestros amigos se dan un agradable paseíto por la estrella y ven parques y jardines llenos de árboles magníficos y de flores preciosas. "¿Dan frutos?" —pregunta Pipo, mientras que su perrita, muy interesada, endereza las orejas—. "¡Ya lo creo! —le contestan—. Frutos de "che wing gum", que es nuestro alimento."

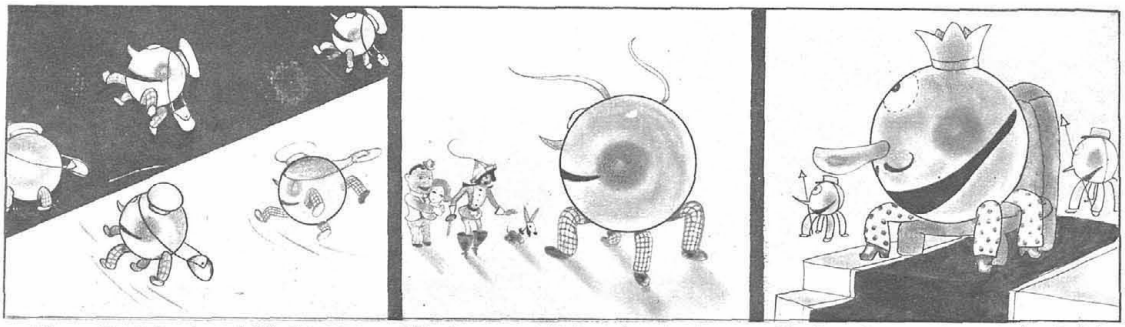
La pobre Pipa se queda aterrada. ¡Cielos! ¿Tendrá que alimentarse ella también con goma de mascar? El señor de la estrella les enseña construcciones soberbias y les explica que las casas se hacen siempre pequeñitas, y, como son de goma, a medida que aumentan las familias, las paredes se estiran. "Así nos la haremos cuando nos casemos, ¿verdad, mi adorada Lilí?" —dice tiernamente don Paquito a su "Miss Fenómeno". Como son las doce, salen los chicos de la escuela; van por la calle dando saltos, que es la manera que tienen de correr. Y Pipo y sus compañeros se enteran de que, alguna vez, un chico da un salto tan grande que desaparece y no se le vuelve a ver más.

Después de hablarles de los niños desaparecidos, el señor de la estrella dice a Pipo: "Ahora tienen ustedes que ir a saludar a nuestro soberano y presentarles sus respetos." "Con mucho gusto" —contesta el héroe, siempre correcto—. Y todos juntos se encaminan hacia el palacio real, donde vive su majestad Gomoso XIV.

El rey Gomoso es el rey más elegante de las estrellas y, aunque no fuera de goma, merecería llamarse Gomoso, porque es un señor verdaderamente bien vestido. Lleva pantalones con lunares, y esto es el colmo de la elegancia en Gomonia, donde la ropa con lunares viene de la luna, lo mismo que en España los trajes finos se compran en Londres.







EPISODIO XXXI

AL REY GOMOSO LE DUELEN LAS MUELAS

Según su costumbre, cuando se halla ante un jefe de Estado —¡tantos reyes, emperadores y presidentes de República ha conocido él en su gloriosa vida aventurera!—, Pipo larga a su majestad un discursito de corte y de cortesía. Pero, cosa extraña, el rey parece que no lo oye. No; ni lo oye, ni lo ve, ni ve a nadie.

No ve a Pipo, ni a Pipa, ni a Don Periquito; sólo ve a Lilí, cuya belleza le ha deslumbrado, hasta el punto de que, para él, se esfuma, se borra, desaparece, cuanto no sea los cabellos de oro, los ojos de cielo y la boquita de rosa de "Miss Fenómeno". Al mismo tiempo, el soberano se siente invadido por una alegría extraordinaria.

Y se pone a bailar, a tirar zapatetas al aire y a dar saltos prodigiosos, que es la manera como suelen manifestar cualquier sentimiento los habitantes de aquella estrella. Por fin, cesa un momento de saltar y bailar, y declara: "Me habéis sido tan simpáticos, que no quiero que os marchéis ya nunca. Y para reteneros a mi lado, os voy a dar los más altos cargos del reino." Nombra a Don Periquito contador de estrellas con rabo. Y ya tenemos al enanito llevando la cuenta de todas las estrellas que pasan por allí, y que son bastantes. Pero como cada vez aprovecha la ocasión para formular un deseo, que es, invariablemente: "Casarme con mi Lilí", las cuentas le salen algo mal.

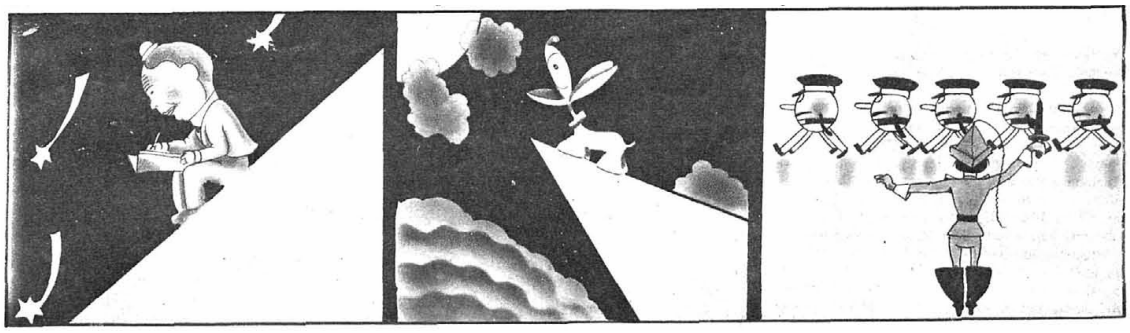
A Pipa le dan el cargo de ladrar a la luna, que es importantísimo, porque en la estrella la luz es siempre igual y no son conocidos los relojes, por lo cual, los habitantes no saben nunca cuándo es de día y cuándo de noche. Gracias a los ladridos de Pipa, saludando la aparición de la luna, la gente ya sabe cuándo es hora de irse a la cama.

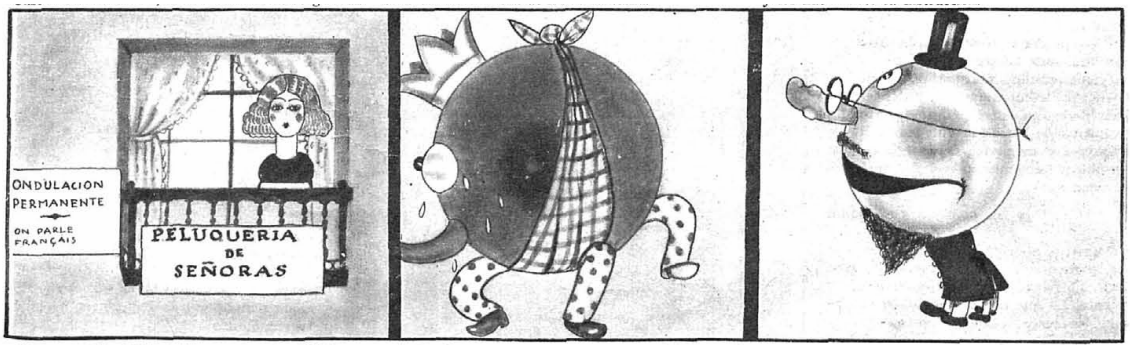
Al gran Pipo, el rey Gomoso le otorga un puesto verdaderamente a la altura de su categoría de héroe, nombrándole coronel general del nuevo Cuerpo de Guardias de Asalto. Para formar este Cuerpo, Pipo se apresura a elegir minuciosamente los "estrellados" que tienen la nariz mejor formada, y les hace hacer la instrucción.

¿Y Miss Lilí? A ésta resulta algo difícil encontrarle un empleo; sin embargo, el soberano soluciona el conflicto: le nombra Cabeza de Honor, para anuncio de ondulación, en la primera peluquería de señoras del país, un establecimiento de gran lujo, donde van a hacerse la permanente todas las grandes damas de la corte.

Pero apenas ha firmado este último real decreto, el soberano se siente acometido, de repente, por un terrible dolor de muelas. Grita: "¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!". Se rodea la cabeza con un pañuelo, y se mete en la boca un higo seco; pero, en vista de que ninguno de estos remedios le proporciona alivio, manda llamar a su médico, el célebre Doctor Caucholín.

Este sabio eminente goza de gran prestigio en la estrella, porque, a pesar de no tener más que un ojo, como todo el mundo, lleva lentes con dos cristales. Examina a su augusto paciente, y declara: "Señor: el mal de muelas es mal de amores, y me demuestra que estáis enamorado. Por lo tanto, no curaréis hasta casaros con el objeto de vuestro amor."




ONDULACION
PERMANENTE
ON PARLE
FRANÇAIS
PELUQUERIA
DE
SEÑORAS

EPISODIO XXXII

SALIDA DE LA ESTRELLA

Al oír el diagnóstico de su médico, el rey se pone muy contento. ¿Con que para quitarse el dolor de muelas le basta con casarse con su amor? ¡Y él que temía tener que ir al dentista! Al punto ordena: "Que me traigan a "Miss Fenómeno" para casarme con ella en seguida." Estas palabras han sido oídas por Pipa, que, curiosa, estaba escuchando detrás de la puerta (lo cual, sea dicho de paso, está casi tan feo en una perrita como en un niño) y sale disparada a avisar a su amigo don Periquito. El tierno enano está apuntando la estrella de rabo número tres millones ochocientas mil noventa y cuatro, cuando Pipa le trae tan infausta noticia. Al oírla, ruge, tirándose de los pelos: "¡No me dejaré arrebatar a mi Lilí! Antes pasarán por encima de mi cadáver." Entre tanto, "Miss Fenómeno" ha sido llevada a presencia del Soberano, que le dice: "Señorita: tengo el gusto de pedirle su blanca mano." Claro que esto es un decir; nuestra Lilí o "Miss Fenómeno", como queráis llamarla, aterrada y ruborosa, calla, preguntándose cómo se puede rechazar a un rey sin faltar a la etiqueta palaciega. En este instante llega don Periquito. Su corazón enamorado está por encima de todas las etiquetas, y su pie está adiestrado en el juego del fútbol. Por estas dos razones, le larga a su majestad una patada capaz de hacerles "goal" a los mismísimos jugadores ingleses.

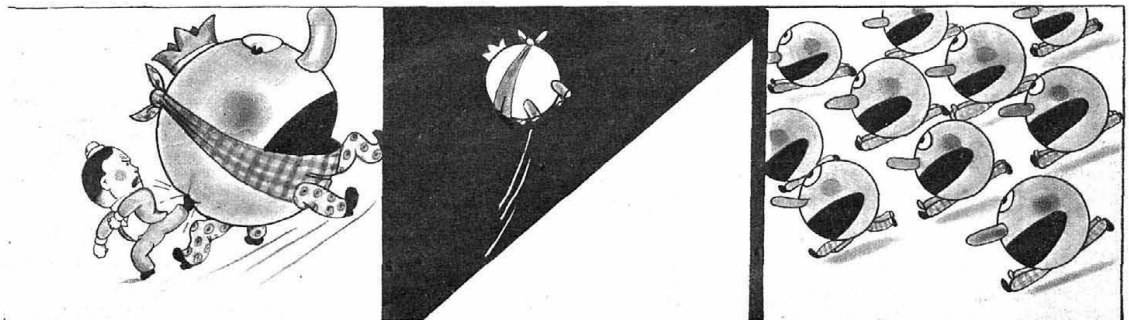
Y como el rey Gomoso es —ya lo sabemos—de goma, pega un bote prodigioso, tan prodigioso que desaparece por los aires. Cuando menos, ha ido a parar a la estrella con rabo número tres millones ochocientos noventa y cinco. Pero no puedo asegurarlo, porque nadie lo ha vuelto a ver más ni me han sabido dar una explicación de dónde se encontrará,

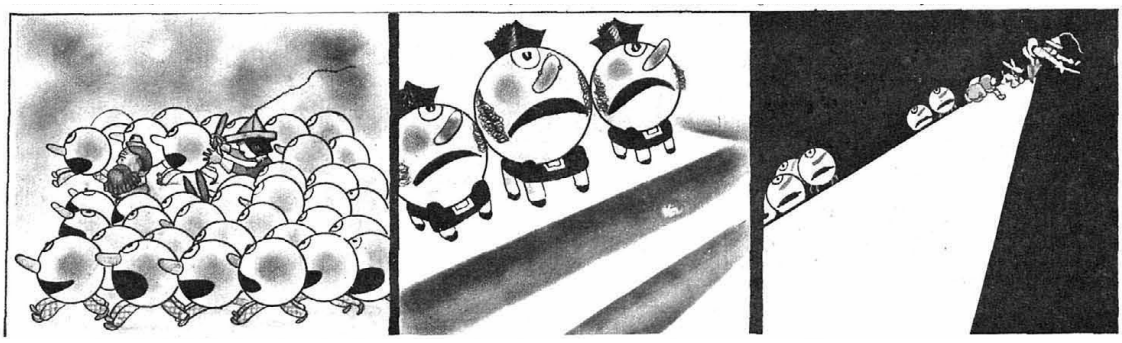
Una avalancha formidable acude a toda velocidad hacia el lugar del suceso. Son los "estrellados" que, al presenciar aquel crimen de lesa majestad, llegan corriendo, mejor dicho, rodando, y gritan como energúmenos: "¡Venganza! ¡Venganza contra los que nos han arrebatado a nuestro rey! ¡Venganza contra los extranjeros!"

Y en un momento, don Periquito, Lilí, Pipa y Pipo, todos, en fin, se ven rodeados por aquel mar de seres fantásticos y desaparecen entre sus olas de goma. Pipa está asustadísima y Lilí también. Pero el tierno enanito está contento, por tener a su adorada "Miss Fenómeno" entre sus brazos otra vez, y está loco de alegría.

Nuestro héroe conserva su actitud serena cuando son conducidos ante el tribunal supremo de la estrella. El tribunal se compone de tres jueces muy graves, que van a juzgar esto caso, más grave todavía que ellos. Fuera, ruge la multitud, exigiendo la vida de los acusados o, en su defecto, la de los jueces.

Estos no vacilan y, puestos a elegir, condenan a muerte a don Periquito, por regicida, y a sus compañeros, por cómplices del crimen. Leída la terrible sentencia, los jueces acuerdan que la ejecución consista en arrojar a los reos al espacio desde el pico más alto de la estrella, y la sentencia se ejecuta en el acto.





EPISODIO XXXIII

LA BUENA ROPA

Mientras cruza el espacio dando volteretas, Pipo, siempre sereno, echa unas cuentecillas: "Calculando que la estrella se halla a una distancia de cuarenta y siete millones de kilómetros de la Tierra, y que caemos a una velocidad de quinientos siete por segundo, tardaremos treinta horas y veintidós minutos en hacernos papilla." Y comunica este descubrimiento a Pipa; pero la perrita no está para matemáticas. Además del terror ante el mortal chichón que le espera, la infeliz tiene hambre. Los súbditos del rey Gomoso han ejecutado la terrible sentencia sin dar de comer a los condenados. "¡Pensar —gime la perrita— que me voy a hacer una tortilla... y no la podré comer!" En su caída trágica, don Periquito lleva a su Lilí entre sus brazos. Y el tierno enanito suspira dulcemente: "¡Oh, mi adorada! Los luceros que cruzamos brillan menos que tus ojos!" Pero la bella "Miss Fenómeno" apenas agradece el madrigal; ¡tan preocupada parece! Pregunta con angustia: "¿No voy muy despeinada?"

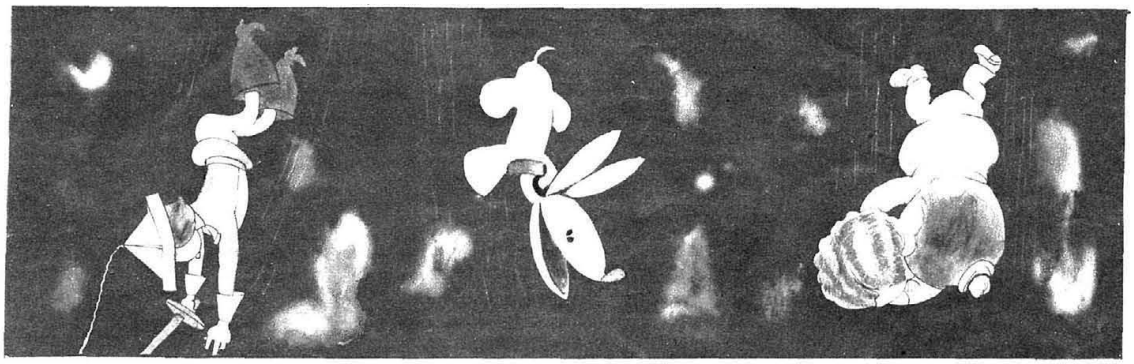
"Hay que ver, hay que ver, las cosas que hace un siglo… " —canta doña Robustianita (que anda algo atrasada de cuplés y zarzuelas), asomada a la ventana, mientras tiende su ropa: un pantalón, que es de los domingos, porque tiene un volante de encaje; una camiseta de punto y unos calcetines, rojos y amarillos, de su esposo, el señor Abdón.

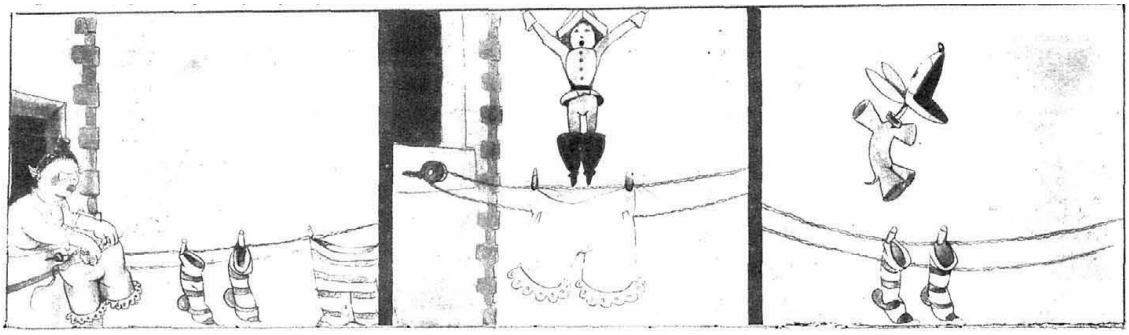
"Hay que ver mi abue…" —sigue cantando doña Robustiana—. Pero "su abuelita, la pobre", se le atraganta, porque ve —quien ve no es la abuela, naturalmente, sino doña Robustianita— tres extraños bólidos que bajan del cielo, ante sus mismas narices. El primer bólido viene a caer en sus pantalones de los domingos. Pero no es un bólido: es un héroe.

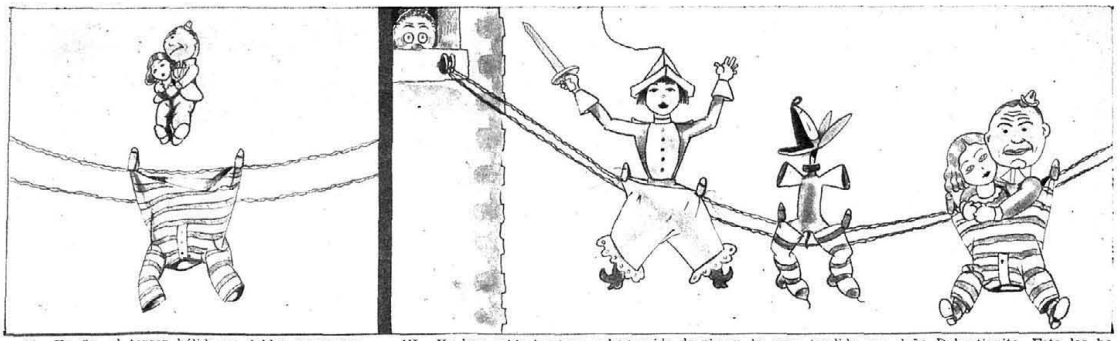
El segundo bólido es un bolidito, nada más: es Pipa que, con velocidad vertiginosa, viene en dirección de los hermosos calcetines de listas amarillas y rojas del señor Abdón a la par que gime: "¡Qué lástima! ¡Son calcetines! ¡De lejos me habían parecido una cosa así como pasteles de crema con fresas!"

En fin, el tercer bólido es doble; correspondiendo verticalmente con la camiseta de punto, cae el tierno enano don Periquito con su "Miss Fenómeno" en brazos. Los dos enamorados ni se dan cuenta ni ven nada de lo que les rodea. Don Periquito sólo mira a su Lilí, y la bella Lilí sólo ve a su don Periquito.

Ya han caído los tres, y han caído de pie en la ropa tendida por doña Robustianita. Esto los ha salvado. Pipo declara: "Si este pantalón de bordados volantes no fuera tan feo, merecía pertenecer a la Providencia." Pipa, loca de alegría, al hallarse sana y salva, grita, jubilosa: "Soy un nuevo cuento, soy la perra con calcetines. Pero preferiría haber hecho como el gato y haberme puesto las botas." Mientras que don Periquito exclama: "¡Atiza! Me he metido en camiseta de once varas." Y es verdad, porque el señor Abdón es un personaje que mide un metro y ochenta y tres centímetros de estatura, y otro tanto de barriga.







EPISODIO XXXIV

LA JIRAFA GERTRUDIS

"¡Eh! ¡Venid! ¡Mirad!" Y todos los vecinos de Dientes de la Sierra lanzan grandes gritos y aspavientos al contemplar a nuestros héroes en la rara postura que los dejamos y los volvemos a encontrar. Y la bella Lilí, bajando la vista, murmura, pudorosa: "¡Qué vergüenza, don Periquito! Nos están viendo en camiseta!"

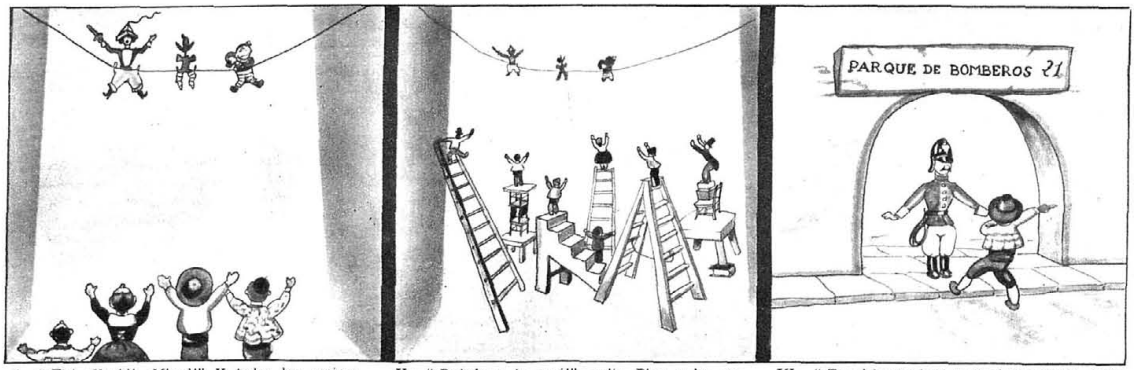
"¡Bajadnos de aquí!" —grita Pipo a los espectadores—. Y allá van todos en busca de algo donde subirse. Quién, trae una escalera; quién, coloca una silla encima de una mesa; quién, forma un montón de libros para empinarse sobre ellos. Todo en vano: no hay en el pueblo nada bastante alto para llegar hasta la ropa tendida por doña Robustianita.

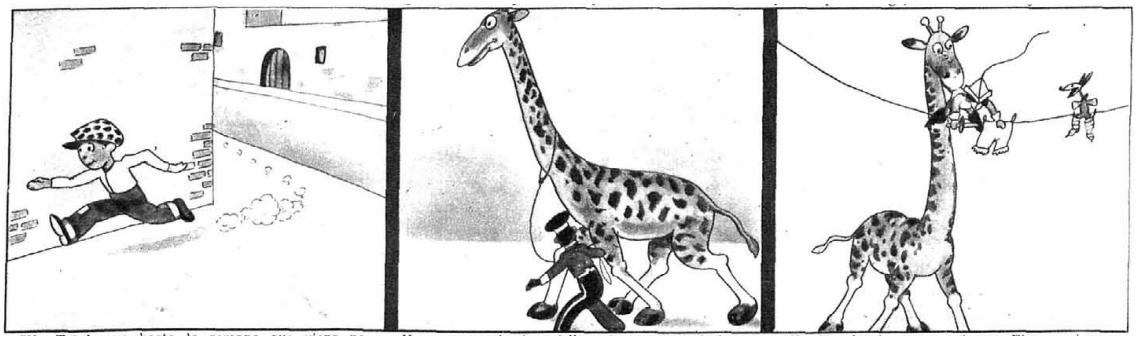
"¡Traed la escalera de los bomberos!" —grita Pipo—. Y allá te va corriendo al parque de bomberos el tío Quirico. Pero el jefe le dice: "Lo siento, pero no puedo prestarla, porque mis hombres se la han llevado a apagar un incendio, mañana tenemos otro y pasado tendremos que ir a salvar a un señor que se quiere colgar de un árbol muy alto…"

Total, que hasta la semana que viene no puede disponerse de la escalera de los bomberos. "Me parece demasiado esperar" —dice Pipo—. Mas, desde su altura, vislumbra unas tiendas de lona en la plaza. "¿Hay aquí algún circo?" "¡Síií!" "¿Y hay en él alguna jirafa?" "¡Síií!" "Pues ir por ella corriendo." Y corriendo va "Jilguerín", un muchacho así llamado porque está siempre alegre. Le explica al guarda del circo de qué se trata, y el guarda, amablemente, saca a "Gertrudis", que es la jirafa sabia. Tan sabia es la simpática "Gertrudis" que, en cuanto llega ante la casa de doña Robustianita, se da cuenta de lo que esperan de ella.

Y, además, comprende que Pipo es el personaje más importante de la reunión, y a él se dirige para salvarle primero. Alarga el cuello, coge al héroe con la boca, le saca de los pantalones y lo deposita en el suelo, mientras el público aplaude, entusiasmado, por este espectáculo de circo que se le ofrece gratuitamente.

Ya salvado el héroe, la jirafa la emprende con don Periquito y su adorada Lilí. Con gran delicadeza, repite la operación, mientras redoblan las ovaciones. Pero Pipa no está contenta, gruñe: "¡Eso es! Y yo la última, ¿verdad? ¡Qué estúpida es esta jirafa!" Pero, ¡ay!, "Gertrudis" tiene el oído tan fino como alto. Oye el insulto de la perrita y, además, como ignora que Pipa gruñe siempre y por todo, le sienta muy mal. Y promete vengarse. Al cogerla con la boca, le clava ligeramente los dientes en una parte del cuerpo, que suele ser bastante carnosa en las perritas... y en las personas. "¡Ay, ay, ay! —grita Pipa, furiosa—, ¡birria de jirafa!
¡Fea!" Entonces, "Gertrudis" arroja a Pipa en la tina de agua donde doña Robustianita ha aclarado su ropa. Y mientras Pipa se sacude furiosamente, cual... perro que sale del agua, y el público redobla sus ovaciones ante este numerito imprevisto, "Gertrudis" ríe con toda su alma. Porque esta jirafa sabia es también jirafa humorista.


PARQUE DE BOMBEROS 21



EPISODIO XXXV

LA BELLA TANGUITO

Cuando nuestros héroes se ven en tierra firme, su alegría es inmensa. "Esto hay que celebrarlo" —propone Pipa—. "Lo menos que podemos hacer es visitar ese circo, del que han sacado la jirafa que nos ha descolgado" —dice Pipo a sus compañeros—. "¡Ole, ole!" —ladra Pipa—; con lo que me gusta a mí el circo!" Don Periquito acepta por gustarle a Lilí.

Ya están nuestros amigos sentados en sus sillas de pista. La función va a empezar. Pipa está tan contenta, que hasta se le olvida gruñir, y eso que un niño le ha pisado dos veces la cola. "Recógetela" —ordena Pipo—. "Miss Fenómeno" contempla los trapecios con la pena de quien no puede subirse a ellos, y suspira: "¡Ay! ¡Si yo pudiera columpiarme!"

"Yo te columpiaré en mis brazos" —le contesta Don Periquito—. Pero el espectáculo va a empezar. El primer número lo componen el clown Cucurucho y su tonto Pelele. "A que no sabes la diferencia que hay entre una perra gorda y tú, cuando guías un automóvil"—pregunta a Pelele—. "No sé" —contesta—. "Pues que la perra gorda es "pa" churros, y tú, cuando vas en "auto", espachurras…"

El público aplaude a Cucurucho y a Pelele. Luego, salen unos perritos amaestrados que son una notabilidad. ¡Las cosas que hacen! Saltan a la comba, juegan al dominó, hacen encaje de bolillos, construyen una casa... Pipa arruga un poco el hocico, y dice: "Mucho presumen, y, total, no valen más que quince céntimos." "¿Cómo quince céntimos?" —exclama Pipo—. "A ver... ¡son tres perros chicos!"

Después de los perritos sale un malabarista, que hace unos equilibrios más difíciles que los de un empleado a fin de mes. "Miss Fenómeno" le dice a su novio: "Don Periquito, hazme el favor de aplaudir por mí." "Lo que tú quieras, corazón" —responde, galantemente, el enamorado enanito—. Y con sus manitas aplaude de tal manera, que todos los camareros del pueblo dicen: "Vaaa..."

Salen dos focas, con su piel de impermeable. Pero no hay medio de que trabajen. Plantadas en medio de la pista y con la cabeza hacia arriba, permanecen inmóviles. Ni ofreciéndoles sardinas, ni castigándolas; no hay manera. ¿Por qué? Sencillamente porque el circo está iluminado con luz eléctrica, y las focas no hacen más que mirar a los focos…

El programa anuncia: "Sevillanas, por la bella Tanguito". La orquesta toca. Y aparece la artista. "¡Mi madre!" —exclama Lilí—. "¡Mi suegra!" —grita Don Periquito—. En efecto, la bella Tanguito no es otra que Doña Niceta, la barbuda mamá de "Miss Fenómeno". Pipo, que no se asombra nunca, no puede menos de lanzar una exclamación: "¡Rediez!"

Cuando Lilí se repone de su sorpresa, con un impulso de todo su ser, se arranca de los brazos de Don Periquito, y, cruzando el espacio, viene a caer en los brazos de Doña Niceta, mientras grita: "¡Mamá!" "¡Hija!" —grita, a su vez, la barbuda señora—. Y el público, creyendo que aquello es un ejercicio acrobático, aplaude, entusiasmado.

GRAN CIRCO

EPISODIO XXXVI

EL HOMBRE MÁS RICO DE SU PUEBLO

Cual granada disparada por la misma boca de cañón, Don Periquito sigue igual trayectoria que su amada Lilí, y, a su vez, va a caer entre los maternales brazos de la barbuda si que también sevillanísima Doña Niceta. Y al grito de "Miss Fenómeno": "¡Mamaita!", ha seguido un grito del tierno enanito: "¡Mamá suegra!"

Una ráfaga de emoción sacude al público que presencia esta escena conmovedora. Con su hija y su futuro yerno entre las manos. Doña Niceta duda... Al fin se decide, y, arrancándose por peteneras, baila con tal brío, tal gracia y tal arte, que la mismísima Argentinita, que se hallaba casualmente en el circo, se retira abochornada y envidiosa. Terminado este número, entre aplausos entusiastas, aparece el siguiente. Esta es Mademoiselle Facunda —una amazona francesa—, que es oriunda de la "rue" de la Montera. Monta esta gran artista un brioso y bien plantado corcel de cartón verde, y este corcel, ¡oh, sorpresa!, es… sí, no cabe duda, es Trompetilla en persona, digo, en caballo. Un grito, un ladrido, un relincho, todos de alegría; Pipo, Pipa y Trompetilla se han reconocido, y el bravo corcel, dejando a Mademoiselle Facunda en el aire, se precipita hacia su amo, que lo abraza, mientras que Pipa le mordisquea la cola con júbilo cariñoso.

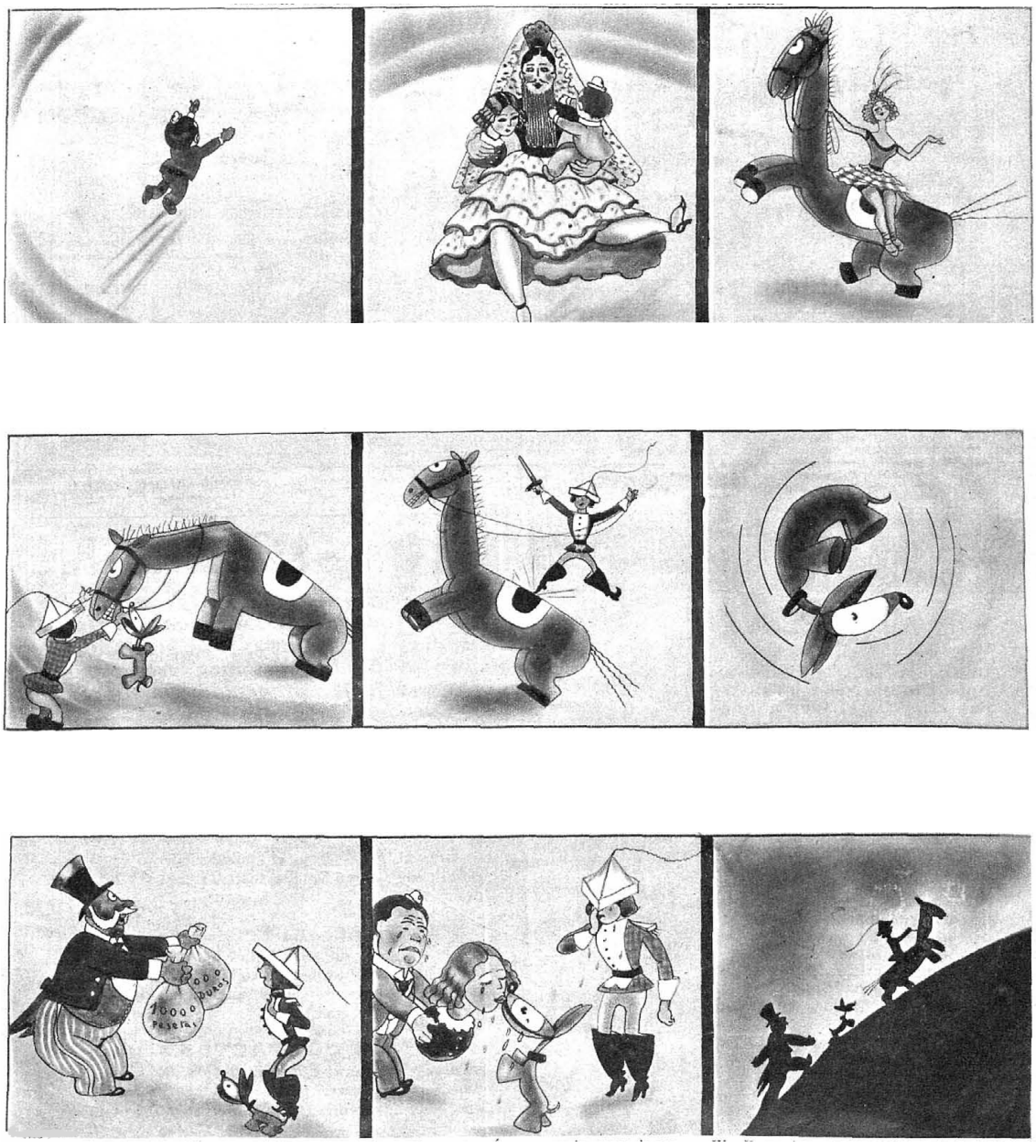
El público, entusiasmado, los ovaciona y los vitorea, y Pipo, para agradecer estas manifestaciones, de un salto monta sobre Trompetilla y en medio de la pista, realiza el número de circo más extraordinario que han visto los siglos. ¡Ahí es nada! ¡Con la gracia, la agilidad, la fuerza y la destreza de nuestro héroe!

El circo se viene abajo, y Pipa, enardecida por el ejemplo, salta a la pista. ¡Ahora verán aquellos tres perros chicos lo que vale una perra, que no es grande! Cuando, bajo las ovaciones atronadoras, Pipa se para, al fin, de dar volteretas y hacer gracias, tiene chichones hasta en la cola, pero está tan satisfecha por el triunfo, que no se acuerda de gruñir.

Se acerca a nuestros héroes un caballero, que dice a Pipo: "Soy el hombre más rico de mi pueblo y, le ofrezco dos sacos de oro para que venga a distraer a mi mujer que se muere de tristeza y aburrimiento." El héroe tiene un gesto digno: "Iré —contesta— a curar a la enferma, pero no acepto nada. Así me lo manda mi honor de héroe."

Pipa contempla con pena los sacos de oro, pensando en las golosinas que podía comprarle su amo con tanto dinero; llega el momento de la separación, pues Don Periquito y Lilí se vuelven con mamá Niceta al País de los Fenómenos, a casarse. Todos lloran y se abrazan, y el enanito promete: "El primer hijo se llamará Pipo, y si es niña, Pipa."

Ya se alejan hacia el Este, la barbuda Doña Niceta, el enamorado Don Periquito y su adorada Lilí. En dirección al Oeste emprende su camino Pipo, montado en el brioso corcel Trompetilla, acompañado de su fiel perrita, Pipa, y seguido de Don Segundo Rataplán, que así se llama el hombre más rico de San Serení del Monte, su pueblo.


10000
Pesetas
DURO!

EPISODIO XXXVII

¡POBRE FAMILIA PATIDITERO!

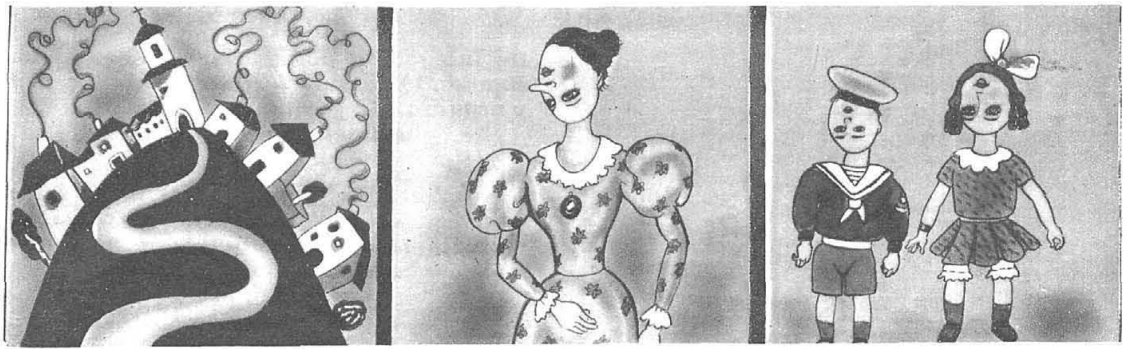
San Serenín del Monte es un pueblecito risueño y apacible, que sería completamente feliz si no lo entenebreciera la desgracia de la familia Patiditero, que son los señores más ricos del lugar. Sobre todo, la pena de la señora de Patiditero, la esposa del señor a quien ya conocimos en el circo, hace ocho días, no se puede describir.

La verdad es que la pobre señora tiene sobrados motivos para estar neurasténica e hipocondriaca. Esta distinguida dama padece la desgracia, verdaderamente desagradable, de tener la cara de arriba abajo: parece ser que se quedó así de un susto que le dieron de niña, enseñándole un retrato de Gurriato sin previo aviso.

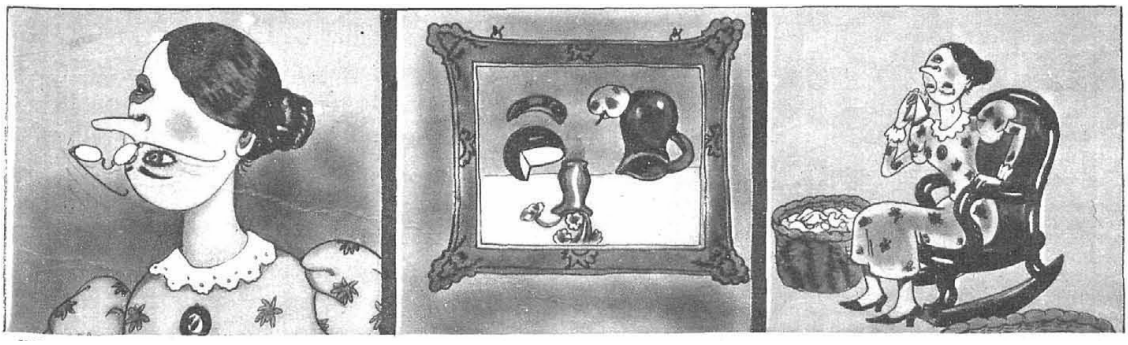
Lo que más desespera a los señores de Patiditero es que sus hijos han heredado la desventura de la mamá. Doblemente ricos (porque son encantadores y porque su papá tiene mucho dinero), Norbertito y Robertita, colmados de mimos y de golosinas, son, sin embargo, desgraciadísimos. Esto de tener la cara de arriba abajo les amarga la vida.

Por ejemplo: cuando van al cine, si abrigan la pretensión de ver lo que pasa por la pantalla (pretensión bastante razonable, al fin y al cabo), no tienen más remedio que sentarse sobre la cabeza, echando los pies por alto. Y al salir del cine es frecuente que les duela la cabeza, aun cuando la película no sea hablada en alemán.

Pues, ¿y para leer? A Norbertito y Robertita, sus papás, les han comprado (lo mismo que vuestros papás y que todos los papás del mundo) los preciosos tomos de "Aventuras maravillosas de Pipo y Pipa", que acaban de publicarse. Pues bien; para saborear las ocurrencias de los héroes, "En lucha con el gigante Malhombrón", "En la isla embrujada", "En el país de los fantoches" y "Entre los salvajes", los angelitos se ven obligados a tener los libros del revés. Lo más grave es lo que les pasa en la escuela. Ellos son aplicadísimos, y están superiores en Geografía, Gramática e Historia. Pero en Matemáticas, les llueven los ceros que es un primor. Y es que las cuentas siempre les salen equivocadas. ¡Como confunden los nueves y los seises! Tantas incomodidades hacen padecer muchísimo a su mamá, que, para colmo de desdichas, es corta de vista y no puede usar gafas porque no se le sostienen sobre su nariz del revés; con lo cual no puede la infeliz señora dedicarse a su placer favorito, que consiste en la contemplación de las obras de arte. En casa de los señores de Patiditero hay muchos cuadros preciosos, pero, naturalmente, doña Gumersinda los cuelga boca abajo, y ha acabado por comprar sólo pinturas cubistas, de esas que lo mismo da como se miren porque no se sabe si están del derecho o del revés. Pero la afición a estos cuadros ha dado a los señores de Patiditero una fama poco en consonancia con una familia seria y distinguida. Así está siempre la pobre señora, hecha un mar de lágrimas, entre dos cestos de pañuelos. Y no es extraño que a su esposo se le ocurriese traerle a Pipo y Pipa con el fin de distraerla de tan gran dolor.



11×7:X-3
2594/326
8526
192



EPISODIO XXXVIII

EL MAGO GARBANCETE

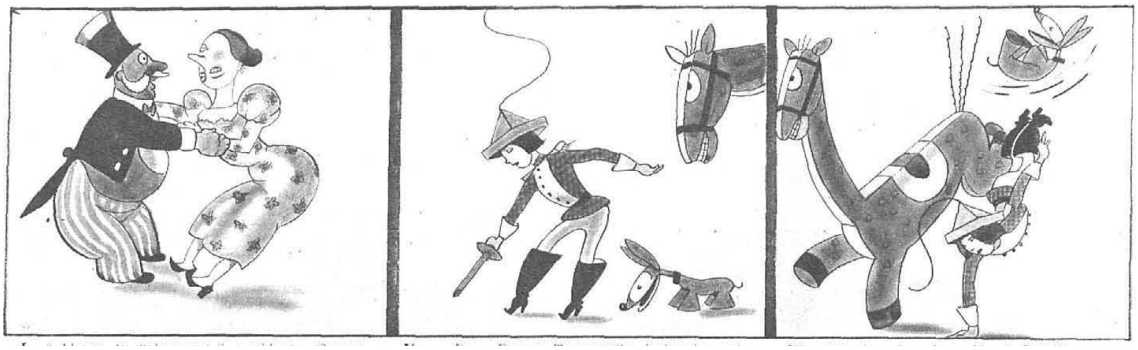
"¡Alegra tu "atravesado" semblante, Gumersindita mía! —dice, al llegar de viaje, don Segundo Rataplán de Patiditero, mientras abraza a su distinguida, sí que desconsolada esposa—. Te traigo unos seres extraordinarios, que tanto han de divertirte a ti y a los chicos, que os harán olvidar vuestras penas." Y doña Gumersinda ve a Pipo, Pipa y Trompetilla, inclinados ante ella en una respetuosa genuflexión. "Señora —dice, con voz vibrante, el héroe—: estoy a vuestra disposición hasta mi último suspiro." "Y yo —añade la aguda vocecilla de la perrita— ídem, señora, hasta mi último ladrido." Y la gruesa voz del brioso corcel de cartón, dice: "Yo, hasta mi relincho supremo."

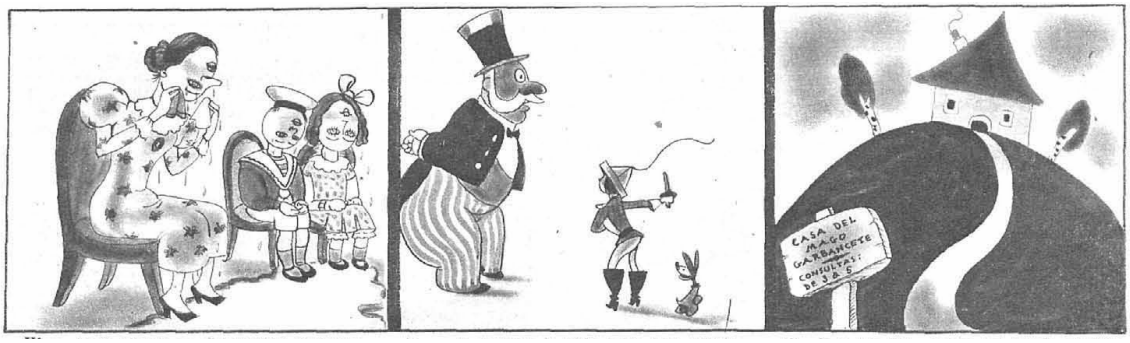
Ante la señora Rataplán de Patiditero y sus hijos, Norbertito y Robertita, nuestros tres amigos dan comienzo a la más sorprendente función de circo que imaginarse puede. Mientras realiza Pipo ejercicios acrobáticos nunca vistos, desgrana sus chistes más desternillantes. Hay para morirse de risa. Pero doña Gumersinda y sus retoños, no se mueren, no. Contemplan, impasibles, el espectáculo, y, de pronto, ¡horror!, la mamá suelta el trapo a llorar y sus hijos a berrear a coro. Entonces el héroe interrumpe la función inútil, y, llevando aparte al señor Rataplán, le dice: "Don Segundo: el único medio de curar la neurastenia de su encantadora familia es ponerles la cara como Dios manda." "¡Ay, mi señor don Pipo! —gime el pobre ricachón—, eso es imposible; he consultado ya a los mejores médicos del mundo, hasta al propio Marañón, y todo en vano." "¡Naturalmente! Como que este caso nada tiene que ver con la Medicina." "¿Pues con qué entonces?" "Ese es mi secreto" —contesta Pipo.

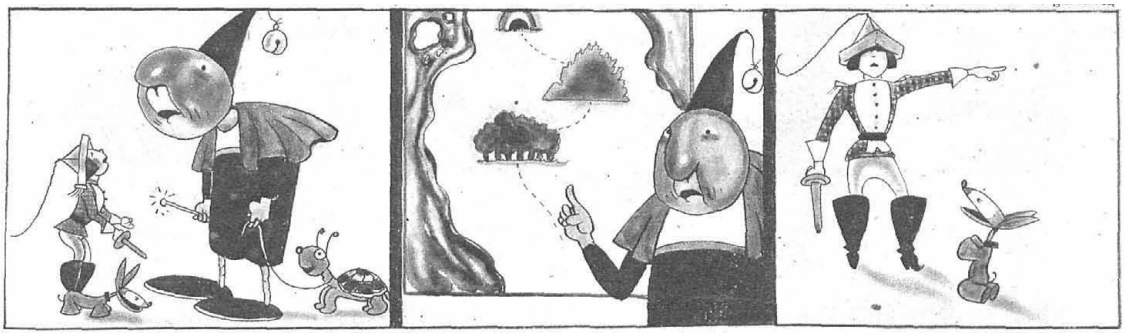
Y es que Pipo, con su perspicacia acostumbrada, ha adivinado que se trata de un caso de brujería. Se apresura a indagar si hay algún mago avecindado en San Serení del Monte. "Sí —le contestan—, tenemos uno, que vive detrás del molino, y se llama Garbancete." Y Pipo corre a casa del mago, llamado Garbancete porque tiene cara de garbanzo.

"Señor mago: deseo saber el medio de curar a las personas que tienen la cara boca arriba." Garbancete es interesado. "¿Qué gano con ello?" —pregunta—. "¡Oh! El señor Rataplán es rico, y su fortuna…" "No quiero dinero; lo que quiero es la almendra Curruca." La almendra Curruca que, como recordaréis, tantas fatigas le costó a nuestro héroe conseguir.

¡Todo sea por Dios y por la familia Rataplán! "Prometido" —dice Pipo—. Entonces, Garbancete hace unos conjuros y aparece en la pared un mapa; en él se ven solamente un bosque, unas montañas y una cueva. El mago, al verlos, pone cara de espanto: "Terribles —dice— son los peligros de esta empresa. Hay que cruzar el bosque del Diablo, escalar los Setenta Picos, y entrar en la cueva del feroz leopardo pardo, donde está el talismán que pone boca abajo las caras que están boca arriba." "¡Ya lo oyes. Pipa! —exclama Pipo—. Partamos al bosque del Diablo." "Mi amo —grita la perrita arrodillándose y juntando las patitas—. Por tus antepasados, ten piedad de ti y de mí." Pero el héroe sólo contesta una palabra: "¡Adelante!"




CASA DEL
MAGO
GARBANCETE
CONSULTAS:
DE 3 A 5



EPISODIO XXXIX

LOS GUARDABOSQUES DEL DIABLO

Pipo va a despedirse de la noble y desventurada familia Rataplán de Patiditero. "Adiós, don Segundo —dice—: me voy, sin perder un ídem, pues he resuelto llegar a la cueva del leopardo pardo y arrebatarle el talismán que devolverá la alegría a vuestra esposa e hijos." Y, montando en su brioso corcel de cartón verde, parte, acompañado de las bendiciones de los Patiditero, y, seguido por su fiel Pipa, que no cesa de gruñir: "Mira que meternos ahora en una nueva aventura, cuando yo creía que nos íbamos a descansar. ¡Con lo bien que se está en casa!" "¡Holgazana!" —dice Pipo—. "¡Calentándose junto a la lumbre!" "¡Friolera!" "¡Durmiendo en mullido lecho!" "¡Dormilona!"

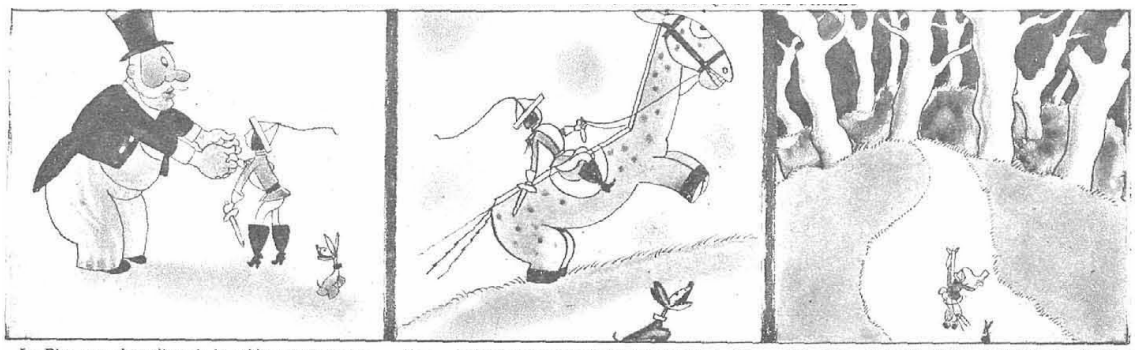
"¡Y comiendo buenos arrocitos con leche y canela!" "¡Golosa!' Sin embargo, a las tres semanas de viaje, Pipa va cesando de gruñir, y empieza a tranquilizarse. ¡Si no pasa nada! ¡Si esto parece un viajecito de placer! Pero, sí, sí. Cuando más confiada está la pobre perrita, llegan al primer escollo de la expedición: el Bosque Endiablado.

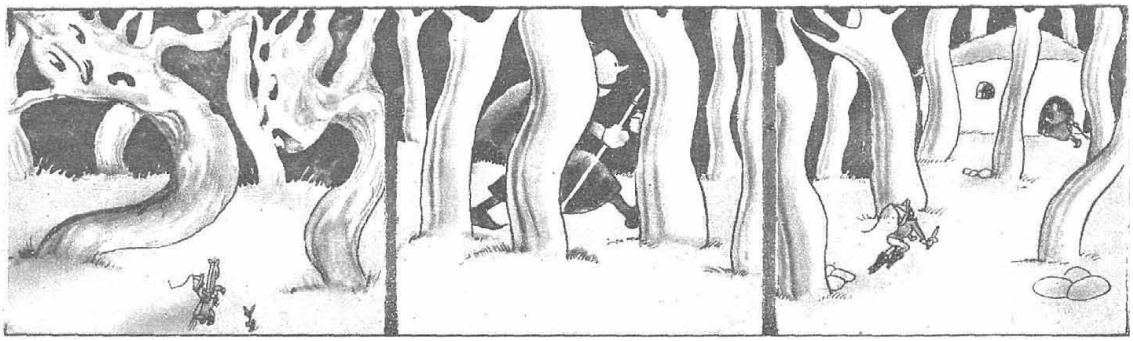
¡Dios mío, qué fea catadura tiene el tal bosquecito! Apenas se han adentrado en él nuestros héroes, los árboles se retuercen siniestramente, y una brisa misteriosa que agita sus ramas las hace susurrar: "¡Patatrís, patatrás! Tú que has entrado, ya no saldrás." Al oír estas palabras terribles, a Pipa se le pone la cola de punta.

De pronto, nuestros héroes ven cruzar, entre los árboles, la sombra de un misterioso personaje, que lleva un farolillo. "¡Ah! —exclama Pipa, muy contenta—, debe de ser un sereno; él nos abrirá, las puertas del bosque; mi amo, da tres palmadas." "No digas tonterías. Pipa —dice nuestro héroe, echando pie a tierra—, y quédate aquí con Trompetilla mientras yo sigo esa sombra misteriosa. No os mováis hasta que yo vuelva." Y arrastrándose a gatas, con infinitas precauciones, sigue la pista del personaje, hasta que lo ve entrar en una casita roja de extraño aspecto. No entra detrás de él, naturalmente, porque, como todos los héroes, sabe que la prudencia es la mejor aliada del valor.

Lo que hace Pipo es amontonar junto a la fachada de la casita roja unas piedras, sobre las cuales se encarama hasta alcanzar una ventanita que se abre en el muro. Mira y ve una estancia toda pintada de rojo; en el centro hay un tío, horriblemente feo y tremendamente grandote, que está sentado, y tiene a su lado un hacha enorme.

Le rodean media docena de seres casi tan feos como él (no tanto, porque él se ve que es el jefe de todos) y todos llevan un farol, entre los cuales está el que Pipo ha seguido. Y dice el del hacha: "Tengo que comunicaros, de parte de nuestro amo (al oír esta palabra, todos se inclinan con muestras de terror y respeto), que hay noticias de que alguien pretende atravesar el Bosque Endiablado." Los seis de los faroles exclaman a coro: "¿Atravesar el Bosque? ¡Vaya una loca pretensión! ¡Tiene gracia! ¡Ja, ja, ja!" Y estallan seis carcajadas sardónicas y sarcásticas, tan raras y tan escalofriantes, que Pipo, pese a su valor, está a punto de caerse de su promontorio.





EPISODIO XL

EL DIABLO PERICO

De pronto, la habitación se llena de humo que huele a azufre, tanto que, llegando hasta Pipo, por la ventana, le hace estornudar. Cuando el humo se disipa, nuestro héroe ve un nuevo personaje, el cual dice: "Yo soy el diablo Perico —patas de chivo, nariz de pico—". Y añade con voz terrible esta pregunta: "¿Están cumplidas mis órdenes?"

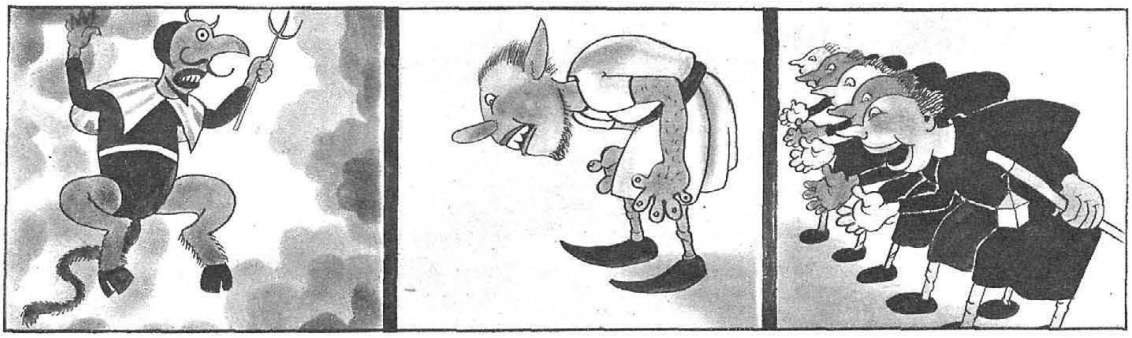
"Endiablado señor Perico —dice el jefe de los guardabosques, inclinándose profundamente—: aquí están mis subordinados, los encargados del fuego, los árboles, el viento, los truenos, los lobos y la nieve, que pueden decirte cómo se han tomado todas las precauciones para que nadie pueda atravesar tus dominios."

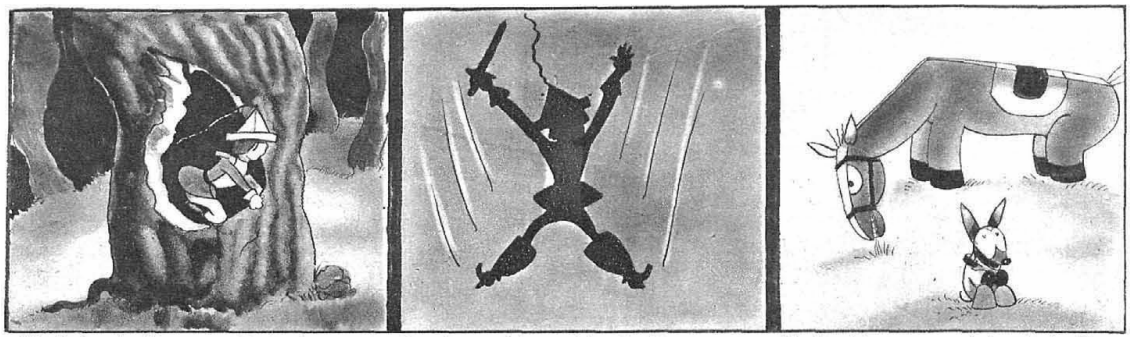
Los seis guardabosques se inclinan. Y dice el primero: "Encendida está la barrera de llamas." Y el segundo: "Mis árboles están prestos a azotar y aplastar por doquier." Y el tercero: "Mi vendaval tiene fuerza para levantar al alcalde de Madrid." Y el cuarto: "Mis truenos retumban ya." Y el quinto: "Mis lobos tienen los dientes recién afilados."

Y el sexto: "Tengo provisión de nieve para sepultar al mundo." "Está bien —dice el terrible diablo Perico—; id cada cual a vuestra obligación." Al oír estas palabras, Pipo tiene apenas tiempo para huir y esconderse en el tronco hueco de un enorme árbol secular que hay cerca de la casa. Ya se abre la puerta; ya salen, tras de su jefe los guardabosques infernales. Pipo, sin temblar, presencia el desfile satánico. Pero en este instante, ¡horror!, siente que el suelo falta bajo sus pies. ¡El árbol está hueco por abajo también! Y Pipo cae en un agujero, que no es sino la boca de un abismo, y cae, cae, cae... y no acaba de caer, cual si aquel abismo no tuviera fondo.

En el bosque, cerca de la entrada, Pipa y Trompetilla siguen esperando a su amo. Han pasado ya muchas horas desde que Pipo se alejó tras la sombra misteriosa; el caballito de cartón verde entretiene la espera paciendo hierba fresca. Pero Pipa ya no puede contener su impaciencia, y exclama: "¡Algo le ha ocurrido a mi amo! Parto en su busca; espérame aquí. Trompetilla." Hay que conocer a Pipa para darse cuenta de la dosis de abnegación que necesita la medrosa perrita para internarse sola en el bosque infernal. Temblando de miedo, desde las orejas hasta la puntita del rabo. Pipa va olfateando la pista de su amo, que la conduce hasta la casita encarnada. En aquel instante llega a sus oídos la gruesa voz del jefe de los guardabosques, que ronda por aquellos andurriales: "¡Hola! ¡Hola! ¡Una perrita! Pues me alegro, porque, así como así, me estaba haciendo falta un bicharraco de estos para guardar la casa. Esta perrita me viene de perilla."

El jefe de los guardabosques —que, por cierto, se llama Roldanón— se apodera de nuestra pobre Pipa, y, sin hacer maldito el caso de sus ladridos, la ata, con fuerte cadena, a la fachada de la casa roja. Me creeréis o no, pero os juro que lo que más atormenta a Pipa no es su propia suerte, sino la inquietud por la de su amo. ¡Si supiera!...





EPISODIO XLI

EL “INFIERNILLO” DEL DIABLO PERICO

Al llegar, por fin, al suelo, Pipo ve las estrellas, a pesar de hallarse completamente a obscuras. Solamente a lo lejos brilla una lucecita. Es la entrada en los dominios del diablo Perico —patas de chivo, nariz de pico—. Este personaje entró, de chico, en los infiernos para barrer los suelos y aventar la lumbre. Andando el tiempo ahorró un capitalito y se le ocurrió establecerse por su cuenta. Abrió un infierno pequeño —un "infiernillo"—, dotado, eso sí, de todo el confort moderno: baños, teléfono, radio y una estupenda calefacción central. A este sitio es hacia donde se dirige nuestro héroe. Precisamente el diablo Perico está de muy mal humor, echando cuentas y echando las muelas de rabia.

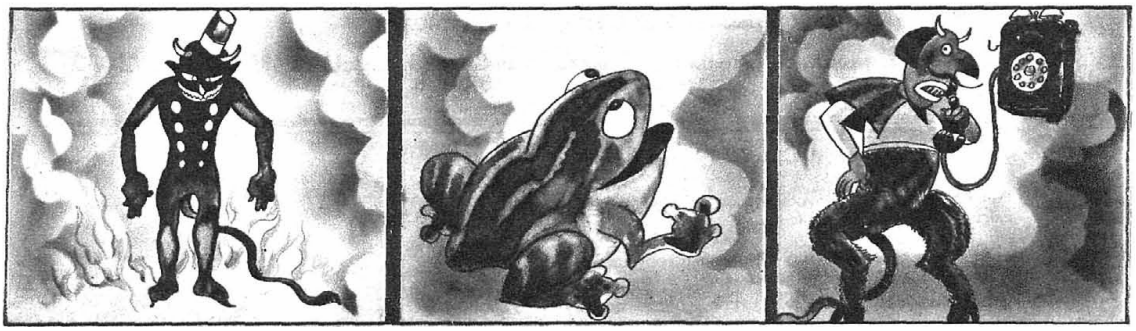
Y es que el negocio no marcha; desde que inauguró su "infiernillo" no ha conseguido estrenarse; por allí no pasa un alma que pueda llevarse él. Y, ¡claro!, pierde el dinero a puñados, dados los gastos que tiene, máxime al precio que está el carbón. Total, que al pobre diablo se lo llevan los demás. "¡Toc, toc!", llaman a la puerta. "¡Adelante!"

Y entra el botones particular del diablo Perico —patas de chivo, nariz de pico—, que aparece entre llamas, lo cual es natural, pues es un botones de fuego. "Señor Perico —dice—, ahí está don Sapo, que pregunta por usted." "Que pase." Y el botones introduce al visitante. "Señor Perico —dice don Sapo—, cumpliendo las órdenes que ha dado usted a todos los bichos del bosque, vengo a comunicarle que mi vecina, la señora Cotorra, ha visto entrar a un chico, una perra y un caballo." El diablo Perico —patas de chivo, nariz de pico— da un salto: "¡Por fin! ¡Ya era hora de que se estrenase la casa!" —exclama—. Y mientras don Sapo hace mutis, Perico se precipita hacia su teléfono.

"¿Hablo con mi guardabosques-jefe?" "Con él habláis, señor." "Ordeno y mando que traigan al punto, a mi presencia, a un niño, un caballo y una perra que han entrado en el bosque." "Al momento, señor." Con celeridad maravillosa, diabólica, mejor dicho, se cumplen las órdenes del diablo. No han transcurrido cinco minutos cuando un guarda aparece en el "infiernillo" trayendo de la rienda cierto caballo de cartón verde, que todos conocemos. Al verlo, Pipo (que lo oye y presencia todo) ahoga un suspiró de pena. ¡Su pobre Trompetilla! ¿Qué irán a hacer con él? Pero ya suena fuera un cuerno de caza: "¡Tarará! ¡Tararí!", que anuncia la llegada del jefe de los guardabosques.

Sí, él es en persona, y entre sus manazas enormes trae, ¡oh dolor!, a Pipa, su perrita. Ahora sí que Pipo tiene que contenerse para no precipitarse a la defensa de su fiel compañera. Pero Pipa viene menos asustada que furiosa; no cesa de protestar: "¡Qué barbaridad! ¡Qué calor hace aquí! ¡Friolera es una, pero, ¡caray!, no es para tanto!"

El diablo Perico tiene una sonrisa diabólica. "Ya tenemos dos —dice—. ¿Y el chico?" "Señor —balbucea el jefe—, el chico no aparece." "¿Cómo? —ruge el diablo—. Ordeno que me lo traigan inmediatamente; entre tanto, que enciendan todas las calderas para recibir al primer huésped del "infiernillo"." Pipo, a pesar del calor, siente un escalofrío.



EPISODIO XLII

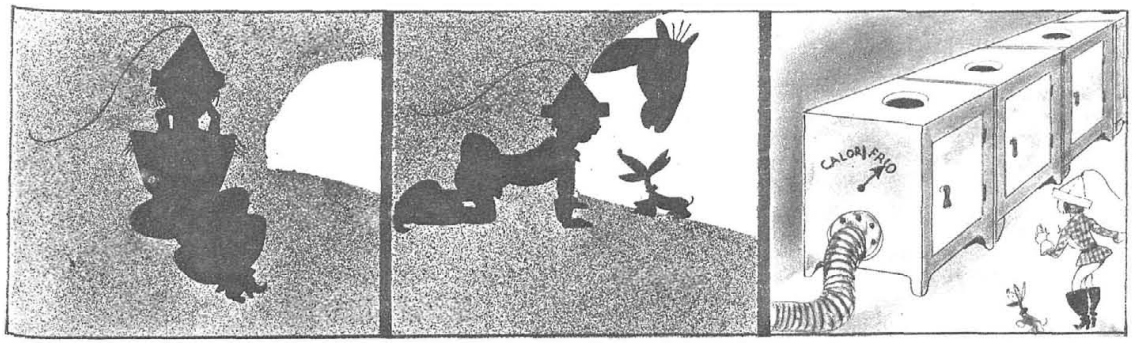
EN LAS CALDERAS

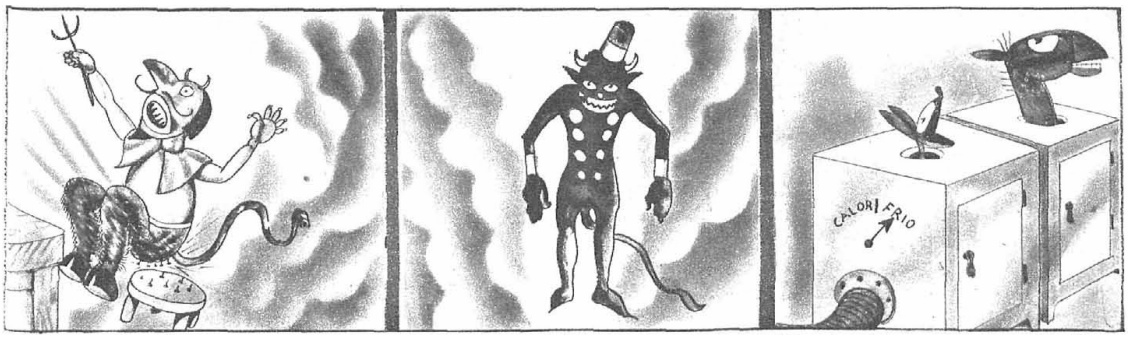
Sentado en las tinieblas, Pipo está sumido en profundas reflexiones: "Vamos a ver: a estas horas no hay en el bosque bicho viviente —es decir, no hay ni bicho, ni persona, ni diablo— que no me ande buscando para traerme al "infiernillo" del diablo Perico, ¿Dónde me metería para que no me vieran?" Entonces, una gran idea resplandece en su cerebro.

Para que no den con él los que le buscan, lo más seguro es esconderse... en el propio "infiernillo". Tomada esta extraordinaria resolución. Pipo se acerca a la boca de la cueva y, aprovechando un momento en que sus amigos se hallan solos, llama: "¡Pipa, Pipa!", con voz que es apenas un soplo. Apenas es un soplo, pero basta para que la oiga Pipa, que está dotada de ese oído finísimo que tienen todas las perritas de trapo. Acude con tal júbilo que su amo teme que le oigan mover la cola y ordena: "¡Chist! ¡Silencio! Es preciso que entre y me esconda en la casa." Ayudado por Pipa y Trompetilla, el héroe se cuela en la cueva, y los tres visitan la casa y ven las calderas del diablo, que están puestas con todo modernismo. Luego pasan al sótano, donde se almacenan enormes provisiones de carbón, indispensables para este género de establecimientos satánicos. No hay nadie; los habitantes del "infiernillo" están lejos de allí... y lejos de sospechar que tienen a Pipo en Casa. Pero, de pronto, suena un estrépito formidable.

Mil relámpagos iluminan fantásticamente la atmósfera y la casa se llena de olor a azufre. Es el diablo Perico —patas de chivo, nariz de pico— que vuelve; viene furioso porque no ha dado con el inaprensible Pipo y viene echando chispas de rabia; echando chispas en sentido figurado y en sentido propio también.

"Idos pronto —ordena el héroe a sus compañeros—, que no os encuentren aquí." Su fiel compañera y su brioso corcel de cartón verde le obedecen y, mientras que salen del sótano, Pipo se oculta cuidadosamente en el interior de una enorme cuba. Nuestro héroe, antes, aprovecha la ocasión para preparar unas cuantas diabluras. El lugar convida a ello, no me lo negaréis. Una de estas diabluras ha sido la de sembrar de tachuelas el asiento del diablo, y al ir a sentarse ante su mesa, ¡vaya grito y vaya respingo! "¡Es el colmo! —ruge, exasperado—. ¿Qué falta de respeto es ésta? ¡Ni que me tomaran por un pobre diablo!" Y como con alguien tiene que pagar su malhumor, llama al timbre. Aparece, respetuosamente inclinado, su botones, que trae, cosa natural, las mejillas encendidas. "¿Qué ordena el señor?" —pregunta—. "Ordeno que la perrita y el caballo sean, inmediatamente y sin esperar a que aparezca su compañero (ya le llegará a ése su turno, nada pierde por esperar), metidos en las calderas que les corresponden." La orden se cumple en el acto. La desventurada Pipa y el desdichado Trompetilla son metidos en las calderas que, momentos antes, contemplaron. Y los diablillos encargados de la calefacción se disponen a encenderlas. "¡Ay de mí —gime Pipa—, yo que siempre fui tan friolera, de buena gana me iba al Polo!"


CALOR
FRIO


CALOR
FRIO

EPISODIO XLIII

¿UN PACTO CON EL DIABLO PERICO?

Ya se han encendido las calderas del modernísimo diablo Perico. Ya la desdichada Pipa y el desventurado Trompetilla empiezan a achicharrarse; sudan como si se estuvieran derritiendo. Pipa lanza ladridos de angustia; el caballito, que es todo un filósofo, suspira: "Esto es impropio de mis años; no tengo ya edad para morir como un pollo... asado."

En el sótano, Pipo, oculto en su cuba, oye las voces de su fiel compañera. ¡Pipa sufriendo! ¡Pipa en peligro! El héroe sale de su escondite resuelto a salvarla. Pero ¿cómo? Bien sabe él que todo su heroísmo se estrellaría contra el poder del diablo. En este caso, utilizará otra arma que ha de serle más eficaz que su invencible espada de madera.

Este arma es el ingenio. De las mil ideas que surgen de su cerebro genial, Pipo elige una, al azar, y corre a presentarse ante el diablo. "¡Al fin eres mío!" —grita éste al ver a su nueva víctima—. "Un momento: vengo a entregarme a ti, pero también vengo a proponerte un negocio." "A ver" —dice el diablo, a quien esto de "negocio" le suena bien.

"Tú tienes —dice Pipo— una perrita de trapo y un caballito de cartón, que en cualquier bazar valdrán un par de duros mal contados. Yo te los cambio." Los diablos fueron siempre aficionados a los cambalaches, y aun cuando en todos los cuentos acaban siempre engañados, no se les cura esta afición. "¿Qué ofreces por la perra y el caballo?" —pregunta Perico, impaciente. "Te ofrezco —dice Pipo— un alma de un año." "¡Un alma de un año!" Al oír estas palabras, los ojos del diablo brillan… diabólicamente, claro está. Alma de un año nunca la hubo ni en el infierno de Lucifer. Perico se relame de gusto. "¿Pero me entregarás en seguida ese alma de un año?" "En cuanto me firmes este contrato que nos devuelve la libertad a los tres" —contesta Pipo—. El diablo, entusiasmado, se apresura a firmar el contrato que le tiende Pipo. Y grita: "Pronto, pronto, venga el alma de un año." "¡Toma!" —dice solemnemente el héroe—. Y saca de su bolsillo un taco de calendario, que le entrega. "¿Qué es esto?" —pregunta Perico, estupefacto.

"Esto es lo pactado —dice Pipo—; mira, tiene un año justo, o trescientos sesenta y cinco días, y no puede negarse que es un alma... naque." "¡Ah! —ruge Perico tirándose de los cuernos con rabia—; me has engañado." Sí; Pipo le ha engañado y le ha vencido, porque los diablos no faltan a su palabra, y menos firmando un contrato. Entonces Perico pega en el suelo una patada formidable; todo se llena de humo y de olor a azufre en medio de un resplandor rojo, deslumbrante; suena una explosión; Pipo se siente proyectado por los aires, lo mismo que Pipa y Trompetilla, violentamente arrojados fuera de sus respectivas calderas. Y pierden el conocimiento. Cuando lo recobran se hallan los tres en un prado verde y florido. Del bosque infernal, con su casita roja, sus calderas y su dueño diabólico, ni rastro. Es decir, rastro sí; en el suelo hay un cartelito, en el cual Pipo lee estas palabras, grabadas con fuego: "Sólo tú lograste vencerme y atravesar el bosque del diablo Perico —patas de chivo, nariz de pico."

CALOR/FRIO

EPISODIO XLIV

LA COLA DE TROMPETILLA

Enardecido por su nuevo triunfo, Pipo se pone en pie y arenga briosamente a sus tropas: "¡Soldados valientes! La felicidad de la doble dama Rataplán de Patiditero nos empuja hacia la montaña de los Setenta Picos. ¡El deber nos llama desde lo alto de aquellas cumbres inaccesibles! ¡Adelante, mis fieles soldados; adelante y arriba!"

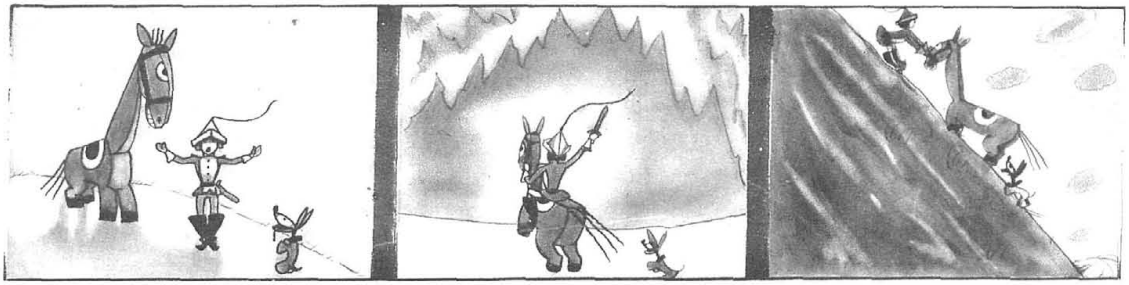
"¡Qué bien habla mi amo!" —murmura Pipa, enternecida—. Y de entusiasmo se le cae la baba; a Trompetilla se le cae también, pero es de frío. Ya están los tres caminando hacia los Setenta Picos. Tras largo caminar llegan al pie de la terrible montaña. ¡Y tan terrible! Son setenta picos, uno detrás de otro, los que hay que escalar, y estos setenta picos escarpados y agrestes, tienen una altura prodigiosa. Pipa siente desmoronarse sus entusiasmos, como nieve al sol. "¿Y hay que subir a pie?" —pregunta—. "Tú, no —contesta su amo—; tú, a pata nada más." Comienza la ascensión, que es aún más difícil y peligrosa de lo que parecía desde abajo, porque las escarpaduras son resbaladizas como el hielo.

Se gana un metro y se pierden cuatro. De pronto, Pipa lanza un ladrido desgarrador: ante sus patitas se ha abierto una sima profunda, y la desdichada, perdiendo el equilibrio, se escurre, y ¡patatrás!, cae de cabeza en el abismo. Menos mal que el fondo es mullido y el coscorrón que se da Pipa no es mortal. Pero, ahora, ¿cómo salir de allí?

Desde arriba, el héroe contempla a su fiel compañera y se retuerce las manos con desesperación. "Mi amo —dice Pipa—, sácame de aquí; me aburro y no tengo nada que comer." ¿Sacarla? Pipo se desespera. ¡Si tuviéramos una cuerda! Es indispensable una; ¡oh, qué idea! "Trompetilla —dice Pipo a su corcel de cartón verde—: ha llegado para ti la hora del sacrificio. Tienes que regalarme tu cola para fabricar con sus crines una cuerda con que sacar a Pipa del abismo." ¿Desprenderse de su cola, que es todo el orgullo del buen Trompetilla? ¡Es como si se le pidiera su bigote a Charlot o a Hitler! El pobre caballito vacila, duda... Pero su amo lo mira, y, desde el fondo del abismo suben los ladridos lastimeros de la perrita. Y Trompetilla, entonces, dice una palabra, una sola, pero que es todo un poema heroico: "Arráncala." Ya está fabricada la cuerda salvadora; ya asciende Pipa; sobre su hocico caen unas gotas. ¿Llueve? No; son lágrimas que vierte Trompetilla en recuerdo de la cola que acaba de sacrificar.

Tras los abrazos por la salvación de Pipa, prosigue la ascensión, cada vez más penosa. Cae la noche, y, de pronto, se levanta un viento helado y empieza a nevar. Es tan terrible la tormenta, que nuestros héroes se ven ante el peligro de ser arrastrados por el viento; afortunadamente, encuentran una gruta, y en ella se guarecen.

Es tal su fatiga, que, a pesar del ruido impresionante de la tempestad, caen rendidos en el suelo y se quedan dormidos. Cuando despiertan se hallan aún en la obscuridad. Sin embargo, han transcurrido muchas horas y ya es de día; pero, ¡horror! El viento ha arrastrado un peñasco enorme que cierra la entrada de la gruta. ¡Ya no pueden salir!



EPISODIO XLV

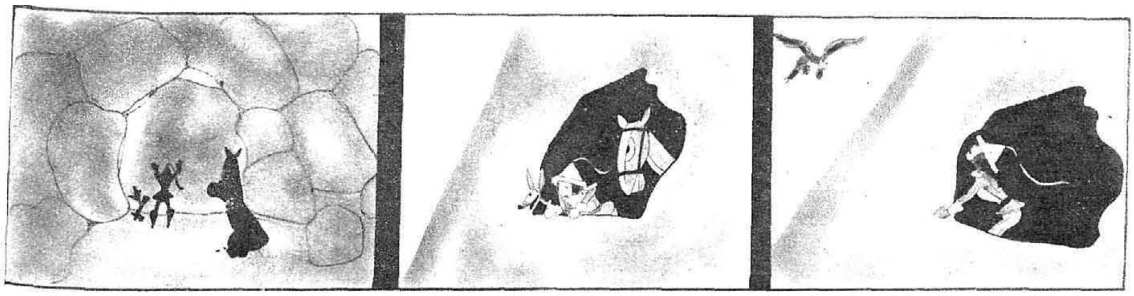
LAS NARICES DE PIPA

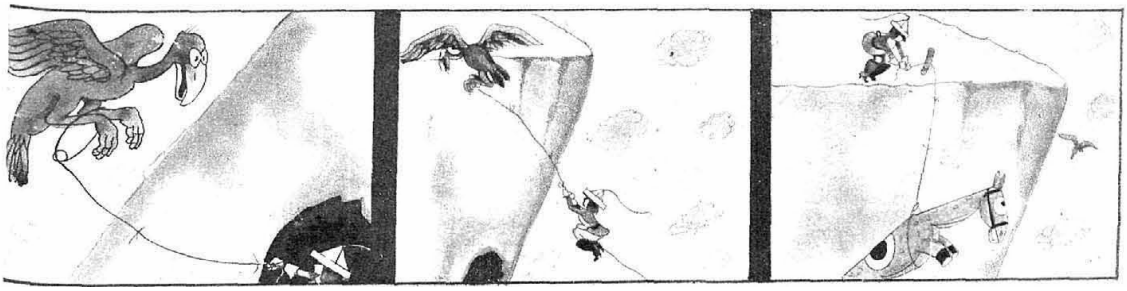
"¡Duro ahí, Trompetilla! ¡Dale fuerte, Pipa! ¡Todos a una! ¡Venga!" Pero son inútiles las exhortaciones de Pipo; vanos son los esfuerzos de los tres héroes; la enorme roca que cierra la entrada de la cueva no se mueve. ¿Van a morir enterrados en vida y en las tinieblas? Desesperadamente, Pipo recorre la gruta, que continúa como un verdadero túnel; en el fondo de este túnel, ¡oh, alegría!, hay una abertura. Los tres se precipitan..., pero a la alegría sucede la desilusión: aquella abertura está en una escarpadura recta y lisa cual un muro; mosca habría que ser para salir por allí, y desde la abertura —ironía cruel— se ve la meseta de la montaña, cercana e inaccesible. Pero ¿hay algo inaccesible para Pipo? Al ver un águila que revolotea por allí se le ocurre una idea genial: "Tu cola, mi buen Trompetilla, nos va a servir por segunda vez" —dice—. Y es verdad; coge la cuerda que fabricara con las crines de la cola, y confecciona rápidamente un lazo, en cuyo manejo ya sabemos que Pipo ganaría por puntos a Tom Mix en persona y en película. Lanzado con mano certera, el lazo se engancha en las patas del águila, que, intentando desasirse de esta ligadura imprevista, remonta el vuelo con violencia. Pero al hacerlo arrastra en su ascensión al propio Pipo.

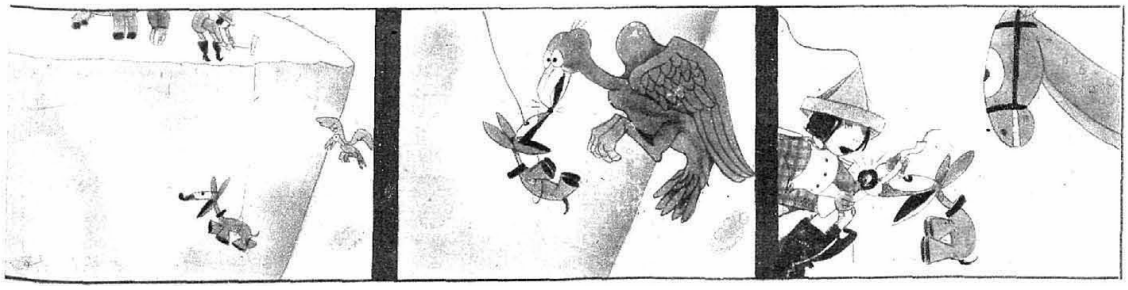
Al pasar cerca de la meseta, el héroe se deja caer, desata el lazo y, mientras el águila, libertada, desaparece entre las nubes, el lazo vuelve a hendir los aires con agudo silbido; esta vez Pipo lo ha lanzado hacia abajo, y ya Trompetilla, enganchado, sube hasta su amo. "¡Eh —grita Pipa, que se ha quedado sola—, a ver cuándo me toca a mí!"

Por tercera vez el lazo ha lanzado su silbido de serpiente salvadora en el aire helado de las alturas. Ya está fuera Pipa de la maldita gruta: ya sube hacia sus compañeros. Pero entre tanto, el águila ha reflexionado: se ha dado cuenta de que se le ha transformado en aeroplano sin pedirle permiso para ello.

¡Inferirle agravio semejante a ella, la reina de los aires! Furiosa, vuelve decidida a vengarse en lo primero que caía al alcance de sus garras. Y lo primero que cae es la desventurada Pipa, a quien apenas le faltan ya unos metros para estar junto a sus compañeros. Y de Pipa, lo primero con que tropieza el águila es con una chufilla que le sirve de nariz. Picotazo va, picotazo viene. "¡ Ay, ay!" —grita la infeliz—. Y llega arriba hecha una lástima; conmovido su amo la coge en brazos: "La verdad, mi pobre Pipa, es que tienes mala pata" —dice Trompetilla—. "Lo que tengo mala es la nariz" —lloriquea la perrita—. Mientras que su amo le hace una cura de urgencia. "En fin, amigos míos —dice Pipo—; alegrémonos. Ya hemos vencido buena parte de la empresa; como que de los setenta picos hemos escalado ya uno. Y la verdad es que éste lo hemos escalado, después de todo, sin grandes dificultades." "¿Sin grandes dificultades? Narices" —protesta Pipa, tocándose las suyas.







EPISODIO XLVI

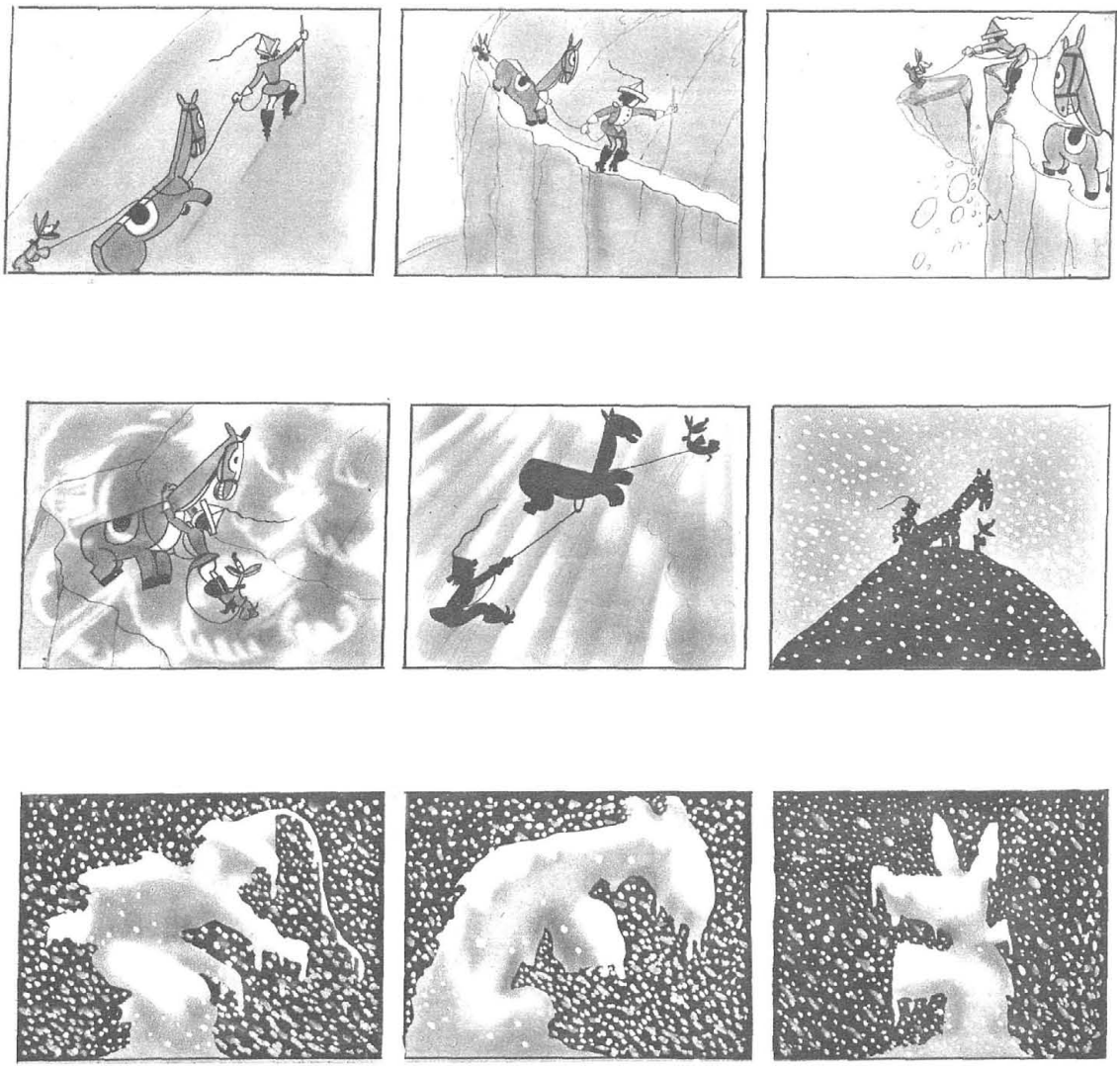
CONSECUENCIAS DE UNA NEVADA

Un pico..., dos picos..., tres picos..., ocho, quince, veinte, cuarenta y tres picos... Bueno, ¿para qué os voy a decir? Sesenta y nueve picos llevan ya escalados nuestros tres amigos. Esto, dicho así, puede que no parezca lo que es, pero recordad las penalidades que pasaron en la ascensión del primero; añadid a ello que las dificultades han ido en aumento y os haréis cargo de lo que supone el heroísmo, el entusiasmo con que, cantando a voz en grito, emprenden, por fin, la ascensión del septuagésimo pico del monte de los Setenta ídem. Y éste es, naturalmente, el más difícil de todos. Tanto, que hay momentos en que los alpinistas tienen que convertirse en equilibristas. Pipa gruñe: "Esto son setenta picos... y pico, ¡caray! ¡Aaaay!" Este grito agudo lo ha lanzado Pipa, porque se desprende el terreno que pisa y la infeliz perrita caería al abismo… si los tres compañeros no estuvieran bien amarrados, unos a otros, por la cuerda que ya conocemos.

Ha sido un nuevo servicio prestado por las crines del bravo Trompetilla, que murmura, entre melancólico y orgulloso: "Hay que ver la cola que trae mi cola." Poco les falta ya para llegar, cuando, de pronto, ¡tate! Esto no es que venga el coco, sino que se levanta un viento que los arrastra con violencia. Por fortuna, sopla de abajo arriba, gracias a lo cual nuestros héroes suben, empujados, hacia la cima con rapidez y comodidad, cual si subieran en un ascensor. ¡Ya están arriba!¡Ya han llegado a lo último de los Setenta Picos! ¡Qué triunfo! ¡Qué alegría! Ya está vencida la segunda prueba de la prodigiosa empresa, pues ahora ya todo es cuesta abajo.

Locos de contento, se cogen de las manos y de las patas y se disponen a bailar para celebrar el triunfo, cuando, de pronto, ¡oh estupor!, reciben en la cabeza un golpe, y otro, y otro, y otro. Es nieve que cae, sí, pero los copos son tan grandes que tienen el tamaño de paquetes de algodón en rama, de los de a peseta.

¡Y la cima del monte es una llanura pelada! ¡No hay donde guarecerse! Hay que aguantar, impávidos, aquella nevada fantástica. ¿Cuánto tiempo dura? ¿Tres minutos? ¿Dos horas? ¿Un día? Lo ignoro. Ignoro también quiénes son esos tres seres que se presentan a nuestra vista, en lugar de nuestros héroes. ¿Es posible, acaso, reconocer a Pipo en esta estatua que parece de blanco y frío cristal? Y Trompetilla, ¿cómo concebir que así haya quedado el brioso corcel de cartón, convertido en oso polar? En cuanto al perro de lanas —de lanas que parecen estalactitas— que podemos contemplar adjunto, sin duda os asombraré si os digo que no es otra que la propia Pipa. ¡Lo que sufre la fiel perrita! ¡No puede ni gruñir! Y es que están los tres condenados al silencio y a la inmovilidad: al silencio, porque las palabras, los ladridos, los relinchos, se les hielan en los labios, y a la inmovilidad, porque la nieve, que los cubre y se ha helado, los paraliza. ¿Qué hacer cuando no se puede hacer nada?



EPISODIO XLVII

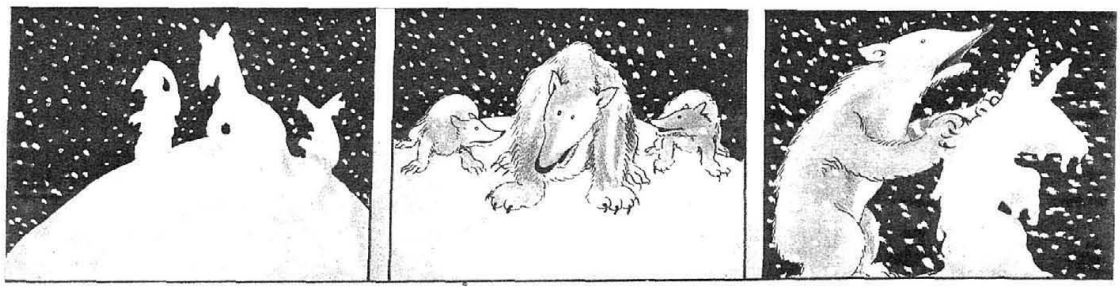
LOS OSITOS JUEGAN AL BALÓN

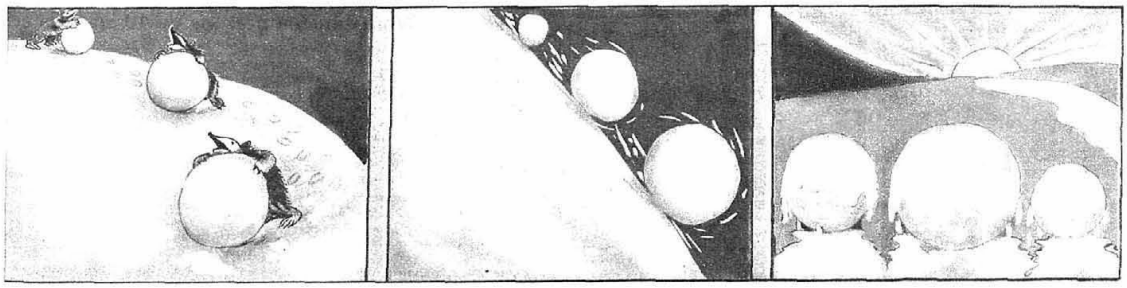
Allá, en lo alto del último pico del Monte de los Setenta ídem, siguen, tal como las dejamos, las tres estatuas, que son nuestros héroes; siguen heladas, siguen blancas, y, sobre todo, siguen inmóviles, cual suelen estar generalmente las estatuas. Ya el frío del sudario de nieve que los envuelve penetra en sus huesos.

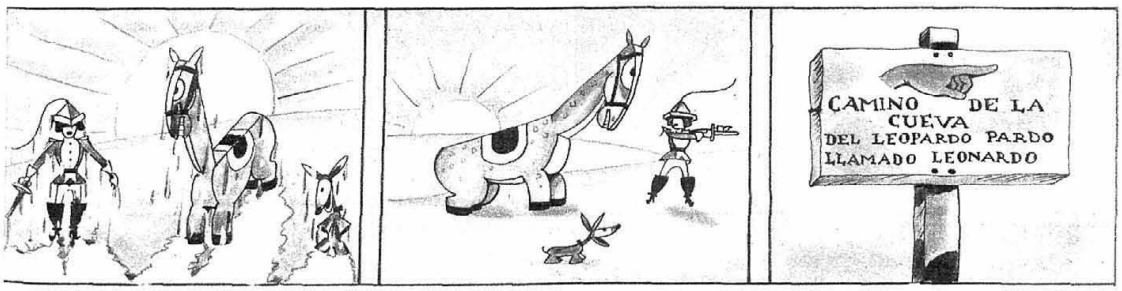
Y en su alma ha penetrado ya la desesperación. ¿Cómo han de salvarse si no se pueden mover, si en aquellas alturas no da nunca un rayito de sol que pueda derretir el hielo que los inmoviliza, si en torno suyo no hay nada ni nadie? Allí sólo moran tres seres vivos: son una respetable osa viuda y sus dos hijitos. Ellos no sienten el frío porque poseen unos abrigos de pieles magníficos. Los dos ositos son muy juguetones; su mamá los adora. Aquel día se acerca a ellos con la alegría que tiene vuestra madre cuando os trae un nuevo tomo de las "Aventuras de Pipo y Pipa", y les grita: "¡Hijos míos, os he descubierto unos juguetes divertidísimos!" Y los lleva hacia las tres estatuas.

"Esto que veis —les explica— lo vamos a convertir en tres balones enormes." "¡Qué alegría, mamá osa! —gritan los ositos—. Y dinos, ¿cómo se hace?" "Imitadme a mi" —contesta la tierna, sí que velluda mamá—. Cada uno se apodera de una de las estatuas y empieza a hacerla rodar por la espesa alfombra de nieve que cubre el suelo, y a medida que van rodando, las estatuas se convierten, efectivamente, en bolas que crecen. Los ositos están encantados con el juego y su madre también. "¡A ver quién hace su balón mayor!" —gritan los tres—. Y tanto y tan bien se entusiasman que las bolas llegan hasta el borde de la planicie y resbalan por la pendiente.

Desde arriba, los osos contemplan, con desolación, cómo sus juguetes se alejan vertiginosamente y se pierden de vista. Pero esto les ocurre a ellos nada más; nosotros seguimos viendo cómo las tres bolas de nieve ruedan hasta abajo y se detienen al llegar al valle. A este valle donde no nieva, donde no hace frío, donde, precisamente en estos momentos, luce un hermoso sol que empieza a derretir la nieve. Con lo cual las bolas van disminuyendo como caramelo en vuestra boca. Y, por fin, vemos reaparecer a nuestros amigos, que se agitan frenéticamente para desquitarse de su terrible inmovilidad. A pesar de esta gran alegría, Pipa está de mal humor. "Me he enfriado —dice—; estoy ronca. Tengo una voz de perro." "¡Toma, claro! —contesta su amo—. ¿De qué querías tener tú la voz?" "Pues como siempre; de perra" —contesta Pipa picada—. Pero ya, con el gesto heroico que le es peculiar, Pipo desenvaina su espada y grita: "¡Compañeros! Hemos vencidos las dos primeras partes de la empresa. Nos queda una para hallar el talismán que ha de devolver la dicha a la noble familia Rataplán de Patiditero. ¡Adelante! ¡Todo sea por la cara de doña Gumersinda y de sus retoños!" "¿Por su cara? —gruñe Pipa—. ¡Pues maldita sea su cara!" Afortunadamente, la fiel perrita está afónica y su amo no la oye. Y la comitiva emprende la tercera etapa, que es, por cierto, la más peligrosa.






CAMINO DE LA
CUEVA
DEL LEOPARDO PARDO
LLAMADO LEONARDO

EPISODIO XLVIII

LA CUEVA DEL LEOPARDO PARDO, LLAMADO LEONARDO

En medio de la selva virgen, de la inmensa, solitaria, silenciosa y tenebrosa selva, hay una cueva. En ella mora el leopardo pardo, llamado Leonardo, que es el más feroz de cuantos leopardos pardos —o de cualquier otro color— en el mundo han sido. Esta cueva está adornada de una manera escalofriante. De sus pétreas paredes penden rabos de toda clase de animales; son los trofeos de caza del terrible leopardo pardo, que tiene la costumbre (una costumbre mucho más fea todavía que la de morderse las uñas o comer con los dedos) de devorar a sus víctimas y coleccionar sus rabos, cual los pieles rojas coleccionan las cabelleras de los "rostros blancos".

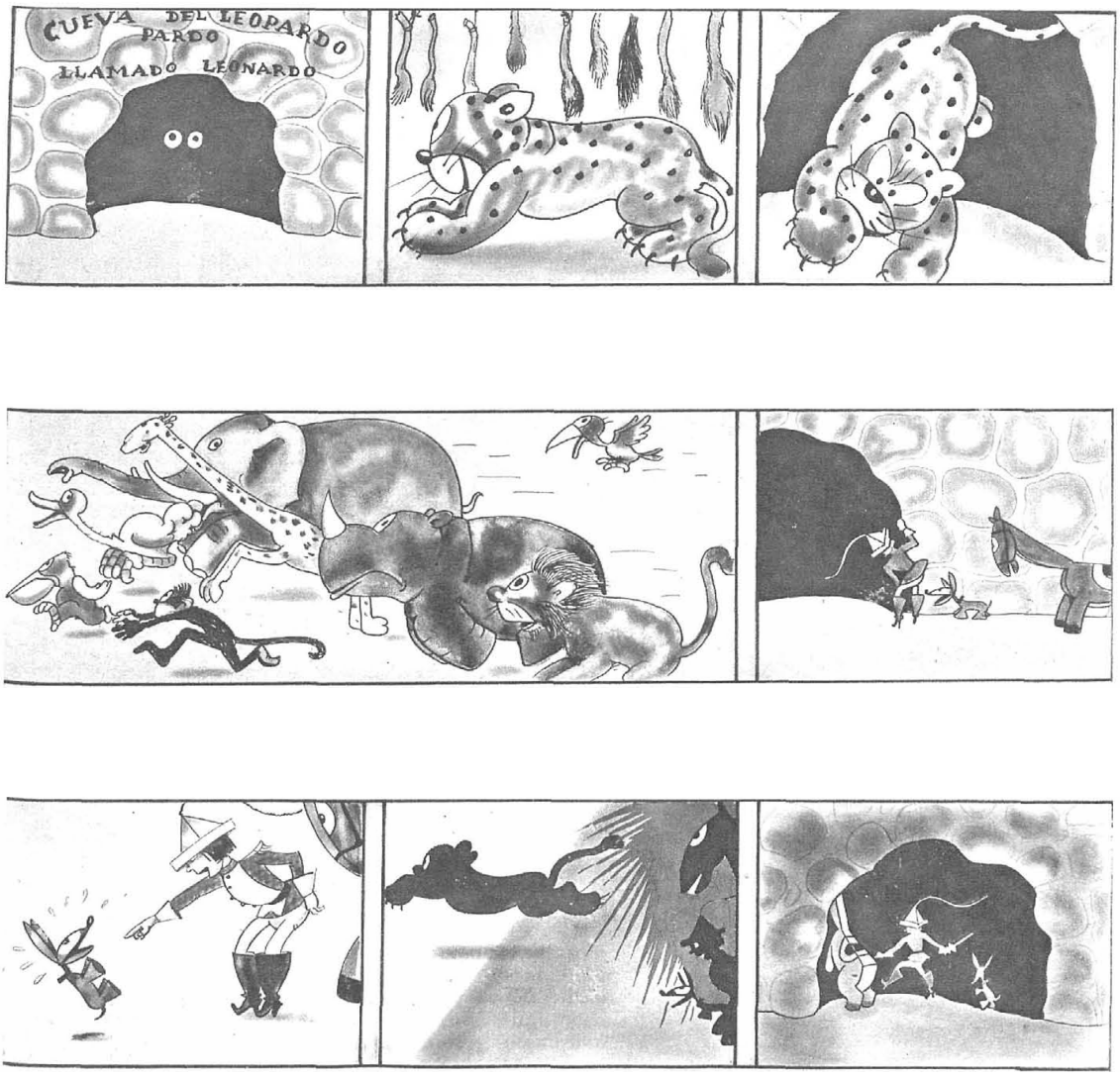
Pian pianito, nuestros tres héroes han llegado cerca de la cueva del leopardo pardo, llamado Leonardo, no muy cerca, por supuesto; pero, en fin, lo bastante para ver cómo la fiera se asoma a la entrada y para oír cómo lanza un rugido formidable. Este rugido es, en realidad, un bostezo; pero este bostezo significa que el terrible leopardo tiene hambre.

Entonces ocurre algo extraordinario, y es que todos los habitantes de la selva virgen, al oír aquel rugido, comprenden su significación y huyen despavoridos de aquellos lugares; huyen desde la tímida gacela al fiero león, y hasta el aún más fiero "lopintan" (sabido es que no es tan fiero el león como "lopintan"). Y tal es su precipitación al huir, que a la señora avestruz se le cae su magnífico boa de plumas, y el tigre, al llamar a sus hijitos, de tanto como tiembla, se le traba la lengua: "Tigritos..., triguitos..., tiguitros..., trigritros..." Satisfecho, sin duda, por el efecto producido, el leopardo pardo vuelve a meterse en su cubil.

Entonces nuestros tres héroes sostienen un grave conciliábulo. "Es preciso —declara Pipo— que entremos en esta cueva para examinarla." A Pipa se le corta la respiración: "¿Entrar en la cueva del leopardo?" —exclama—. "Sí —dice su amo—; pero después que salga su habitante." Pipa recobra el soplo; pero vuelve a perderlo en seguida, porque Pipo añade: "Y para ello lo mejor es que primero entres tú sola, le desafíes, salgas corriendo y te lo lleves lejos de aquí. Entonces nosotros..." "¿Entrar yo? ¡Un cuerno, mi amo!" —protesta la irrespetuosa perrita—. "No te apures; tengo otro plan, y es el de esperar a la noche, que es cuando salen de sus cuevas todos los leopardos pardos."

"Lo mismo les pasa a los gatos." —declara el doctoral Trompetilla—. "He oído decir que de noche todos los gatos son pardos." Ocultos los tres detrás de una palmera, esperan a que caiga la noche, y cuando ven aparecer al leopardo pardo, llamado Leonardo, que sale a cazar su comida del día siguiente, entran, a su vez, en la cueva deshabitada.

Al ver la "decoración" de las paredes, Pipa lanza un ladrido de angustia: "¡Ay, mi amo, la que nos espera! ¡Nos quedamos sin rabo!" Trompetilla se encoge de hombros: "¡A mí, plin! —dice—, que yo ya he perdido el mío." "No hay que asustarse —dice Pipo tranquilo—. Pues sospecho que, como caigamos en sus garras no va a dejar de nosotros ni los rabos!"


CUEVA DEL LEOPARDO
PARDO
LLAMADO LEONARDO

EPISODIO XLIX

EL LIBRO DE BRUJERÍAS

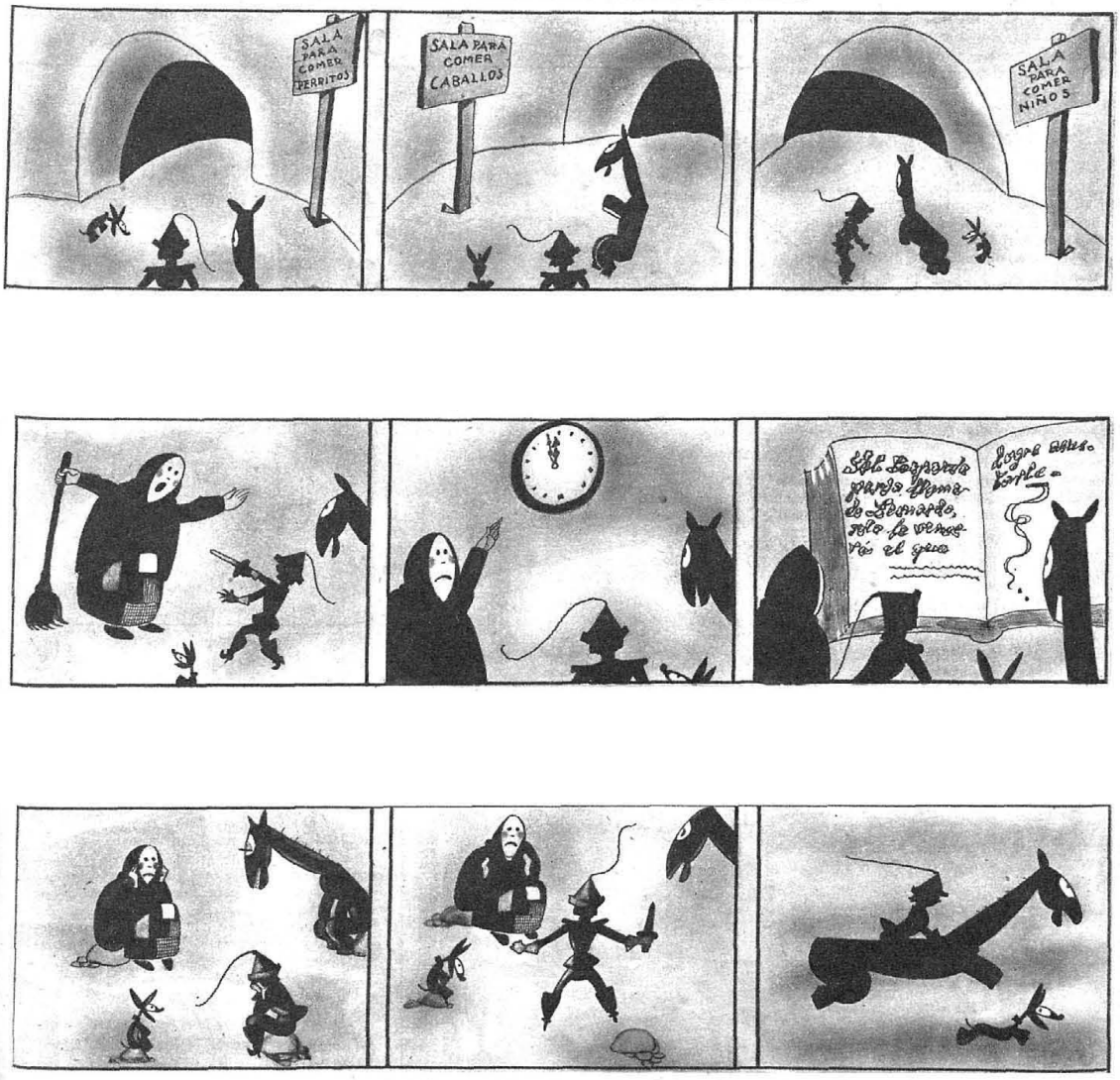
Desde el recinto de los rabos cortados, nuestros héroes pasan a una estancia, donde hay un letrero que dice: "Sala para comer perritos". Pipa exclama: "¡Vámonos de aquí!" "¿Acaso tienes miedo?" —pregunta su amo—. "¿Mi... mi... miedo yo? —protesta Pipa, tartamudeando—. ¡Qué va! ¡Es que hay co... co... corrientes de aire y estoy constipada!"

Entran en otra sala, donde también hay un letrero; éste reza: "Sala para comer caballos". Trompetilla ahoga un relincho. "No nos quedemos aquí —dice—; noto mucha humedad y me sienta mal." "No sabía que tuvieras reuma" —dice Pipo—. "No, si es que la humedad... no nos conviene a los caballitos de cartón, porque... nos reblandece."

Tercera sala, tercer letrero, que dice estas palabras: "Sala para comer niños". "¿Y aquí —pregunta Pipo—, os parece que se puede estar?" "Vaya… —dice la perrita—; no está del todo mal." "Sí —aprueba Trompetilla—; puede pasar." "¡Lo que no puede pasar es lo granujas que sois!" —exclama Pipo—. En este momento aparece una vieja.

Siempre presto a la defensa, Pipo desenvaina su espada de madera y pregunta: "¿Quién eres?" "Yo soy la dueña Clorata, boca sin dientes y voz de rata —contesta la vieja—; nada temáis de mí; soy la criada del señor Leopardo Pardo, llamado Leonardo, y no hago mal a nadie; pero os aconsejo que huyáis de aquí antes de que den las cuatro. A esa hora regresa mi señorito, y él sí que es terrible y despiadado; tal terror me inspira, que no me atrevo a dejar su servicio, aunque sólo me paga con arañazos, golpes y mordiscos. Si os coge aquí estáis perdidos." "Buena mujer —contesta Pipo—, no huiremos, porque hemos venido para afrontar a tu amo y vencerlo. Y si conoces el medio, dámelo, y con ello ganarás, a la vez, tu libertad y mi agradecimiento." "Yo nada sé —dice la señora Clorata—, pero aquí hay un libro de brujerías, en el cual, vosotros que sabéis leer, quizá halléis algo útil." Pipo sabe más que leer; sabe descifrar hasta los signos cabalísticos, y así ve que en el libro misterioso pone estas palabras: "Solamente vencerá al Leopardo Pardo aquel que logre darle un susto." Sí, pero ¿cómo asustar a quien nada teme y de todos es temido? Sentados los cuatro, meditan sobre este problema. Pipa sugiere: "Podríamos escondemos todos detrás de una puerta, y cuando llegara él salir de golpe, gritando: "¡Uuuuh!" A mí eso me asusta mucho."

Trompetilla medita y calla; nada se le ocurre, y es que este caballito es un poco borriquito. De pronto. Pipo se levanta y grita: "¡Eureka!" Pipa menea el rabo con desdén. "Eso no asusta bastante, mi amo" —dice—. "¡Calla, tontuela! Digo "eureka" porque he encontrado la manera de asustar al Leopardo Pardo. A ver, buena mujer, dígame si hay cerca de aquí algún pueblo." "El más cercano —contesta la dueña Clorata— dista dos horas de camino." "¿Dos horas, y el leopardo no viene hasta las cuatro? ¿Y son ahora las doce en punto? Tengo el tiempo justo." Y el héroe, saltando sobre Trompetilla, parte al galope, seguido de Pipa, y dejando a la dueña Clorata intrigadísima... y a nosotros también.


SALA PARA COMER PERRITOS
SALA PARA COMER CABALLOS
SALA PARA COMER NIÑOS

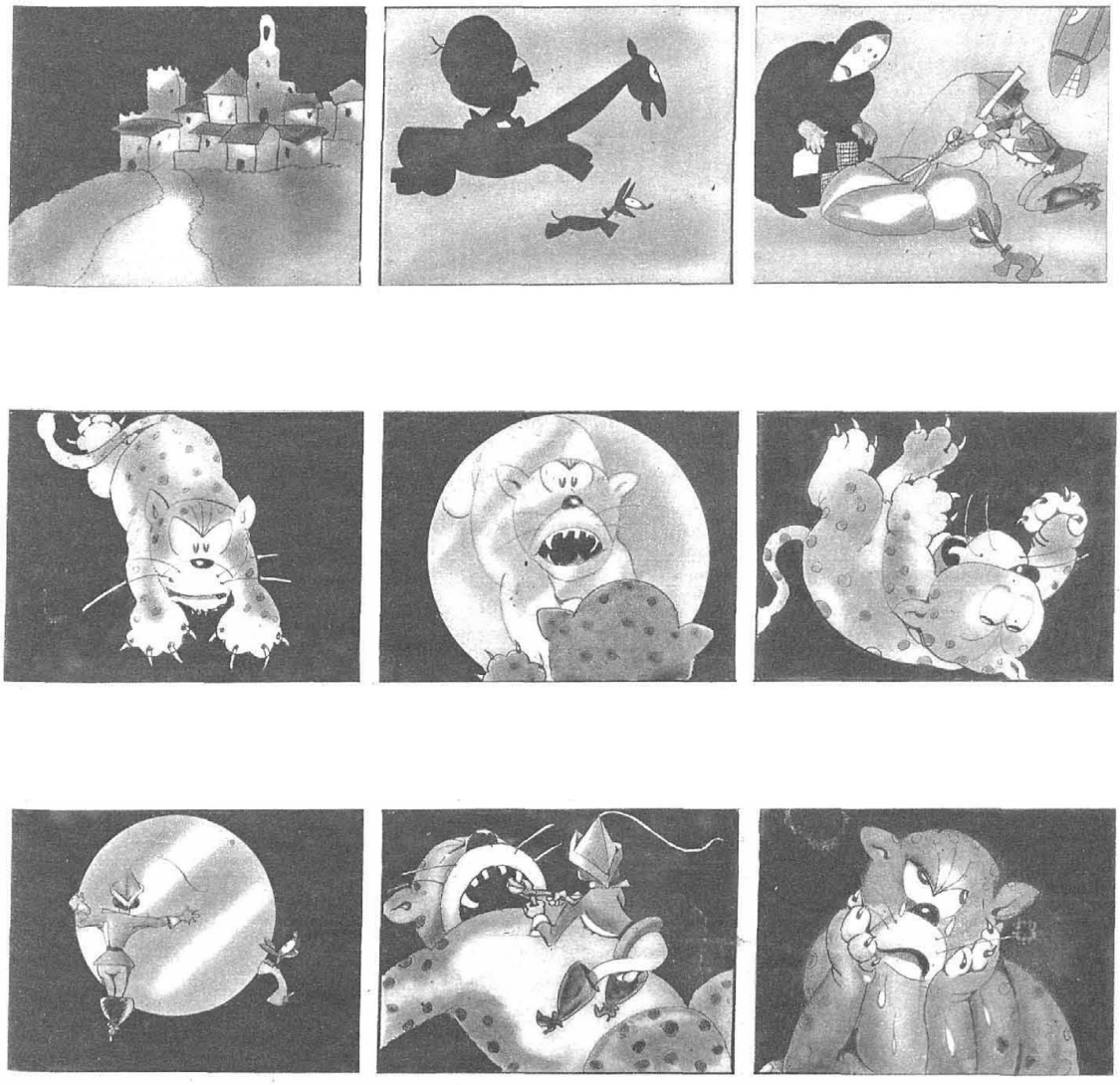
EPISODIO L

EL SUSTO DEL LEOPARDO PARDO, LLAMADO LEONARDO

Alcalá de los Prados Azules se llama el pueblecito, al que nuestros tres amigos llegan después de galopar dos horas. Breves momentos permanecen en él, y cuando emprenden el camino de regreso a la selva virgen, nuestro héroe Pipo lleva un bulto de gran tamaño. ¿Qué será? ¿Alguna bomba? Mas no hay tiempo que perder. Son las cuatro menos diez cuando, jadeantes, Pipo, Pipa y Trompetilla, llegan a la cueva donde la dueña Clorata, boca sin dientes y voz de rata, los espera con impaciencia. "Pronto, pronto, señora Clorata, unas tijeras para cortar los bramantes de este envoltorio" —ordena el héroe—. "Y eso ¿qué es?" —pregunta la vieja que es algo curiosa—. "Esto—contesta Pipo —es… lo que me va a servir para asustar al leopardo pardo, llamado Leonardo." También nosotros somos un poquito curiosos y nos preguntamos, como la dueña Clorata, qué será "eso". ¡Pero, cielos! Ha sonado la primera campanada de las cuatro. Y, como respondiendo a ella, se oye un rugido formidable que nos sobresalta. Es el dueño del lugar que regresa de su excursión nocturna. Y viene, por cierto, de muy mal humor porque tiene todavía más hambre que cuando se marchó. Como que no ha encontrado presa a la que hincar el diente. ¡Claro! Es tal el espanto que inspira a los huéspedes de la selva virgen, que en toda la noche no pasa una rata en varias leguas a la redonda.

"Tendré que acostarme sin cenar —gruñe, furioso, el leopardo—. No; pues soy capaz de zamparme a la vieja Clorata, con huesos y todo... ¡Aaaah!" Esto no ha sido un bostezo, ha sido un rugido, un espantoso rugido... de miedo. Sí, de miedo; al llegar a la entrada de su cueva, la fiera, que en su vida se asustó, siente erizársele el pelo ante lo que ve.

Tan terrorífico es lo que ve el leopardo pardo, llamado Leonardo, que no puede resistir el susto y se desmaya, ni más ni menos que una señorita. ¿Qué habrá visto que tal espanto le causa? Pues lo que ha visto es... a él mismo. Sí; por primera vez en su vida, el leopardo pardo, llamado Leonardo, ha visto su imagen, y esta imagen la ha visto reflejada en un espejo que Pipo, ayudado por Pipa, sostiene a la entrada de la cueva. Tal ha sido la idea luminosa, genial, de nuestro héroe: adivinó que ante su espantable imagen el leopardo pardo, que nunca tuvo miedo, se tenía que asustar. Más ahora hay que aprovechar el desmayo de la fiera para arrancarle el colmillo mágico que ha de servir de talismán para devolver la dicha a la noble familia Rataplán de Patiditero. Sacando unas tenazas que traía en previsión, Pipo abre la boca del leopardo y le arranca el colmillo, que, por cierto, es de oro, con una facilidad que le envidiarían los mejores odontólogos. Y realizada esta operación huye de la cueva terrible, montado en Trompetilla y seguido de su fiel Pipa y también de la dueña Clorata, así libertada de su esclavitud. "¡Oh, desesperación!" —ruge el leopardo cuando, al recobrar el sentido, se da cuenta de su desdicha—. Ha tenido miedo y ha perdido su colmillo mágico. ¡Está deshonrado! Y es tal su vergüenza, que decide hacerse peliculero, ya que en el cine las fieras son unas infelices.



EPISODIO LI

EL BRUJO FLORINGUINDINGUI

En la noche, la caravana de los héroes se perfila cual sombras chinescas; sin embargo, bien se nota su aire triunfal. ¡Menudo triunfo este último del gran Pipo! Menuda alegría al pensar que pronto entregará a la familia Rataplán de Patiditero el talismán que ha de devolverle la felicidad. Una vocecilla quejumbrosa interrumpe sus meditaciones.

"Estoy cansada, ¡tengo sueño!" No hay que decir que esta es la voz de Pipa. Y como llevan ya muchas horas de incesante galopar. Pipo decide que se haga una paradita, y se tumban y quedan profundamente dormidos. Es decir, todos, no; alguien vela: es la dueña Clorata, que ha concebido un plan diabólico y aprovecha este momento para ejecutarlo.

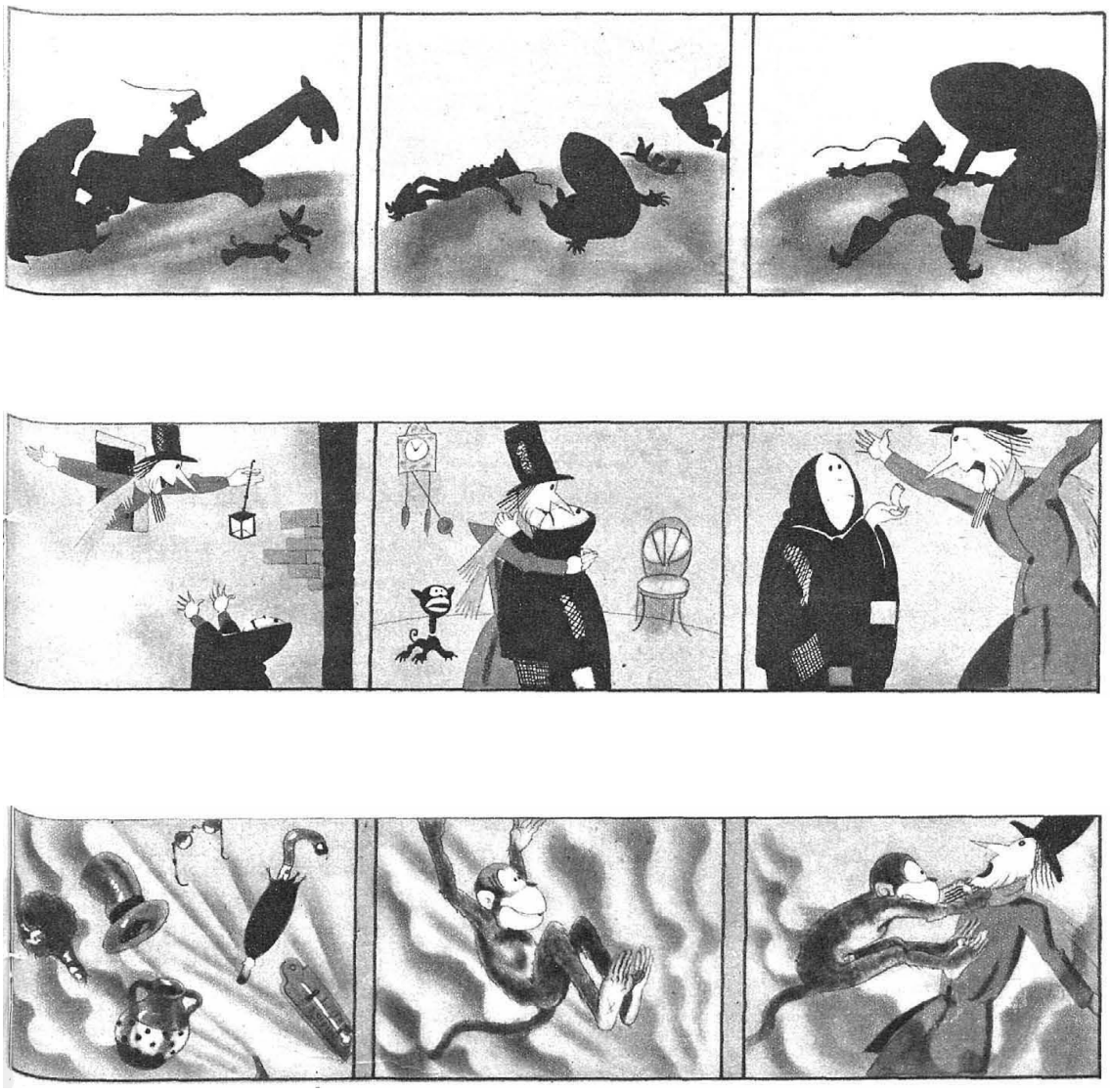
Cautelosamente, la vieja se acerca a su libertador. ¡Cielos! ¿Irá a matarlo? No. Pero le va a inferir un daño casi tan grande como el de la muerte: le va a arrebatar el fruto de la más grande hazaña de su gloriosa carrera. Sí; le va a robar el colmillo del leopardo pardo. ¡Ya es suyo! ¡Ya está el precioso talismán entre los dedos de la vieja!

Corre que te corre, cual nunca pudo creerse que corrieran tan viejas y huesudas piernas, la dueña Clorata llega a cierta casucha aislada en medio del campo, cerca de un pueblo, y llama a la puerta. Una ventana se abre, una cabeza se asoma, una voz pregunta: "¿Quién va?" "¡Abre, esposo mío —contesta la dueña, con su voz de rata—; soy yo!"

A los pocos segundos cae en brazos de su marido, gritando: "¡Mira lo que te traigo!" Hay que decir que el marido de la dueña es un brujo; pero también hay que advertir que este brujo —llamado Floringuindingui— es de poca monta, de ínfima categoría, un brujastro, en fin, de tres al cuarto, que tuvo que venirse a un pueblo, porque en ninguna ciudad hacia negocio. Al ver el colmillo, el brujo lanza un grito de alegría: "¡Este es el mejor talismán del Mundo! ¡Con él reharé mi crédito y mi fortuna, y el Mundo entero se prosternará a mis plantas!" "Pero sabrás utilizarlo, ¿verdad?" —pregunta la dueña—. "¿Yo? ¡Ja, ja ja! Yo lo sé todo. Vamos a probar inmediatamente su poder, y su propia sabiduría. ¿Qué quieres que pida?" "Pues mira, así como así tengo hambre, y quisiera comer." El brujo eleva el talismán y ordena: "Colmillo de leopardo, comida te encargo." Suena un ruido, el techo se abre, y sobre la mesa caen al punto... un paraguas agujereado, un soplillo, un puchero desportillado, un termómetro roto…

Floringuindingui se rehace en seguida de su estupor. "¡Ya sé, ya sé! —dice—. Es que a este género de talismanes no conviene pedirles cosillas sin importancia. Ya que llevamos bastantes años casados sin descendencia, voy a pedir un hijo a quien legar mi poder y mi sabiduría." Grita: "Colmillo del leopardo, un hijo te encargo." Y aparece... ¡un mono!

Un horrible orangután, que se abalanza sobre "sus padres", tira del moño a la dueña Clorata y de las barbas al brujo, y huye por la ventana con una carcajada de burla, "Caramba —murmura Floringuindingui—, este colmillo debe de tener algún muelle flojo. Por fortuna, yo me pinto solo para arreglar talismanes descompuestos. Ahora verás."



EPISODIO LII

DON PERFECTO COMPONE EL TALISMÁN

Después de sacudir el talismán de arriba abajo y de izquierda a derecha, según solemos hacer con los relojes que no andan, el mago Floringuindingui se convence de que el colmillo está descompuesto y resuelve llevárselo a un relojero. Hace con él un paquetito, se cala su chistera de los domingos, coge su paraguas encarnado y se va a casa de don Perfecto, que es el relojero del pueblo. "Aquí le traigo —dice— este talismán que se me ha "descomponido." (Floringuindingui anda tan mal de gramática como de magia.) "Déjelo usted hasta mañana en observación —contesta don Perfecto, como suelen hacer todos los relojeros para que les dejemos nuestros relojes y les sirvan de adorno en sus tiendas.

Al día siguiente vuelve el mago a casa de don Perfecto. "¿Me lo ha arreglado usted?" —pregunta—. "¿Qué falta hace arreglar las cosas descompuestas? Mire usted este reloj; atrasa cerca de una semana; pues para saber la hora basta con echar una cuentecita sencillísima. Cuando señala las tres y cuarto ya se sabe que son las once y media."

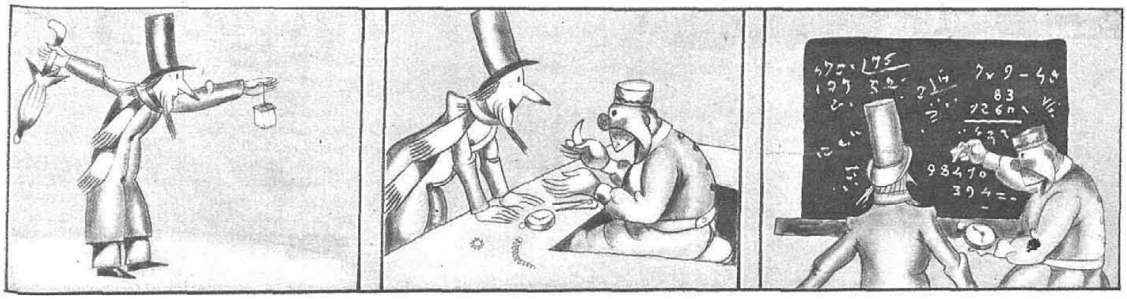
"Si, pero los talismanes..." "Pues lo mismo que los relojes. Que quiere usted un gabán de pieles, pide usted una gramola; que quiere usted irse a Valencia con su mujer, pues pide usted "pa ella" una máquina de coser y para usted un alfiler de corbata." Entusiasmado con la idea, el mago se vuelve corriendo a su casa y abraza a su esposa, entusiasmado.

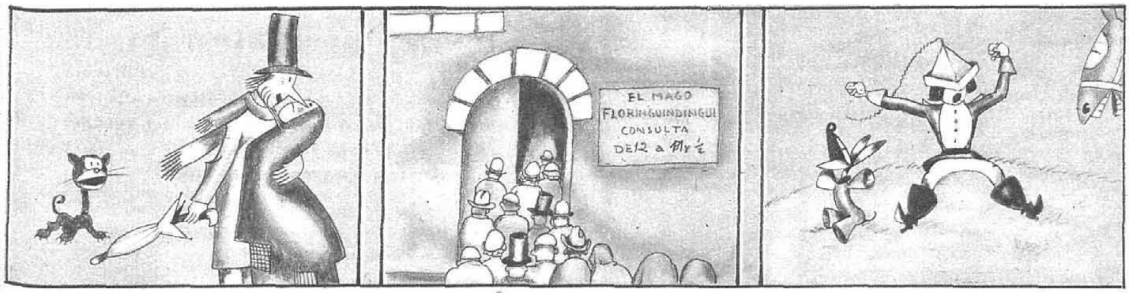
"¡Ahora sí que vamos a ser ricos." —grita—. Y sin tardar, cuelga ante la puerta un letrero que dice: "Consulta del mago Floringuindingui, poseedor del colmillo del leopardo pardo, llamado Leonardo. Horas de visita: de doce a once y media." Acuden los clientes en tal número que tienen que hacer cola, como si hablase Azaña.

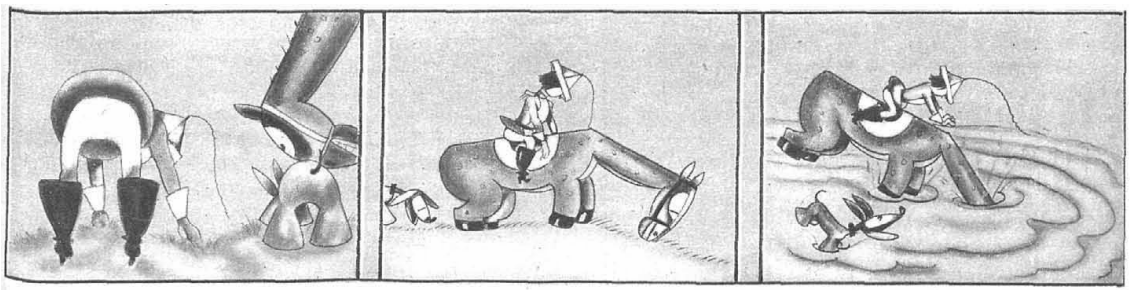
Mas volvamos ya a nuestros héroes, que dejamos disfrutando de un descanso bien merecido. Sale el sol, canta la perdiz y cantan los pajarillos en la enramada. Pipo abre un ojo. Pipa abre otro y Trompetilla los dos, y los tres despiertan y se dedican a bostezar y desperezarse, como hacen los niños bien educados cuando no los ve nadie.

De pronto. Pipo lanza un grito: "¡Mi talismán!" ¡Oh! ¡Ah! Todos se precipitan a cuatro patas (a Trompetilla y a Pipa esto les es fácil) para buscarlo en la hierba; es en vano: el talismán ha desaparecido. Pipo lanza otro grito: "¡Ah! ¡Oh! ¡La dueña Clorata!" Sí; la vieja ha desaparecido también y tampoco la encuentran entre la hierba.

Entonces Pipo lo comprende todo: la vieja no ha encontrado mejor manera de agradecer a su salvador la liberación que robándole el precioso fruto de su última proeza. Hay que recuperar el colmillo del leopardo pardo, llamado Leonardo. ¿Pero cómo? ¿Dónde hallar a la dueña Clorata? Desesperado, Pipo monta sobre Trompetilla y echa a andar al azar, sin rumbo, presa de esa profunda meditación que precede en él, como en todos los héroes, a la elaboración de un plan. Una exclamación de su fiel compañera le saca de su ensimismamiento: "¡Qué fría está el agua!" —ha gritado la perrita—. Y es que Pipo, con su preocupación, se ha metido, sin darse cuenta, en un río.




EL MAGO
FLORINGUINDINGUI
CONSULTA
DE 12 a



EPISODIO LIII

EL SEÑOR POLICLETO, TRAPERO DE RÍO

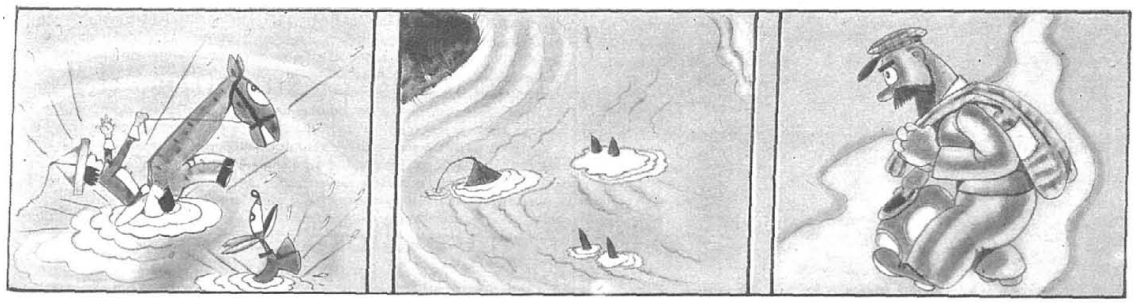
¡Ah, río traidor! Apenas nuestros héroes se dan cuenta de que han entrado impensadamente en el agua, cuando ya la corriente empieza a arrastrarlos. Intentan luchar, pero es en vano; la corriente redobla su violencia. Ya pierde pie Pipo; ya Trompetilla y Pipa pierden pata. Ya, sobre el agua cristalina, sólo aparecen, cual nenúfares bellos y flotantes, las orejas del brioso corcel de cartón verde, las de la fiel perrita de trapo y el gorro, el célebre gorro de papel —que debe de ser impermeable— del más glorioso de todos los héroes que en el mundo han sido. Poco a poco van desapareciendo también... Precisamente a la misma hora salía de su casa y se encaminaba hacia el río, con su saco al hombro, el señor Policleto, que es trapero, para lo que ustedes gusten mandar. Pero no es un trapero de esos que van por las calles voceando: "¡Traperooo!", ni de los que van recogiendo las mondas de patata, las cáscaras de huevo y los billetes de Banco sin estampillar que tiramos al cubo de la basura.

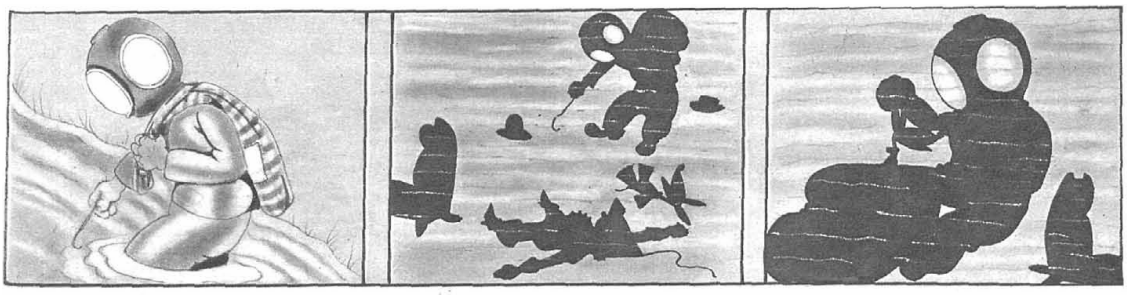
El señor Policleto es un "trapero de río"; es decir, que en vista de la competencia que hay en la tierra, ha resuelto dedicarse a los ríos, en cuyo fondo recoge todos esos sombreros que se lleva el viento y no volvemos a ver más. Para ello, naturalmente, el Señor Policleto se pone su buena escafandra y se mete en el agua con la misma tranquilidad con que vosotros os metéis en el baño. Pero hoy lo que encuentra en el fondo del río le deja patidifuso. Además de los sombreros de costumbre hay tres seres que yacen en la arena inánimes, exangües..., ¿muertos? ¿No? Aún respiran. El señor Policleto no pierde más tiempo que el necesario para realizar su pequeña cosecha sombrereril habitual; en seguida mete en su saco a los tres náufragos, y, ¡arriba! Sale del río llevando su carga, que, por supuesto, es bastante más pesada que la de los demás días. Al llegar a su casa, el señor Policleto se apresura a poner a secar al sol el contenido del saco.

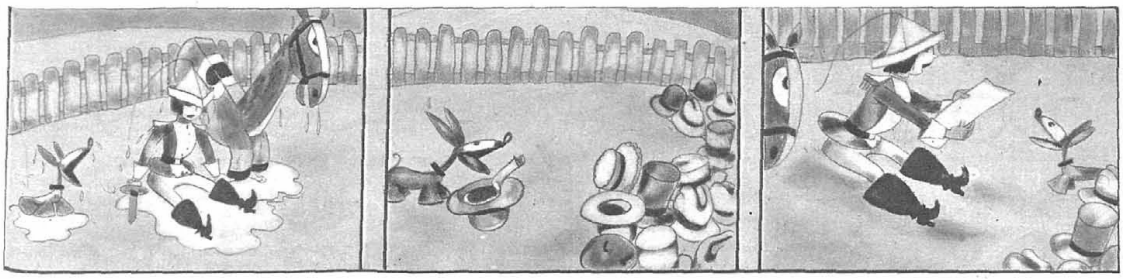
Un estornudo: es Pipa que despierta de su desmayo, porque una mosca le hace cosquillas en la punta de la nariz. Al ruido también recobran el sentido los otros dos "desahogados". Se hallan en un corralillo rodeados de sombreros —los hay hongos, de paja, de fieltro y hasta de chistera—, que están tan húmedos como ellos.

Cuestión de pasar el rato. Pipa siempre juguetona, agarra uno de aquellos sombreros y se entretiene en sacar algo que tiene entre el forro y la copa; es un periódico (se comprende que aquel sombrero le venía grande a su dueño), y al verlo, Pipo exclama: "¡Trae, Pipa! Hace mucho que estamos sin noticias; voy a ver qué pasa por el mundo."

El héroe desdobla el periódico, lo hojea y lanza un grito de sorpresa y de alegría; en la primera plana aparece un anuncio que dice así: "¡Acudid todos a casa del mago Floringuindingui, poseedor del colmillo del leopardo pardo! ¡Gracias a este talismán maravilloso, el mago Floringuindingui conseguirá cuanto deseéis! Consulta, dos pesetas."







EPISODIO LIV

A LA CAZA DEL TALISMÁN

¡Esta sí que es buena! ¡Vaya suerte! ¡Encontrar así el talismán perdido, sin trabajo, fatiga, molestias ni peligros! Encantados nuestros amigos, bailan un cancán desenfrenado, al que Pipo pone fin con estas palabras: "Ya sabemos dónde está, el talismán..., pero no basta; para recuperarlo tendré que introducirme en casa de ese mago Floringuindingui."

En este instante aparece el señor Policleto. Pipo le estrecha la mano con efusión: "Usted nos ha salvado del río —le dice—; muchas gracias y cuente con el agradecimiento de este suyo seguro servidor y héroe." "Trapero, para servir a Dios y a usted" —contesta el señor Policleto—. "¿Trapero? —exclama Pipo—. Ya lo creo que me puede usted servir."

Y resuelto a disfrazarse para introducirse en la casa del mago Floringuindingui, Pipo entra en el almacén del señor Policleto y sale convertido en un verdadero señor con toda la barba, y, además, con bigote y chepa. Esto de parecer jorobado es para justificar su escasa estatura, porque ya sabemos que Pipo es un héroe muy grande..., pero muy pequeñín.

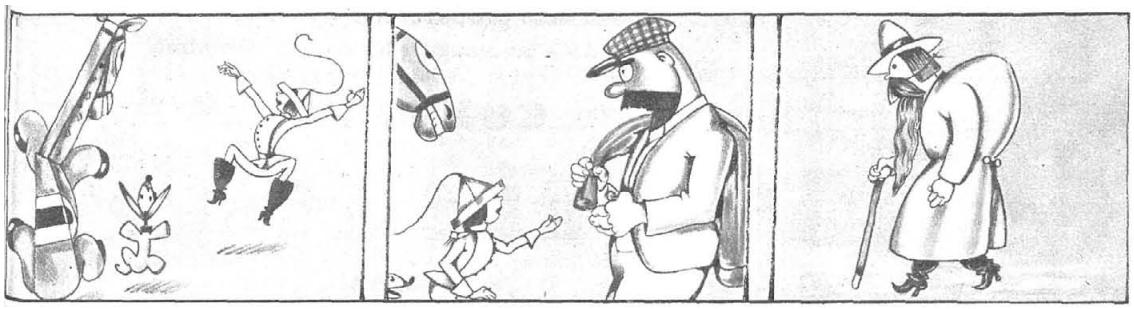
Cuando el viejo y cheposo señor Pipo se presenta en casa del mago, éste se niega a recibirle: "No es hora de consulta" —dice—. "Es que me trae un asunto muy urgente." "Me tiene sin cuidado." "Pagaré consulta doble." Este argumento convence al mago, que grita; "¡Clorata! Tráete para acá el talismán." Y aparece la dueña.

"¿Dónde está el colmillo? —pregunta—. Porque como cada día lo cambias de sitio..." "¡Claro, señor; para que no me lo roben! Hoy lo tengo en mi chaqueta vieja." La dueña Clorata, con su voz de rata, lanza un grito: "¡Estamos perdidos!" "¿Qué dices, bruja?" "Digo que tu chaqueta ya no está aquí. Esta mañana vino un mendigo a pedir limosna, y como una es caritativa, pues le di lo que no servía para nada: tu chaqueta vieja." "¡Maldición! —ruge el mago Floringuindingui—. Y ese mendigo, ¿dónde está?" "Ha tirado para el pueblo" —contesta la dueña Clorata—. "¡Corro en su busca!" Y el mago sale disparado, ni que decir tiene que Pipo le sigue como su sombra.

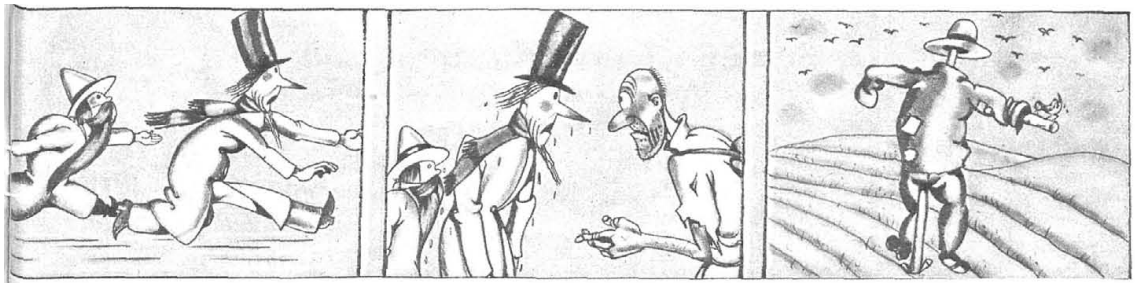
Allá, en la carretera polvorienta, aparece la silueta del mendigo, que camina lentamente, con su talego a la espalda. "¡Eh, amigo!" —le grita el mago—. El mendigo se detiene. "Devuélvame —le dice Floringuindingui— la chaqueta que le regaló esta mañana mi mujer; le doy por ella hasta dos reales, de esos de níquel, con agujero y todo."

El mendigo se rasca la cabeza. "¡Qué lástima! —dice—; ya no la tengo." "¿Cómo?" "Es que, verá usted, señor Floringuindingui, los mendigos no podemos llevar chaqueta, porque si la lleváramos no nos regalarían ya ninguna." "¿Y qué ha hecho usted con ella, desdichado?" "La he vendido, y mire usted qué mala suerte, por un real nada más."

"¡Vendido! ¿A quién?" —exclama Pipo—. "Pues al tío Malamarcha, el hortelano, porque le sucede que los pájaros le devoran la cosecha, y para asustarlos se le ha ocurrido fabricar un espantapájaros, y va y me dice..." Pero nadie escucha estas explicaciones; Pipo y el mago Floringuindingui se han precipitado hacia la casa del tio Malamarcha.



HOY NO
SE FIA
MAÑANA
SI

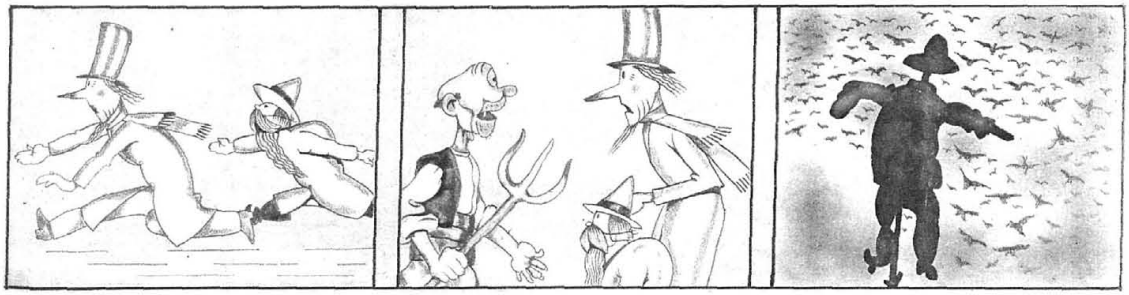


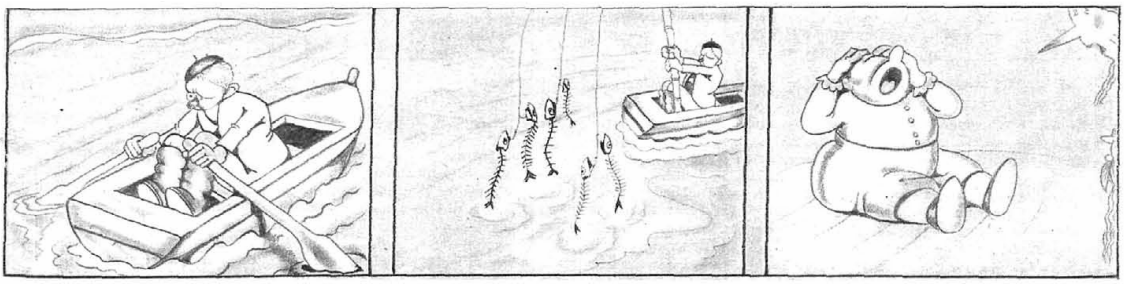
EPISODIO LV

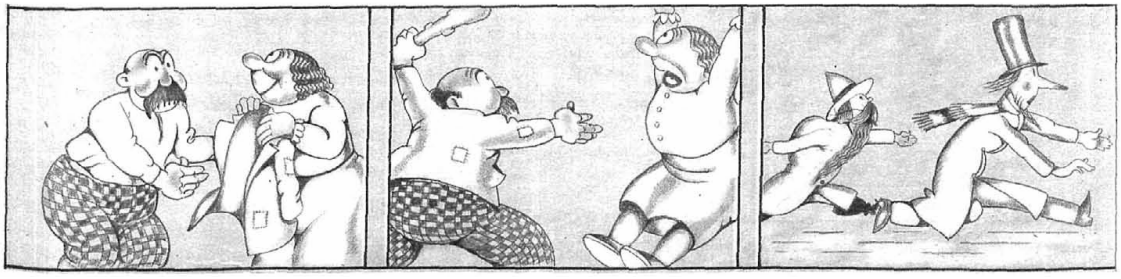
LA CHAQUETA FANTÁSTICA

Mientras corren en busca del tío Malamarcha, dice el mago Floringuindingui: "¡Sabe Dios cómo encontraremos a ese infeliz!" "¿Por qué?" —pregunta el falso jorobado—. "Porque has de saber, amigo, que mi talismán está descompuesto y concede siempre lo contrario de lo que se desea. Y como el talismán va dentro de la chaqueta, aunque esto lo ignore el tal Malamarcha, es de suponer que cosa que él desee la tendrá en el acto..., sólo que al revés." En esto llegan a la casa del labrador: "¿Podría usted —empieza el mago— vendernos la chaqueta que compró esta mañana y..." Pero Malamarcha le interrumpe: "¡Dichosa chaquetita! La compré para hacer un espantapájaros que alejara a los gorriones de mi campo, pero apenas la hube colocado, cuando, ni más ni menos que si la chaqueta fuese de miel y los pájaros fuesen moscas, éstos empezaron a acudir por millares de millones, y me han dejado sin un grano de trigo. Conque les regalaría la dichosa chaqueta con gusto si..." "¿Si?" —jadea Pipo—. "Si la tuviera todavía."

Y es verdad; el tío Malamarcha ya no tiene la chaqueta. Furioso por el resultado del espantapájaros, se la regaló a Garrucha, el pescador, que necesitaba abrigo, porque padece de reuma... Y cuando el mago y el falso jorobado llegan, desolados, ante Garrucha y le piden la chaqueta, éste lanza un grito: "¿Para qué diablos querrán ustedes esa dichosa prenda? Yo no sé si estaría embrujada o qué le pasaría, pero es el caso que apenas me la puse me vino "la negra". Como que en lugar de pescar buenos peces, como antes, sólo "picaban" ¡raspas de sardinas! Y no he vuelto a hacer una buena pesca hasta que he regalado la chaqueta a Doña Dominguita, que, eso sí, ha bailado de alegría al recibirla, diciendo: "¡Qué contento se va a poner mi maridito!"." ¿Conque bailando de alegría? Pues no es así, no, como Pipo y el mago encuentran a Doña Dominguita, sino llorando a moco tendida. "¡Ay de mí! —les dice, sollozando—. Somos tan pobres que mi marido no logró nunca reunir dinero para comprarse una chaqueta. Y bien se la merecía él, tan bueno, tan dulce, tan cariñoso. ¿Cuál no sería mi alegría cuando nuestro amigo Garrucha, el pescador, me regaló una tan nuevecita y flamante, que sólo tenía tres agujeros, cuatro zurcidos y siete remiendos? Entusiasmada con el regalo, le puse la chaqueta a mi dulce esposo, pero cuando esperaba que, en agradecimiento, me iba a dar un abrazo, ¡horror!, cogió un garrote que tiene para matar moscas y ¡pan, pan, pan!, la emprendió a palos conmigo. Y cuando se hartó de pegarme, ¡ay, Dios mío, esto es lo peor de todo!..." "¿Qué?" —preguntan Pipo y Floringuindingui, anhelantes—. "Pues se marchó, y no he vuelto a saber de él." Un mismo grito parte de dos bocas: "Se marchó, ¿con la chaqueta?" "Toma, claro." Y la infortunada Doña Dominguita redobla sus sollozos. Confieso que Pipo, pese a su buen corazón, no se entretiene en consolarla. Ya, seguido del mago, corre en pos de aquel marido irascible y de aquella chaqueta fantástica.







EPISODIO LVI

EL BUQUE PIRATA

¿Quién es este señor que, como un orangután, trepa por el costado de un transatlántico a punto de zarpar? Es el esposo de la desventurada Doña Dominguita; él, que tanto amaba a su dulce mitad, no bien acabó de ponerse la chaqueta que contiene el talismán descompuesto le tomó tal odio que quiere alejarse de ella lo más posible.

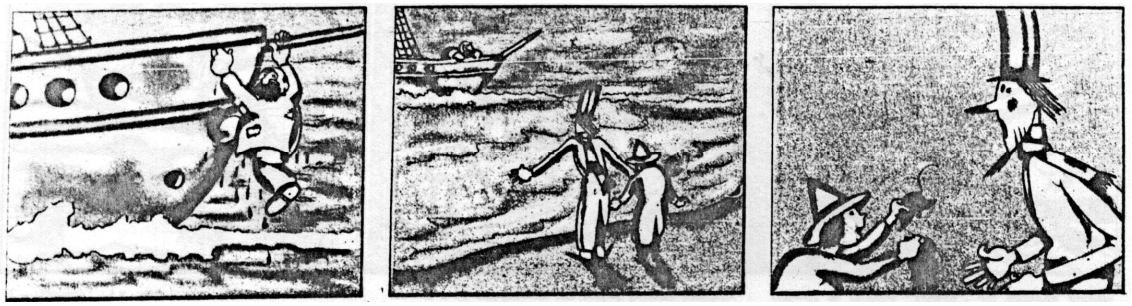
Y parte camino de las Indias en este barco, el "Neptunito", que levanta el ancla a la vista de Pipo y de Floringuindingui, que han llegado demasiado tarde a la orilla del mar para alcanzar al actual poseedor de la dichosa chaqueta. Viendo partir al "Neptunito", el mago se tira de los pelos y Pipo se tira de la barba y, arrancándosela, se la entrega, junto con el bigote, la peluca y la joroba, a su compañero y le dice: "Toma, ya no necesito ocultarte mi personalidad; soy Pipo, el héroe, y como tal yo sabré recuperar el talismán que tú, mago estúpido, has dejado escapar." Tal es el asombro de Floringuindingui ante esta revelación que se queda con la boca abierta, y aún no la ha cerrado cuando ya Pipo, que ha ido en busca de sus fieles compañeros, corre con Pipa y Trompetilla a playa traviesa, para embarcarse, a su vez, y alcanzar a "Neptunito". Ahora que para ello nuestro héroe desprecia los medios vulgares de locomoción marina, cual el vapor, la canoa automóvil o el hidroplano.

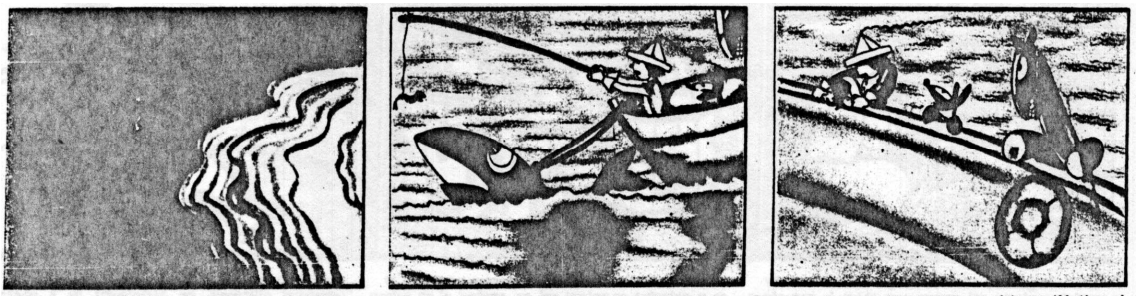
A él le basta un simple bote, al cual ha sujetado un tiburón, ante cuyas narices, mediante una pértiga, sostiene una sardina frita. Y, claro, el tiburón, con su descomunal boca abierta, corre velozmente, con ánimo de alcanzar esta golosina, y tanto corre, arrastrando el bote y sus tres ocupantes, que no tarda en llegar al transatlántico, al que suben, aprovechando las sombras de la noche, Pipo, su brioso corcel Trompetilla y Pipa, su fiel compañera. Dejando a sus amigos en cubierta, ocultos tras unos enormes rollos de cuerda, Pipo recorre el barco de punta a punta, y además de puntillas.

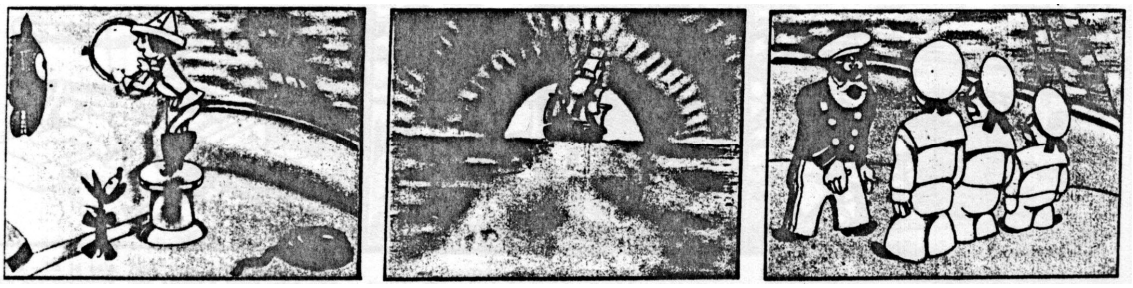
Por fin, al mirar por el tragaluz de un camarote, Pipo descubre lo que buscaba; el propio esposo de Doña Dominguita está allí durmiendo como un ceporro, mientras al pie de la litera hay… ¡una chaqueta vieja! Es la que contiene el talismán, no cabe duda. Pipo se frota las manos: "Bien seguro lo tenemos —murmura—. Podemos irnos a descansar."

¡Oh, seguridad engañosa! ¡Hasta los héroes, cuando están alegres, pueden ser excesivamente confiados! Mientras Pipo y sus compañeros duermen ocultos en la cala, el vigía grita: "¡Un barco a la vista!" Y es verdad; pero este barco que se acerca a toda velocidad tiene izada una bandera negra: es un buque pirata, es el "Terror del Manzanares".

Ante el peligro inminente, el capitán del "Neptunito" reúne en el puente a los tres hombres que componen su tripulación, y les dice: "¡Marinos! ¡Vamos a ser abordados por el más terrible de los barcos piratas! ¡Espero que cada cual cumpla con su deber!" ¡Ah, si este capitán supiera que tiene en su cala al más grande de los héroes!







EPISODIO LVII

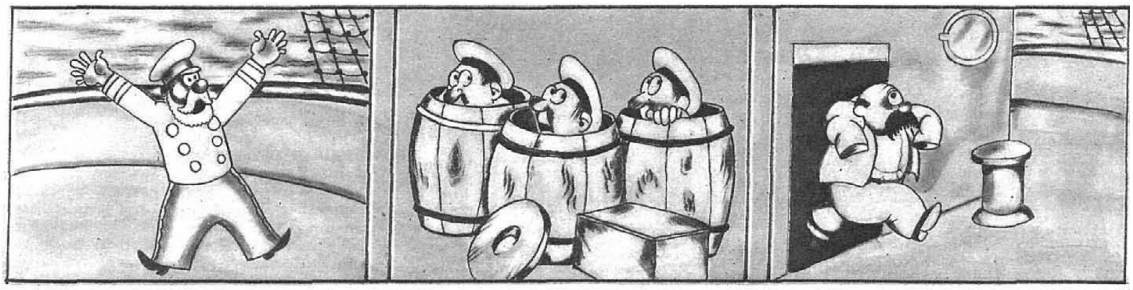
LOS DEL “TERROR DEL MANZANARES”

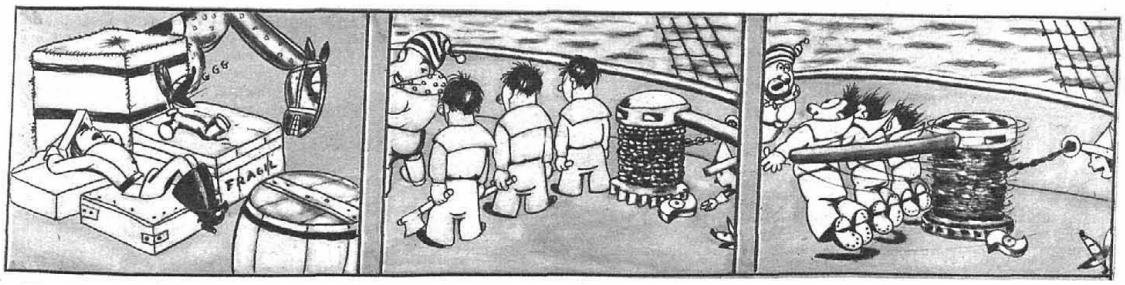
¡Puuum! ¡Ay, qué susto! ¡Menudo cañonazo! Como que lo ha disparado nada menos que el buque pirata, "El Terror del Manzanares", como declaración de guerra al transatlántico "Neptunito". Va a empezar el combate. ¡Los terribles piratas van a lanzarse al abordaje! En efecto, ya tenemos en una lancha a la tripulación del buque pirata, encaminándose, con su jefe, hacia el "Neptunito". Esta tripulación se compone de tres hombres, si hombres puede llamarse a esas tres fieras llamadas Basca, Rasca y Calandrajo. En cuanto al jefe, el más feroz de los piratas que en el mundo y en las novelas ha habido, es el célebre "Tuerto", así llamado porque es manco. Tales son los cuatro personajes que, por medio de un tablón, abordan al "Neptunito", hachas en alto, dispuestos a todo: a degollar a todo bicho viviente, a robar cuanto hallen a mano y a comerse hasta la última lata de sardinas que encuentren.

Mientras tanto, el capitán del "Neptunito" ha largado a su tripulación un discursito supremo: "¡Marinos! ¡Ha llegado el momento de defender con la vida a nuestro amado buque! ¡Cuento con vuestro valor! ¡Que cada cual ocupe su puesto!" Así lo hacen los marinos; ahora que, para ellos, el puesto que les corresponde en los momentos de apuro es éste: las cubas vacías de la bodega, en las cuales se refugian y se ocultan con el más exquisito cuidado. En tales condiciones, la defensa del barco ha de resultar un poco difícil. Mientras tanto, el único pasajero del "Neptunito" despierta en su camarote. Este pasajero ya sabemos que es el tierno esposo de Doña Dominguita. Alarmado por el ruido que arman los piratas, el buen señor se levanta y se pone su chaqueta, que es —también lo sabemos— la famosa chaqueta que contiene el talismán. Y apenas se ha puesto la chaqueta, cuando el talismán descompuesto hace de las suyas y el infeliz cae en poder de los piratas.

En la cala, Pipo, Pipa y Trompetilla duermen apaciblemente, bien ajenos a todos estos acontecimientos. Pero al apoderarse los piratas de su primera presa arman tal escándalo que nuestros héroes despiertan sobresaltados y, para ver qué pasa, suben a cubierta, donde se encuentran con el espectáculo espeluznante de aquellos bandidos rugiendo y dispuestos a degollar a su cautivo. Una mirada basta a nuestro héroe para darse cuenta de la situación; un segundo, para idear la manera de resolverla. Despacito, despacito, se acerca al aparato que hay en el puente para enrollar la cadena del áncora. Suelta de golpe el freno que sujeta el palo, y éste, disparándose con repentina violencia, va a golpear a los tres piratas Basca, Rasca y Calandrajo y los tira al suelo. Caen en fila como un solo pirata, mejor aún, como una hilera de bolos golpeados, por una misma pelota. Caen lanzando un grito de dolor, al que responde un verdadero rugido de rabia lanzado por su jefe, "el Tuerto".

¡POM!




FRAGIL

EPISODIO LVIII

EL COFRE DEL TESORO

Al caer los piratas, aturdidos por el golpe, se arma una confusión..., que es, naturalmente, lo que Pipo buscaba y lo que aprovecha para desaparecer con sus dos compañeros. Es decir, los tres trepan con agilidad de monos por el palo mayor hasta el puesto del vigía, que es una cuba, en la que se ocultan.

Por una vez, Pipa no gruñe; su vanidad de perrita ambiciosilla se siente halagada por ocupar una posición tan elevada; desde allí ven y oyen cómo el terrible "Tuerto" —así llamado, según sabemos, porque es manco— ordena que sea traído a su presencia el prisionero, o sea el esposo de Doña Dominguita: "Disponte —le dice— para bajar a tierra conmigo." Luego ordena que le sea entregado el tesoro del "Neptunito", consistente en un cofre repleto de onzas de oro y piedras preciosas. Con estos dos objetos —el cofre y el esposo de Doña Dominguita— el capitán de los piratas se mete en una lancha y se dirige hacia un islote, perdido en medio del Océano.

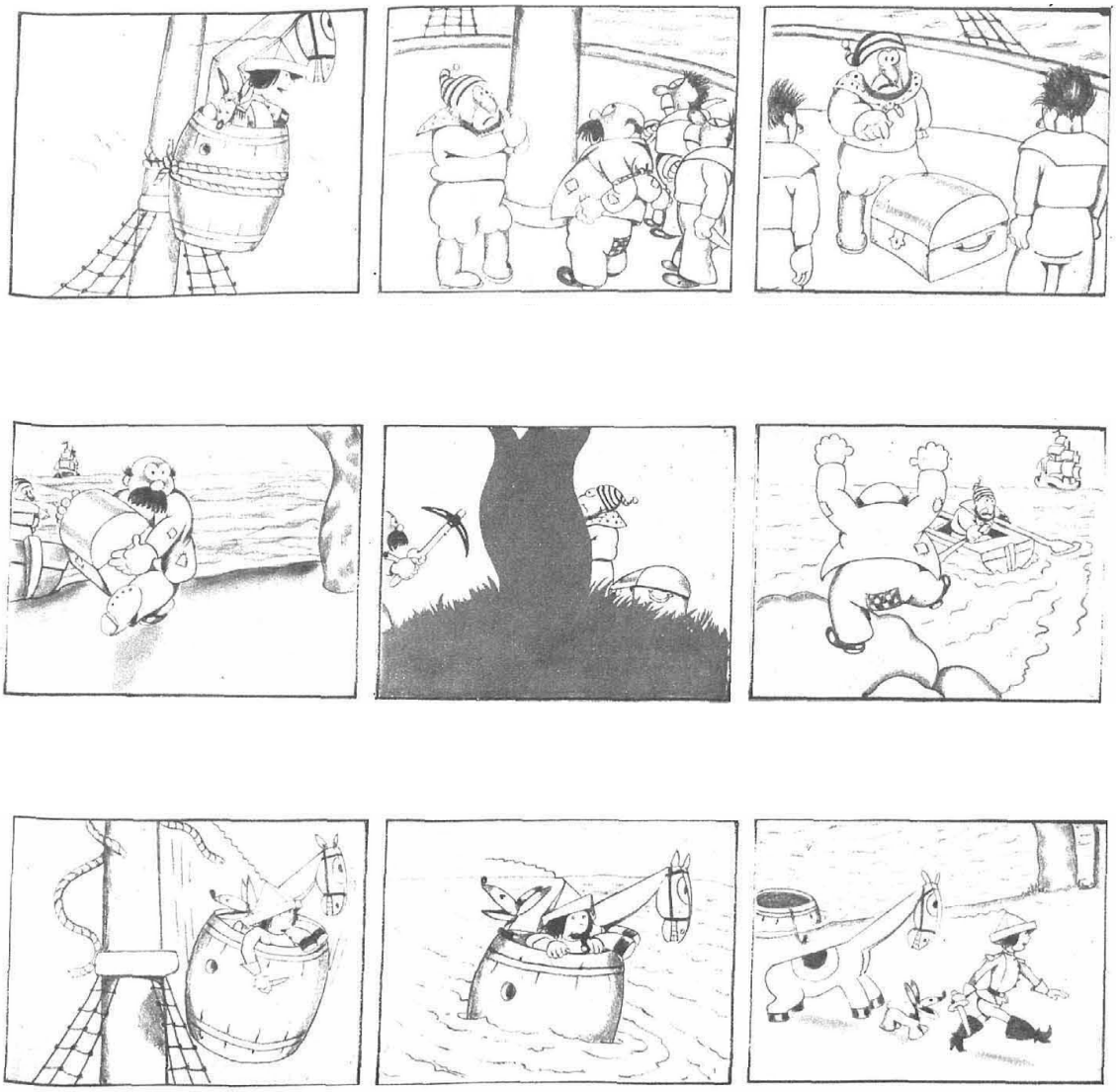
"Carga con el cofre" —ordena el "Tuerto". Esto ya no lo oyen nuestros amigos desde su observatorio. Pero ven cómo el infeliz coge entre sus brazos el cofre, que es más pesado que estudiar los verbos irregulares. Y así, cargado y siguiendo al feroz pirata, se internan en el islote y llegan al pie de un árbol.

Este es el sitio que el "Tuerto", con la experiencia que tienen los piratas de estas cosas, ha elegido para enterrar el tesoro, es decir, para que lo entierre su víctima que, con un pico, cava al pie del árbol un hoyo profundo. Una vez enterrado el cofre, el "Tuerto" dice con ese tono que sólo saben emplear los feroces piratas: "Ahora yo me marcho y tú te quedas aquí, solito; y como por estos parajes no pasa ni un gato, es probable que cuando vuelva por este sitio, para recoger, el tesoro, me encuentre con tu esqueleto, mondo y lirondo. ¡Ja, ja, ja!..." Y el odioso pirata se mete en la lancha y se aleja cantando "la canción del pirata". ¡Naturalmente!

Mientras tanto, el infeliz abandonado no se tira de los pelos porque no los tiene. Pero Pipo lo ha visto todo. ¡Ah! Él no puede consentir que el esposo de Doña Dominguita se quede en aquel islote perdido..., sobre todo, teniendo en su chaqueta el famoso talismán. Resuelto, heroico, Pipo corta las cuerdas que sujetan la cuba y ésta, ¡plaf!, cae al mar.

Empujada por la corriente, la extraña embarcación boga hacia el islote. Pipa, después de meditar profundamente, pregunta a Pipo: "Pero oye, mi amo: ¿no es éste el Océano Pacifico?" "Sí, éste es" —contesta Pipo—. "Pues me extraña mucho que estando en estos mares nos encontremos en Cuba" —declara la perrita.

Pero ya han llegado nuestros amigos al Islote. Pipo, Pipa y Trompetilla desembarcan. Pero nuestro héroe, que es muy prudente, deja amarrada a la orilla la cuba, por si acaso... Después echan a correr en busca del esposo de Doña Dominguita. ¡Dios mío, con tal de que el talismán descompuesto no haya hecho alguna de las suyas!...



EPISODIO LIX

EL CHASCO DE LOS PIRATAS

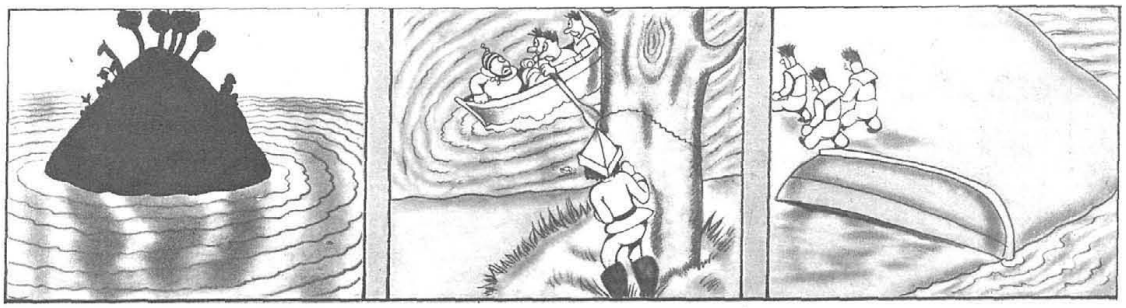
Noche..., tinieblas..., mar..., islote..., y en este islote, que ya conocemos, cuatro seres. Uno, desesperado, porque se cree solo: es el esposo de Doña Dominguita; y los otros tres, que son Pipo, Pipa y Trompetilla, duermen apaciblemente, en espera de que salga el sol, para buscar al poseedor de la vieja chaqueta que contiene el talismán descompuesto.

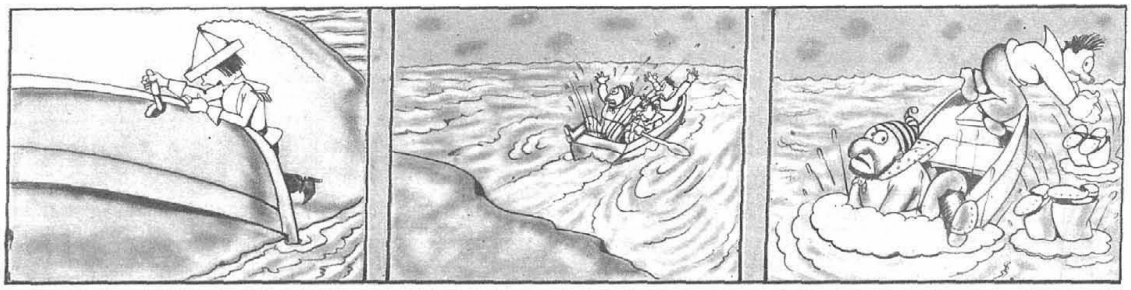
Ya comienza a clarear. El infeliz náufrago, abandonado y solitario, ha tenido un gran susto y una alegría inmensa; el susto ha sido al ver a nuestros tres amigos que se le acercan; la alegría, al enterarse de que, lejos de quererle mal, vienen a salvarle. Pero en estas efusiones, Pipo, siempre alerta, ve acercarse una lancha en la que vienen los cuatro piratas. Sin duda se han olvidado algo, cualquier cosa: un pañuelo, una boina, una pitillera, enterrada por descuido con el tesoro, como los cirujanos que al hacer una operación se dejan un par de tijeras en el vientre de sus clientes. Y vienen a buscarlo. En el acto, Pipo idea un plan diabólico.

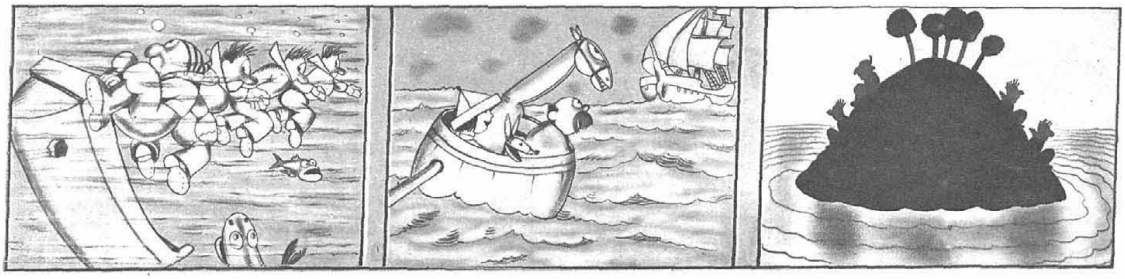
Sigiloso, se acerca a la lancha, que los cuatro miserables han dejado a la orilla—¡oh, imprudencia; tienes, nombre de pirata!—, y practica en su fondo un agujero. Entre tanto, Pipa y Trompetilla están ocultos, y el esposo de Doña Dominguita se ha colocado, para no infundir sospechas, en el lugar en que le dejó el feroz capitán, el "Tuerto", así llamado porque era manco. Los piratas, al verle, se mofan de él, sin piedad: "¡Eh, náufrago —le gritan—, nos volvemos a embarcar! ¡Qué darías tú por venirte con nosotros en esta preciosa lanchita en lugar de morirte de hambre en ese islote perdido! ¡Ja, ja, ja!" Pero, sí, sí; apenas se ha alejado de la costa la "preciosa lanchita" (que, dicho sea de paso, es un verdadero cascajo), cuando los miserables notan con horror que la muy mal educada hace aguas. "¡Nos hundimos! —gritan espantados—. ¡Sálvese el que pueda!" Y la única salvación consiste en volver al islote; así lo hacen; se tiran de cabeza al mar y empiezan a nadar con toda su alma, su negra alma de piratas.

Y nada que nada, tragando más agua que una esponja, los cuatro piratas, en fila india, avanzan hacia el islote. "¡Maldición!" —ruge el capitán—. Pero no puede seguir maldiciendo, porque el agua se le mete por la boca y le hace toser y carraspear. Cien veces están a punto de irse al fondo del mar, pero el diablo de los piratas los protege y logran llegar hasta la isla desierta, que ahora sí que está desierta de verdad, pues Pipo ha aprovechado el tiempo para poner en ejecución su plan maquiavélico. Reuniendo a sus amigos, Pipa, Trompetilla y al esposo de Doña Dominguita, los mete en la cuba, y boga que te boga, embarcan en el "Terror del Manzanares" el barco de los piratas.

Noche..., tinieblas..., mar..., islote..., y en este islote, que ya conocemos, hay cuatro seres bien diferentes a los que le poblaban la noche anterior. Son los terribles piratas que al "Tuerto" tienen por capitán, que están condenados al mismo fin a que destinaban al infortunado y desgraciado esposo de Doña Dominguita.







EPISODIO LX

PIPA, ENJAULADA

¡Uf! Con qué satisfacción nuestros cuatro amigos (porque yo creo que ya podemos considerar como amigo nuestro al esposo de Doña Dominguita, ¿no os parece?) suben al barco que los muy tontos de los piratas han abandonado. Sobre todo el bueno de Don Filomeno (ya que es amigo nuestro, no está de más que le llamemos por su nombre) no cabe en sí de gozo. "¡Ah, mi señor Pipo —exclama—; me ha salvado usted! Pídame la vida, si quiere." "No tanto —contesta el héroe sonriendo—; me conformo con que me dé usted cierto colmillo que tiene en su chaqueta..." "Ya no lo tengo" —interrumpe Don Filomeno—. Al oír esta revelación, Pipo, Pipa y Trompetilla se caen de… se caen, digo, de... espaldas. Y Don Filomeno explica que cuando se hallaba en el islote vio un pájaro bobo, y no sabiendo qué darle se registró los bolsillos de la chaqueta, encontró aquello que le pareció un trozo de hueso y se lo tiró al pájaro, que se lo tragó cual si hubiera sido una rica aceituna.

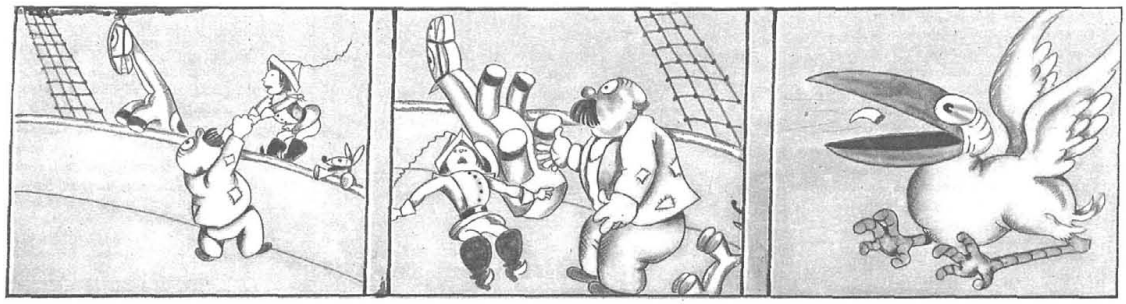
"Respiro —dice Pipo después de oír este relato—; no hay nada perdido, porque como el talismán está descompuesto y hace lo contrario de lo que se desea, en cuanto lo haya tenido el pájaro en el estómago, si ha querido volarse, no lo habrá conseguido y debe de estar todavía en la isla. Anda, Pipa, llégate allí y traételo.

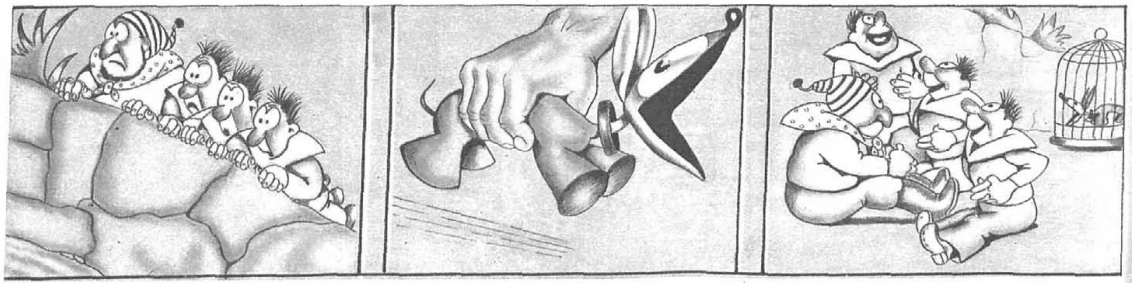
"Vaya un encarguito" —refunfuña Pipa, furiosa—. "No seas gruñica. ¿Qué te importa ir a la isla? Nada." "¿Cómo que nada? ¡Mucho!" "Si digo "nada", como diría "anda"; quiero decir que nades, que vayas a nado, ¡ea!" ¡Cualquiera desobedece a Pipo! Dócilmente, aunque claro está que sin dejar de gruñir, Pipa se echa al mar, y al poco rato llega al islote, y como está mojada y tiene frío, corre a ponerse al sol. Y tan pronto como está al sol, ¿sabéis lo que hace? ¿Cómo que no lo sabéis? Pues hace lo mismo que todas las perritas que están al sol y todas las personas que también hacen igual. Hacer... sombra, como es muy natural.

Si Pipo mandó a su fiel compañera a la isla es porque creía que ésta estaba desierta y que los piratas se habían ahogado. Y si Pipa obedeció a su amo —aunque gruñendo— fue con la misma convicción. Pero, ¡ay!, nosotros ya sabemos que se equivocan, que la isla está habitada nada menos que por el feroz "Tuerto" y sus tres secuaces.

Al vislumbrar de lejos un bultito que se mueve en la arena, los piratas se precipitan deseosos de encontrar alguien a quien poder hacer daño. Y cuando más descuidada está la pobre Pipa, disponiéndose a buscar al pájaro que sirve ahora de estuche al talismán, se siente apresada por una mano de hierro.

¡Menudo alegrón tienen los piratas al reconocer en su presa a la célebre perrita! "¡Gran hallazgo! —exclama el "Tuerto" (así llamado porque es manco)—; esta perra nos va a servir de cebo para atraer a su amo, el famoso Pipo." Y la encierran en una jaula, ni más ni menos, ¡oh, vergüenza!; ¡oh, humillación!, que si fuese un loro.





EPISODIO LXI

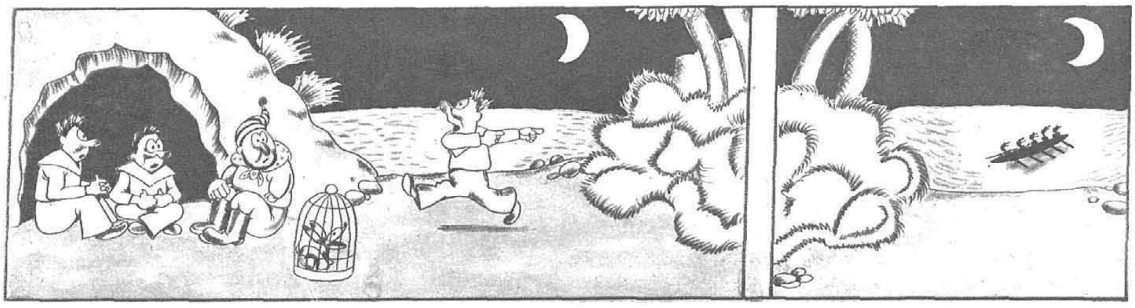
EL REY BABUCHO

En el islote desierto —que ya no está desierto desde que está habitado—, los piratas lo pasan bastante mal, refugiados en una tan reducida gruta, que tienen que entrar a gatas y dormir enroscados como los churros. Pero lo peor es que no tienen nada que comer; nada, ni una triste langosta con mayonesa, ni un mal pollo en pepitoria. Y esto es lo peor, sobre todo para nuestra amiga Pipa, porque, desde su jaula, la infeliz oye esta conversación espeluznante: "Nos comeremos a la perra; a falta de pan…" —dice uno—. "Sí —dice otro—; pero tiene que ser en seguida, porque si no se va a quedar en los huesos." "Silencio —interviene el Tuerto—; yo haré el reparto; para mí el rabo, y..." En este instante el pirata que hace de vigía en lo alto de una roca acude, gritando: "¡Hay negros en la costa!" Y es verdad: hacia el islote llega una piragua, conducida por unos cuantos negros, que llevan un sol tatuado en el pecho. Quizá, por este signo habéis comprendido que se trata de unos señores de la tribu llamada de los "Soleados", muy famosa en el mundo entero por las recetas especiales que tienen para guisar a los prisioneros.

Blandiendo sus terribles lanzas envenenadas —por lo menos presumo que lo están—, los salvajes avanzan hacia el grupo de los piratas, gritando: "¡Katarrapalacha!" Los piratas, que han viajado mucho y saben varios idiomas, comprenden en seguida que esto quiere decir: "¡Manos arriba!", y se apresuran a levantar las suyas, cual si filmasen una película con bandidos de Chicago y todo; Pipa, por no ser menos, levanta las patas. Los piratas tiemblan al verse en poder de aquellos negros tan negros; Pipa murmura, resignada: "Vaya; comida por comida, al menos puede que éstos, antes de devorarme, me den algo de comer a mí."

Los "Soleados" se llevan a los cinco prisioneros a su piragua, y ésta se aleja del islote, que vuelve a ser una isla desierta. A todo remar, los negros vuelven a su tierra, o sea al país del Sol Verde, del cual es rey un tal Babucho V, que es, en verdad, un monarca singular. Sus súbditos sienten por él un gran respeto, pues le coronaron debido a sus merecimientos. Babucho es el inventor de una máquina para meter la miga de pan dentro de la corteza, y de un aparato para hacer los agujeros del queso de Gruyère. Además, ha batido el "record" de los buenos sentimientos familiares, comiéndose en un día a su abuelo, a una cuñada y a un primo segundo del portero mayor de su choza real.

Al ver a los cuatro piratas, que, a pesar del ayuno forzoso que acaban de padecer, estaban todavía bastante rollizos, su majestad Babucho V se frota las manos de gusto: "¡Magnífica ocasión —exclama— para probar mi nueva receta de salsa de higos chumbos!" "¿Nos invitáis a un banquete, señor?" —dice el Tuerto—. "Ya lo creo… —contesta el rey—, en calidad de plato de resistencia." En esto entra un servidor trayendo a Pipa, y pregunta: "¿Deseáis, majestad, la perrita para entremeses?" "No —dice el rey Babucho—: la perrita no me la como; prefiero regalársela a mi hija, la princesita Babucha; así como así, mañana es su santo y me ahorro comprarle otra porquería."



EPISODIO LXII

BABUCHITA ESTÁ DE MAL HUMOR

Para que Pipa pueda ser ofrecida a la princesa Babucha, la embellecen a conciencia; los "Soleados" estiman que la mejor manera do embellecer algo es ennegrecerlo, y tiñen a la perrita con betún, a pesar de sus protestas: "¡Que yo no quiero estar tan morena! ¡Que ya está pasado de moda!" Cuánto más protestaría si supiera que su nueva ama es una personita terrible; antiguamente era una negrilla encantadora; pero desde que se ha aficionado al cine y se le ha metido en la cabeza debutar en Hollywood de vampiresa, todo ha cambiado. La pobre se pasa el día comprobando en un espejo la diferencia que va de su color al de Marlene, Greta, Jeannette y demás damas, cuyos retratos adornan su habitación. Y al verse tan negra le entra tal rabia y tal desesperación que la paga con todo lo que cae entre sus manos; y lo peor no es que la paga, sino que también "la pega"..., según podemos ver que ocurre con la desventurada Pipa, que ante semejante bienvenida piensa espantada: "¡Bonito porvenir me espera con esta energúmena!"

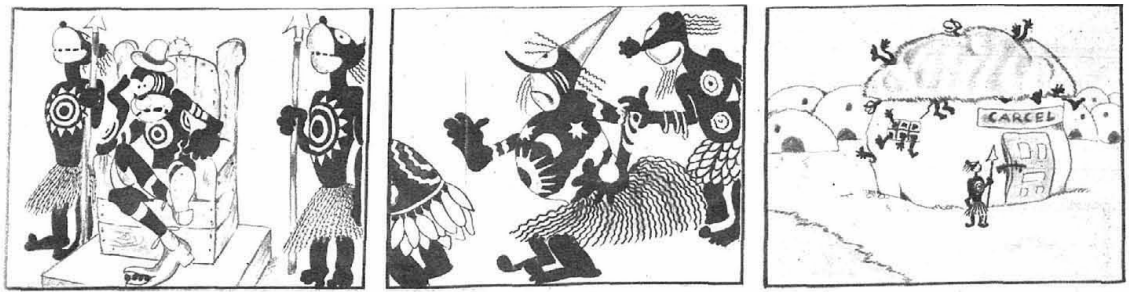
¡El rey Babucho sí que está, desesperado! Con ese geniecito que le ha salido a su señorita hija le hace la vida imposible a él y a toda su corte… infernal, pues aquello es un verdadero infierno. "¡Yo quiero volverme más rubia que Lilian Harvey!", no cesa de gritar desesperadamente la inconsolable princesita.

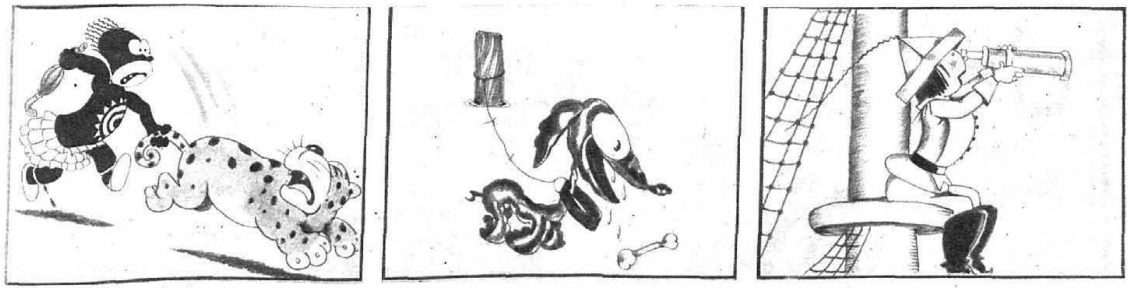
Para intentar esta difícil transformación, su majestad Babucho ha mandado llamar a todos los sabios, médicos, brujos, magos y perfumistas de la tribu. Todo lo han intentado; hasta le han colgado del cuello a Babuchita una uña de lombriz, que es el mejor de todos los amuletos (aunque es algo difícil de encontrar); todo en vano. Y el rey, furioso, ha mandado encarcelar a todos aquellos charlatanes, incapaces de convertir a una princesa negra en una rubia platino. Así está la cárcel del pueblo que revienta de gente; salen extremidades de sabios, médicos, magos, brujos y perfumistas por todas las rendijas. Pero esto no remedia nada, ni siquiera el genio de su alteza Babucha, que cada día está más insoportable. Hasta las fieras le tienen miedo; tigres y jaguares, panteras y leones huyen de ella y del paraguas con que los azota sin piedad cuando está nerviosa, cosa que le sucede un día sí y otro también. Y desde que tiene a Pipa en su poder, la pobre perrita es la que paga el pato.

No contenta con maltratarla, la princesa casi la deja morir de hambre, con lo cual la pobre Pipa se está quedando como un guante viejo. Ya veis: hoy solo le han dado un hueso descarnado, y por más que la perrita llora y gime, el hueso no se ablanda. "¡Si no me dan más que huesos —suspira Pipa— me voy a quedar en los ídem!"

Mientras ocurren estos acontecimientos, Pipo, en el barco, espera el regreso de su fiel compañera; primero se sorprendió por su tardanza; luego empezó a preocuparse, y ahora está loco de inquietud. ¿Le habrá sucedido algo a Pipa en el islote? Provisto de su anteojo de largo alcance, se sube al palo mayor y otea el horizonte.

Nancy
Carroll
Amy
Ondra


CARCEL



EPISODIO LXIII

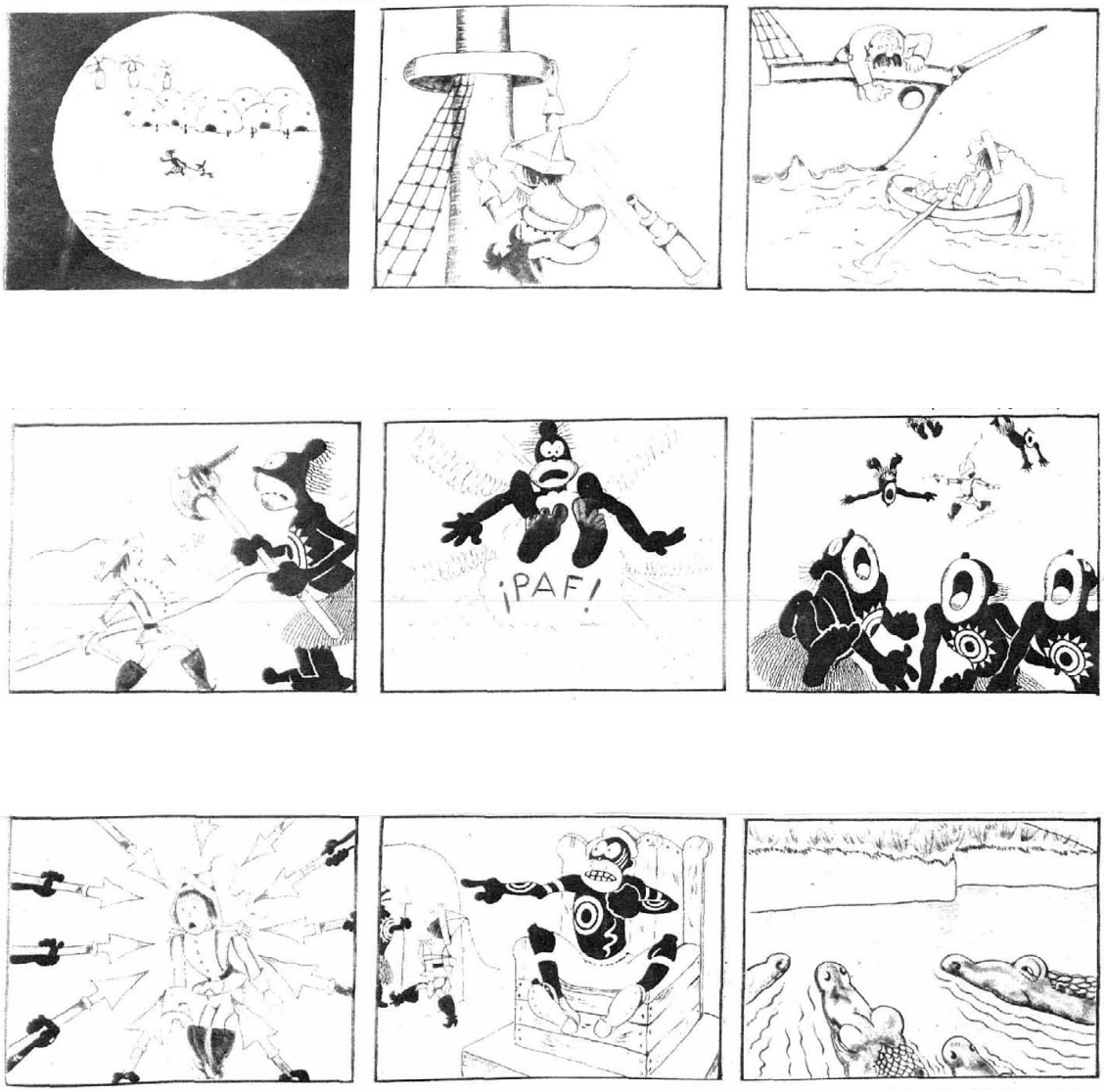
LOS COCODRILOS DEL REY BABUCHO

El catalejo, enfocado hacia el islote del tesoro, lo recorre todo en vano. ¡Nada! ¡Nadie! Ahora sí que está desierta la isla desierta. Entonces el catalejo, tembloroso, porque al héroe, pensando en su fiel perrita, le tiembla la mano de emoción, enfoca la inmensidad del Océano, las costas de África… ¡Ah! ¡Sí, es ella! ¡Es Pipa!

El catalejo se cae de las manos de Pipo y éste está a punto de caerse de su observatorio. Pipa en poder de una tribu salvaje, que, con sus profundos conocimientos geográficos, Pipo ha reconocido enseguida por ser la de los feroces "Soleados". Pero en el acto el héroe se repone y resuelve ir en busca de su compañera.

Al instante salta a una lancha y ordena al esposo de doña Dominguita: "Don Filomeno, acerque usted cuanto pueda el barco a las costas y téngalo preparado para salir en cuanto yo vuelva con Pipa." Don Filomeno, que desde que perdió el talismán fatídico es el buen hombre de siempre, murmura: "¿Yo solo? No sé si podré..." "¡Que le ayude Trompetilla!" —interrumpe el héroe, que ya se aleja, y no tarda en desembarcar en las costas africanas—. Un negro gigantesco le corta el paso. "¡Vengo a buscar a Pipa! ¿Dónde está mi Pipa?" —pregunta Pipo—. "Estará en el estanco" —contesta el negro bromista, y a modo de broma, sin duda, se dispone a darle un hachazo a Pipo, pero este, de un "uppercut" maestro le manda, dando volteretas por el aire, a cincuenta metros de distancia. Tras de esta pequeñez, Pipo sigue su camino tranquilo, valiente, desafiador, heroico. Otro negro le sale al paso, y otro, y otro: son siete, diez, veinticinco, gritando y vociferando en torno al héroe. Pero este, puñetazo que te doy, puntapié que te regalo, ¡pim, paf, zas!, los va dejando a todos "knock-out", tumbándolos como quien espanta mosquitos. Pero, ¡ay!, a veces el número puede con la fuerza, con el valor y con el heroísmo. Son ya demasiados negros los que tiran al blanco, y el blanco, al fin, rodeado de lanzas afiladas, no tiene más remedio que rendirse. Cien manazas de betún se apoderan de él, le atan y le conducen, como es natural, ante el soberano de los "Soleados". Babucho V, al que ya conocemos. El rey se halla precisamente de mal talante, porque su hija, la insoportable princesita, en uno de sus arrechuchos, acaba de destrozarle nada menos que su magnífico sombrero de los domingos y días festivos, una estupenda chistera sin ala y cepillada a contrapelo, que obtuvo de un explorador alemán (no todos han de ser ingleses), a cambio de un lingote de oro. Casi sin fijarse en el prisionero, el soberano ordena que sea arrojado a la "Charca de los Cocodrilos".

La "Charca de los Cocodrilos" es así llamada porque está infestada de esos feroces saurios; más cocodrilos hay en aquella charca que lentejas dan por siete pesetas. Los animalitos están hambrientos, como de costumbre; la noticia corre de una a otra de sus terribles bocas: "¡Hoy tenemos un niño blanco para postre!"


¡PAF!

EPISODIO LXIV

¡POBRE PIPO!

Encadenado en la choza que le sirve de cárcel, Pipo medita: tantas luchas, tantas aventuras, tantas heroicidades, tantas veces haber afrontado la muerte, tantas otras haber salvado la vida a sus semejantes, para acabar sirviendo de pasto a unos cocodrilos. ¡Oh, triste destino! Ahora que no le ve nadie más que nosotros, que comprendemos estos momentos de debilidad de los héroes, unas lágrimas resbalan por sus mejillas. Entretanto, en la choza contigua, los tres piratas, a las órdenes de su capitán, el "Tuerto" (así llamado porque le falta un brazo), esperan el momento de ser guisados y servidos en el banquete real.

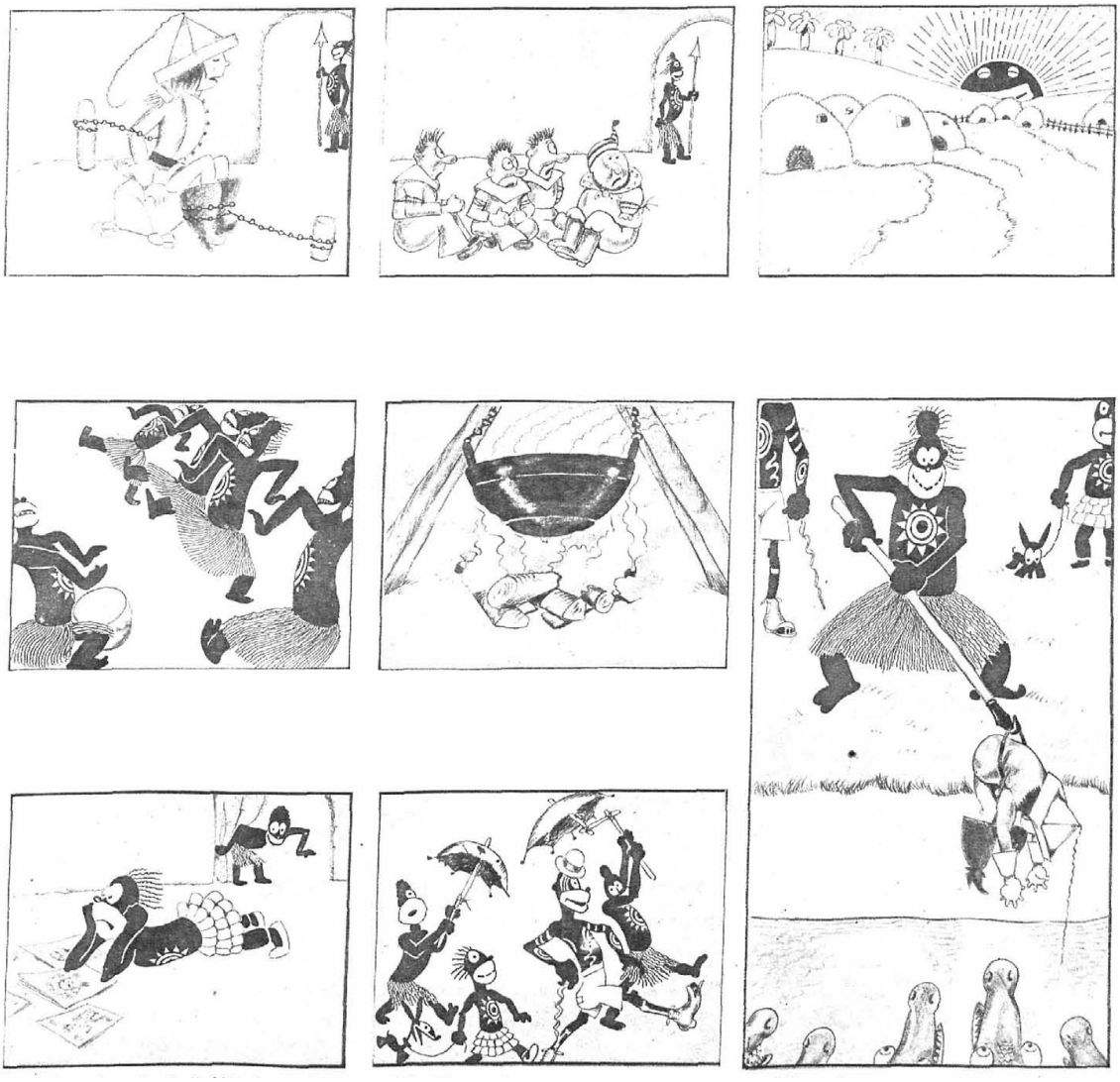
Tanto la ejecución de los piratas como la del gran Pipo va a ejecutarse muy pronto: dentro de unos momentos, en este día que nace. Acaba la noche, sale el sol abrasador, un sol africano, un sol negro, y, al salir el sol, canta la perdiz, y todos los "soleados" se precipitan fuera de sus chozas dando gritos de júbilo.

Están tan contentos con la perspectiva de ver a los cocodrilos devorar al blanco y de comerse ellos luego a los piratas, que entonan su famoso himno del fuego, aquel que empieza así: "kaparatacha tam tim, tobetelelele", lo cual, textualmente traducido, quiere decir en español: "¡Anda y que te ondulen con la permanén!"

Ya se activan los preparativos de los festejos; ya hierve sobre la lumbre la enorme caldera destinada a cocer a los piratas y en la cual el cocinero mayor ha preparado una salsa con tomate, chocolate, mermelada de higos chumbos, percebes al "gratín", un picadillo de ajos fritos, diez litros de cerveza, azúcar y queso manchego.

En su choza de señorita bien educada, la princesa Babucha, tumbada en el suelo, con una mano en la boca y la otra en las narices, contempla, pataleando de rabia, los últimos retratos que ha recibido de Marion Davies y Norma Schearer, y lloriquea: "¡Yo quiero ser rubia, ea!" Su doncella mayor viene a avisarla que le espera su regio papá.

Alegremente se pone en camino la familia Babucha. Su alteza tira de una cuerda a Pipa, que al ver a todos tan campantes y satisfechos cree que le llevan a una corrida de toros o a un partido de fútbol. ¡Sí supiera!... Pero, ¡ay!, la pobre no tardará en saber; al llegar al lugar de los festejos, el serrín se le hiela de espanto en las venas al ver a su amo, al héroe valeroso, magnánimo, listo, bondadoso, inteligente, ingenioso, heroico, ilustre, glorioso, a Pipo, en fin, pendiente de un gancho, con el cual le arrojan a la charca de los cocodrilos. ¿Quién no lloraría ante este espectáculo? ¡Si hasta a los propios cocodrilos se les saltan las lágrimas! Ahora, que son lágrimas de cocodrilo.

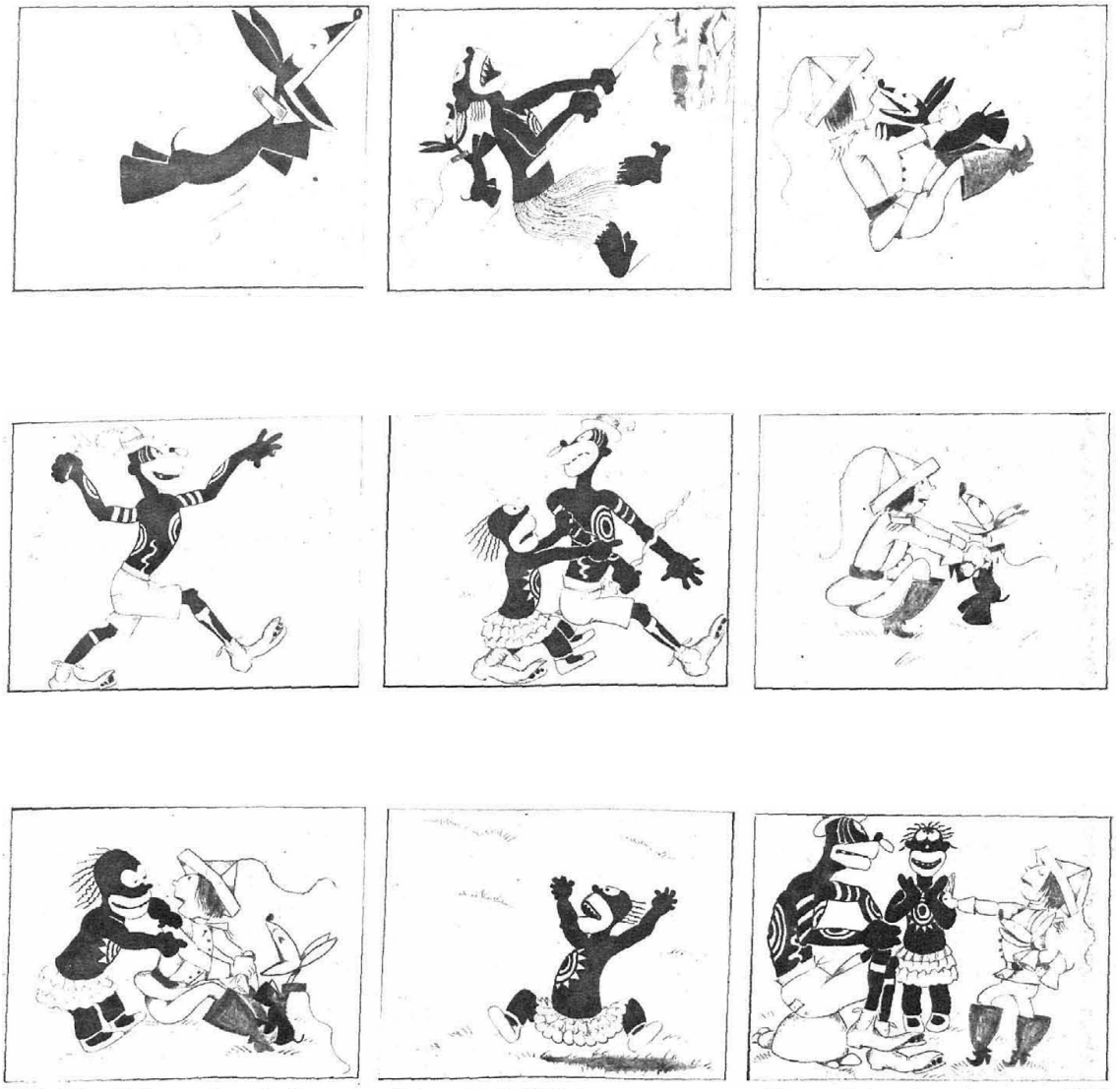


EPISODIO LXV

LO QUE VALE DESTEÑIRSE A TIEMPO

¡No! ¡No puede ser! Pipa no puede ver, impasible, cómo su amo es arrojado a los cocodrilos. ¡Ah! Ya los pies del héroe rozan casi las terribles bocas de los saurios, cuando la perrita, en un esfuerzo sobreperruno, rompe la cuerda con que la sujeta la princesita y, cual flecha disparada, da un salto formidable y va a caer sobre el negro que sostiene el gancho que sujeta al héroe. El verdugo, bajo la violencia del golpe, se desploma y suelta el gancho, y Pipo cae... en el suelo, fuera del alcance de los cocodrilos, que se quedan con la boca abierta. Ya la perrita, de un nuevo salto, está en los brazos de su amo, que la cubre de caricias, mientras que la pobre Pipa grita y llora: "¡Quiero morir contigo! ¡Que nos maten juntos! ¡Que nos entierren juntos, aunque sea en la tripa de los cocodrilos!" ¡Qué conmovedora es esta escena! La mano me tiembla de emoción al describirla, como a vosotros, al leerla, os tiembla la punta de la nariz, como si lo viera.

Pero los salvajes no tienen corazón; el rey Babucho avanza, furioso, por este número que no figuraba en su programa de festejos: "¿Qué es esto? —grita—. No tolero que se haga esperar así a mis cocodrilos el festín que se les tenía prometido. ¡Hay que ser bondadoso con los animalitos! Que se les arroje inmediatamente al forastero blanco y, por añadidura, a esa perra insolente, que se ha permitido interrumpir la función sin mi permiso." Pero en este instante alguien le agarra una mano con violencia; es la princesa Babucha, que le grita: "¡Mira, papá; mira!" Lo que tanto le llama la atención es lo siguiente: Pipo ha dicho a su fiel compañera: "No quiero que te mueras así, toda negra, como te han puesto estos cafres." Y con su pañuelo empapado en lágrimas, la está limpiando, y le va quitando toda la pintura negra, dejándole ese hermoso color amarillo, que es el suyo. Ante este prodigio, que le interesa tan especialmente, la princesa se precipita hacia el héroe: "¿Pero tú —le pregunta— puedes hacer que un ser negro se vuelva rubio?" "Yo lo puedo todo —contesta Pipo con firmeza—; para eso soy un héroe." Babuchita empieza a lanzar gritos agudos, verdaderos gritos de salvajilla: "¡Papá, papá! ¡El prisionero me va volver rubia! ¡Suspende la función! ¡Que no lo maten!" El rey, que es un padre bien educado, se apresura a obedecer a su señora hija, y llama al prisionero: "¿Te comprometes —le dice— a convertir a mi hija, la princesa Babucha, en una niña rubia?" "Me comprometo" —contesta Pipo—. "Mira bien lo que dices —añade el monarca—, que como luego no cumplas te advierto que he de inventar para ti una muerte más desagradable aún que la de servir de pasto a mis cocodrilos." "No necesito tus amenazas para cumplir lo que prometo, rey —declara fieramente Pipo—, pues has de saber que una palabra de héroe es cosa sagrada." "Pues como logres hacer rubia a la princesa, te doy la libertad y a tu perrita" —promete el rey—. "Para ello —dice Pipo— bastará que haga lo que yo mande."



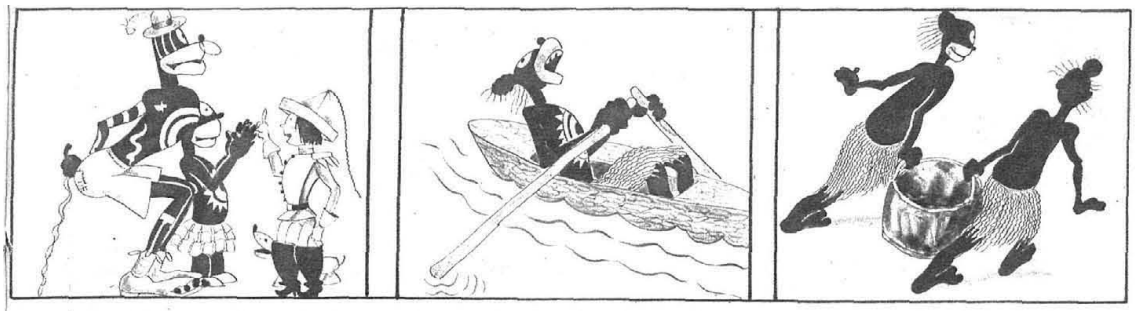
EPISODIO LXVI

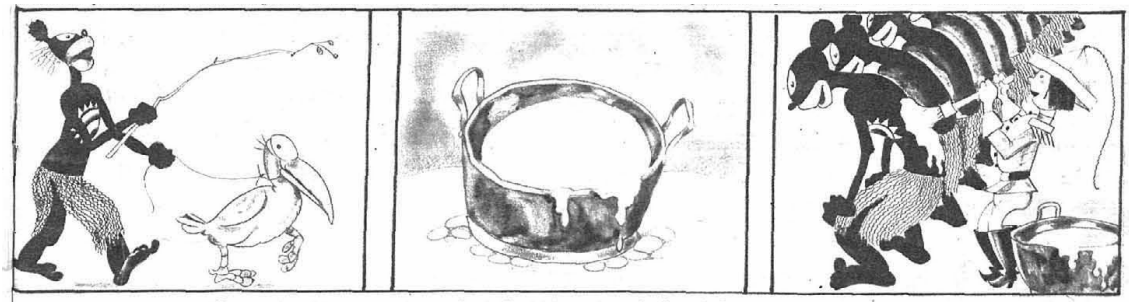
LOS NEGROS BLANCOS

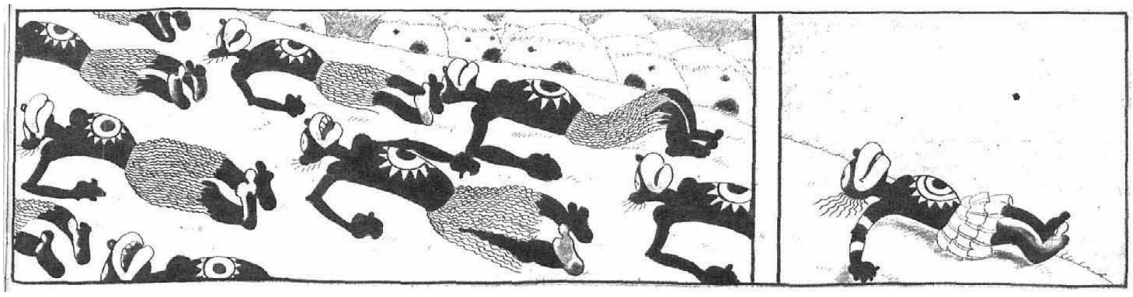
Ante el rey Babucho y su hija, que le miran con ojos tan redondeados por el asombro que parecen soperos, Pipo asegura: "Puedo hacer algo más que volver rubia a su alteza; puedo volver rubia a toda la tribu." "¿De veras?" —balbucea el rey, atónito—. "Como lo oyes; y con lo de moda que están ahora las películas de África, imagínate el éxito que obtendría una cinta de negros blancos." "¡Es verdad! ¡Qué negocio! —exclama el soberano deslumbrado—. ¿Y qué necesitas, forastero poderoso, para realizar semejante hazaña?" "Dos cosas: la primera es que me traigan cierto pájaro bobo que no vuela que hay en la isla en la cual me apresaron." No ha terminado de hablar cuando en una piragua sale el cazador más hábil de la tribu con dirección al islote del Tesoro. El héroe añade: "La segunda cosa que necesito es un caldero muy grande lleno de resina de la más fuerte que haya." Aún está Pipo con la palabra en la boca cuando ya dos negros fornidos echan a correr hacia un bosque de pinos vecino, llevando una caldera enorme, la misma que se utiliza en el pueblo para cocer a los exploradores holandeses, que suelen ser los más gordos. No han transcurrido tres horas cuando reaparece el cazador más hábil de la tribu, trayendo triunfalmente al pájaro bobo que, como recordaréis, sin duda, es el que se tragó el talismán maravilloso, o séase, el colmillo del leopardo pardo, llamado Leonardo. Y no han transcurrido tres horas y media cuando ya regresan del bosque los dos negros fornidos con la caldera llena de resina, que depositan solemnemente en medio de la plaza... y de la expectación general. "Y ahora —pregunta el rey Babucho—, ¿qué tenemos que hacer?"

"Ahora —ordena Pipo— os colocáis todos en fila, dándome la espalda y os estáis quietos." Cumplida esta orden, nuestro héroe sumerge en la caldera una brocha gorda y empieza a untar con resina la espalda de cada negro. Cuando están todos convenientemente enresinados, les dice: "Tumbaos todos en el suelo, boca, arriba."

Cual bolos alcanzados por pelota certera, todos los negros se tumban. Entonces el héroe se digna explicar: "Así habréis de permanecer toda la noche, y al amanecer os levantaréis completamente rubios, porque habéis de saber que he hecho un gran descubrimiento: conforme los baños de sol ponen negros a los blancos, los de luna ponen blancos a los negros. Y como hoy hay luna llena, excuso decir la transformación que su luz va a operar en vosotros." Entusiasmados ante esta perspectiva, los negros permanecen quietecitos para no perder un solo destello del maravilloso baño de luna. Aislada, en lugar preferente, la princesa Babucha sueña despierta que está en Hollywood, elegida por Charles Farrell para desempeñar a su lado un papel de ingenua angelical, de ésas completamente atontolinadas, por el estilo de Janet Gaynor. Pipa le tira a su amo de la chaqueta y le pregunta al oído: "Oye, Pipo: ¿es verdad eso de que se van a volver rubios?" Y Pipo le contesta, también al oído: "La verdad es… lo que sabrás en el próximo número."







EPISODIO LXVII

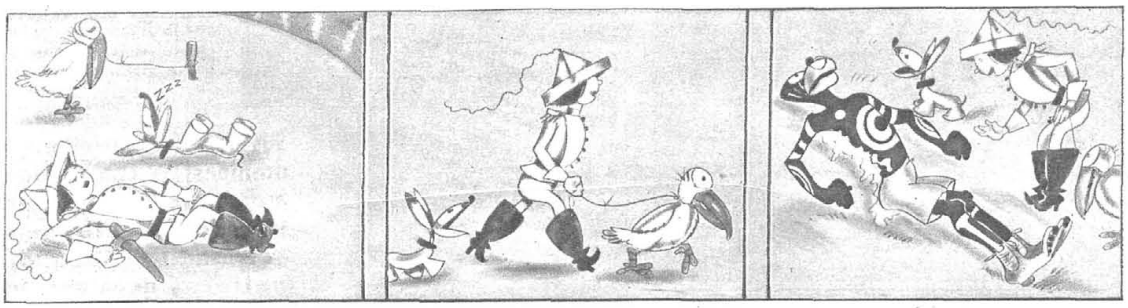
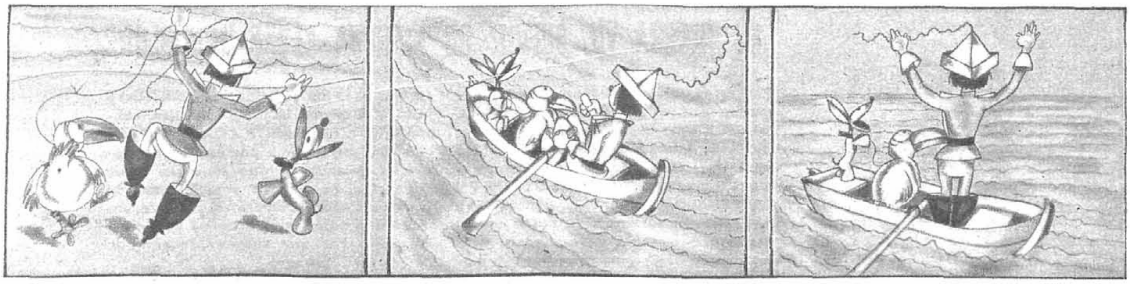
ADIÓS, SEÑORES SALVAJES

Ya, convenientemente enresinados y tumbados en el suelo todos los negros, Pipo coge al pájaro bobo, y, seguido de su fiel compañera, se aleja unos metros, disponiéndose a pasar la noche en un sueño. "Puedes dormir con toda tranquilidad" —dice a Pipa—. Muy tranquila no está la perrita; pero, en fin, cuando su amo lo dice…

Y se quedan dormidos los tres. Los despierta el primer rayo de sol. "Volvamos—dice nuestro héroe— a ver a nuestros amigos, los cafres." "Pero mi amo —exclama Pipa—, cuando vean que siguen tan negros como antes, son capaces de matarnos, de devorarnos, de echamos a los cocodrilos, de..." "Eso debía yo hacer contigo por miedica" —dice el héroe.

Todos los salvajes siguen exactamente en la misma posición en que los dejamos. Pipo se acerca al rey Babucho: "¡Hola, majestad! —le dice—. ¿Qué tal se ha pasado la noche?" "Muy mal —contesta—; esto es incomodísimo, pero todo lo doy por bien empleado si nos volvemos rubios y blancos. ¡Ah! Es que si no es así, ya lo sabes, ¡a los cocodrilos de cabeza!"

"¡Huy, qué miedo!" —exclama Pipo—. "¿De modo que estoy completamente blanco, no?" —pregunta Babucho—. "¡Ya lo creo, querido rey! Tan blanco como el betún, como el carbón de cok, como el interior de un túnel, como tu fea alma salvaje…" "¿Qué dices? —ruge el soberano—. ¿Te has burlado de mí? ¡Ah, miserable!" E intenta levantarse para abalanzarse sobre Pipo; pero nada puede; según el plan genial de nuestro héroe, durante la noche la resina de que está untada la espalda del rey negro se ha secado, y ahora le mantiene fuertemente adherido al suelo. "¡A él! —grita el rey—. ¡Cogedle! ¡Pronto! ¡Arriba todos!" ¿Arriba? ¡Sí, sí! ¡Ja, jay! A todos les sucede lo mismo que a su soberano; ninguno se puede levantar; están todos pegados al suelo. Pipo, riendo, hace burla al rey Babucho. "Rabia, rabiña, que tengo una piña, con muchos piñones, y tú no los comes." Y añade: "Conque a los cocodrilos, ¿eh? Pues ahora, en castigo, por ser unos cafres tan cafres, vais a ver cómo me marcho ante vuestras narices." Y mientras todos, gritando, rugiendo y pataleando, hacen esfuerzos inauditos y vanos para despegarse del suelo, el héroe, muy tranquilo, marcándose un alegre bailecito y canturreando una cancioncilla, como aquél a quien no le importa ni Tombuctú ni Madagascar, se encamina con sus compañeros hacia la orilla donde el bote sigue sobre las olas apacibles del mar.

Teniendo al precioso pájaro bobo, continente del talismán descompuesto, y seguido de su fiel compañera, Pipo salta a la embarcación y se hace a la mar con rumbo hacia el buque ex pirata. "¿No te decía yo —dice a Pipa— que podías dormir tranquila?" "Mi amo —contesta la perrita—, dormiré tranquila cuando me vea ya en casita..."

"¡Holgazana!" "Comiendo bien..." "¡Tragona!" "Calentándome al amor de la lumbre..." "¡Friolera!" "Y durmiendo en mullido lecho de serrín." "¡Dormil..!" Pero esta palabra se le atraganta al héroe; súbitamente suelta los remos y levanta los brazos con un gesto de asombro, mientras Pipa lanza un ladrido desgarrador, ¡el buque ha desaparecido!